

Juan Marsé

La oscura historia de la prima Montse

Prólogo de Gustavo Martín Garzo

Prólogo

Gustavo Martín Garzo

«La memoria lo es todo para mí», ajuma el narrador de esta novela, consciente de sus problemas para sentirse «contemporáneo del presente». Y no es extraño que así sea, pues el mundo que le ha tocado vivir es un mundo hecho de renunciadas, miserias y, sobre todo, de hipocresía. El mundo de una burguesía acomodada, en plena postguerra, que trata de negar su mala conciencia con obras de beatería y vagas llamadas a la solidaridad entre clases. Ese es el mundo al que vuelve el narrador de esta novela diez años después de los sucesos que han marcado su vida. Vuelve al lugar donde se fraguó la tragedia, y se reencuentra con ese pasado que no puede abandonar. Un pasado que, encarnado en la figura de sus dos primas, Nuria y Montse, todavía sigue teniendo para él una rara capacidad de fascinación, pues está hecho de esa «materia tierna y vehemente» que envuelve «las heroicas quimeras de la mocedad». Vuelve, en definitiva, a un tiempo de adviento. «La vida tenía una extraña cualidad de adviento», afirmará al comienzo de su evocación de ese mundo perdido, situándose en la estela de esos grandes personajes fitzgeraldianos con los que el mundo novelístico de Marsé tiene, en mi opinión, tanto que ver. Su desilusión personal, su sentimiento de que el arrojado juvenil es lo mejor del hombre, y su mensaje moral de energía despilarrada y de necesaria responsabilidad, son su inequívoca respuesta al inundo sofocante, sin salidas de la España de la postguerra. Los personajes de Marsé son seres fronterizos, que sobreviven en los márgenes de un mundo de flirteos y de ansiedad económica, y que finalmente serán destruidos por aquellos a los que tratan de imitar, cuya inmoralidad es superior a la suya. Y sin embargo, y esto es lo extraño, el mundo de Marsé siempre tiene una rara cualidad de adviento. Como si la verdadera búsqueda de ese arte de la evocación, que es para él el arte del novelista, no fuera sino hacer visible a los otros la luz y el brillo del mundo. Señalar, como quería Joyce, el lugar de la epifanía.

Y ciertamente, no era un tiempo propicio para asistir a ninguna epifanía. La oscura historia de la prima Montse (1970), es la cuarta novela de Marsé. La inmediatamente posterior a la novela que le da la fama y el prestigio, Últimas tardes con Teresa (1966), y la novela con que entra en definitiva posesión de su mundo desarraigado, que, como bien ha visto Antonio Vilanova, entronca con el universo desencantado de Pío Baroja, y su visión ferozmente pesimista y negativa de las realidades sociales.

La novela española entra por entonces en una época desencantada y amarga, en que el autor ya no se limita a dar testimonio de lo que ve, sino que juzga y exige responsabilidades. Dialoga con el mundo, y lo critica con ferocidad. Es la época de novelas como Tiempo de silencio, Reivindicación del conde don Julián, o de Cinco horas con Mario. Un tipo de novela en que se supera el objetivismo meramente testimonial de los años anteriores y se ofrece una sátira feroz del poder y de la inautenticidad.

Pero nada de esto agota a un novelista como Marsé, cuyos personajes suelen moverse por un mundo destruido, enfermo, repleto de podredumbre, pero a los que un aura romántica afín les hace buscar ese breve gesto luminoso que les permita hacer retroceder el tiempo hacia un nuevo comienzo. A ese tiempo en que hubo otra vida posible, más allá de la que fatalmente se vieron condenados a soportar. Un tiempo, al que tal vez no se pueda volver, pues no es posible regresar al pasado, pero que siguiera dotado de poderes redentores.

Pues bien, a ese tiempo perdido y a los bellos sueños desvanecidos que en él tuvieron lugar, pertenecen los dos personajes femeninos de esta hermosa y trágica novela, Nuria y su hermana Montse. Ambas se mueven en un mundo burgués que recuerda el decorado de un cuento. Pero mientras que Nuria es la encarnación de cierta femineidad suntuosa, llena de volátiles promesas; Montse, renuncia a ese fondo de almenas y dragones para transformarse, tal vez sin pretenderlo, en una muchacha real. Una muchacha que entrega sus grandes ojos negros alucinados y su corazón palpitante de sueños a los «miserables enfermos, presidiarios sin entrañas y huérfanos de profesión», que se agrupan en las puertas de su palacio. Era, afirma el narrador, como si en lugar de vivir soñara. Hasta crear con la sola fuerza de su obstinación, algo parecido a un orden nuevo. Un orden semejante a un Belén, pues también habrá un ángel oscuro, enviado del mundo del suburbio, y un embarazo tan inesperado como disruptor. Aunque al final todo resulte un estrepitoso fracaso.

Varios años después, Juan Marsé daría vida, en Ronda del Guinardó (1984) a un personaje femenino, Rosita, que se mueve en ese mundo degradado y siniestro como pez en el agua. Su sabiduría callejera, rapiñadora y valiente, es la que habría necesitado la protagonista de La oscura historia de la prima Montse para sobrevivir al lado de su presidiario. Y sin

embargo, ambas han recibido el don extraño de la pureza. Una pureza que las permitirá mantenerse expectantes y vivas en medio de la adversidad. Ronda del Guinardó termina con una frase que no me resisto a citar. Alguien ha regalado a Rosita una paloma muerta, a la que han quitado la cabeza, y ella, después dudar si debe corrérsela, decide tirarla a una cloaca, donde se hunde con las alas desplegadas, remedando la ingravidez de un vuelo. «Rosita entró en el sombrío zaguán de la Casa silbando por oírse silbar, todavía con pelusilla de plumón en los dedos, los calcetines bailando en los tobillos y la Moreneta en la cadera».

Hay un momento en La oscura historia de la prima Montse en que asistimos a un momento semejante. El narrador evoca su último encuentro con su prima, que ya anda viviendo con el presidiario, y de pronto recuerda su airosa falda gris bajo la que asomaban «con decisión de vida sus rodillas desnudas, enternecidas por el sol y el aire del mar». En ese vuelo extraño, luminoso, que es a la vez el vuelo de una falda y el de una paloma sin cabeza, está resumido el mundo novelístico de Marsé Y su potencia redentora. Es eso lo que sentiremos al terminar de leer La oscura historia de la prima Montse. No importa su terrible y doloroso final. Montse pertenece a esa clase de personajes, tan queridos por nuestro novelista, que deforma inexplicable, cuando se despiden de nosotros lo hacen con los dedos llenos de plumas. Ese plumón, ese calcetín o esa falda que tiembla sobre los tobillos o las rodillas de una muchacha, renovando al hacerlo todas las promesas febriles de la vida, nombran, aunque sólo sea por un momento, el lugar de la epifanía. El dulce y doloroso tiempo de adviento. El tiempo, en definitiva, de esas novelas que, como todas las de Juan Marsé, una vez leídas nos acompañarán para siempre al vivir.

Juan Marsé

La oscura historia de la prima Montse

Detrás de la fachada

Capítulo 1

El verano pasado, el viejo chalet de tía Isabel fue condenado al derribo. Cercado por rugientes excavadoras y piquetas, aquel jardín que el desnivel de la calle siempre le mostró en un prestigioso equilibrio sobre la avenida Virgen de Montserrat, al ser ésta ampliada quedó repentinamente como un balcón vetusto y fantasmal colgado en el vacío, derramando un pasado de aromas pútridos y anticuados ornamentos florales, soltando tierra y residuos de agua sucia por las heridas de sus flancos. Grandes montones de tierra rojiza se acumulaban alrededor de la señorial torre, que aún no había sido tocada: seguía en pie su arrogante silueta, su apariencia feliz y ejemplar. Pero dentro, en una de sus vacías estancias de altísimo techo, sólo quedaba una gran cama revuelta, una raqueta de tenis agujereada y libros apilados en el suelo. Fachada, he aquí lo único que les quedaba a los Claramunt.

Era un caluroso sábado del mes de julio. Mientras al otro lado de la pared las excavadoras se afanaban escarbando la tierra con un zumbido rencoroso, gimiendo en los repechos, nosotros, dos voces susurrantes extraviadas en el tiempo, dos evocaciones dispares que pugnaban inútilmente por confluir en la misma conformidad, yacíamos en la cama bajo la penumbra fosforescente donde flotaban ligeras gasas rosadas, persistente desazón de polvo que se filtraba por las ventanas y que nos cubría -no podía dejar de pensarlo- como una mortaja que alguien (una adolescente prostituida por la miseria y el abandono, dijo una voz, por su propia inclinación al mal, dijo la otra; una muchacha de malignos ojos de ceniza y vestida con una corta bata blanca, que nos observaba en cuclillas desde el borde de un campo de baloncesto) había empezado a tejer para nuestros cuerpos diez años atrás. Se me ocurrió de pronto, al pensar en este borroso personaje que Nuria evocaba a mi lado con voz resentida, si no habría regresado después de ocho años de ausencia para caer nuevamente en una ratonera. Y rodando como un tronco sobre la cama alcancé la tibia espalda de mi prima, procurando sin conseguirlo atraer su atención sobre los libros apilados en el suelo, que señalé con el dedo como si acusara la presencia de alguna alimaña: torcidos pilares de volúmenes, tenebrosas materias esquinadas, una confusa armazón de títulos metálicos, tintineantes, vernáculos: «Encícliques, homilies, discursos; al·locucions. Instruccions i decrets dels organismes postconciliars i de les Sagrades Congregacions. Selecció de pastorals de bisbes nacionals i estrangers. Documents i declaracions d'entitats i de personalitats significades dins l'Església.» Una finísima capa de polvo los cubría.

La habitación era amplia, inhóspita, de paredes desnudas, de agazapadas resonancias. Sensación de intemperie inminente. Había sido el salón, pero durante la mudanza ella hizo meter la vieja cama de la abuela, lo único que pensaba quedarse. En el centro del techo pendía un cable eléctrico, un triste nervio retorcido que alimentó una lámpara refulgente. En el suelo, en medio de un sembrado de colillas, una botella de whisky y dos vasos, cerca de la ancha cama, enorme, altísima, parecía un altar, con celestial cabecera de ángeles trompeteros y viejos aromas nupciales, colcha escarlata derramando generosamente sus pliegues a ambos lados y sábanas de cegadora nieve. Ni un mueble quedaba, ni una silla, ni un cuadro. Jamás hubo nada mío en la torre de mis tíos, pero ahora tenía la sensación de que la mudanza se me había llevado algo muy personal: todavía hoy -me dijo la voz, rescatándome por un momento de aquel mar de ceniza de las pupilas de la muchacha fijadas en mí-, pegando el oído a estas paredes, a su hermético silencio, podrías quizá percibir el rumor vernáculo y nasal, el bilingüe murmullo claramuntiano que acompañó al escándalo. Todavía me gusta imaginar que cuando empecé a intimar con la prima Nuria yo era un perro asalariado de sensibles orejas. Y que cuando ella se vio obligada, según ciertos estatutos de clase no por invisibles menos vigentes, a definirse en el matrimonio si de verdad quería definirse como mujer (no como cualquier mujer, sino como mujer de su clase, que es en la única clase donde ella podía realizarse con verdadera emoción y sentido), yo había ya aprendido a hallar la relación entre ciertas emociones y ciertos intereses: para ello me bastó un año de trabajar y amar junto a los Claramunt. Luego había de dejarlo todo y me iría a engrosar las melancólicas y tenebrosas filas de emigrantes españoles que barren los suelos de Europa. Persiste en mí, desde entonces, una entrañable y maligna condición de pariente pobre que sólo lamenta

no haber sabido en su día comprender a la prima Montse, hermana de Nuria, criatura desvalida y mórbida destinada a vivir con todas sus consecuencias uno de los mitos más sarcásticos que pudrieron el mundo. Con veinte años, madurando sueños de dicha y de fortuna a la sombra de la rama familiar más florida, me divertía burlándome de Montse y de su inefable concepto de la vida, que ella expresaba a través de una complicada y feliz maraña de obras de apostolado. En una familia católica cuya proyección futura reposa tradicionalmente en los hijos varones, una conducta como la mía había de despertar apreciaciones abstractas que tienen cierto interés como ejemplo de estrategia moral en función de una clase: no fui acusado de ser la causa indirecta de la desgracia de Montse, secundando y alentando sus insensatos amores con un presidiario, sino -según una triple definición de mi tío que todavía hoy me sobrecoge- de provinciano ambicioso, de resentido y de desagradecido. Sólo después del desastre, al renunciar a mi empleo para exiliarme, tío Luis, haciendo un esfuerzo mental tan sobrehumano que casi le costó una apoplejía, consiguió llamarme amoral y asocial.

Sin embargo, hoy puedo afirmar sin miedo a equivocarme que todo lo que hay de asocia; en mí se debe a que vivo en una sociedad asocia;: lo poco que hubo de solidario y civilizado en mi primera juventud se lo debo por entero al trato con los cuerpos desnudos y a cuanto hay en ellos de hospitalario, a un poco de alcohol y a cierta natural y obsesiva predisposición a lamentar no sé qué tiempo perdido o no sé qué bello sueño desvanecido.

-... y fue ella, aquella mosquita muerta -concluyó también la otra voz, a mi lado.

-Sabes que no.

Salté de la cama y distraídamente me acerqué a la ventana, deslizándome como en sueños entre jirones de polvo, ondulantes praderas rojas que flotaban inmóviles a la altura de mi pecho. Al otro lado de la ventana, las grandes bocas melladas de acero hurgaban en las cálidas entrañas del jardín.

-Poco te va a durar el refugio -dije-. ¿Qué harán en el solar?

-Pisos, supongo -respondió Nuria sin interés-. No sé, Salva se ocupa de eso, él y su inmobiliaria. Compró el solar vecino y ya están de obras.

A la derecha se levantaba una clínica, ya casi terminada. El pequeño chalet quedaría aprisionado entre dos bloques, acurrucado y sombrío.

-Estas torres, sin jardín, no tienen sentido, ¿no crees? -dijo ella-. ¿Te imaginas nuestro porche, tan cursilón, abocado a la acera e indefenso, a un palmo de los coches?

-No me parece tan mal.

-Además, nadie ha vivido aquí desde que murió papá. Y a mí nunca me gustó... -Hizo una pausa para luego añadir, pero con su otra voz, aquella que seguía sosteniendo otro diálogo conmigo-: A quien le gustaba era a Montse.

Guardé silencio esta vez, y escruté el jardín y la calle por las rendijas de la persiana: más allá de la brigada de obreros, a lo largo de todo el flanco de la avenida, ruinas.

-A veces vengo a pasar la noche -añadió Nuria-, cuando quiero estar sola.

Pero la segunda voz no cesaba: antiguas y memorables defensas ya han caído, sí, y ahora se ofrecen a los ojos de automovilistas y peatones las dulces intimidades de vuestro ocio floral. Cuánta conversación muerta tras las verjas y las tapias derribadas. Sorprende la ordenada, geométrica ilusión de paraíso que anidó un día aquí, en estos jardines disimulados a escasos metros del peligroso asfalto. Palmeras, cenadores, gloriets, surtidores e íntimos senderos, todo aquello que ayer mismo todavía los muros prudentemente altos y las verjas con su enroscada exaltación de enredadera o jazmín ocultaban al paseante, y que la piqueta y la excavadora se apresuran a dejar al desnudo. En algún umbroso y fragante rincón de esta isla, hoy yerma, desventrada y maloliente, nació el tierno equívoco, la llama feliz que abrasó a mi prima. Avanza riendo la monstruosa boca mellada de la excavadora, como si lo supiera, devorando un pasado de perfumes untuosos y pútridos, signos olvidados, gestos y palabras cuyo uso ya nadie es capaz de explicar. La arteria ciudadana se ensancha orgullosamente, su caudal rodado y veloz fluye ahora confiado en doble dirección y no tardará en devorar las márgenes contemplativas y silenciosas donde anidaron pájaros y rumor de aguas cristalinas. Árboles abatidos, arrancados de raíz, tierra removida, parterres de flores pisoteados, quebrantados esqueletos de galerías y cenadores a lo largo de la calle. Sólo a ciertas palmeras particularmente majestuosas se les reservará quién sabe qué improvisada y nueva función urbanística junto al asfalto. Pero lo que más me choca es esto: donde tía Isabel y sus amigas parroquiales tomaban ayer el té sentadas en sillones de mimbre, rememorando sabias esencias y solemnidades de estolas, encajes y capas pluviales, mañana pasarán raudos automóviles.

-No reconocerías a mamá -oí que decía Nuria-. ¿Quieres otro trago? Se pasa los días sentada en su sillón, mirando el mar. Toma, es un caldo, aquí no tengo hielo.

-Bueno. -Me aparté de la ventana, cogí la raqueta de tenis y la examiné-. ¿Qué hora tenemos?

-Temprano. La conferencia es a las siete y media, nos quedan más de dos horas.

Bebía su whisky caliente a pequeños sorbos, arrugando el ceño, los párpados pesados, sin levantar la cabeza de la almohada. Todavía probamos un rato más con la voz que teníamos más a mano, la que nos tranquilizaba:

-¿Te acuerdas -elijo ella- de aquella verbena en el club de tenis, hace años?

-Fue tu brillante puesta de largo -dije blandiendo la raqueta, naturalmente sin estilo-. Tu noche triunfal.

-Tú también te divertiste.

-¿Yo?

Sentado rígidamente al borde de la pista iluminada, frío y anodino, sin pasado y sin futuro, embutido en un smoking de alquiler, Paco J. Bodegas observa con una falsa indiferencia a las jóvenes y ardientes parejas que evolucionan bajo la cegadora luz de los focos... Y finalmente, por una asociación de ideas, fue esa voz la que se impuso:

-No es eso -dije-. Pensaba otra vez, es curioso, en aquella muchacha del barrio del Carmelo que convenció a tu hermana...

Nuria apoyó el codo en la almohada y me miró fijamente antes de beber un trago. Luego habló en un tono excesivamente banal:

-Aquel mal bicho, querrás decir.

-Pobrecilla, si apenas hablaba.

-Sólo recuerdo sus ojos. Una cosa abyecta. Toda aquella gran complicación la trajo ella, siempre lo dije.

-Hablas como tu madre. -Me eché a reír-. Una vez le oí decir: esta criatura ha sido el instrumento del diablo.

Palabra.

-De eso no sé. Pero todo empezó por su culpa...

O así lo acordó en su día la convención familiar, el sobrenatural patrocinio que los Claramunt dispensan todavía a la memoria de Montse basándose en un remoto testimonio de Nuria, en su conciencia nebulosa, herida y pésimamente dotada para el análisis.

Las señoritas visitadoras

Capítulo 2

Es una muchacha de rostro gatuno y mirada turbia. Un día, repentinamente, surgirá de las sombras del barrio, de su transpiración nocturna y maloliente, de su misma secreción estival y promiscua: igual podría ser del Guinardó que de Casa Baró o del Carmelo, nadie lo sabe, jamás ha sido vista en la parroquia. Ha venido caminando entre rocas y maleza, por la colina, desde algún cálido repliegue poblado de barracas, y durante un rato observa a distancia, desde la puerta de la tapia de la calle, la zona de recreo que se abre ante ella, el solar junto a la iglesia donde las aspirantes juegan al baloncesto. Luego entra y se queda muy quietecita y formal, en cuclillas y con la espalda contra la tapia, en la orilla polvorienta del campo de juego. Viste una bata blanca con bolsillos y lleva en las manos, apretándola al pecho con recogimiento o fervor, como si llevara el viático, una vieja caja de zapatos cuidadosamente atada con cordeles.

El balón ha llegado rodando hasta sus pies, perseguido por una excitada y jadeante jugadora de la JOC, y ella lo pateando facilitando a la jocista su recogida, y empieza: «Por favor, las señoritas...», pero apenas se la entiende, su voz es pura ronquera, malsana. Las aspirantes, en el terreno de juego, reclaman la pelota a su compañera. Ésta se agacha para atarse los cordones de las bambas al tiempo que observa las mechas rubias, enmarañadas y sucias de la desconocida, que ahora se incorpora y pone el pie sobre el balón: «Quiero ver a las señoritas visitadoras». En torno a sus rodillas maduras, descaradas, agresivas, sin edad y sin inocencia, ya no de muchacha, sino de mujerzuela, vuelan inquietos insectos nocturnos agobiados de calor. La immaculada aspirante Nuria Claramunt recupera la pelota de un tirón. La desconocida sonríe maliciosamente: «¿Te has comido la lengua, beata?». Casi niña y misteriosa, viene de un burgo alegremente apestando y remoto, como un mensajero. Y la señorita aspirante, asustada, aparta los ojos sin responder, se incorpora con el balón en las manos y se aleja corriendo hacia el centro del campo, donde sus compañeras la increpan: «¡Corre, qué esperas, que esto no es un partido de tenis, señoritinga!», y todas la insultan, chillan y se rien. La entrenadora suplente, con el silbato en la boca, ordena silencio y se reanuda el juego. Es un partido de entrenamiento con vistas al torneo diocesano, un caluroso día de septiembre, al anochecer. Hay dos focos, todavía apagados, en el muro lateral de la iglesia, y los vestuarios, una barraquita pintada de azul, al pie del campanario. Una brisa suave teje y desteje finísimos velos de polvo, alas grises que planean en pos de las jugadoras. Suena el silbato y los chillidos de las aspirantes se elevan en el aire. Escurrizado, el balón de color terroso se confunde con las sombras de la noche perseguido por un ciempiés convulso y vociferante: juveniles y floridos ramos de brazos, manos, trenzas, piernas y faldas entre nubes de polvo. Nuria Claramunt, con la blusa flotando, las piernas abiertas y firmes en tierra, sigue expectante la jugada mordiéndose la lengua: la pelota rebota en la anilla del cesto, una compañera la recoge al botepronto, ella bate palmas desesperadamente para que se la pase, está en buena posición para el enceste, pero la otra sonríe y le saca la lengua, y se desplaza hacia un terreno menos favorable con perjuicio para su equipo, sólo para fastidiar a la Claramunt. Todas corren tras ella mientras Nuria se relaja, se agacha. «¡Estúpidas!», maldice en voz baja, patalea, completamente sola e impotente bajo la cesta contraria. Luego ellas vuelven, pero evitan pasarle el balón, y en los choques cuerpo a cuerpo ella se lleva siempre la peor parte: las robustas aspirantes del barrio cargan con fuerza, rodilla por delante, la hacen caer y luego corren que se las pelan. «¡Señoritiiiiinga, señoritiiiiinga!», entona entre dientes una murciana que vive en una barraca de Francisco Alegre, y otra añade, viéndola en el suelo: «Te está bien empleado, por bailarina, por jugar al tenis». Ella se lamenta, «No hay derecho -ala entrenadora suplente-: me tienen rabia sólo porque voy al Club La Salud...». «No digas tonterías, mal pensada. Y levántate, mira cómo llevas la blusa... ¿Qué quería esa chica?» «No sé, no se la entiende. Éstas son todas igual, huelen a sobaco, ¿usted no lo nota?, barraqueras, golfas y analfabetas.» «No digas eso, ser pobre no es ningún pecado. Anda, a jugar.» «Me borraré del equipo, señorita.» Se descuelga un murciélago de lo alto del campanario,

luego remonta el vuelo y desaparece por encima de la tapia, hacia la calle. La desconocida espera una pausa en el juego para acercarse a la entrenadora. Las líneas de cal medio borradas y ondulantes, que señalan los límites del campo de juego, no pueden ya precisarse al oscurecer, ni las compañeras tampoco: las blusitas rojas y las faldas pantalón azules, los victoriosos colores del equipo, se sumergen en una niebla gris cada vez más espesa. La señorita entrenadora suplente ordena que una de las aspirantes vaya a encender los focos y la orden es acogida con vivas y aplausos, bien por la señorita, «silencio, niñas, que hay vísperas en' la capilla y reunión en el Centro», y entonces la luz rasga la neblina rojiza que transpira el campo y rescata a la desconocida de las sombras: sigue inmóvil al borde del campo, manos cruzadas sobre el paquetito. Nuria Claramunt salta varias veces ante una gorda adversaria que está en poder de la pelota, mueve los brazos abiertos arriba y abajo, no la deja tirar, la gorda lo intenta y pierde el balón, Nuria se hace con él y se desmarca, se aleja, corre hacia el poste, se ríe, salta blandiendo una rodilla tostada que luce una hermosa mancha de mercromina y acompaña el balón con las manos hasta el mismo aro, por encima de las demás jugadoras, y lo introduce limpiamente en la red. Entonces, en vez de retroceder, se acerca a ella con los brazos en jarras: «¿Te gustaría jugar, entrar en el equipo? ¿Cómo te llamas?» Ella observa las evoluciones de las aspirantas en torno al balón. El juego se interrumpe: falta Nuria, el silbato la reclama, todas protestan, esta presumida, la Claramunt, quién va a ser, la distinguida, que ahora le da por ir al Club de Tenis La Salud, sólo porque en su casa son ricos, y sale con que ya no le gusta el básquet y que la borren del equipo, qué se habrá creído... Los ojos de la charneguita chispean: «Dónde puedo hablar con las señoritas visitadoras?» «Tienes que dar la vuelta a la iglesia -el brazo de Nuria hace un gesto vago-, por la calle», resopla, el sudor pesa en sus cejas. La otra la mira con desconfianza, y, bajo la luz de los focos, sus pómulos hinchados, rencorosos, emiten un fluido casi sonoro. El silbato reclama la presencia de Nuria en el centro del campo, el juego prosigue. Cada encesto culmina con una jubilosa explosión de chillidos, abrazos y felicitaciones. La entrenadora suplente sigue el juego de cerca con sus torcidas piernas de musculadas pantorrillas, autoritaria, marimacha, ahora interrumpe el partido, reúne a las chicas a su alrededor: «Tú, Carmela, no quieras encestar desde tan lejos, y tú cuidado con hacer pasos, siempre lo mismo, y tú, Nuria, abróchate la blusa y recógete el pelo, que pareces una gitana. Anda -y palmea su mejilla-, que eres la mayor y debes dar ejemplo.» «¡Pero si son ellas! ¡Mire esta señal!» y Nuria se levanta la falda, la entrenadora le dice que se comporte y le baja la falda, su mano ha sido tan rápida que ha sobrecogido a la muchacha. Las demás, jadeantes y sudorosas, miran de reojo a la charneguita, su paciencia y su tristeza, aquel aire suyo de haber jugado mucho con chicos: indefensa prisionera de alguna banda de *trinxas* del barrio, parece haberse dejado hacer algo a cambio de su libertad. Ahora la ven avanzar por el campo. «Mire, señorita, ya viene ésa.» Pero se reanuda el partido y ella se para, indecisa, siempre con la caja apretada al pecho. Entonces consiguen lesionar seriamente a Nuria, está sentada en el suelo con el codo ensangrentado y una pierna rígida. «¡Envidiosas tiñosas!», grita la Claramunt. La entrenadora se arrodilla a su lado y le ata un pañuelo al codo. «La pierna es lo que más me duele», gime Nuria. Se forma un corro, hay risitas y burlas. El pecho de la lesionada se agita bajo la blusita mientras la entrenadora suplente le aplica masajes en la pierna. «¡Cómo duele, señorita!» La desconocida aprovecha para acercarse tímidamente, despacio. La Claramunt apoya las manos en el suelo y echa la cabeza hacia atrás, la lacia cabellera suelta («Miradla, la presumida, se creerá que está en la piscina tomando el sol», murmura una aspirante de la Font del Cuento) y gimiendo de dolor, luego se ríe: «Me hace cosquillas, señorita.» «Dónde te duele, más arriba, aquí...?» La gorda advierte: «Ya está aquí», y todas se vuelven y la ven balanceándose un poco sobre sus blancos zapatos de tacón escandalosamente alto para su edad. Entre comentarios malignos de las chicas, las suaves manos frotan lentamente, concienzudamente, los muslos duros y largos de la pequeña Claramunt, tan bronceada y mimada. Ahora, detrás de la charneguita, el polvillo se abate suavemente en el suelo, exhausto, pero bajo la luz de los focos persiste el vuelo de los insectos que provienen de las charcas del descampado. Plantada ante la entrenadora suplente, parece hipnotizada. Bueno, ¿qué quería, no le habían indicado ya el camino?, ¿por quién preguntaba?, las señoritas visitadoras tenían reunión, pero podía esperar si quería. La entrenadora le indica dónde, sin mirarla, sus ojos y sus manos no se apartan de la piel tostada, la fina pelambre como de melocotón sobre la que aplica masajes y cachetes. Bueno, ¿era sorda, o qué?, dar la vuelta por la calle y al otro lado de la iglesia vería el letrado, Centro Parroquial, en letras azules sobre una puerta, la sala de ping-pong, que preguntara a los chicos, no tengas miedo, aquí no nos comemos a nadie... Nuria gime débilmente. La desconocida aparta los ojos de las rápidas manos y con aire resuelto da media vuelta y se va, siempre abrazada a su caja de zapatos. «¿Qué llevará en esa caja, señorita?» «Dejadla en paz. ¿No veis que no conoce a nadie, pobrecilla? Sois peor que la peste, teníais que acabar haciéndole daño a Nuria...» Indiferentes, sofocadas, abanicándose con las manos o con el escote de la blusa, la siguen con los ojos hasta verla salir a la calle por la pequeña puerta de madera. Pasará frente a la iglesia: voces de viejas elevándose hacia la Virgen misericordiosa. Alcanzará el Centro: peligrosas fieras enjauladas, los desarrapados del barrio jugando en las mesas de ping-pong, una sala estrecha y larga como un túnel con un teatrillo al fondo, a telón

caído. El griterío es ensordecedor cuando ella entra. Se acerca a la mesa donde juegan dos aspirantes: el vaivén de la blanca pelotita, ca-tic, ca-tac, retiene su atención un rato, parece tonta o muy tímida, allí de pie con la caja de zapatos apretada al pecho. Pero bruscamente, con un gesto como de represalia, retiene por el brazo a un aspirante que pasa junto a ella corriendo: «¿Dónde puedo ver a las señoritas visitadoras?» «Ahí dentro. Suelta», y, cabeza rapada y en ella costras como grandes moscas verdes, brillantes, su dedo tiñoso señala una puerta de cristales ciegos que comunica con una salita. Junto a la puerta hay un largo banco de iglesia donde los aspirantes más pequeños aguardan inútilmente su turno para jugar; los mayores acaparan las mesas durante horas, nunca respetan el turno. Los pequeños no se resignan: chillan, insultan, planean venganzas, se lo dirán al mosén. Acaban peleándose entre sí, esgrimen raquetas forradas de corcho o de goma picada, rojas y azules y verdes. Hay carreras veloces, alaridos, trompazos, revolcones. Uno tropieza con la muchacha al pasar corriendo, otro se le planta delante: «¿Qué buscas tú aquí, chavala? Las mesas son nuestras, hoy nos toca a los chicos, las chavalas al básquet». La intrusa se encoge de hombros y se aparta de la mesa. En el escenario, sobre la concha del apuntador, está sentado un magro y alicaído golfillo del Carmelo que se abanica con una raqueta de roídos bordes; ella le conoce, se le acerca: «*Pelailla*, ¿sabes si tardarán mucho?», y señala con la cabeza la puerta de cristales. Él hace un gesto desganado: «¿Las beatas? Cualquiera sabe. Tienen reunión. ¿Qué haces tú por aquí, *jeringa*?». Pero ella ya dio media vuelta, observa las paredes: banderines deportivos de Centros y Congregaciones, el periódico mural, carteles anunciando reuniones, excursiones, retiros y ejercicios espirituales, campeonatos de ping-pong y de baloncesto temporada 1957-1958. Se para ante un armario de cristales mohosos y lleno de trofeos, estandartes y pendones. Luego se sienta en el banco de madera, con los pequeños, en el extremo que roza la puerta y a través de la cual, si pega la oreja al cristal esmerilado, a pesar del griterío de los chicos podrá oír una voz afable, susurrante y de anciano llegándole como desde un pozo: «... más que dar, daos a las almas. El lenguaje del corazón, de la bondad, de la comprensión, de la verdadera caridad, os lo entenderán en todas partes. Estudiad las conveniencias y costumbres del lugar donde vayáis destinadas y acomodaos a las mismas. No seáis extrañas a las necesidades del mundo ni del pueblo que os rodea...».

Desde las lámparas que penden sobre las mesas de ping-pong le llega una difusa luz verde que le hace cerrar los ojos. A su lado lloriquea un pequeñín, le han quitado la raqueta. «¿Es el primer día que vienes?», le pregunta un aspirante que ya lleva el pantalón largo. Y otro: «¿Quieres jugar?» Ella menea la cabeza. Su corta bata blanca atrae las miradas de los mayores, que, repentinamente excitados y locuaces, han dejado de acaparar las mesas y se pasean inquietos ante ella, se empujan, rien, cuchichean. Los pequeños aprovechan la ocasión para invadir las mesas, juegan de prisa, con desespero, lanzando temerosas miradas por encima del hombro. El ritmo del ca-tic ca-tac se quiebra ahora con más frecuencia, las pelotas ruedan bajo el banco y su recuperación se hace laboriosa, provoca peleas, insultos, pequeñas guerras dedicadas a ella: las rodillas redondas y pálidas, esos zapatos de tacón alto, está buena la chavala, ¿quién es?, no sé pero está cachonda... Sigue la mansa voz al otro lado del cristal: «... auténticas atletas de Dios que vieron coronar triunfalmente un maratón espiritual cuando llegó su mayoría de edad con el Decreto de aprobación como Instituto Secular...». Sobre el banco, a su lado, pelean dos niños estrechamente enlazados, inmóviles, agarrotados por una rabia sorda, sin fuerzas y sin aliento, sin gritar, porque aquí han aprendido a pelear sin gritos: de todo lo que ha visto hasta ahora, esto es lo que más sorprende a la chica. Luego se cansan y se separan. Entonces los mayores los golpean con sus raquetas, incitándoles a enzarzarse de nuevo. «*Xavas, us farem la vaca*», les dicen pero mirándola a ella, y otro aspirante de cabeza rapada añade: «Cataláng cagá, que te han futú y no te han gagá». «... la Institución, diáfana, clara, transparente a pesar de los malintencionados de turno que quisieron en su día negarle el pan y la sal, tuvo la gran virtud de anticiparse incluso a la *Provida Mater Ecclesia* en una labor nueva y originalísima de proselitismo y atracción del pueblo llano y sencillo, pues no olvidemos que las Operarias Parroquiales y las Visitadoras no llevan hábito, visten de seglar y están a las órdenes inmediatas del párroco...». En el Centro aparece ahora un hombre joven que camina a grandes zancadas y con una cartera de mano, sonrío, mira a las fieras sin detenerse, bate palmas: «*Nois, nois*, que tenemos reunión»; es la suya una mirada que planea impaciente sobre las sucias cabecitas, sobre los nikis agujereados de mangas mordisqueadas, sobre las botas destrozadas, y su voz es gangosa, ritual, gregoriana, cruza la sala en dirección a la puerta de cristales, los aspirantes le acosan: «Señor Vilella, tenemos que decirle una cosa», son los más pequeños. También ella se ha levantado, pero ya él abre la puerta, de dentro sale la voz amable con un chorro de luz macilenta: «Luego, chicos, luego. Ahora no puedo», se disculpa Vilella, y cierra tras él. La puerta, mal cerrada, permite ver a la señorita Montse sentada con las demás: escucha en actitud respetuosa pero quizá aburrida, los brazos cruzados, las rodillas juntas. Alguien cierra del todo y la muchacha vuelve a sentarse con el paquete en la falda, se reanuda el juego en las mesas y el griterío. Un nuevo aspirante se acerca golpeándose el muslo con la raqueta, lleva pantalón corto aunque es el mayor de todos. «¿A quién esperas, a Salva?», y ella, nada. «A las señoritas, idiota, ¿no oíste? -aclaro otro que viste camiseta y botas de futbolista. Mirando a la

muchacha, añade:- Tú pregunta por la señorita Montse, es esa que lleva un clavel en el pelo. Es la más simpática y la más buena. ¿Ves esta camiseta del Baria que llevo?, pues ella le sacó a su padre, el señor Claramunt, un equipo completo para nosotros, con botas y medias y balón y todo.» «Sí -dice el otro-, pero si no llega a ser por Salva aquí no habría equipo, chaval.» «Tú tranquila, tú pregunta por la señorita Montse, no seas tonta, yo sé lo que me digo. ¿Qué llevas ahí, en esa caja? -Ella hace un gesto esquivo protegiendo su caja; el chico insiste: Pregunta por ella. Las otras son unas beatorras y tienen mal genio.» «Y más feas que la madre que las inventó.» «No seas malhablado, tú, que se lo digo al mosén.» «Chivato, más que chivato. ¡He dicho inventó!» «¡Parió, has dicho!», y el empujón, y la réplica adecuada, y los dos enzarzados rodando por el suelo. La muchacha aparta los ojos de ellos, junta las rodillas, tira del borde de la falda y acomoda el paquete sobre su regazo con las manos correctamente cruzadas encima. Se instala en un nido de astucia y paciencia suburbanas: podéis mataros. Entran dos monaguillos con el roquete por encima de la cabeza, haciendo el payaso, cargan con un banco de madera para llevarlo a la iglesia y se van mirándola por encima del hombro, tropezando y canturreando «Rubia oxigenada, rubia oxigenada...» . Con un trotecillo apresurado la pelota de celuloide viene a adorar sus pies perseguida por dos aspirantes que se echan de bruces al suelo, debajo del banco. El más rápido se hace con la pelota, se levanta, sonrío con malicia: «¿Sabes qué dice éste? -Y éste le da un empujón-: Dice que son de color rosa», y los dos escapan corriendo. Y ella ni un parpadeo, nada. «... apostolado entre niños de los parvularios y guarderías, centros para obreros y estudiantes, ancianos, enfermos y presos sin familia, y en chozas de suburbio o ambientes selectos de parroquias urbanas, siempre en estrecha colaboración con la Asistente Social y la joven Divulgadora, incluso en la universidad si hace falta, estar siempre interesadas por el bien ajeno, sembrando serenidad y paz en los hogares, tan faltos de ellas como vemos en nuestros contactos directos con familias de todas clases...» .

El mosaico retumba bajo el trote veloz de la señorita entrenadora suplente, que no quiere perderse el final de la homilía. .Empuja la puerta cuando ya otra voz, más recia, ha tomado el relevo y serpentea persuasivamente largos interrogantes: «¿Y cómo deben obrar las Visitadoras en un ambiente hostil? En primer lugar adquiriendo información, noticia clara y genérica de las posibles y distintas necesidades, y resolviendo a continuación aquellas que están a su alcance. -Es el joven de zancada larga y segura que entró con una cartera de mano, ella reconoce la voz-. ¿Y qué proyección social encierra esta misión? Pues en primer lugar hay que elevar la experiencia, dificultades y características de los problemas con que hay que enfrentarse, a un nivel coordinador, estadístico y de control. Los tiempos exigen planificar, utilicemos las armas del enemigo, y ahora me dirijo muy especialmente, pidiendo perdón por haber llegado tarde, como siempre (risas), a las caras nuevas que hoy veo en la Comisión: ¿cómo captarse a un preso orgulloso de su soledad, amargado?, me preguntaba nuestra compañera Montse el otro día. Pues interesándonos por lo que a él le interesa, por sus preocupaciones, compartiendo sus sufrimientos y logrando serle útil, en una palabra, y termino, procurando ser más humanos». Ruido de sillas desplazándose, conversaciones mezcladas que suben de tono, la puerta se abre. Son quince o veinte señoritas animosas, locuaces, con carpetas y lápices en la mano. El primero en salir es el mosén, a cuya sotana se lanzan de cabeza los aspirantes más pequeños: «¡Mosén, mosén, no nos dejan jugar, los mayores no nos dejan jugar!», y el viejecito, lento, ventruado, arrastrando ruidosamente los grandes e invisibles zapatones bajo la sotana raída, camina rígido y hasta parece ir sobre ocultas ruedecitas mientras ofrece a uno y otro la dulce sonrisa y el dorso de la mano: «Bueno, bueno, no os peleéis, uno después de otro, las mesas son para todos». «¡Pero ellos no nos dejan, mosén, y nos pegan!» El buen párroco se vuelve y mira severamente a los mayores, su mano se alza como para bendecir pero la expresión de su rostro es inequívoca: «¡Fuera! -y un fulgor terrible se asoma a sus ojos cansados-, ¡fuera de las mesas! ¡Ahora toca a los pequeños! ¡No se os puede dejar solos ni un minuto!». Los pequeños saltan de alegría, de pronto el viejo mosén abate la cabeza gravemente, pensativo; y se dispone a salir del Centro. Ella ya está de pie y corre hacia él, pero los niños le tienen todavía cercado e impiden que llegue hasta su blanca mano. Entonces se vuelve, mira hacia la puerta de cristales y ve salir otra extraña procesión, convulsa, apresurada; son damas de cierta edad y Salva Vilella con dos señores bajitos y calvos que atienden gentilmente su parloteo; hay una alegría contagiosa y suaves emanaciones de bondad que irradian los semblantes de las señoras mientras atienden las enrevesadas peticiones de justicia que claman los niños expulsados de las mesas de ping-pong, llamadas urgentes a su autoridad para que se restablezca el equilibrio, el antiguo orden, el derecho a jugar por riguroso turno. Las señoritas visitadoras, antes de irse, les conceden la razón. Pero pese a su buena voluntad, que no quiere espacios entre niveles altos y niveles bajos, tras ellas queda el desacuerdo de siempre estableciendo secretas corrientes de rencor: los niños aspirantes reniegan de ellas a espaldas suyas, y viendo que todo es inútil, que su petición ha sido considerada pero no atendida, acumulan energías para intentar nuevamente el asalto a las mesas y ganarlas por la fuerza. De momento, mientras mascullan sordas maldiciones contra el enemigo, observan a la tímida desconocida que ahora se acerca a la señorita Montse, que, como es la cajera, siempre se queda un rato haciendo números en la sala de reuniones. Es un local con estanterías de libros y archivos, en el centro una larga mesa y un crucifi-

jo y en la pared un gran retrato del Papa Juan, pendones marianos en un rincón y muchas sillas, ahora vacías, guardando su aire respetuoso, una posición semicircular y auditiva en torno a la mesa. En una de las sillas extremas, la señorita Montse, sola, acodada a la mesa, escribe en una libreta. Lleva el pelo recogido en un moño y se adorna con un clavel rojo. La chica llega hasta ella y se para, la mira en silencio, luego deposita el paquete sobre la mesa. La señorita levanta la cabeza y sonríe:

-Hola, hola, ¿quién es esta chica tan bonita?

Le indica que se acerque más. En la sala de juegos, los aspirantes ven salir a los últimos miembros de la reunión y ya rodean las mesas disponiéndose al asalto.

-¿Eres de la parroquia?

-No, señorita.

Y acto seguido, sin apartar los ojos de la caja de zapatos, de su boca dura y agresiva brotan palabras atropelladas: ¿podría la señorita hacer llegar este paquete a alguien que está en la cárcel y que nadie va a ver, ni ella, porque ella prefiere no volver a verle nunca más...? Ha oído decir que las señoritas de la parroquia también se ocupan de los presos.

-¿Qué hay en el paquete?

-Comida.

-¿Es pariente tuyo? -Ahora la chica mira con desconfianza-. No temas nada, te ayudaremos. ¿Es un pariente?

-No, señorita.

La señorita Montse le dice que se siente, que se tranquilice, se hará lo que se pueda. Ella no quiere sentarse, tiene prisa.

—Tenemos que saber por qué está preso y cómo se llama -dice la señorita, siempre sonriente. La muchacha titubea, la señorita saca una agenda del bolso, la abre. En la sala de juegos aumentan el griterío y la violencia, un niño llora-. Veamos. ¿No tiene familia, dices que nadie ha ido a verle?

-Nadie, señorita.

Montse Claramunt toma nota. Ella se acerca más, mira por encima del hombro de la señorita y responde a sus preguntas en voz baja y de prisa: «Por ladrón, señorita, por eso está allí». El niño llora a lágrima viva, ahora le atiende una aspirante del equipo de baloncesto. Nuria Claramunt entra en la sala de reuniones a la patacoja, sostenida por la entrenadora suplente y una compañera, que la sientan en una silla. «No es nada», dice para tranquilizar a su hermana. La señorita Montse se inclina de nuevo sobre la agenda, mueve el bolígrafo con rapidez.

-¿Cómo se llama?

La interrogada se vuelca sobre su hombro y murmura un nombre en voz baja. Fuera, los aspirantes mayores ya han copado nuevamente todas las mesas, los pequeños protestan, aparece una jocista con el niño que llora: «Ha sido ese grandullón de Fernando», dice, y la señorita entrenadora ordena que lo traigan a su presencia.

-Iremos a verle, no tengas cuidado. Ahora necesito saber su número de galería y de celda -dice la señorita Montse.

-Eso no lo sé.

El aspirante agresor entra remolón arrugando la nariz, y la entrenadora le reprende severamente.

-¿Cuándo irán a verle, señorita? No le digan que es de parte mía...

-¿Y eso por qué, guapa?

Un cachete, no muy fuerte, pero persiste aquel aire impertinente en la nariz: «La culpa ha sido suya, él ha empezado», y en este momento el agresor cambia una mirada fugaz con la desconocida, un secreto intercambio de fatigas y humillaciones. Mientras, la señorita Montse quiere saber si la muchacha volverá por aquí:

-Supongo que te gustará tener noticias tuyas, saber cómo está. -¿Quién irá a verle? Me gustaría que fuese usted, señorita.

Montse sonríe.

-Vete tranquila, hija.

Pero los ojos de ceniza de la chica permanecen fijos en los suyos durante un rato. Luego asiente con la cabeza, por vez primera la desconocida parece sonreír, y finalmente da una brusca media vuelta y se va. Mientras reprenden al aspirante agresor, el otro, el aspirante agredido, de pie en el umbral observa la escena y sonríe satisfecho. «Con éstos no hay nada que hacer -comenta con desesperanza la señorita entrenadora suplente-, es perder el tiempo.»

Hagamos el amor, hagamos la guerra

Capítulo 3

Había cesado el ruido de las excavadoras y se oían las voces de los obreros despidiéndose entre sí. Desde hacía mucho rato el sol caliente se colaba entre las rendijas de las persianas; eran listones de luz horizontales que encendían el polvo, cada vez más, hasta que de pronto, como por efecto de una chispa, toda la habitación fue un gran incendio rosado y fosforescente.

-Pues no -dijo Nuria meneando la cabeza-. No ocurrió exactamente como dices. Primero que tú mal podías conocer la parroquia, todavía no vivías en Barcelona. Y luego, siempre que hablas de mi hermana te dicta la mala conciencia, se te cambia hasta la voz. -Se sentó en la cama, pensativa, abrazada a sus rodillas y con el vaso en la mano-. Sería tranquilizador, lo comprendo, pero no puedes darle la vuelta al pasado como si fuese un calcetín. Lo que pasa es que tú ves las cosas a tu modo.

-Por supuesto.

-Pues es un curioso modo de ver las cosas, Paco. Lo que no viste lo suples con la imaginación. No juegas limpio.

-¿Y si te digo que mi imaginación me merece más crédito que la piadosa versión de tu familia?

-¿Incluida yo?

-Incluida tú, bonita.

Se abalanzó sobre mí riendo. Era el miedo: notaba mis desesperados esfuerzos por transformar el repugnante pasado, por modificarlo de algún modo, por convertirlo en una experiencia distinta a aquella que inevitablemente seguiría siendo si nos resignábamos. Tal vez por ello, más tarde, insistió en que debíamos ir a la conferencia que daba su marido aquella noche. «Verás qué divertido», dijo, saltando de la cama, y empezó a vestirse con la misma urgencia que ponía al rehuir mis preguntas.

-¿Cómo pueden dos hermanas -dije- educadas en los mismos sagrados preceptos, ser tan distintas?

-Hablemos de otra cosa, ¿quieres?

-Vale. Pásame los cigarrillos.

-No comprendo tu interés, después de tanto tiempo...

-Vale, vale. Hablemos de otra cosa. Los cigarrillos...

Mientras ella se vestía me entretuve curioseando los libros apilados en el suelo. Había una carpeta llena de recortes de periódico, algunos artículos firmados por Salvador Vilella con párrafos subrayados en lápiz rojo. La lectura de estos párrafos, de lenguaje esotérico y estilo suntuoso, me confirmó una vez más la existencia de aquellas alas y aquellas garras que ya habían adquirido las ansias expansionistas de Salva.

Desde el coche, al irnos, miré por última vez el jardín: era como el casco de un barco varado, muerto, recostado sobre la calle e invadido por la arena. Aprovechando que Nuria conducía con los cinco sentidos aferrados al volante (había bebido bastante), revisé mi delicada situación presente. ¿Qué me había traído a esta ciudad después de tan larga ausencia? Una desgana mezcla de razones profesionales y sentimentales: gestionar unos permisos de rodaje para la productora francesa donde trabajo y ver a Nuria para calibrar de cerca su decisión, tantas veces postergada, de irse a vivir conmigo a París. Entonces, ¿por qué al llegar dejé pasar cuatro días sin ponerme en contacto con ella? Creo que mi temor se debía no tanto a las consecuencias que mi decisión pudiera acarrear en el futuro como este nuevo enfrentamiento con el pasado que Nuria y su ambiente me proponían aquí. Y esto lo supe desde el primer momento, desde que subí al avión en Orly, casualmente detrás de un hermoso ejemplar de canónigo viajero, elegante, solemne, preconiliar, arrogantemente envuelto en su negra capa satinada y muy sensible al prestigio de la piedra pastoral: el recuerdo de aquel verano del año sesenta me esperaba agazapado para clavarme una vez más la doble zarpa del análisis y el reproche.

Nada más llegar al aeropuerto del Prat y verme reflejado en el cristal de un escaparate, me envolvió una famil-

iar oleada de calor, de vasta y grosera combustión física, la inmensa olla donde se cuece en público cierto loado incivismo chulesco, una acumulación de desplantes, de verbalismo vulgar y adocenamiento expresivo, como si de golpe el tiempo vivido en París y el tierno y laborioso cambio que se había operado en mí (me gusta suponerlo: más reposado y gentil, más desapasionado, más cívico) se esfumara entre viejos y conocidos vapores nacionales. En medio de una quebradiza profusión de toritos negros de trapo, manolas y Quijotes para turistas, el cristal del escaparate me devolvió, al pasar, la imagen borrosa de un hombre de 27 años, alto, de ojos azules fatigados y hombros encogidos, deslizándose no muy borracho todavía pero torvamente y con la misma zancada larga, sibilina, intrigante y palaciega (zancada de subalterno) que tantas veces, años atrás, reflejaron los grandes y severos espejos de la torre de la avenida Virgen de Montserrat.

El sentido práctico, tan apreciado por los Claramunt (y que yo no he heredado, como tantas otras cosas), hubiese querido que al llegar me alojara en casa de alguno de mis tíos y que utilizara para mis gestiones la influencia de Salvador Vilella, que ahora ocupaba un cargo importante en la Diputación. Pero eso habría sido tanto como hurgar en viejas heridas. El papeleo, el laberinto de audiencias y consultas en el Ayuntamiento y en la Diputación, en cuyos salones queríamos rodar varias escenas, me ocupó los primeros días, alternando estas gestiones con la localización de exteriores en Montjuich. Rumiaba la forma de conectar con Nuria sin que el resto de la familia se enterara, pero sin mucha convicción: en realidad, lo que me apetecía era esperar a reunirnos en París a mediados de septiembre, tal como habíamos quedado, y decidir allí. Pero al tercer día, sábado, a eso de las once de la mañana, cuando yacía en la cama del hotel hojeando el periódico (no me quedaba ya nada que hacer, excepto esperar los permisos de rodaje), recibí inesperadamente una llamada telefónica de Salvador Vilella. Fue muy desagradable reconocer su voz, y más aún oír lo que dijo: después de darme la bienvenida y reñirme cariñosamente por no avisar de mi llegada, me invitaba a almorzar con él en su casa.

-Tengo un montón de cosas que hacer esta tarde -decía su voz en un embudo remoto, sordo- y por la noche salgo hacia Madrid, pero tenemos tiempo de charlar... Nuria está en Sitges con la niña y la abuela...

Carraspeó. Yo no tenía ningún interés en verle y tartajeé una disculpa: regresaba a París mañana mismo y aún me quedaban varias cosas que hacer. Pero él ya estaba enterado (¿cómo me habría localizado, si no?) de mis gestiones en la Diputación y del tiempo que me retendrían en Barcelona: «No me vengas con excusas, Paquito, sé que no tendrás resueltos tus asuntos hasta el lunes. Decidido: pasarás el fin de semana con nosotros. Dentro de media hora vengo a recogerte al hotel». Le dije que no, que realmente no podía, que tenía otros planes, pero él insistió hasta encontrar la turbia solución: dijo que habían surgido ciertas dificultades en los trámites de los permisos de rodaje. «No creo que tenga importancia -dijo-. Me ocuparé personalmente, pero necesito que me des unos datos sobre esta película... Francesa, ¿no?» Afilé los dientes: «No es inmoral, reverendo». Oí su risa: «No me refiero a eso, hombre. Quieren saber si se respetará el patrimonio artístico. La última vez que dimos entrada a gente del cine, dejaron el mobiliario perdido. Sois unos salvajes». «Está bien, como quieras -dije, ya cansado-. Pero no hace falta que vengas, dime dónde vives...»

En el bar del hotel bebí un poco para entonarme y una hora después, en Pedralbes, bajaba del taxi frente a la casa del matrimonio Vilella: un chalet sorprendente bajo el sol, con fachadas en zigzag, bloques sobrepuestos y blancos, como terrones de azúcar en medio del verde césped. Hacía mucho calor. Salva me esperaba en lo alto del porche enfundado en un albornoz azul y calzado con zapatillas de baño. La curiosidad me dominaba. Me había procurado algo que provocara, ya de entrada, aquel espíritu de indulgencia plenaria que él gustaba siempre de hacer gala: un escandaloso Playboy doblado bajo el brazo y con la belleza mensual a doble plana bien visible. Resultó una gansada totalmente ineficaz y, lo que es peor, de otra época: mi sarcástico reloj de cuco se había parado en el año sesenta. Me esperaban no pocas sorpresas al respecto, pero todavía hoy me gusta imaginar que mi llegada al hogar de Vilella tuvo algo de clamorosa subida al ring: toda la luz de todos los focos coincidía sobre mí y todos los pronósticos estaban a mi favor -mías eran la bolsa y la hermosa rubia-. Es más: cierto vengativo refinamiento oriental se había ya mezclado con el whisky al subir los escalones del porche y al tenderle la mano a Vilella: me habría gustado algo así como verme de pronto vestido de maléfico mandarín chino, convertido en siniestro y sonriente Fu-Manchú rodeado de fieles dakois que al conjuro de mis palmadas se abalanzaran sobre los incautos que osaran cruzarse en mi camino y poder decir a modo de saludo aquello de: Mi querido Salvador Smith, volvemos a encontrarnos en circunstancias poco favorables para usted.

-De puro milagro me he enterado que estabas en Barcelona -dijo Salva palmeándome la espalda-. Hombre, podías avisar, ni que fueses un extraño.

Traía en la cara cierta contrariedad y su-voz carecía de aquel tono entusiasta que mostró al invitarme por teléfono. Yo no tardaría en saber por qué: Nuria estaba en casa, se había presentado inesperadamente.

-Tenéis una bonita torre -dije.

-Lo bueno es el sitio.

Había cambiado bastante: parecía un hombre de cuarenta años, aunque no podía tener más de treinta y tres, ahora usaba gafas de montura metálica y había engordado. Pero conservaba en el rostro moreno, de facciones duras, aquella sana disposición al excursionismo y a la escalada matutina que tanto amó y promocionó, una sonrisa blanca y fresca de vencedor de picos inaccesibles y helados y algo como un rocío en su pelo a cepillo; se distinguía aún en su complexión atlética, qué empezaba a desmoronarse, una serena cualidad mitad vegetal mitad mineral que cuanto más se esforzaba por mostrarse humana -consejero y guía de juventud, catequista ferviente que fue- más cruel resultaba.

Tras él, en lo alto del porche, apareció la joven malmaridada: blusa de alto cuello estremecido y pantalones negros, muy tostada por el sol, el pelo cortado como un chico y lleno de reflejos rojizos y dorados. Muy seria, los brazos en jarras, las piernas abiertas, firmes los pies desnudos en el último escalón, parecía un pirata adolescente y adorable contemplando la tempestad (que se avecinaba, no me cabía la menor duda) desde la proa de su velero.

-Hola, prima. ¿No estabas en Sitges?

-Acabo de llegar. ¿Qué tal?

Y mientras Salva observaba con verdadero terror la maniobra del taxi, que al hacer marcha atrás para dar la vuelta metió la rueda trasera en un macizo de violetas, yo escalaba, respetuoso y encorvado, hacia la mejilla ladeada de mi prima para estampar en ella un fraterno y ruidoso beso.

-¿Qué se propone? -deslicé al oído de Nuria.

Sobre el ruido del taxi alejándose, la voz contrariada de Salvador: «*Macu, home, macu!*», chasqueando la lengua al dirigirse a ver de cerca el estropicio. «Perdona un momento, Paco», dijo. Ella se había colgado de mi brazo y tiraba de mí.

-No esperaba verte hasta el mes que viene -dijo con su voz pastosa, baja, mientras pasábamos a una galería lateral, encarada a la ciudad. Nos sentamos en sillones de mimbre, ante una mesita con bebidas. El luminoso mediodía, el azul abismado del cielo, la altura y el silencio, acaso la elegancia felina y aventurera de mi prima, puso una música de baile de debutantes en mi pobre corazón de Claramunt bastardo. A unos veinte metros, en medio del césped, junto a dos hamacas y no lejos de la casilla del hermoso dalmata, varios farolillos colgados en las ramas de un tilo alumbraban todavía, con una luz neurótica, el espectro de una reunión nocturna. A lo lejos, en la carretera, una larga caravana de coches abandonaba la ciudad.

-Un sitio espléndido, sí señor -observé, mientras Nuria, recogida en su sillón, me miraba fijamente, como un gato. Evoqué fugazmente nuestro primer encuentro en París, lloviendo: un gatito mojado y tiritando con su impermeable amarillo en la puerta de mi apartamento, inmóvil, sin decidirse a entrar, en su dulce axila un libro primerizo de la Sagan y en sus ojos una llamada de auxilio: harta. de sinsabores y bagatelas en un chalet de Pedralbes, ha llegado por fin, se ha desnudado, se ha confesado, se ha ofrecido...

—No te esperaba -repitió-. ¿Cuándo llegaste?

-El trabajo...

-¿Qué quieres beber?

-Lo que tengas más a mano. No parece alegrarte mucho de verme.

Nuria sonrió enigmáticamente:

-Pues llegas muy a tiempo, de veras. Creo que iba a cometer un disparate. -Se inclinó sobre el cubo del hielo, solícita, y agarró un puñado de cubitos. Yo meditaba acerca de la peligrosa combinación de ensueños que siempre flotaba en torno a sus párpados vencidos, en el juego lento de sus manos y en su voz monótona, un anhelante flujo o latido de secretas arterias solicitando dulces conexiones-. No vengo de Sitges, como cree Salva -aclaró- Estaba en el Club.

Vigorosos tenistas de prietos flancos y muñeca vendada se dirigen lentamente a la ducha, esbeltos bajo el sol limón, raqueta al hombro, toalla al cuello, brazo dorado rodeando la frágil cintura de Nuria. Tenemos que hablar de este *passing shot*, Nuri, te veré en la piscina, te espero. Tersos muslos mojados de infantil nadadora mariposista...

-Parece que él no te esperaba -le dije.

-¿Quién? ¿Salva?

-Sí.

-Quería hablarte a solas, supongo. Pedirte consejo. -Volvió a sonreír, ahora despectivamente-. El matrimonio se le va de las manos, por fin se ha dado cuenta. Pero no te inquietes, creo que no piensa en ti.

-No estoy de acuerdo.

-Entonces, ¿cómo has aceptado su invitación?

-Ya conoces mi debilidad por las situaciones extremas. En este sentido, veo que el país no ha cambiado nada,

sigue siendo una pura insensatez. *Bon, laissons tomber. Comment ça va, ta vie sexuelle?*

Me lanzó una triste mirada de reproche al ofrecerme el vaso, y volvió a ovillarse en su sillón y a observarme detenidamente.

-Tenemos mucho de que hablar.

Segundo viaje a París, otoño, distracciones para la joven malmaridada: comprarás por fin ese disco de Boris Vian, ese libro de Marcuse, y caminarás, corazón triste, impermeable al tiempo, por bulevares grises, aceras resbaladizas, bajo la llovizna, hacia horizontes urbanos color de rata. *Petite souris, je t'attendais*. Impermeable a la cursilería idiomática.

Entonces Salvador se reunió con nosotros, disculpándose, recordándome su mucho quehacer y el poco tiempo de que disponía: a las cuatro debía estar en Sabadell, regresar a las siete para pronunciar una conferencia, y a las once en el aeropuerto para salir hacia Madrid.

-No te importa que adelantemos un poco el almuerzo, ¿verdad? -Bebió un sorbo de su vaso, sin sentarse, paseando como enjaulado: evidentemente estaba contrariado por la presencia de Nuria y deseaba una nueva oportunidad para hablarme a solas-. Pero haremos una cosa: esta noche te vienes a la conferencia y luego cenamos juntos. ¿De acuerdo? Caray, has envejecido, pareces muy cansado. Tienes que contarme tu vida en París.

-Ciudad de pecado -entoné, y él se rió con su gruesa risa de vaca mansa, ecuménica. En este momento Nuria se levantó: «Perdonad un momento», y entró en la casa. Enseguida la oímos hablar por teléfono a través de la ventana que daba al salón, lo hizo sin tomar precauciones (ni por su marido ni por mí) y sin el menor recato: preguntó por alguien, un nombre que me sonaba, vagamente relacionado con el tenis: Gilbert o Puigvert, y al no encontrarle pidió se le pasara el recado de que no asistiría a su fiesta de esta noche, que se ausentaba de Barcelona por algún tiempo y que no volviera a llamarla... Mientras, Salvador paseaba ante mí con el vaso en la mano y los ojos insistentemente fijos en los míos, buscando con urgencia (yo rehuía esa mirada de cornudo, pero me daba cuenta) una especie de mutuo entendimiento o de complicidad, como si con ello quisiera decirme: ¿lo ves, lo ves cómo nos traiciona? Pero nada dijo. Ella regresó enseguida y se habló del tiempo, del calor. Al segundo whisky Salva había ido a vestirse para comer y mi prima me hablaba de la familia:

-La niña la tengo en Sitges, con tía Eulalia y los chicos de Pilar. Mamá también está allí. Nunca te perdonaré que no vinieras cuando murió papá.

-Tío Luis se fue derechito al cielo, no me necesitaba.

-Déjate de bromas, por favor.

Al decir esto se levantó bruscamente, y entonces me di cuenta de lo nerviosa que estaba. Sus manos temblaban mientras intentaba preparar otro whisky, no sé para quién. Dejó todo y se volvió de espaldas violentamente, abrazándose los hombros.

-Tranquilízate -le dije-. ¿Sabe que vas a dejarle o no?

-Lo teme desde hace tiempo, que es peor.

-Díselo.

-No puedo.

La memoria lo es todo para mí. Tanto recuerdas, tanto vales. Memoria y fuego renovados, el reencuentro en el destierro: cinco días en un apartamento, Rívoli-Pont Neuf; las olorosas cercanías de Les Halles. Curiosa coincidencia: también aquí, mientras ama valerosamente una Claramunt, mientras su orgasmo destruye y reconstruye fugazmente la realidad, venciendo por un breve instante al desdén y a la muerte, cargan y descargan cajas de frutas y verduras a escasos metros, en la calle. Muy de mañana, cuando ya dejó de vibrar en las viejas paredes empapeladas la luz intermitente de los anuncios, dos monjitas parlanchinas regatean en la acera el precio de las manzanas que se llevarán al asilo en su furgoneta...

-¿Quieres que le hable yo? -le pregunté.

-De ningún modo -respondió rápido-. No. Dame un poco más de tiempo. Cuando regrese de Madrid, el lunes.

Paseó en torno a mí, con los brazos cruzados y los ojos bajos. Sus hombros se estremecieron, y, repentinamente, su aire juvenil e intrépido, que yo adoraba, se esfumó. No pensaba encontrarla tan desquiciada. Por un momento creí que iba a echarse a llorar y me alarmé cuando la oí murmurar «no puedo más», dándome la espalda, «te juro que no puedo más...».

Se encamina lentamente hacia la ventana, desnuda, y se vuelve para mirarme. Tras ella y los empañados cristales, sobre la oscura fachada de la Samaritaine, llueve. Me dice: me gustaría quedarme a vivir contigo. En cierto modo yo no le respondí hasta su siguiente viaje, un año después: pero ahora tienes un hijo. Es una niña, contestó con una sonrisa triste, ausente.

La doncella anunció que el almuerzo estaba servido y Nuria recompuso su expresión.

La idea de almorzar juntos, idea que debido a las circunstancias había que calificar de disparate, terminó sien-

do el mal trago que temía. Y no por lo que se habló en la mesa, sino por lo que se calló. Salva se mostró simpático a su manera, prodigó atenciones y se interesó por mi trabajo. ¿Qué tal te entiendes con esos franceses? Bien, me *debrullo*, son tratables, carecen de mala uva. ¿En qué consistía exactamente mi trabajo? ¿Estaba detrás de las cámaras o delante, con los famosos y las famosas? Detrás, yo siempre detrás. Y con el tonillo familiar de las catequesis para jóvenes, él: mejor para ti, créeme, mucho mejor. Y yo: te equivocas, ni delante ni detrás se está moralmente a salvo, si te refieres a eso. Me refiero a que es una postura más inteligente, aclaró él, yo no entiendo de cine. Y me miró con un punto de sarcasmo en los ojos. Le expliqué que soy ayudante de dirección, aunque lo que me había traído ahora a Barcelona era algo que más bien correspondía al equipo de producción; me delegaban a mí por ser español, pensaban que me desenvolvería mejor que ellos. Por cierto -añadí-, me temo que les voy a defraudar. ¿Qué dificultades son ésas que me has dicho? Si crees que te vamos a estropear los tapices...

-No te preocupes -cortó él-, déjalo de mi cuenta. El lunes tendrás los permisos en regla. Hablemos de ti, hombre, no nos veíamos desde hace años, desde lo de la pobre Montse...

Nuria, que presidía la mesa (una mesa larga, interminable, en uno de cuyos extremos nos habíamos refugiado los tres), no me ayudaba, comía en silencio y con los ojos bajos. Se había sentado con un vaso de whisky, y ahora su marido, mientras me dirigía una distraída mirada y una pregunta («¿Y cómo te metiste en eso del cine, Paco?») utilizándola para distraer mi atención y al mismo tiempo para atenuar la grosería que estaba cometiendo, alcanzó el vaso de Nuria y lo apartó, dejándolo fuera de su alcance.

-Removí viejas amistades de Conchi -dije.

Entonces mi prima hizo algo increíble con la mayor naturalidad: se levantó, alcanzó de nuevo *el* vaso y, allí mismo, de *pie* junto a su marido (que parecía tener dificultades con el filete o con *el* cuchillo) se bebió lenta y concienzudamente hasta la última gota de whisky. Y volvió a sentarse sin decir palabra, siempre con los ojos bajos. Salva examinaba con aire de desaprobación el filo de su cuchillo, cuando, como si el comportamiento de Nuria hubiese sido la señal esperada, empezó conmigo el intercambio de ironías:

-No deja de ser medianamente asombroso y hasta admirable -entonó gregorianamente el reverendo Vilella con *clergyman*, riendo- que un andaluz triunfe en París en tan poco tiempo y nada menos que en el cine, algo tan extraño a la naturaleza de nuestras pasiones o virtudes.

-No menos extraño -entonó el reverendo Bodegas, con sotana pero una cuarta más alto- que el hecho de que el catequista oscuramente parroquial y suburbano que fuiste tú ocupe hoy, y en menos tiempo, un cargo en la Diputación y se codee con el cardenal Acquaviva. Debe de ser una prueba del desarrollo del país. En mí no es tan raro, hay antecedentes en la familia: ya sabes que Conchi fue *script*.

Cuando dejó de reír, Vilella confesó que apenas iba al cine, que no tenía tiempo. Era evidente que la conversación le interesaba cada vez menos: la presencia de Nuria le impedía plantear lo que deseaba, aquello por lo que sin duda me había invitado. Nuria bebía mucho vino y no disimulaba su aburrimiento y su malestar. Yo temía que a base de indirectas la comida degenerase en una especie de merendola llena de indiscreciones, locuacidad y broma gruesa. Así tuve conciencia, por segunda vez, de hallarme en mi país: la banalidad, ese tónico maravilloso, nos aterraba a los tres.

-Enseguida encontré trabajo -expliqué-. Primero me ayudó un director medio francés medio argentino que fue amigo de Conchi, pero luego conocí a una *script* muy relacionada y eso me abrió las puertas...

-Esta nunca ha sabido contarme lo que haces -dijo él señalando a Nuria-. Cuando vuelve de sus viajes no hay quien le saque una palabra. ¿Qué tal se porta por allá?

Pude oír un suspiro de mi prima. Mientras, la doncella revoloteaba en torno a nosotros con una perfecta expresión de desprecio o repugnancia, como si algo oliera mal en la mesa.

-Oh, ya puedes figurarte -dije-. Recorre tiendas, compra libros y trapitos... Un día fue a verme trabajar en Boulogne. Se divirtió mucho. ¿Verdad, prima?

-Sí. Fue muy divertido.

-¿Y qué clase de películas haces? -dijo Salva.

-Me avergüenza decirlo. Porquerías francesas, cine inmoral, ya sabes: chicas en combinación y con liguero, camisones cortos y transparentes, mucha cama, etcétera. Vosotros no podéis verlo todavía.

La doncella, al retirar mi plato, me rozó la nariz.

-No creas -dijo Salva europeamente-, ahora pasan cada una... Hace poco pude ver *Viridiana* en una sesión especial con coloquio organizado por sacerdotes. Las cosas han cambiado mucho por aquí, y cambiarán mucho más, ya lo verás. ¿No has probado esta mostaza? Es francesa.

Y europeando sobre la mesa, su mano posibilista y vernácula alcanzó la transpirenaica y democrática *moutarde*.

-¿*Viridiana* has dicho? -exclamé-. Insensatos. ¿Adónde queréis ir a parar?

-Venga ya, Paquito -amonestó zumbón-, que te atribuyes funciones demoníacas que nunca has ejercido. Ya he visto que te exhibes con el *Playboy*, por ejemplo. ¿A quién pretendes asustar?

Se echó a reír de buena gana. No se había apagado el eco de su risa cuando, al mirar casualmente el velador, cerca de la ventana, vi, junto con otras revistas (entre las que destacaban *Serra d'Or* y *Cuadernos para el Diálogo*) varios ejemplares del *Playboy*. Tal vez era cosa de Nuria y ni siquiera contaba con su aprobación, pero para el caso es lo mismo: me miraba con sus ojos sonriendo amodorrados tras las gafas, mientras masticaba la comida despacio, calibrando satisfecho mi sorpresa y mi eterno provincianismo: *touché*. Paquito, dépassé por el ex catequista.

Seguidamente habló de cómo le absorbían ya los asuntos de la fábrica y su trabajo en la Diputación (un cargo confusamente cultural), además de la sagrada causa pro-lengua vernácula escarnecida, con sustanciosos y misteriosos intereses editoriales d'Aportació Catalana, y, sobre todo, de aquella actividad que más le enorgullecía: la de conferenciante. Refiriéndose al ciclo de conferencias cuyo tema general: «Las actividades económicas y la Iglesia en el mundo moderno», o algo así, fue propuesto por él, se extendió largamente sobre la última disertación que había hecho, «Ateísmo y economía marxista: su historicidad y su superación», o algo así. Muy poco preparada, confesó, le había faltado tiempo para documentarse, pero...

-Por cierto, me salió ajustada a la línea del Concilio... Oye, tienes que venir esta noche. Luego cenaremos juntos, antes de irme al aeropuerto. Unos cuantos periodistas y amigos me han preparado algo, no es una cena-homenaje, no te asustes, aunque nos darán de comer, supongo. ¿Qué planes tienes para esta tarde?

Nuria intervino repentinamente:

-Dice que le gustaría hacer una visita a la torre.

-Pues has llegado a tiempo -dijo Vilella. Y mirando a Nuria-: A propósito, esta vez no te olvides de traerme los libros.

-Bueno.

-Oye, ¿cuál es la línea del Concilio? -pregunté con retraso.

Salvador Vilella pareció asombrarse de mi lentitud mental. Luego sonrió, sin que de momento se dignara contestar.

-Ya sabes, el diálogo, la convivencia, el *aggiornamento* -murmuró sin ganas-. Pásamela fruta, ¿quieres?

-Cruel ironía la del destino dije-. Recuerdo que a Montse la llamabais borrega y tonta por situarse hace ocho años en esa línea que ahora, precisamente, los nuevos vientos ecuménicos os recomiendan.

-La pobre Montse sufrió una prueba para la que no estaba preparada -dijo gravemente-. Las cosas a su tiempo, Paco.

Le pasé la fruta y le hice el favor de cambiar de tema.

El cuchillo entre los dientes

Capítulo 4

Había visitado otros presos anteriormente, pero nunca fue una labor rutinaria. Quizá todavía hoy; no pocas señoritas parroquiales cruzan alegres y braceando el patio de entrada de la cárcel Modelo como ella lo hizo ese día: con la secreta esperanza de ser recreada, renovada.

Lleva los negros cabellos peinados hacia atrás con extraña violencia, diríase con ensañamiento o enojo, y recogidos en un moño. Blusa color beige, falda plisada, zapatos planos y el enorme bolso de larga correa colgado al hombro. Camina decidida entre veinte mujeres apresuradas y vociferantes, flanqueada por dos gitanas que se contonean al airoso ritmo de sus caderas, con claveles en el pelo y la canela de un sol carcelario en la cara. Ha sonado el timbre y corren hacia la puerta de hierro y cristal, una joven pregunta: «¿Es nuestro turno?», y ella se vuelve y asiente, sonríe en medio de su feliz deslumbramiento: se siente arropada, en olor de multitud, y avanza solidaria, anónima y confiada. El grupo de mujeres se abalanza sobre la puerta, algunas llevan niños de la mano, siguen por un pasillo hasta otra puerta, y todavía otro pasillo donde las voces de las gitanas dominan todas las demás. La joven Amaya embarazada sufre un traspié, se apoya en el hombro de Montse, enseña los blancos dientes al sonreír: «¡Huy, que me caigo!», y su puño moreno y flaco emite una música: un diminuto transistor. «Hace mucho tiempo que no la veíamos por aquí, guapa», añade. Montse rodea su cintura con el brazo y avanzan juntas, le dice: «Tampoco a ti se te ve por la parroquia, sólo a tus niños.» Remotas voces perdiéndose en las galerías, en la cara un viento caliente, espeso, que recorre los pasillos. Los semblantes se ponen tensos de impaciencia, alguien empieza a correr. Una mujer de cuarenta años, vestida de luto, rubia, con un acusado malhumor en su hermosa cara muy maquillada, se para de espaldas a la pared para ajustarse el zapato y mira a Montse con un aire estúpido en sus ojos claros, helados. «Oiga, esta galería ¿no será la de presos políticos?» «No...», empieza Montse, pero su amiga la gitana interviene con una risa metálica, vibrante: «¡Chorizos y carteristas, vida mía!» Se unen de nuevo al grupo y la gitana añade: «¿Qué dice su papelito, guapa?» «Galería número cuatro», lee la rubia. «Pues aquí es.» Entran en el locutorio atropellándose y oyen las llamadas de los hombres como en el interior de un túnel. Con los ojos cegados todavía por la luz exterior, todas se abalanzan a la reja, tras la cual las caras de los presos se confunden con la penumbra. Ellos, sombras inquietas, se desplazan con los brazos en cruz, permutan sus puestos arrastrando el pecho y las manos a lo largo de la reja y gritan nombres de mujer mirando al vacío como ciegos, Rosa, María, Carmela, chiquilla, mujer, aquí, aquí. Los dedos engarfiados en la reja, hombres y mujeres se buscan, se encuentran, se reconocen. Luego, una brusca inmovilidad se apodera de los cuerpos alineados, parece que estén abrevando o confesándose.

La galería tiene a ambos lados doble reja, separadas entre sí por casi dos metros, de manera que queda un amplio pasillo entre los presos y las visitas, un pasillo por el que se pasea el «gorila» arriba y abajo, y cuyos tímpanos deben de ser insensibles: hay que hablar a gritos para hacerse oír, nunca se sabe quién empieza a chillar obligando a los demás a hacer lo mismo.

Montse ha entrado la última, los ojos muy abiertos, la mano en el pecho, y camina a lo largo de la reja. No le conoce, pero cree distinguirla (es el único que no habla con nadie) en un extremo del locutorio, solo, un poco distanciado de la reja, como si temiera ser objeto de una broma pesada al verse aquí, donde jamás ha venido nadie a visitarle. El preso tiene las manos en los bolsillos, una actitud perezosa, desconfiada. Lleva un uniforme muy nuevo, la cabeza rapada. Sonriendo, Montse se acerca a la reja y ocupa su puesto entre las gitanas. Él, a su vez, se aproxima mirándola fijamente. Entonces Montse se acerca más, se agarra a la reja con los dedos y pega en ella la boca. La conversación es en voz alta, prácticamente gritando.

-Soy amiga de alguien que le conoce, de la parroquia... ¿Cómo está? ¿Recibió nuestra carta? No hemos podido venir antes. Primero fuimos a ver a su cuñada, la pobre anda todo el día con los críos, le dan mucha guerra... Pero estuvo muy atable. No ha sido fácil conseguir que nos permitan visitarle, ya sabe que sólo dejan entrar a la

familia... Buceo, ¿cómo está? Le hemos traído un paquetito con algo de comer y unos libros... ¡Uf!, qué calor hace, ¿no? No se preocupe si de momento no viene a verle su familia, tienen mucho trabajo, y con los niños figúrese...

Habla sin parar: no busca el diálogo, no lo espera nunca en la primera visita. Él permanece en silencio, en la media luz, pero su actitud es atenta y respetuosa. En medio de su fluido, afectuoso monólogo, ella distingue aquellos ojos que la escrutan con un leve fulgor inmóvil y acuoso. No esperaba que fuese tan joven y tan apagado: con su silencio y su cabeza rapada parece recoger una pálida luz astral en medio de la noche, todo él tiene una cualidad de planeta muerto.

-¿Quién es usted? -dice por fin-. ¿Quién la envía?

-Una persona que le conoce. El otro día...

-No la oigo, hable más alto.

-¡Digo que el otro día vino al Centro una persona que le conoce y le aprecia mucho! Una chica. No quiso decirme su nombre. El paquete de comida es suyo. Nosotras también le hemos puesto unas cositas... ¿Necesita algo especial?

Él guarda silencio, los ojos fijos en ella. Sus manos escalan la reja, suavemente, y quedan a la altura de su rostro.

-¿Por qué hace usted eso?

-¿El qué?

-Eso, venir a verme.

-Es cosa de la parroquia. Tenemos que ayudarnos, hombre. Además -Montse sonríe-, yo aquí me siento como en casa, he venido tantas veces...

-¿Por qué? ¿Es usted de las hijas de María?

Ahora ella se echa a reír, la mano se le va instintivamente hacia el moño. El perfil del guardia se interpone entre ellos por un segundo, pasea arriba y abajo con su ojo de perdiz.

-Bueno, algo así -dice Montse-. Tenemos que ser buenos amigos, ¿eh? Al fin y al cabo somos casi del mismo barrio. Y qué, dime, ¿ya eres buen chico? ¿Tienes destino, trabajas en algo?

El preso inclina la cabeza pelada, aproxima aún más el rostro a la reja, dejándolo entre sus manos colgadas como garfios, y en sus ojos ahora parece asomar una luz interior, distinta, una llama inquisitiva y desconfiada pero no desprovista de ternura.

-No me hable de mi cuñada, sé que nunca vendrá -dice-. Y no esperaba que viniera nadie.

-La esperanza es lo último que hay que perder... Y ahora, a portarse bien y a salir pronto.

El preso mueve la cabeza vagamente. El griterío resuena en el locutorio.

-¿Cómo dice usted que se llama?

-¡¿Qué?! -grita Montse.

-Su nombre...

-Montserrat. Tienes que decirme si te hace falta algo, ropa interior, papel para escribir, algún libro que te interese, lo que sea. Vendremos a verte a menudo, si no te molesta.

-¿Montserrat qué más?

-Claramunt. Ah, también te hemos puesto tabaco. Es negro, pero a veces cae algún paquete de rubio. ¿Qué marca te gusta?

Él reflexiona un momento y luego dice:

-Chester.

-Ah, se me olvidaba. Encontrarás cinco duros en el chocolate. No es mucho, pero es algo.

-Bueno. Y usted...

-Mira, si hemos de ser amigos hablemos de tú. Y no estés tan serio, hombre, que todo se arreglará. ¿Ves?, creías que nadie se iba a acordar de ti, y mira. Lo que ahora tienes que hacer es portarte bien, así saldrás antes.

-¿Cómo dice?

-Es igual. -Montse se ríe, mira alrededor-. ¡Así no hay manera... !

-Sí, es verdad -admite él. Y por vez primera, mientras la mira fijamente, el joven sonríe con cautela, y es, allá en la sombra, como si tuviera un reluciente cuchillo entre los dientes. Montse se le queda mirando, intentando recordar dónde y cuándo ha visto antes al chico.

-Oye, ¿no nos hemos visto antes?

-No...

-¿Nunca habías ido al Centro a jugar al ping-pong o al baloncesto?

-No.

-Juraría que... A ver, ¿te importa sonreír otra vez?

El preso la complace, despacio: el mismo fulgor, el mismo cuchillo en la boca.

-Pues yo creo que te conozco de algo -añade Montse-. ¿Cuántos años tienes?

-Doscientos...

Montse se ríe con él. Suena el primer timbrazo, el griterío aumenta, él se sobresalta.

-Tranquilo, avisan tres veces -dice ella-. Así me gusta, hay que estar siempre alegres. Pero, en serio, yo te he visto en alguna parte.

-Y yo a usted también.

-Y eso que nos ha tocado un sitio muy oscuro. La próxima vez tendremos más suerte, ya verás. Bueno, ya casi es la hora, éste es el segundo aviso. No te olvides de lo que te he dicho, ¿eh? Piensa en algo que te haga falta, que si podemos, te lo traeré. Estamos para eso. Y ánimo. Vendremos a verte con frecuencia.

-¿Vendrás tú, Montserrat?

-No siempre podré, pero vendrá alguna amiga. Tienes que ser simpático con ella. ¿Me lo prometes?

-Bueno.

Tercer y último timbrazo, gritos de despedida.

-Y ahora, adiós.

Montse se despega de la reja. Al final siempre hay únicamente una larga mirada, imposible hacerse oír. Está contenta: no esperaba que él tuviera tan buena disposición y que le facilitara tanto el trabajo. De pronto, cuando ya se había dado la vuelta, oyó su voz llamándola:

-Oiga, espere. -Repentinamente parece deprimido-. No vale la pena, mire, para qué. Tardaré mucho en salir, ¿sabe?, más de un año...

-Pero ¿qué cosas dices? Eso no me gusta nada, pero nada, ¿eh? Hay que tener esperanzas... Si no -le amenaza afectuosamente con la mano-, no te traeremos cosas.

-¿Cada cuándo vendrás?

-Cada quince días, o menos, no sé... Bueno, hasta pronto, adiós.

-Adiós.

De nuevo entre las mujeres, en la puerta del locutorio, Montse se vuelve: él camina con los demás hacia las sombras del fondo, mirándola todavía por encima del hombro. Su mano se alza un momento.

En el pasillo, la rubia madura y enlutada se atusa distraídamente los cabellos mientras sale despacio, con sus andares provocativos, y le sonrío levemente. Una cálida oleada de sudores a su lado, la joven gitana del transitor: «Le he visto, al tuyo, esta vez; es muy guapo el gachó». Montse entorna los párpados, cerca ya de la salida: prepara los ojos para recibir la violenta luz del exterior, el deslumbramiento de este día.

La desordenada concurrencia de criterios o el conferenciante abofeteado

Capítulo 5

... paradigmática fe en lo social y democrático, síntesis divulgadora, pero no exenta del actual confusionismo eclesiológico, debemos admitirlo, y sin la profundidad deseable. En todo caso se ha de evitar que la estructura jerárquica dé la impresión de un aparato administrativo sin relación interna con los dones carismáticos... Nos conviene, por otra parte, no desperdiciar ninguna ocasión de diálogo...

El conferenciante carraspeó, se ajustó las gafas y bebió un sorbo de agua. Había preparado la conferencia para ser pronunciada en lengua vernácula, pero a última hora, considerando la composición étnica del auditorio, cuya asistencia sobrepasaba en mucho los cálculos previstos, decidió, de acuerdo con la junta, hablar en castellano. El local estaba abarrotado. Al vernos entrar, Vilella miró furtivamente su reloj de bolsillo colocado junto al vaso de agua, en la tarima: las ocho menos cuarto debían de ser. Llegábamos con retraso. El respetuoso silencio del Fórum tenía un aire europeizante. El disertante nos miraba mientras buscábamos acomodo en una de las primeras filas: uno tras otro, la fila entera se levantó al paso de Nuria y ella repartía sonrisas y excusas. Hacía mucho calor. Abundaba la gente joven, estudiosa y pálida, creo: eso dijo Nuria, que aunque había bebido mucho más que yo, me ganaba en lucidez.

Salvador Vilella hablaba de institucionalización y autenticación del país, de democratización y diálogo, de nuevos cauces para nuevas corrientes. Durante un rato me sorprendió aquel brillante despliegue de nobles inquietudes, me admiró francamente su atrevido y público empeño dialogante, tan maduro, tan profesional. Lo más confuso fue cuando condenó la violencia, que, según él, nunca resuelve nada. Ahí perdí el hilo y el interés. Dos expresiones eran machacantes: estructuralismo y posibilismo. Luego me entró un sopor, un aburrimiento y una mala uva difíciles de precisar. Apenas recuerdo nada de la conferencia. Al cotejar sus notas, traduciendo del catalán sobre la marcha, Vilella a veces construía la oración con un curioso rigor gramatical que me divertía y me entretenía: creo que esto es lo mejor que puedo decir en favor suyo.

Poco antes del final ocurrió un pequeño incidente que había de tener ulteriores consecuencias: un alborotador, un muchacho con gafas oscuras y camisa azul bajo una flamante cazadora de piel, interrumpió al orador desde el pasillo central al tiempo que esparcía por la sala un puñado de hojas impresas. El incidente fue rápidamente sofocado por algunos señores, que expulsaron al muchacho. El disertante, lleno de serenidad, dijo entonces que si había alguien que no estuviera conforme con lo que decía, con sumo placer abriría un diálogo para satisfacer y aclarar lo que desearan. Al término de la conferencia, que fue muy aplaudida, Vilella reiteró la invitación, pero nadie hizo uso de la palabra. El presidente de la entidad organizadora cerró el acto con la lectura de varios telegramas de adhesión. Uno de ellos produjo, no sé por qué, una extraña emoción general, una gratísima sensación de peligro inminente, de heroísmo y de clandestinidad: «Reprobamos el odio y la violencia que aplastan los derechos de la persona humana. Firmado: Jec, Jic, Jac, Joc, Jac/F, Jec/F, Joc/F, Hoac y M. S. C. Minyons Escoltes».

Pero lo más enigmático de esta noche, lo que había de confirmarme hasta qué punto el exilio me incapacitaba para comprender a mi país, fue la cena íntima que se le ofreció al disertante, y a la cual llegué tarde, siempre de la mano de mi prima y en un estado bastante lamentable, pues entre la conferencia y la cena estuvimos tomando unos tragos en una terraza de la calle Tuset. En un local de esta misma calle nos esperaban Vilella y sus amigos. Cova del Drac, se llamaba. Nuria me guió por una escalera alfombrada y abajo estaban todos reunidos con porrones de vino y comiendo ya los postres. Vilella presidía las ocho mesitas puestas en hilera. Había periodistas, escritores, grafistas, un cura, críticos literarios y varios especialistas en cuestiones muy concretas de esas que abundan en la prensa: expertos en cuestiones vaticano-conciliares y en marxismo, en kremlinología y en sociología postecuménica. Todos contrastando respetuosos pareceres y dialogando criterios y concurrentes opiniones. Me cansé de apretar manos. Yo debía de estar ya en un completo estado de disolución mental y física,

porque al preguntarle a Nuria quiénes eran allí los críticos literarios se me trabó la lengua y ya no conseguí destrabarla ni aclararme en todo el rato que estuve sentado con ellos. En realidad, me preguntaba qué hacían allí aquellos dignos representantes de nuestra ripiosa cultura actual, qué relación podía haber entre ellos y Salvador Vilella; hasta que me informaron de la reciente aparición de un volumen que recogía lo mejor del conferenciante, y que lo estaban celebrando. Los altavoces amenizaban vernáculamente la cena con distintas muestras de la Nova Cançó. Se hablaba de la cultura, de la ciencia y de la técnica, de la televisión, de la agonía de la novela, de una manifestación de cien curas, del erotismo y de la violencia. Algunos críticos venían de un hotel donde se acababa de conceder un sonado premio literario y todavía llevaban en los labios triturados palillos manchados de café, de charrameca y de ignorancia. Iban llegando amigos de Salva, que él saludaba con su mejor estilo pontificio (elevando las manos como si sopesara una dulce carga invisible, la cabeza ladeada, sonriendo, desnucado), y con gran dificultad empecé, con la ayuda de Nuria, a identificarlos a todos en medio de complicados y cruzadísimos diálogos intelectuales, estéticos, carismáticos y peripatéticos.

-Salvador, saludos y enhorabuena -exclamó pluma galana desde una mesa próxima. Y Vilella, desde sus cerros de logomaquia, entonaba las gracias. No lejos de mí, un crítico comentaba el libro con vehemencia; juraría que dijo:

... y así la tierra, esencia humana del paisaje, penetración psicológica, complejidad problemática, dignidad espiritual y conflicto dramático se unen aquí en este libro de mi buen amigo al que me atan muchos y entrañables lazos en esta aventura de las letras y el saber, en un tono armónico que parece el fruto meditado de una construcción matemática en la que nada sobra, y, por ende, nada falta. O así me lo parece.

-Públicamente decir quisiera -aclaró otro que bien podía ser el pendonista principal en las procesiones Florales de las Letras-, amigo Vilella, públicamente, lo conmovido que estoy ante tu condición firme de obra bien hincada en lo sardanístico. Como un pino, es vertical y sonriente tu obra. Como mi insobornable barcelonismo. Y ahí va un abrazo sincero, en el que incluyo toda la estimación que debo a tu hombría de bien.

Un distinguido catador de vernácula lengua impresa, también improvisó un extraño elogio que, resumido, me temo que decía más o menos:

-Entre todos los que merecemos el homenaje de esta península y su público reconocimiento, tú eres el primero. Enhorabuena.

Vilella quería agradecer todo eso, pero no podía.

-Está visiblemente emocionado -observé yo.

-Es un posibilista y un estructuralista de gran porvenir -deslizó en mi enloquecido oído el director de la revista vernácula *Estel de Nadal*. Y estoy por jurar que añadió—: Verbalmente hablando, el barcelonés del año.

Nada que beber al alcance de mi mano. Así que dije:

-En rigor de perdón, señores: ¿seríame factible ingerir, podríame caber la esperanza de catar o paladear alguna bebida espirituosa o generoso caldo vinícola?

Fui complacido con anís. Mono frente a mono, ahora. Llenos de comprensión, todos me sonreían y asentían con la cabeza. Sin embargo, tras las sonrisas liberales y dialogantes asomaban inmovilismos tomistas. Ausente pero en nuestro afán, un ilustre académico, de pluma amena y señorial, había enviado desde su asesoría borbónica un cable de felicitación a estos mandarines de la catalanidad. Alguien le dijo a Nuria que había adelgazado una barbaridad.

—Lo delgado se hace delicado -opinó el crítico sentado a su derecha-, si se me permite usar un juego de palabras que ofrece la etimología.

Nuria me propuso tomar café en la barra, le dije que no, que yo no me perdía aquello. No lejos de mí, dos críticos chapoteaban rumbosos en la pestilente charca del periodismo:

-El corintelladismo es aumentativo y nefasto, conforme, pero más lo es el raphaelismo televisivo y mariconil. Más manuelaznarismo le hace falta a nuestra prensa.

-¡Ah!, magistral lección, prosa rigurosamente cincelada.

-Nuestro tiempo juraría que le oí decir al cura articulistase distingue por una confusa y morbosa exageración del sentimiento de libertad. Si lográramos la sintonía con la verdad paulina, desaparecería una de las causas de la perplejidad que ensombrece el firmamento religioso contemporáneo...

También estaba allí la señora de Buxó, aquella dama fondona y de probado barcelonismo que presidió mi triste niñez desde las portadas del diario *La Vanguardia* con su mantilla semanastera y que ahora, en su segunda madurez, seguía siendo matrona sonriente y pechugona, con generoso escote. Le pedía al maestro pendonista una breve definición de cierto librito cuya lectura la había impresionado, titulado *Lectura continua para misas de entre semana*. Y él la complació de esta guisa:

-Un librito que da calor y esperanza en esta época amenazada de catástrofes apocalípticas. Es de un buen

amigo mío.

-Gracias.

-No se me tiene que agradecer nada -me temo que dijo-. Cada uno es como es. Se es fecundo como se es rubio o delgado. Pero seré el último español que deje de dialogar y el último soldado de la cultura que abandone la bandera...

Yo me incliné, pobretón y mísero, ante las ubres forradas de satín negro de la señora de Buxó y, haciendo pucheritos, con mi voz más triste y rastrera, murmuré:

-Nene caldo-teta, caldo-teta nene...

Nuria se llevó a la señora muy oportunamente. Silencio. Porrones en alto, bocas abiertas.

-Ha producido honda y general satisfacción en los medios de Madrid -anunció alguien- el público reconocimiento de nuestros desvelos en pro de la literatura catalana...

A partir de ahí la cosa fue de mal en peor. Nuria me había abandonado para conversar con un joven camarero. En la mesa de Salva todos dialogaban, europeaban. ¡Qué felices eran viviendo el mito de la cultura, qué júbilo sordo, íntimo, cómo se les llenaba la boca de poder, de compadrazgo y reparto de botín! Anuncié mi retirada, pero el crítico literario que estaba a mi lado me retuvo un instante:

-¿Y a usted no le roe el gusanillo, no le tienta la noble aventura de las letras?

-No, señor. Sólo me gustaría hacer una película y después morir: *Los tambores de Fu-Manchú* en tres jornadas, con José Mojica.

Lo dije expirando ya, sin voz, sin énfasis, puesto en pie y peligrosamente invertebrado, pidiéndole a Nuria auxilio con los ojos. Mi vecino de mesa me despidió riendo y palmeándome los riñones; habíamos estado conversando, yo le había dicho que hay dos clases de tipos que me producen verdadero asco: los llamados artistas y los llamados expertos (expertos en *marketing*, en apostolado seglar, en marxismo, en catalanidad, expertos en cualquier cosa), y él me respondió que lo verdaderamente ignominioso era no tener obispos catalanes.

-Como somos mayoría, queremos obispos de Almería -le dije con mi mejor acento andaluz, y acto seguido me encontré abocado a una gran taza de café, con Nuria y el camarero instándome a beber.

Breve convalecencia al fresco de la noche en la terraza y enseguida se nos unió Salvador y sus fieles, que ya se despedían. A pesar de sus bulliciosos coágulos de luz, la calle Tuset se me antojó triste. La noche era fragante y cálida. Ocurrió entonces: desde una mesa próxima, desprendiéndose sin brusquedades de un amigo que intentaba retenerle por el brazo, el joven con gafas oscuras que horas antes había provocado aquel incidente en el Fórum avanzó muy decidido hasta Salvador y, ante el pasmo de todos, sin darnos tiempo a reaccionar, levantó la mano y plantificó en la ilustre mejilla del conferenciante una soberbia y sonora bofetada. Vilella, con las gafas balanceándose en su oreja derecha, encajó la afrenta del joven con admirable serenidad y en el mejor estilo dialogante y democrático: no solamente no replicó, sino que, extendiendo el brazo, frenó la tardía reacción de sus amigos, que se disponían a darle su merecido al agresor, el cual fue de todos modos sujetado y reducido. El conferenciante dijo que no presentaría denuncia, que no tenía importancia y que soltaran al chico, que le dejaran ir a su casa. Pidió un café y ahí acabó la cosa.

Se despidieron todos y media hora después el matrimonio Vilella y yo corríamos por la autovía de Castelldefels camino del aeropuerto. Creo que Salva aún tenía esperanzas de poder hablarme a solas. La joven malmaridada, de muy malhumor, conducía con evidentes ganas de matarse y matarnos. Junto a ella, Salva no disimulaba su contrariedad. Le pregunté, hundido en mi asiento posterior, si era por haberme mostrado impertinente y borracho ante sus amigos, y le pedí disculpas. Me dijo que no. Entonces pensé en el tipo de la bofetada:

-¿Le conoces?

-Nunca le había visto.

-¿Crees que es uno de esos, un puñetero rojo?

-Al contrario. Es ultraderechas.

-Pues, chico, ahora sí que ya no entiendo nada -le dije-. ¿Y por qué le has dejado ir?

No me contestó. Nuria tampoco parecía interesada. Él tenía un ojo en la carretera y otro en las manos de Nuria, en su insensata manera de conducir. Al cabo de un rato, dijo:

-Nada se arregla con bofetadas, Paco.

-Ya -dije-. Debemos condenar la violencia, venga de donde venga. Por cierto, últimamente no hago más que oír esto en todas partes. El caso es que me parece una frase bastante inmoral. ¿A qué violencia os referís, vosotros, los católicos?

Le oí reír por lo bajo, luego chasquear la lengua, aburrido. Pero no respondió. Insistí:

-Haz el favor de dialogar, Salva, sé buen cristiano.

Le di una cariñosa palmada en el cogote, pero no me pude callar: en medio de los gemidos que ahora Nuria

le arrancaba al motor, quise saber por qué insistían tanto en acusar de violentos a los pueblos subdesarrollados y oprimidos que intentan rebelarse: ¿acaso no es una forma de violencia, le pregunté, el poder que ejercen sobre ellos las minorías privilegiadas? ¿No es una forma de violencia la ignorancia, el hambre, la miseria, la emigración laboral, los salarios insuficientes, la prostitución organizada, la discriminación intelectual, etc.?, le dije. ¿Por qué nunca llamáis violencia a todo eso, reverendo? ‘

Un bache salvado a noventa por hora me cerró esa bocaza, lanzándome de cabeza al techo. Sonriendo desde sus altas convicciones, Salva me llamó demagogo y simploté, buen chico en el fondo. Al llegar al aeropuerto no permitió que nos apeáramos. Besó a Nuria en la sien. «Pasado mañana estaré de vuelta -dijo al tenderme la mano-. Ya hablaremos.» Desde el coche le vimos empujando el cristal de la puerta giratoria. En toda su figura, aquella fresca deportividad que a ratos aún conservaba se había trocado en recelosa rigidez: la impecable camisa le daba el aire de ir con el cuello enyesado.

-Vivimos tiempos de confusión -entoné mientras le veía girar con la puerta. Nuria gruñó algo y puso el motor en marcha. De regreso a la ciudad, me propuso tomar la última copa en su terraza y hablar seriamente acerca de lo que convenía hacer. Yo me sentía terriblemente cansado y sucio -había caído en uno de esos baches nocturnos del alcohol que ya me son familiares-, pero ella insistió tanto que acepté.

Y poco después, tumbados en las hamacas del jardín, bajo la noche estrellada y calurosa, estábamos hablando de Montse y su presidiario, ahogando en la bebida cierta mala conciencia. Le dije que me había parecido que su marido se moría de ganas de revelarme que ella, Nuria, también tuvo relaciones con el presidiario de nefasta memoria, creyendo sin duda que yo lo ignoraba y que quizá la noticia me afectaría hasta el punto de obligarme a renunciar a ella...

-¡Bah, qué importa! -cortó Nuria bostezando. Decidió que me quedaría a dormir y que mañana mandaría alguien al hotel por mis cosas. A mí las piernas no me tenían, pero había salido del ba-che y me dominaba cierta excitación mental, deseos de conversar toda la noche. En ese estado de ánimo me retiré a mi cuarto, deseándole a Nuria buenas noches con un tierno beso y un «todo se arreglará, no te preocupes», que en el fondo iba dirigido más a mí mismo que a ella.

Paco, hijo natural

Capítulo 6

Presintiendo la inminente suciedad de la aurora y decidido a postergarla, llevé conmigo al dormitorio que se me había asignado aquellos ingredientes nocturnos que habían de preparar campo de pluma a las desbocadas memorias y que llegarían a constituir, además de mi prima, la única realidad viva y circundante: medomina, whisky, cubitos de hielo y cigarrillos. No conseguí dar con la llave de la luz. Ya descalzo, balanceándome sobre un pie, me desnudé hundiéndome en baldosas teñidas de luna y tremendamente divertidas, una exaltada profusión de rosados rabanitos unidos por las hojas: el piso del cuarto de baño; del cual salí estupefacto y tiernamente resignado con mi destino de huerfanito para ver enseguida, junto a la ventana, apoyada en el lomo de los libros del estante, una vieja fotografía enmarcada: en la torre de la avenida Virgen de Montserrat, de pie bajo el sauce del jardín y con la cara y las ropas de verano salpicadas de lunares, monedas de sol que dejaba filtrar el ramaje, tío Luis y tía Isabel posan dulcemente las manos en los hombros de dos niñas -Montse y Nuria con el uniforme del colegio- y sonríen con benévola desconfianza, hoy como ayer, al tenebroso primo Paco que acecha con codicia.

Dormí un rato, quizá horas, con la lámpara de la mesilla encendida. Cuando desperté, sudando, el hielo se había fundido en el vaso y los grillos cantaban en el jardín. La brisa nocturna movía los visillos de la ventana y en alguna parte de la casa zumbaba remotamente un frigorífico. No sé qué hora sería cuando ella abrió la puerta silenciosamente y se deslizó en mi cama. Llevaba un pijama y su piel olía a jazmín. Temblaba y lloraba. Acogí con preocupación y tristeza su conciso cuerpo de niña: nunca sería fuerte esta Claramunt descocada y precoz, nunca sería animosa y decidida como su hermana. Creo que en este momento empecé a vislumbrar, más allá de mi habitual y complejo estado anímico de aquellos días -evocador, inquisitivo, locuaz hasta la insensatez y la náusea-, más allá de mis recuerdos de Montse en la esbelta torre de los mitos, incluso más allá de su violenta historia de amor y de muerte, aquella fase decisiva de mi vida que me esperaba allí y que era preciso apurar de una vez.

-¿Cuándo os hicieron esa foto, prima?

Nuria se acurrucó a mi lado, me abrazó:

-Ya no me acuerdo, amor.

Debió de ser en 1947: encantadoras niñas, respetuosas, modositas, con el uniforme del Colegio de las Esclavas, todavía no os conozco y ya vuestro apellido es una brisa perfumada cuando alguien os nombra en casa: las Claramunt.

Esta familia se compone de gente respetable y creyente, fabricantes de tejidos de seda, establecida desde hace tres generaciones en la ex villa de Gracia. Aunque hayan ganado mucho dinero y hoy desplieguen brillante vida social, los Claramunt forman en cierto modo un *Orfeó*, una modesta, fraternal y graciense masa coral, y lo prueba el hecho de que, cuando discuten entre sí por cuestiones de dinero, es como si cantaran: hay siempre una sutil armonía que despunta cautelosamente bajo el conjunto de voces, unos acordes profundos y cadenciosos cuyo secreto pertenece por entero a la mejor tradición coral y mercantil catalana, y que conduce misteriosamente todos los registros (no por motivos de parentesco o de lazos de sangre, sino más bien por esa expansión emotiva que deriva de recíprocos sentimientos de poder) hacia una nota aguda, sabia, trémula y fervorosa que al diluirse en el aire deja paso a un silencio lleno de resonancias acariciadoras y vagas promesas de prosperidad.

Es cuando todos están de acuerdo.

Yo nací al margen de esta armonía casi litúrgica: en abril de 1939, recién liberada Barcelona de las hordas rojas, mi madre, Conchita Claramunt, contraviniendo todas las voces armoniosamente dispuestas, se fugó con un guapo alférez de origen cordobés, oscuro actor de cine sin dinero ni porvenir, y este hijo del pecado nació en Madrid. Por aquel entonces, tío Luis ya ocupaba la gerencia de la empresa. Otro hermano de Conchi, que yo no

llegué a conocer (tenía ideas republicanas y emigró), se solidarizó con ella y los dos pidieron se les liquidara su participación en la empresa. Fue un gesto simbólico más que nada, porque ante la crisis determinada por la guerra, el coro clarumuntiano cerró filas con inquebrantable solidaridad familiar y postergó aquella liquidación. Creo que Conchi volvió a ocuparse de ello en 1944, y algo sacó, pero con un fuerte descuento en la valoración de las acciones de la empresa, convertida ya en sociedad anónima. Tío Luis siguió al frente del cotarro administrativo, pero aquella hermosa idea suya compartida por todos los Claramunt (y que en tía Isabel y las pías cuñadas-contraltos florecía en místicos acordes de buena conciencia) que pretendía haber podido perpetuar la empresa dentro de la casa, como una tradición familiar dedicada al bien común (todos estaban plenamente convencidos de ello a pesar de hallarse con la mierda hasta el cuello) se vino abajo por exigencias de la moderna economía. Con todo, el maravilloso *Virolai* montserratino, en ciertas solemnes festividades, seguía expandiéndose gloriosamente por toda la casa y el jardín.

Cuando yo tenía cinco años, Conchi quedó viuda -por cierto, la muerte de papá debió de ajustarse bastante a la maligna idea que los Claramunt se habían hecho de él: murió vestido de bandolero andaluz y disparando contra los terratenientes, quemando pólvora con un trabuco frente a una cámara de los años cuarenta-. Un ataque cardíaco. Mamá, que le admiraba como actor, recordaría años después lo mucho que lloró ese día viendo cómo le despegaban las patillas postizas y le quitaban el trabuco de las manos, esta vez para siempre -fue preciso un fuerte tirón-. Pero entonces ella ya estaba muy ligada a un activo productor, un tipo maduro y canoso y con una vaga suciedad en la cara o en el pelo, nunca supe exactamente dónde, quizá en su alta frente bronceada, era de distinguida familia barcelonesa ida a menos, y yo recuerdo el viaje en tren, cuando vinimos a vivir aquí, y tiempo después, la fulgurante y divertida -al menos para mí, y quiero suponer que para Conchi también- metamorfosis del dinámico y galante productor: ahora era un simpático *cameraman* que usaba visera verde y chalecos floreados, que me regaló un cine Nick y me llevaba a los estudios Orphea de Montjuich, hoy desaparecidos (aún recuerdo los platós, las imposibles paredes sin techo, los arcos voltaicos y los focos, aquellos silencios seguidos de una explosión de voces y órdenes desesperadas). Creo que fue entonces cuando empecé a tener conciencia de la profesión de Conchi: *script*. Ignoro cómo una Claramunt pudo llegar a tan inquietante grado de emancipación ni cómo pudo iniciarse en profesión tan misteriosa y desligada de la tradición familiar; supongo que aprendió el oficio a la vera del cordobés, acompañándole en sus desplazamientos, quizá por ayudar en los ingresos de la casa. Fue, según luego he sabido, una profesional competente y muy estimada en los medios. Pero, si bien era constante en su trabajo, en su corazón no: un apasionado y disparatado director de origen franco-argentino que se hacía llamar Roberto Desnoyers sustituyó muy pronto al rutilante *cameraman* de chalecos floreados, con gran desconuelo por mi parte. Paso por alto ciertas imágenes color sepia que me hundían en el estupor, y que hoy me hacen sonreír. A Conchi la veía siempre regresando de algún viaje (sólo puedo recordar sus regresos) y nuestro pisito en lo alto de la calle Balmes siempre estaba lleno de extraños, gesticulantes y locuaces personajes. Fue un largo y confuso tiempo sin colegio y con tardes de cine de barrio en compañía de una vieja sirvienta que se apiadó de mí; yo tenía entonces mi corazón repartido entre Paulette Godard y Madeleine Carol -con ligera ventaja para Paulette-. También me gustaba una dama alta, de ojos claros y dulces hoyuelos en las mejillas, Kay Francis, pero sólo porque se parecía a Conchi como una gota de agua a otra, y porque se comportaba con los hombres como yo hubiese querido que se comportara Conchi...

Hacia 1947, Conchi inició varios intentos de reconciliación con la familia, sin duda pensando en mí: una vida como la que ella llevaba no le permitía ocuparse de su hijo. Supo entonces que el abuelo había muerto y que tío Luis, después de capear la crisis de la posguerra, manejaba la batuta orfónica y textil con no poca fortuna, gracias sobre todo a las medias de nilón, cuya fabricación fue de los primeros en iniciar en el país. Aquel acercamiento de Conchi y la familia, más o menos arrepentido y mutuo, finalmente se tradujo para mí en una especie de tutela de tío Luis. Fui internado en un colegio de salesianos, en Gracia, y pasaba muchos domingos en la torre en compañía de mis primas. A veces venía de visita una obsequiosa parentela de Sabadell, y en el jardín jugaba con nosotros una primita de trenzas rubias, llena de pecas y de malignidad, que sonriente se acurrucaba bajo las lilas y se empeñaba siempre en que adivináramos el color de sus braguitas —tierno empeño que yo satisfacía con indiferencia y una secreta nostalgia en el corazón: sólo me interesaba el color de las de la prima Nuria-. Un rumor de sedas estrujándome, manos ensortijadas y encajes, un enjambre de tías me besuqueaba y convocaba en torno a mi cabeza rizada, escandalosamente cordobesa, visiones concupiscentes de mamá: «*Criatura innocent...*». «*Macu, sembla un Nen Jesús de Praga.*» «*I la Conxi, na fent, la boixa...*» «*Ves ell qué sap, pobret...*» Con todo, aquella fue la época más feliz de mi vida. Los domingos bogaba entusiasmado y jadeante hacia la isla de mis primas: jardín untado con la miel amarilla de un sol que jamás he vuelto a gozar, con sus bancos de mosaico azul y blanco y su velador de piedra, el estanque y los peces rojos, los setos recortados en forma de bolas y arcos triunfales y los mudos personajillos de terracota, faunos desnarigados y sin pezuñas, dianas sin arcos ni flechas que

me sonreían con sus bocas rotas y sus ojos vacíos. Un gran sauce llorón, lilas, mimosas, rosales, hortensias, dispuesto todo en suaves y redondeados montículos de tierra parda, parterres como islotes cuya geométrica disposición formaba un delicioso laberinto de senderillos cubiertos de grava. Y presidiendo aquel archipiélago feliz, la vieja torre con sus dominicales y solemnes resonancias de órgano, el chalet de persianas verdes, airoso y sólido a la vez, con su inclinada techumbre de pizarra que recogía los arreboles del crepúsculo y su esbelta torre en la esquina, rematada por un cucurucho con pararrayos. Yo he tenido desde entonces, lo confieso sin rubor, relaciones sensibleras y casi obscenas con los domingos y demás fiestas de guardar. La vida tenía una extraña cualidad de adviento -perplejidad peligrosa en el niño, tremendamente catastrófica en el adulto, ahora lo sé.

Mis ojos eran la admiración de los Claramunt (reconocían en ese azul pálido la marca de la familia), pero no el pelo, negra pesadilla gitana, y mucho menos mi nombre: Paco Bodegas. Nombre capaz de todas las vilezas. Horrendo nombre y horrendo apellido que no tardaron en ser misericordiosamente catalanizados, primero con timidez (de Paco pasó a Paquitu) y después con decisión, hasta ser brutalmente, radicalmente borrado del léxico familiar. La ceremonia del rebautizo, en la que ofició la poderosa voz de tío Luis, tuvo lugar una tarde soleada mientras yo y mis primas jugábamos en el jardín y la familia estaba reunida en el salón: alto, autoritario, investido de extraños poderes, tío Luis se asomó a la ventana y me llamó en tono atronador: «*Francesc! Les nenes no es toquen!*» Desde esa tarde, toda la familia, excepto Montse, que siempre dio pruebas de sensatez, me llamó Francesc, y durante mucho tiempo tal nombre se me antojó el justo calificativo que merecía mi flagrante obscenidad, algo que de alguna manera me mostraba al mundo con la tierna porfía de mis manos en la cálida y sedosa entrepierna de mis primas. ¡Ah, comulgante, comulgante! Tiempo después se nos permitió a mis primas y a mí ir a patinar al Club Skating (los altavoces repetían «Muñequita linda - de cabellos de oro - de dientes de perla - labios de rubí»), y yo, un pelele sobre patines, un espantapájaros sentimental henchido de algo que me parecía amor, cortaba el viento musical y jadeaba ansioso, con la lengua fuera, tras las trémulas nalgas de la prima Nuria... Recuerdo con emoción un olor a lilas en el jardín, un patético empeño por prolongar ciertos juegos misteriosos y laboriosos a la incierta luz del crepúsculo o en la penumbra del recibidor, bajo las grandes hojas esmaltadas de una planta o al pie del tapiz donde unos ángeles soplaban desafortunadamente (sus carrillos hinchados me admiraban por su realismo: oía el fffuuuuu...) una nube de púrpura que sostenía a la Virgen; o bajo un objeto decorativo de marfil en forma de rombo, colgado junto a la puerta y que decía: *Déu vos guard*, en letras de plata sostenidas con cierta fatiga o desengaño (a mí me parecía) por un niño con los brazos en alto. Pero luego, toda la semana en el colegio, era en mis ríanos aquella pervivencia fría de la empuñadura de latón de ciertas puertas prohibidas, y con aullidos de pariente pobre todavía hoy evoco la habitación de mis primas en la torre, sus camas policromadas, cierto sentimiento de exclusión que había de crecer y devorarme... Y las meriendas de chocolate que nos preparaba la abuela, los cigarrillos Bubi que yo le robaba a mi tío, las lociones de masaje Floid, que tanto nos gustaban a Montse y a mí, y cierta excitante conversación con Nuria sobre *Rebeca*, la película-terrible-pecadomortal (años después, al verla de reprise, ¡qué decepción!), y los domingos con *aplec* de sardanas en el Parque Güell. Era la época en que los golfos del Guinardó hacían guerras de piedras en la plaza Sanllehy, y los *xavas* y *trinxas* incontrolados y sin colegio se colgaban en los enganches de los tranvías del disco 24; era cuando ellas llevaban bonitos monederos de plexiglás rojo, amarillo o verde, y boinas azules; eran días de «¿Comang se la pela-vu?; con las dos manos y mejor que tú»; era tiempo de adviento.

Me expulsaron del colegio por hacer dibujos pornográficos (durante las clases de religión, si mal no recuerdo: fue la primera aparición de aquello que tía Isabel llamaría «*l'herència del trabucaire*») y la pobre Conchi, que ya andaba muy alicaída y con serios problemas económicos, me defendió enfrentándose con la familia. Discutió violentamente con tía Isabel, se insultaron, y el resultado fue que ya nunca más volví a la bonita torre de la avenida Virgen de Montserrat. Mi estancia en las islas había durado exactamente tres años. Me quedaría para siempre, en alguna honda zona de la memoria, un rumor de grava pisada semejante al de lejanas olas abatiéndose una sobre otra en la rompiente de una playa-jardín que era -o me parecía- como una consternación.

Me llevé también cierta imagen invernal de la primita Montse en el jardín: con su capa azul de colegiala agitada por el viento, en un día gris y frío, la niña está sentada al borde del estanque y contempla con sus ojos muy atentos los turbios peces rojos, soñando quizá con un mundo de luz.

Conchi se casó con un fotógrafo de provincias que había probado suerte en el cine (fotofija: así tenía que acabar la llama ardiente de Conchi) y que la convenció para que lo dejara todo y nos fuésemos a vivir con él a su pueblo, San Pedro de Alcántara, Málaga. Allí el fotógrafo tenía a su anciana madre y una tiendecita con clientela, y me puse a trabajar con él -bodas, banquetes, primeras comuniones y bautizos-. Aprendí los secretos del revelado y del retocado; pasaron los años y me refugié en el ojo de la cámara y en la biblioteca de Germán (sorpresa que no entusiasmó a Conchi: el fotofija resultó ser hombre leído y culto), donde aclaré no pocas zonas íntimas e hice un descubrimiento importante: aquella cualidad adventual de la vida no había sido un espejismo de

la niñez de pariente pobre, sino una premonición de mi actual exilio en provincias y de esta espera que seguía proponiéndome empuñar los remos: verdaderamente como si se tratara del verde archipiélago soñado, como soleadas islas emergiendo entre las brumas grises de la infancia, desde mi destierro andaluz veía constantemente el jardín y la torre de mis primas en la lejana capital del *seny*... Pero acabemos con esta evocación de Conchi, tan poco edificante. En efecto, no volvía veros hasta el verano de 1959. Con veinte años, convertido en un provinciano introvertido, resentido y acharnegado, llevaba ya mucho tiempo rumiando la manera de irme a trabajar a Barcelona, cuando Conchi, en un postrer y patético esfuerzo, reanudó sus coqueteos con la familia mediante algunos viajes (la recuerdo muy bien en esa época: una sorprendente mujer de cuarenta años, que no se maquillaba, angulosa y cálida, con el hermoso pelo recogido en dos dorados panecillos detrás de las orejas) y después de meses y meses consiguió que tío Luis me proporcionara un empleo burocrático en una de las fábricas de la familia. Y un día, Conchi me depositó en un tren de la estación de Málaga con mi traje cruzado «príncipe de Gales», me dio sabios consejos acerca de los Claramunt, me besó llorando y me despidió como si yo fuera a combatir en una Cruzada. Hecho lo cual, la loca de vuestra tía desapareció de mi vida, de la del fotógrafo y de la de todos repentinamente -engullida, esta vez, por la peligrosa proximidad del Torremolinos nocturno y un antiguo conocido pelicularo, un vulgar «doble de luces», una lustrosa rata de plató.

Desde entonces, los Claramunt jamás la han nombrado delante de mí.

El que debe ser regenerado

Capítulo 7

También me gusta suponer que a veces debía de ser tan enorme el griterío en aquel locutorio común, que ellos se conformaban con mirarse en silencio todo el rato, mirarse largamente a los ojos a través de la doble reja, sin hablar, igual que hacían algunas jóvenes parejas de casados. Pero eso tuvo que ser mucho después, cuando ella ya llevaba varios meses visitándole.

-Ánimo, ya falta menos -le diría.

-Sí. -Su pelo ha crecido, parece más alto, más hombre, más triste y cansado. Suele hablar bajito y Morirse apenas le entiende ¿Y tú cómo estás, Montse?

-Bien. ¿Estaba rico el pastel?

-Muy rico, sí.

-Supongo que lo repartirías con los amigos.

-Claro. Acércate más, no te oigo.

Montse pega la cara a la reja.

-¿Sabes? -dice él sonriendo-. Hay un truco: si te frota contra la reja es como si pasara la corriente y la voz se oye mejor.

-¿Sí?

-En serio. Verás, prueba.

Ella obedece riéndose, con movimientos suaves y torpes frota la boca, el pecho y el vientre contra la reja. A modo de prueba él le dice, bajito: «Tus ojos ¿son negros o castaños?» En efecto: parece que se oye mejor. No dejan de moverse mientras hablan.

-Debéis de ser una pandilla muy bien avenida, aquí dentro.

-Yo aprovecho el tiempo para estudiar. Hay un viejo muy simpático que me enseña francés. Es entretenido. Su hija tiene una casa de huéspedes cerca del Borne, y él quiere que me vaya a vivir allí cuando salga.

-Pero ¿es que no tienes a dónde ir?

-No quiero volver a casa. -Sus manos resbalan por la reja, retrocede un poco y guarda silencio. Su cabeza queda envuelta en sombras, no se distingue su rostro. Montse aplasta el cuerpo contra la reja, escrutando la penumbra, sumergiéndose en ella para aislarse, como en un confesonario. Él añade: Ni siquiera me han escrito.

-No seas mal pensado, hombre. Es que tienen mucho trabajo... Además, ya falta menos.

El locutorio parece un gallinero. Morirse se sorprende gritando otra vez, quiere asegurarse que él la oye. Una Flores y una Amaya la flanquean berreando, contando querellas familiares a sus presos. En el extremo, al final de la larga fila de mujeres pegadas a la reja, la rubia enlutada se inclina hacia atrás mirándola por encima del hombro, y le dedica una sonrisa, a la que Montse corresponde. Luego interroga al chico con los ojos y él se lo confirma: sí, es ella, la dueña de la pensión, y el preso con quien habla es su padre.

-Me gustaría que os hicierais amigas -añade él-. Es buena gente.

-Bueno. Y qué, ¿sigues con el mismo trabajo, de electricista? Chico, saldrás con el oficio...

-Ahora también hago maletas.

-¿Qué? No te oigo.

-Maletas. Maletas de viaje. Muy buenas.

-Qué bien, ¿no? Oye, en el paquete viene otro libro, a ver si re gusta.

Primer timbrazo, aumenta el vocerío.

-Seguro. Aquí en la biblioteca hay poco bueno. Otra cosa, Montse: ¿recibiste mi carta?

-Ah, sí.

Ella se mira un ojal de la blusa. El timbre, segundo aviso. Lleva un botón desabrochado. Él sonríe, Montse

añade:

-¡Qué cartas más largas escribes! ¿No te cansas? Yo no podría. Y además no sé qué poner, ya te habrás dado cuenta. Tonterías...

-Pues la última me gustó mucho. -Él siempre desde sus sombras, ahora muy quieto, los dedos nuevamente engarfiados en la reja-. Otra cosa que quería decirte: ¿por qué no haces amistad con ésa, la de la pensión, ahora al salir...? A ver qué hay de cierto en lo que me dice su padre.

-Si tú quieres -accede ella con desgana-. Pero no te preocupes, hombre, no te dejaremos en la calle. Yo misma puedo buscar algo, una habitación...

Tercer y último aviso. Se despiden hasta dentro de unos días: hay una fiesta entre semana, y ella la aprovechará para otra visita.

Al salir, en el pasillo, la rubia enlutada la está esperando. Sonriente y parlanchina se presenta a Montse, un nombre que ella olvidará pronto, porque no le gusta su manera de decir: «Qué chico tan simpático, ¿verdad? », y además le produce una vaga, desconocida y totalmente nueva depresión al salir de la cárcel, muy distinta a la experimentada siempre, aquel habitual deslumbramiento en los ojos al volver a enfrentarse con la violenta luz del día desorientada y repentinamente vacía.

-Un minuto.

Me liberé de su abrazo, salté de la cama y con paso vacilante me dirigí hacia la librería.

-¿Adónde vas? -murmuró Nuria desde una sombra cálida-. Están aquí, los cigarrillos.

Una oleada fresca, el marco de la ventana tocado por una luz afectuosa, entrañable, familiar. Las puntas de los visillos, que mueve la brisa, recorren mi torso, me hacen cosquillas, me rodean como llamas blancas. Fuera hay un rumor de hojas y ramas chocando entre sí, nos invaden los olores del jardín. Los cigarrillos, los cigarrillos, sí...

-¿Tú crees que se parecían, Nuria? ¿Que hubo entre ellas algo en común?

-Nada. Tía Conchi era muy inteligente, creo; yo apenas la conocí. Tú deberías saberlo, era tu madre.

Tenía ya la foto en las manos. Me quedé un rato allí, de pie junto a la ventana, ceñido, poseído dulcemente por las fragantes y sedosas lenguas. ¿Es un defecto de la foto o es la sonrisa de Conchi ese fulgor desvaído en la boca de Montse? ¿Una premonición del escándalo, de la ignominia que también a ella había de acompañarla en su sórdida aventura...? No, es inútil, nada en común. Pero mi enternecedora colección Conchita, siempre que la repaso, me lleva a esta conclusión: hasta hoy no he conseguido aislar ni una sola imagen donde la prima Morirse no esté presente de alguna manera.

-Parece que las mujeres siempre habéis sido más eminentes que los hombres, en la familia -le dije-. ¿Quién hizo la foto, lo recuerdas?

-¿Y para eso te has levantado...? Anda, ven a acostarte.

-¿Qué piensas de ella?

-Vaya. Cualquiera diría que no me conoces.

-Puede que no te conozca lo bastante... Perdona. Quiero decir que, en todo caso, el tiempo no pasa en balde, y también modifica las opiniones. ¿Qué piensas de ella?

-Qué pesado, Paco.

Algo la hizo reír, allá en su sombra, arropada y mimada por las invisibles manos de la dicha. Crujió la cama, y ella, después de un silencio, añadió:

Aquello ya pasó. Yo siempre estuve de su parte, a pesar de todo... Y era tu madre.

—No te hablo de Conchi. Te hablo de tu hermana.

Dejé la foto de las colegialas Claramunt en su sitio y me volví. Seguía haciendo calor a pesar de lo avanzado de la noche y de la brisa, y el dormitorio resultaba un horno; sólo las baldosas, bajo los pies descalzos, aliviaban un poco los ardores. Había una fosforescencia azul en el jardín. A lo lejos, en la carretera, los faros de un coche hendían la noche. El silencio de mi prima enardecía mi virilidad y me aproximé a ella miserablemente: deseaba preguntarle -una vez más- si al pensar en Montse no le asaltaba como a mí aquel sentido de culpabilidad. Pero por alguna razón me callé, y me acosté de nuevo y dejé vagar largamente la mirada por la habitación en busca de un detalle que me tranquilizara y, como antaño, recale en sus ojos, sus grandes ojos castaños, dos pupilas tocadas por tina luz vivísima que me miraban desde el hueco de la almohada con una inmovilidad expectante y animal, acechando en mi rostro aquella señal de impaciencia y de curiosidad que de un momento a otro podía volver a disparar sus nervios o el miedo de sí misma, o su dormida voluntad de razonar, algo que esa noche todavía no alcancé a definir. Y ella, con una lenta, concienzuda y casi maniática recuperación del tiempo perdi-

do en su cuerpo, tiempo muerto, acumulado allí en noches de desamor y acaso oprobio, volvió a enroscar sus brazos en mi cuello y convocó el sueño respirando rítmicamente.

-En el fondo no hemos cambiado tanto -murmuró, y su respiración se hizo anhelante, una risa nerviosa volvió a sacudirla-. Nació ha cambiado. Y tú el que menos. ¿Sabes qué suele decir Salvador de ti? Que eres un resentido, y que esgrimes tu resentimiento y tu impertinencia para ocultar una ridícula moral provinciana.

-Muy agudo, el líder diocesano.

-¿No te hace gracia?

Le devolví los besos con ensañamiento: no veía el final de esa noche.

Una grieta en la torre

Capítulo 8

Sentía la envoltura de la noche cubriendo el chalet. Y en alguna parte, en algún momento de aquel tiempo sin orillas, volvía a oír la tímida voz de la criadita Esperanza invitándome a pasar desde la puerta de la torre, en un atardecer caluroso, y se lo estaba contando a mi prima, le decía con qué claridad me veía de nuevo en medio del salón de los Claramunt, recién llegado del sur, solo, esperanzado y efervescente, con las antenas desplegadas para captar los menores ruidos de la casa: de nuevo hundo las manos en aquellos sobados bolsillos que el sudor y la pobreza redujo a telarañas en mi viejo «príncipe de Gales» cruzado y contemplo el gran retrato del patriarca fundador y sus fábricas colgando sobre el hogar. (El abuelo y sus veinte chimeneas de fondo, siete más de las que nunca llegó a tener, precisó Nuria. Porque era un vanidoso.) Pero vamos a lo que importa: ¿Qué sabía yo de la desgracia que ya se abatía sobre Morirse y aquel hogar cuando llegué? Nada. (Y yo bien poco, ésa es la verdad. No le daba importancia. Y mira.) Y fijate: ya entonces, al reanudar mis trémulos contactos con la familia, en este verano de 1959, lo único que experimento es ciertamente una afectación provinciana. (Ni siquiera eso, querido: cuando estaba de buen humor, papá solía decir que tú no provenías de provincias, sino de comarcas.) De comarcas. Me falta seguridad. Llevo dos semanas trabajando en la fábrica de la calle Escorial y por fin esta tarde tío Luis me manda llamar a su despacho para preguntarme si estoy contento con el trabajo -sección de stocks y organización de almacenes- y para invitarme a cenar en su casa. Hasta entonces sólo había visto a tu hermana, tú estabas en Sitges cuando llegué de Málaga.

El primer día apenas la reconocí: aquella imagen gris de una niña que yo guardaba en la memoria, una colegiala soñando al borde del estanque de peces rojos, en un día lluvioso, con su capa azul agitada por el viento, no acudió a la cita de los recuerdos cabales, esos que podrían arrojar alguna luz sobre la naturaleza de nuestros sueños.

Ella solía aparecer con frecuencia en el almacén, alegremente delegada por su junta de postulación y mostrando una desmedida tendencia a la salutación efusiva y jovial. Curioso: en su ausencia, uno tendía a imaginarla según cierto cliché que una y otra vez desmentía su presencia: no era una de esas devotas señoritas con mantilla y devocionario, de agria sonrisa y misteriosos círculos morados en torno a los ojos. (Eso apareció más tarde, cuando ya lloraba por las noches y yo la oía desde mi cuarto, afirmó Nuria.) Eso apareció más tarde. En la fábrica solía vender números de rifas benéficas y hablaba de un centro de orientación espiritual para oficinistas con razonables consejos que yo no aprovechaba, y no por falta de energía moral o por convicciones contrarias a la religión -entonces yo sólo era un feliz indiferente-, sino porque me inspiraba una sutil desconfianza: con los consejos de Montse me ocurría lo mismo que con los consejos de algunos buenos amigos de nivel económico superior al mío: reconozco que están cargados de razón, pero no me sirven de nada. Montse opinaba que vivir en una casa de huéspedes debía de ser muy triste, así que desde el primer momento decidió que lo que me convenía era un apartamento, ella misma se brindó a encontrar uno baratito y a ser posible no demasiado lejos de la fábrica. Simpática y parlanchina, de reflejos muy rápidos y más lista de lo que suponían sus compañeros en la oficina, no sabía estarse quieta ni un minuto. Con una sonrisa limpia asaltaba por los pasillos a todo el personal de administración, zalamera y terca en sus triviales pretensiones, una curiosa mezcla de niña mimada y de viejecita cascarrabias, hasta que conseguía hacerse con unos duros para sus niños pobres del Guinardó y del Carmelo. Muchos procuraban evitarla, a menudo de forma grosera; cierto que su nerviosa locuacidad y su alegría podían llegar a ser mareantes, pero aquello que más le criticaban, la pesada obsequiosidad con que se acercaba a la gente y la envolvía, no era sino el justo excedente vital con que a menudo se veía obligada a suplir la mal disimulada indiferencia, la pereza verbal y la sequedad de corazón de los que la tratábamos: con ella nadie hacía el menor esfuerzo por ser agradable, y ni siquiera éramos capaces de disimularlo. Aparentemente siempre ocupada, sin tiempo ni ganas de pensar en sí misma, era una esencia volátil, asexual, sin deseos ni complejos. Y lo que

primero llamaba la atención era su voz: hermosa voz de constipada crónica que escondía un eco húmedo, una doblez afectuosa.

Así que en este atardecer lánguido, cuando llego para la cena con dos horas de anticipación, veo el jardín durmiendo tranquilo después de los rigores del sol y me entretengo recorriendo con los ojos de la imaginación la perfumada geografía de las islas del recuerdo: caminando por los senderillos de grava, bajo los arcos de boj, recupero el surtidor de esbelta copa forrada de musgo, y el sauce y el eucalipto, cuyas hojas largas y estrechas cubren el suelo. Para entrar en la torre de tus padres había que hacer toda esa serie de operaciones que predisponen a las almas simples a la sumisión y al respeto: introducir la mano entre las lanzas de la verja del jardín y abrir por dentro levantando el pestillo, volver a cerrar, luego rodear el surtidor, apartar con la mano una rama baja del sauce, subir los cuatro escalones del porche y finalmente tirar de la campanilla, ni muy fuerte ni muy suave. (Complejos tuyos, observó Nuria. Inseguridad. La propia ambición de prosperar junto a nosotros, que entonces te devoraba; lo mismo que hizo que tardaras tanto en decidirte a besarme. Igual que Salva.) Igual que Salva. Y entonces me doy a conocer, un sobrino de los señores, y Esperanza me hace pasar al salón y dice que la señora aún no ha llegado, pero que no puede tardar. Esperanza: tina galleguita de mejillas arreboladas que tía Isabel rescató de la Casa de Familia de la calle Verdi. (Compró en la Casa de Familia, como hizo con las demás criadas, y la convirtió en una joya del hogar y la casó.) Que compró. Una chica que desprende siempre un vago olor a cera virgen, como esos muebles del salón, henos aquí de nuevo en esta paz y armonía -aunque el puño de la camisa, qué facha, te viene grande, me dije, el pobre «príncipe de Gales» ya no da más de sí, esconde esa manga, sólo te mira el viejo pionero diplomado en la Escuela de Tarrasa desde su cuadro, remoto Claramunt, progresista y algo donero, vigorosa figura que se yergue vertical y enlutarla sobre un fondo gris de humeantes chimeneas.

Vibra una antena, una puerta se abre y se cierra y la alegre voz femenina entonando en el pasillo: «Esperanza, Esperanza», precisamente con un ritmo que es la premoción de aquel que había de triunfar años después, durante alguno de tus viajes a París, recuerda, y casi al mismo tiempo, al volverme hacia la puerta del salón, una nieve soleada y deslumbrante me ciega: una pierna levantada al aire, hacia atrás, el cuerpo hacia delante y el brazo extendido con la raqueta en la mano como si pretendiera devolver una sorprendente dejada junto a la invisible red. (En realidad, aclaró Nuria, tu inesperada presencia en el salón me sorprendió al asomarme, sólo quería tirar la raqueta sobre el diván.) Una jugadora de tenis, una preciosa muñeca vestida de blanco me observa con aire divertido, balanceándose sobre un pie. No tendrías más de dieciocho años, aún te veo, llevas una cinta roja elástica en el pelo, lacio y partido en dos y de hermoso color castaño, y zapatillas de tenis, falda y blusa blancas y un leve jersey echado sobre los hombros. Las piernas y los brazos muy tostados...

-¡Pero si es Francesc! -corriendo hacia mí, que me balanceo como un monigote ante tu tentativa de besarme la mejilla-. *Ja no em coneixes?* ¡La Nuria...!

Ah, claro... La verdad, no te habría conocido. -Y la consiguiente aclaración: he olvidado casi por completo el catalán.

-¡Qué sorpresa! No te quedes ahí tan parado, hombre, ven a sentarte.

Y me llevas al diván y me haces sentar; luego retrocedes unos pasos, me observas complacida y en cierto modo maravillada (Eras realmente como un niño crecido, pueblerino, pero sumamente atractivo), la cabeza ladeada y las manos detrás, considerando mi aspecto. Tampoco yo me canso de mirarte, tienes en las mejillas los mismo hoyuelos de Conchi. Preguntas si deseo tomar algo. «Bueno... Pues vino.» «¿Vino a estas horas, antes de cenar?», dices nerviosa y acalorada, juntando los hermosos muslos, y te veo correr hasta el pasillo y llamar a gritos a Esperanza para regresar enseguida y sentarte a mi lado -un perfume de animalito sudoroso se expande por mi cuerpo- y preguntarme qué tal me va el trabajo, por qué no he venido a verte hasta hoy, dónde vivo y cuántos años tengo ahora. Te explico que de momento vivo en una pensión de la avenida República Argentina, un viejo caserón, pero con una patrona simpática, aunque estaba buscando un apartamento no demasiado caro, y que ahora tengo veinte años, siempre dos más que tú. Que gano cuatro mil y pico mensuales, pero que la cosa mejorará, según me ha prometido tío Luis, no me puedo quejar. Quieres saber cómo gasta su dinero en Barcelona un chico tímido como yo, y yo románticamente puntualizo, corrijo: un chico raro como yo se lo gasta todo en libros, especialmente de cine, discos y bebidas. (Funesta herencia del cordobés, diría mamá, ¿recuerdas?) Funesta herencia. Y entrando despacio, con un alegre tintineo, Esperanza deja la bandeja sobre la mesita frente a nosotros, una botella de clarete y una copa, no paras de hablar mientras me sirves:

-Has cambiado mucho, pero sigues siendo guapo. No me había fijado que tienes los ojos del mismo color que tía Conchita, azul celeste.

-¿Ah, sí?

-Por cierto, ¿qué sabes de ella?

Con esas mechass largas y lacias, la expresión modosita, los calcetines blancos, conservas todavía aquel aire

alicaído de alumna del Colegio de las Esclavas.

-Con un doble de luces, creo...

-¿Un doble de qué? ¿De luces? ¡Qué gracioso, qué nombre más bonito! ¿Qué significa?

-Son los que se prestan para las pruebas de iluminación en el cine, esos que suplen a los actores antes de rodar...

-Ah. ¿Y qué sabes de ella?

-Niña, eres muy curiosa. =Y entonces te contemplo largamente, recostado en el diván, qué bonita estás, templa la voz, ¿me hago el interesante?, ya verán si de comarcas, ya verán. Tú te impacientas.

-Venga, cuenta, que ya no me asustan esos líos.

-Parece que desapareció el mismo día que yo tomé el tren para venir aquí, hace quince días... Lo he sabido ahora, me escribió Germán. -Arrugas el entrecejo, yo preciso: Germán es su marido.

-Ah.

-Tu padre ha recibido una carta de Conchi, pero...

-¿Por qué la llamas Conchi? Es tu madre.

—Siempre la he llamado así.

-¿Te quedas a cenar?

-Eso parece. ¿Y Montse?

-Cualquiera sabe por dónde anda... Ya verás lo que te espera. Sé por qué te ha invitado mamá.

-Porque soy un buen chico, y porque estoy solo en una ciudad llena de peligros. -Muy brillante respuesta que arrastra tu risa fresca, ya verán si de comarcas, ya verán-. Bueno, ¿qué es lo que me espera?

-El interrogatorio -sueñas guturalmente, simulando espanto. (Nunca hubiese bromeado sobre ello de haber sabido lo que iba a pasar, dijo Nuria. Y quién podía imaginarlo)-. Mamá quiere interrogarte.

-¿Interrogarme? ¿Por qué?

-Ah. Misterio. -Y te levantas de un salto-. Ya te contaré. Ahora voy a ducharme y a vestirme para la cena.

Desapareces dejándome la raqueta y tu inquietante perfume. Y corrijo mi postura en el diván, me subo el puño de la camisa, otra vez solo y con todas las vibrantes, supersensibles antenas desplegadas y registrando remotos parásitos, una voz, pasos, un teléfono que suena en alguna parte de la casa, nadie acude a él. (Era el teléfono de mamá, en su despacho, que ella siempre cerraba con llave. Sólo ella utilizaba aquella línea. Sólo ella.) Me sirvo un poco más de vino, es un clarete muy convincente. Contrariamente a lo que opinará tía Isabel, el gusto por los buenos vinos me lo había inculcado y educado Conchi, una Claramunt, y no era herencia nefasta del cordobés...

Otro portazo y ahora sí, es tía Isabel que aparece desgranando una discreta letanía de quejas por el calor y el mucho tránsito. Su rostro refleja una gran preocupación. (¿De verdad Montse no te había contado nada? ¿No sabías que mamá ya vivía el drama? ¿No deseas tú también justificarte, retrasar la evidencia?; No deseo disculparme. Cariñosamente tía Isabel me besa en ambas mejillas y me pregunta cómo estoy, cómo he crecido tanto. Ya ves, beta -de pie, rígido, con las horrendas bolsas en las rodillas del «príncipe de Gales» estrechito, raído, jodidito, ¿qué otra cosa podía preocuparme?-. Tía Isabel me propone pasar a su despacho; al salir del salón dirige una vaga y desdeñosa mirada a la copa de vino: «Llévate eso, si quieres», dice, y es evidente que no me deja opción: la sigo pues sin tocar el vino, voy tras ella recto como una tabla, sigo su lento y voluminoso cuerpo severamente vestido de malva a lo largo del pasillo invadido ya por la brisa que llega de la galería abierta al fondo, mirándome furtivamente en los espejos colgados detrás de las grandes plantas de hojas esmaltadas. El despacho, que yo no conocía, tiene muy poco que ver con el resto de la casa, tiene algo de quirófano: muebles asépticos, metálicos, relucientes. Pero las dos -ventanas que dan al jardín, o mejor dicho, lo que se ve a través de ellas ¡El muro cubierto de buganvilla, donde me besaste la primera vez) me recuerda que éste fue vuestro cuarto de jugar y donde hacías los deberes del colegio, así que digo: «Este cuarto era de las niñas», y en este momento, como cuando uno da en el blanco en tina feria, premio para el caballero, suena un timbre estridente, el teléfono de la mesa escritorio casi oculto bajo carpetas y correspondencia. Veo las alas desplegadas de aquel ángel de bronce: y secantes repujados, y una copia del Cristo de Lepanto. Tía Isabel descuelga y yo me pongo a mirar las paredes. No tardaría en saber que éste es su teléfono, su línea particular directamente conectada con lejanas y afanosas damas de la junta de Orientación para Matrimonios jóvenes o de la Comisión para la Lucha contra la Prostitución, Rehabilitación de Inválidos, asistencia a asilos de ancianos, orfanatos y cárceles, etcétera. A través de este hilo, los agentes transmiten a su presidenta consignas y partes de una guerra que no tiene fin: veo al enfermo crónico que precisa ingresar en un centro de recuperación gratuito, a la joven madre que solicita un volante para obtener una ayuda continua de leche en polvo para su hijo de meses, veo a la anciana inválida que recibe la silla de ruedas. Admirable labor. Pese a la frialdad mecánica de este sistema de control telefónico, que podría hacer pensar en la centralilla de un hotel, cada llamada transmite un grito de auxilio nacido quién sabe dónde, un llanto

sin consuelo, la voz de un niño de suburbio que tiene hambre o la de una mujer desesperada que tiene el marido parado; y tía Isabel empuña el auricular, se sienta, coge el lápiz, toma nota con rapidez, comprueba existencias, aprueba, transmite o deniega, siempre según sus Posibilidades y los poderes otorgados a su condición de multipresidenta. Sin alterarse, estoica, diríase que indiferente, como si tuviera conciencia de que su labor no ha de acabar nunca porque el dolor y la injusticia de los hombres tampoco ha de acabar nunca, mientras habla acaricia el hilo del teléfono: es el cordón umbilical que la une al mundo y a sus dolientes palpitaciones de cada día, a su desplegado ejército de salvación, a sus innumerables obras, hijas del entusiasmo y del esfuerzo. Esfuerzo que no se limita, como en su hija Montse, a las parroquias de la diócesis y archidiócesis: Cáritas opera en el vasto campo nacional. A veces se ve obligada a viajar, y una vez fue a Roma como miembro de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas. (Donde, según dijo al volver, con voz todavía alterada, acudieron también representantes del «tercer mundo». Pobre mamá.) Pobre. Pero en invierno, aquejada por el reuma, clavada en esta mesa con su mantón de lana morada y sus guantes negros, largos, de reflejos metálicos, con algo de tenaz y siniestro investigador encerrado en su laboratorio, su bondadosa figura agobiada de problemas, su quehacer desinteresado me llegó a llenar de una tristeza indefinible. Ese día el teléfono le basta para controlar y dirigir su vasto y palpitante mundo de necesitados. Y desde aquí organiza, solicita y obtiene, prepara conferencias y fiestas de beneficencia y mesas petitorias, inaugura y clausura, orienta, aconseja, promociona.

-Siéntate, hijo.

Tía Isabel ya ha colgado.

-Estoy bien, tía, gracias... Este cuarto era de las niñas. Una tierna mirada de asentimiento. Me consta la amplitud y el calor de su ala, dispuesta siempre a cobijar ateridos y sucios polluelos como yo; pero es inútil; ante ella me sentiré siempre desvalido, verdaderamente huérfano, mucho más que ante el resto de la familia. (Durante bastante tiempo, recordó Nuria, cada vez que venías a casa parecías no saber qué hacer con tus manas, las guardabas en los bolsillos como si fuesen alimañas peligrosas.) Como alimañas, sí. Y dejando sin respuesta mi nostálgica observación, tía Isabel se inclina sobre la mesa y ordena un poco los papeles.

-Por cierto, hijo, ¿has visto a Montse últimamente?

—Sí, nos vemos a menudo.

-¿Qué sabes de ese chico, el preso? ¿Te ha hablado de él?

Será la primera noticia, el primer oscuro conocimiento de la existencia del presidiario. Su nombre y sus misteriosos poderes no me serían revelados hasta unos días después.

—Pues no, no me ha dicho nada. ¿Por qué, tía? ¿Ocurre algo?

Tía Isabel levanta la cabeza y me mira en silencio, considerando mi posible capacidad de disimulo y de encubrimiento. Pero cree en mi inocencia, me absuelve: «Por nada. —Y suspirando añade—: Dios quiera que me equivoque». Tía Isabel tiene un noble rostro de barbilla redondeada y pujante, vehemente, una barbilla decididamente alejada de las extravagancias de la juventud pero no severa, y ese mimetismo contagioso de la fuerte personalidad. Es amable y cordial, una figura de acogedor y equilibrado volumen con algo de matrona decimonónica, algo que siempre me ha recordado no sé qué vieja alegoría de lápida o diploma (colgado en el despacho de papá, en la fábrica de la calle Escorial) representando la Poesía y la Verdad, o Correos y Comunicaciones.

Nuevamente se aplica en ordenar la mesa mientras se interesa por mis cosas, si estoy a gusto en el almacén, en la pensión que me buscó, si no me siento demasiado solo en Barcelona, qué proyectos tengo para el futuro... «No hace falta que te diga que ésta es tu casa, ven cuando quieras. A tu edad y viniendo de un pueblo, mala cosa», y sonrío meneando la cabeza. Yo estoy ya temiendo que me sugiera algún remedio infalible para la orientación de mi alma; efectivamente, por ahí se andará (Que te acerques algún día por el Centro parroquial, que atiendas a los buenos consejos de Montse, seguro), pero ausente, al dictado, como si hablara en sueños: comprendo que es una fórmula coloquial como otra cualquiera, una especie de deformación profesional, en su caso evangelizadora (Sí, dijo Nuria, algo para entrar suavemente en materia y poder soltar enseguida, sin estridencias, aquella pregunta que te estaba destinada ya antes de venir):

-Y a propósito de Montse. Dime la verdad, Francesc, pero la verdad. ¿Alguna vez te ha pedido mi hija que la acompañes a la cárcel Modelo?

Hoy este perro asalariado juraría que sacó precipitadamente las manos de los bolsillos y que se las llevó al nudo de la corbata, como temiendo no estar presentable. No, tía, yo «nunca he hecho eso con Montse» (Y además, ni siquiera sabías dónde estaba la cárcel Modelo. No podías saberlo todavía). No podía. Primera vez que oigo hablar de este preso, tía. Ella parece convencida, de momento no se habla más del asunto. Aunque bastante intrigado, prefiero no preguntar nada.

¿Fue esa noche cuando vi discutir por vez primera a tío Luis y a tu hermana? No, esta noche Montse no llegó a sentarse a la mesa. «¿Dónde está tu hermana?», pregunta tu padre. Y su sombra, lo único que yo veré de ella,

cruza el vestíbulo cuando comemos los postres (Pero su ausencia presidió la mesa, dijo Nuria, ¿no recuerdas qué tensión, qué aburrimiento?). Presidió la mesa. Pero pasó corriendo frente al comedor y subió las escaleras para encerrarse en su habitación, no saludó a nadie (Iba llorando, aunque no lo supe hasta que tú te fuiste: Salva la había acompañado hasta el jardín, venían del Centro, donde la habían regañado por su comportamiento y la junta le había advertido por vez primera que si seguía visitando al preso y entregándole dinero la relevarían, nombrando una sustituta). Llorando, sí. Recuerdo de esta cena una furtiva mirada que me lanzaste por encima del frutero, como anunciándome la tormenta familiar que se avecinaba (Y que estallaría a tus espaldas), y también recuerdo que tía Isabel, sin la más leve alteración de la voz, cuando Montse hubo pasado siguió hablando de aquella planta del salón cuya repentina caída de hojas resultaba inexplicable...

Pero cuando al irme cruzo el jardín en tu compañía ya he olvidado el extraño comportamiento de Montse, ni siquiera pienso en ella (No es verdad, dijo Nuria, precisamente hablábamos de ella). Hablábamos de ella, tal vez sí, pero era un pretexto, y veo como si fuera ayer nuestras manos encontrándose al abrir la verja: ocurre que esa noche me interesa infinitamente menos saber qué le ocurre a tu hermana que prolongar esta trémula proximidad tuya, este doloroso deseo de ti, y calibrar la pasividad casi descarada de tu mano bajo la mía. Así que, pensando exclusivamente en volver a verte lo antes posible, y a solas, no dudo en apoyarme en Morirse: el enigma del presidiario parece un magnífico pretexto para conseguir una cita contigo (¿Pero no veías que yo lo estaba deseando, no lo veías?). No lo veía. «Me tiene preocupado, tu hermana -te dije-. Siempre pienso que le puede ocurrir algo malo, es tan... ingenua. Tienes que contarme lo que pasa», y otras miserias por el estilo, eso te dije. Tú me miras a los ojos, acercándote más, me miras con ese glorioso descaro tuyo que los años no han doblegado, con aquellos movimientos gráciles y abruptos a la vez, unos andares de muchacha habituada a cruzar pistas de tenis. Y algo muy jubiloso, repentinamente divertido y emocionante, como volver a jugar al escondite contigo bajo la sombra luminosa de las lilas, se desprenderá del roce de tus muslos en la falda violeta. «Podemos vernos en La Salud, si quieres», dices, y todavía mi timidez: «Bueno, llámame a la pensión...». Y antes de irme escribo precipitadamente en una hoja mal arrancada de la agenda, con mano temblorosa, neurótica, una garra asomando grotescamente bajo el acartonado puño camisero, el número del teléfono de la pensión.

Sí. Y aquel mismo fin de semana me llamaste, y fuimos al cine como dos fugitivos. Recuerdo que me hablaste de ir un día a la playa, y que esa idea a mí no me gustaba nada, ignoro aún por qué; quizá no interesaba a mis fines, quizá me reservaba escenarios más íntimos y musicales para conquistarte. Hablamos de películas, te dije que el cine me gustaba mucho; y de mi triste vida en la pensión, de mis solitarias partidas de billar en el café de enfrente, de mis lecturas. Y al regresar a tu casa, en el jardín, te besé. Y escapé corriendo. Y no, no recuerdo que habláramos de ella (¡Pero sí!, protestó Nuria. Te dije cómo se había complicado todo, y lo desgraciada que Montse se sentía y que había que hacer algo por ella). No, fue otro día, en tu Club. Allí me hiciste ver el problema, y no es que yo lo deseara realmente, pero una vez empezada la burda imitación de interés con la pregunta «¿qué le ocurre a tu hermana exactamente?», ahora por fin la memoria retendría los hechos, una historia que me pareció vulgar y hasta risible, supongo que debido a mi mezquino concepto de la beatería de Montse. Así supe que desde hacía poco más de un año tu hermana visitaba a un joven preso en la cárcel Modelo, un delincuente; que no había, en principio, nada de particular en estas visitas, pues ella lo venía haciendo desde hacía años, igual que sus compañeras del Centro; a veces se trataba de enfermos en hospitales, o de familias en barrios pobres. Les entregaban paquetes de comida, tabaco, ropa, libros y un poco de compañía, una pizca de ayuda moral. Según tú, que parecías muy enterada aunque ya no frecuentaras el Centro parroquial, Montse siempre había planteado problemas semejantes a causa de su generosidad y su inconsciencia, empeñada en hacer demasiado bien a quienes, a veces, no lo merecían (Éstas son palabras de mamá, no mías, protestó Nuria. Y cargadas de razón). Tía Isabel cargada de razón, está bien. Pero fuiste tú la que insistió en que el problema, esta vez, era distinto; que todo parecía indicar que el preso en cuestión ejercía sobre Montse alguna influencia extraña y peligrosa, puesto que, a pesar de haber sido ya relevada por otra compañera del grupo (Fue mamá la que impuso esta medida a la junta de la parroquia), ella seguía visitándole por su cuenta y riesgo. Nunca había llegado tan lejos: no solamente iba a verle con mucha frecuencia, sino que estaba empeñada en buscarle empleo y alojamiento cuando saliera. Eso me dijiste; y que le entregaba ciertas cantidades de dinero, y, lo que parecía más grave aún, estaba dispuesta a colocarle en la fábrica... En fin, que los deseos de Morirse por regenerar a este preso se salían de lo normal, de la justa medida que pedía la prudencia y el decoro (Palabras de mamá, protestó Nuria). Palabras de quien sea, eran las únicas que se oían en tu casa. Incluso me dijiste que tu madre sospechaba ya la verdad, es decir, que Montse sufría una especie de espejismo amoroso -no importa quién lo dijera, tiene su gracia-, un devaneo, más propio de una chiquilla alocada que de una joven de sólida formación moral y religiosa (Porque ella, mamá, admitía que en Montse se daban precisamente las dos cosas: generosa, sacrificada, era una buena hija, incapaz de engañar a nadie, pero también un poco corta de entendederas, simple, algo tontita, vaya). Simple, sí. Y que

siempre lo había sido, desde niña, y que por eso no sabía nada de la vida ni de los peligros del mundo. Eso dijiste que decía tía Isabel. Por otra parte, el chismorreó en los medios parroquiales empezaba a ser sonado. Supe también que Montse no quería ceder, y que sufría al no comprender por qué le prohibían visitar al preso y llevarle libros y comida; y que tío Luis, en fin, ya había intervenido enérgicamente...

Fue en el Club de tenis, en efecto: te veo como entonces, sentada en el alto taburete, en la barra del snack al aire libre y mirando las desiertas pistas de tenis, que lucían una hermosa tierra mojada. Ya no llovía, pero mi gabardina aún estaba empapada y te reíste mucho cuando la sacudí porque el cuello, que estaba descosido, casi se me quedó en las manos. Cerca merodeaba aquel grupo de amigos tuyos que bebían tónica y que me intimidaban y me aburrían. Me consta que lo único que tú y yo teníamos en la cabeza era: un sitio donde besarnos. Al acompañarte a casa, las acacias de la avenida Virgen de Montserrat todavía goteaban lluvia sobre mi gabardina, con aquellas inconsolables y tenebrosas solapas alzadas. Caminabas triste a mi lado, yo aún no sabía por qué, pero sí sabía que no era por tu hermana.

«Has conservado siempre muy agudo lo que podríamos llamar el oído musical de la familia, una rara habilidad para acoplar la voz a muchos y variados acordes o para improvisar hipócritas dúos confidenciales en espera de la ocasión propicia para lanzar el do de pecho seguido del aria sosegadora. Y de ello supiste sacar partido con Nuria: moralizando como un bellaco de provincias que eres, modulando tu hermosa voz de joven diácono ante su adicto auditorio femenino y pueril, vendiendo falsos paraísos de felicidad e insinuando miserablemente otros placeres escondidos en la manga, en sucesivos encuentros le sacas a la prima los motivos de aquella violenta tristeza cuya causa no es Morirse y que un par o tres de veces la lanzaría a Castelldefels, o a donde fuese, utilizando de tapadera a sus amigas y a ti: un fugaz amorío de colegiala está dando los últimos coletazos en su corazón virginal de alumna de las Esclavas. Se trata, en efecto, de un joven tenista en cuyos brazos Nuria ha estado a punto de cometer un serio disparate. Le olvidará, tú la ayudas gentilmente a superar la crisis con tu husmeante proximidad y tus sibilinos consejos, pero durante algún tiempo aún cree estar enamorada -¡oh, nunca has vivido una experiencia tan emocionante y excitante!-, lo cual te obliga a remontar la voz hasta insospechadas cimas falsamente moralizantes, astutamente seductoras. Exactamente el mismo solapado consuelo que Salvador Vilella, por estas fechas, le ofrecía a Montse, hoy ya lo sabemos. Tu mejor arma, es curioso, fue la soledad y la pobreza.»

-Me enamoré de ti la primera vez que viniste al Club -dijo Nuria, haciendo una pelota con la almohada y abrazándose a ella- con aquella vieja gabardina calada de lluvia.

-Tu primer amor, el tenista, se parecía mucho al preso. ¿Recuerdas? Moreno, de ojos negros, un guapo tenebroso.

Nuria suspiró con fastidio:

-Lo estábamos pasando tan bien antes de hablar de eso -tuvo la gentileza de decir-. ¿Por, qué quieres estropearlo?

Con la mitad del cuerpo fuera de la cama, yo seguía enfrascado en una lucha a muerte con el vaso, la botella y el cubo del hielo, que estaba vacío.

-Hay más en la nevera-dijo Nuria.

-Deja, iré yo.

Salté de la cama y abandoné aquel nido de luz, penetré aliviado en la penumbra, y, orientándome como un ciego, desnudo, di con el pasillo y luego con la cocina, donde me sorprendí de pronto dispuesto a hacer muchas cosas. Pensaba vagamente en la posibilidad de freír furtivamente un par de huevos y comérmelos allí mismo, de prisa, como un ladrón. Había una luz cruda, despiadada, y el frigorífico zumbaba rencorosamente. También me habría gustado ocuparme distraídamente en vaciar y limpiar ceniceros, como hacía en mi apartamento de París cuando me sentía con el cerebro a punto de parir. Pero me llevó tanto tiempo y esfuerzo extraer los cubitos de hielo de sus compartimientos de plástico, incluso después de someterlos a la presión del chorro del grifo, que desistí de masticar alimentos en soledad para aclarar ideas, y regresé con el hielo, alado y desnudo, junto a ella.

Ahora su piel olía a coñac mezclado con leche, como aquellas tazas humeantes que Conchi me traía a la cama cuando estaba resfriado. Me serví el cuarto whisky y después del primer trago lo dejé en las cercanías para tomarme una medomina.

-No puedo evitarlo -le dije-, tengo la sensación culpable de haberme pasado la vida arrancándote de los brazos de los demás.

-Y así fue.

Así que tuviste incluso esa suerte: ya los primeros besos tienen sabor de adulterio. Es un largo y lluvioso invierno, a ella le gusta comprar manzanas en las tiendas que os salen al paso y comerlas por la calle, pasear despacio y hacerse esperar; lleva un blanco impermeable de cinturón rrtuy ceñido y capucha, tú la gabardina marrón o el pobre paraguas pueblerino de tosca lona negra. Se trata de que no te sientas tan solo en la ciudad y de ayudarte

a encontrar un alojamiento barato; así por lo menos le consta a la familia. Pero tú ya estás tejiendo los dorados hilos de otra historia: bajo la advocación de las lilas del jardín reanudas con la prima el viejo juego, tú con la sonrisa medio destruida por el largo destierro, por el tiempo perdido y la urgencia de recuperarlo, ella con una disposición decididamente más limpia, más generosa, y os hacéis novios en secreto, por decirlo de algún modo, porque temes a la familia y porque algo (¿el comportamiento de Montse?) te dice que no es el momento, te aconseja prudencia y esperar. Nuria, sin embargo, no tarda en ser más atrevida: te llama por teléfono a la pensión y a la fábrica, incluso a veces va a esperarte a la salida del trabajo, y en el Club, donde insiste en llevarte, se cuelga alegremente de tu brazo. Tienes miedo, no puedes soportar la idea de perderla por una negligencia, sabes que un desliz, una torpeza cualquiera del sentimiento posesivo que te devora podría trocar esta relación en una farsa divertida, pero de tiempo limitado.

-Lo mejor sería marcharnos mañana mismo en el primer avión, sin avisar a nadie.

Su brazo rodeó mi pecho, la oí respirar acompasadamente.

-Intenta dormir -le dije- y deja que yo decida. ¿Quieres una medomina? A mí esta noche no me hace efecto.

-Debemos decidir ahora, Paco.

-Sí, no sé...

Nunca te sentiste completamente contemporáneo del presente: eso que llaman el futuro mejor, esa tan traída y llevada dignidad del hombre, siempre avanza enmascarada. Recuerda la vida que hacías en la pensión, tus relaciones con el barrio, los vecinos, la patrona, los pensionistas: te arropabas en una excitante y vaga clandestinidad que en los días grises del invierno, cuando ibas con la moral en los talones y devorado por la migraña, tenía sabor de grato consuelo y de esperanza, un calor, un roce constante de solapas subidas, el paso apresurado y la mirada al frente, sin saludar: vivías el futuro más que el presente, y hasta te complacía el equívoco que provocabas en torno: este joven no parece de los nuestros, se diría que vive aquí provisionalmente, que éste no es su barrio, que se irá de un momento a otro. Y mientras, ¿qué es del autor, del verdadero amor? habrías reconocerlo en medio del inmenso descampado del erotismo patrio con toda su prodigiosa y sórdida inventiva, camuflado en tus ganas de medrar? Qué fácil extraviarse en el sentimiento de culpa que nos inculcaron de niños, desde la época casi lactante de la paja colectiva y estudiantil, frustrada por la precocidad, hasta las horas muertas en los snacks frente a la crueldad pectoral de camareras agitando cubiletes de dados, pasando por el estratégico acoplamiento en abarrotados vagones del metro o en la plataforma de los tranvías, por la tierna e infinita variedad de movimientos de que es capaz, el codo en la penumbra plateada de un cine, hurgando en sombras peligrosas junto a la desconocida madura de la sesión de tarde de domingo que hace crujir su bolsa de caramelos y su corazón solitario, para llegar exhausto y sin decisión a los subrepticios magreos de playa y piscina, de oscuras *boîtes* como sobacos, al roce de rodillas bajo la bien servida mesa de los tíos, orientándose uno en medio de sombras horribles, siempre con ahínco y sobresaltos. Como si hubiesen excluido al amor en todo eso, como si no tuviera riada que ver. Como si fuera posible evocar sin amor aquella verja en la entrada del Club y la cegadora luz de unos faros de automóvil, ciertos portales oscuros del barrio, escaleras, rellanos, inhóspitos y estériles templos del amor donde tenían lugar los más extraños y precipitados ritos, desde el mecánico jubileo de manos liberando y aplacando ardores sin nombre, hasta interminables y dulces frotamientos de finas sedas marca Claramunt, afanosos y vergonzantes pañuelos que luego serían arrojados a las tinieblas de la noche.

Confíesalo sin rubor: así empezó tu educación erótica y sentimental.

Tía Isabel en su nube púrpura

Capítulo 9

-Mamá envejeció de pronto -dijo Nutia.

-Eso le ocurre a casi todo el mundo.

-No. Es que ella adivinó lo que iba a pasar desde el principio. Dándomela espalda, lenta y cabizbaja, camina hacia la ventana, se para, se vuelve y me mira. Tras ella y los empañados cristales, sobre la alta fachada gris de la Samaritaine, llueve intermitentemente. Pantalón y chaqueta de pana ceniza, bufanda, trenzas y cigarrillos Gitanes -pero no consigue camuflar a la señora de Pedralbes-. Sus hermosos ojos están llenos de aburridos paseos junto al Sena, de horas esperándome en la terraza-invernadero del Petit Cluny, de llovizna y otoño extranjero...

-Cuando empezaste a trabajar para papá -añadió-, Montse ya llevaba un año visitando al preso. Así que no pretendas ser más papista que el Papa.

-Lejos de mí tan siniestra pretensión,

-¿Nunca te cansas de hablar tanto?

Sus reproches, cada vez más débiles, eran una pieza más del complicado engranaje de recuerdos que yo había puesto en marcha.

-¿Se veían varias veces por semana?

-No sé. Pero mucho.

Con gestos de autómeta, mirando el vacío con obstinación, Noria se ladeó hacia mi tesa de trabajo, palpó la cajetilla, la cogió y la puso a mi alcance. En el supuesto de que hubiese varias ventanas en la habitación (la memoria me falla para todo aquello que no estaba al alcance de mis manos), alguna estaría abierta y dando a Rivoli-Pont Neuf los claxons de los coches, en un embotellamiento, le dedicaron una briosa serenata mientras deshacía sus trenzas. Me escuchaba con la cabeza gacha, el perfil enfurruñado, luego se arrodilló sobre la butaca y atusó sus cabellos mirándose en algún espejo invisible y remoto para mí, y seguidamente se inclinó y tendió la mano hacia los discos sobre la alfombra. Agité el vaso vacío ante sus ojos, el hielo tintineó alegremente en el cristal, y ella sonrió. Saltó ágilmente y corrió, descalza, hacia unas enojosas sombras que hoy me gusta creer que ocultaban el mar. Con ella en París o en Pedralbes, pero siempre el mar: años atrás había soñado con llevar a Nuria a cierto hipotético hotelito de Castelldefels, y si entonces hubiese tenido el valor de hacerlo, hoy este mar fantasmal no estaría aún arañando las patas de mi solitario lecho parisino. De todos modos, dondequiera que nos hallásemos, sus brazos rodeaban mi cuello y el recuerdo de Montse persistía. A ellos, pues, me remito: antes de que Nuria regresara de las sombras con otra botella y más hielo, ya tenía yo preparadas dos o tres preguntas más, una de ellas referente a tía Isabel.

-Se pasa las horas -me explicó- sentada en su mecedora frente al mar, en la terraza de Sitges. ¿Más hielo?

-Vale. ¿Y qué dice, qué piensa?

-Nada. No sé. Reza y recuerda.

Ensimismada, varada en Sitges, contempla este confuso mar de la memoria, este brumoso horizonte que un día fue su tierra de misión y en el que ahora rememora viejas singladuras con aquella enseña de la Caridad en lo alto del mástil. ¿Dónde están los signos de los tiempos? ¡Ay!, tía Isabel: un navío todavía majestuoso y admirable, engalanado como el día' de su feliz botadura en una humilde parroquia, cuando partió al frente de devotas congregaciones con vocación caritativa, pero ya qué roído por dentro, qué descalabrada armazón de crujidos y misterio, con tantos reveses, tantos rumbos equivocados. ¿Lo ha comprendido, al fin, en su retiro? ¿Sabe que se equivocó? ¿Amó su corazón de madre con el debido amor? Pienso en ella como en una venerable conciencia en constante autoexamen frente a las olas que van y vienen: oír esa voz del tiempo, oírla relatar su candorosa versión desde esta mecedora, adormilada sobre una escandalosa calle de Sitges donde triunfa un violento verano de jóvenes cuerpos...

-Sí, me gustaría hablar con ella.

-¿Por qué no vas a verla? -dijo Nuria-. Le harías un gran bien.

-¿Crees que se alegraría?

-Claro, pobre mamá.

-Eso del bien y del mal, en tu familia, sigue siendo un misterio para mí. Pero la vejez sí que me sobrecoge. Recuerdo una conversación que tuve con ella a propósito de un mendigo; yo era todavía un niño...

Recuerdo, tía, a un viejo vagabundo que vi una vez en la plaza Calvo Sotelo; tenía la sucia cara aplastada contra el cristal de un escaparate de lujo estallante de luz y lloraba a moco tendido, como hipnotizado, en silencio, sin consuelo .

... omnipotente y eterno sol cuyos benignos rayos se derraman por el ancho mundo sobre todos por igual, purificando corazones y labios como el carbón encendido aplicado a la boca del profeta, iluminando a los que están sentados en las tinieblas y sufren del terrible mal de la memoria, y que ya se oculta en el ocaso mitigando con sus últimos destellos la dolorida y vieja espalda de la mar, tendida de bruces en la arena. Muere el día alabando a la creación en su mismo insondable y majestuoso misterio, una vez más, siempre, por una eternidad de siglos y de siglos que se prolongará más allá de esta rubia bahía de lágrimas y de zumos sexuales, más allá de cierto crudo invierno: Hija, abrigate, Dios te bendiga. Allí hace frío y las turbias olas lamen los pies de las humildes barracas que también merecen el nombre de hogar, verdaderamente, pues en no pocas de ellas, dentro de su innoble apariencia, reinan la armonía familiar y la resignación cristiana que todo lo ilumina y lo transforma; de tal modo que bien puede decirse que la conformidad es providencial virtud que premia a los necesitados con toda suerte de goces y venturas. Las lucecitas del puerto se encienden y ya apareció la primera estrella, la dulce y radiante Venus. Como un suave bálsamo de incalculables beneficios y efectos milagrosos cae el manto gris de la noche sobre las humildes techumbres que la arrogante ciudad desprecia, y sobre la playa desierta, donde una y otra vez cabecea impotente y con estrépito el ciego y sordo afán de las olas, y aún más lejos, sobre el puerto y sobre Montjuich. Y también aquí, sobre ti, impúdica Sitges, cae la noche...

La venerable anciana meciéndose en la terraza, frente al mar, evoca luego la piadosa Montseápolis suburbana en retrospectiva, buscando dónde, en qué momento cometió el error. Prudente la madre que alcanza a conocer bien a su hija. Con inseguro paso ahora se hace la ilusión de seguirla más allá del horizonte, del límite del recuerdo, un día de invierno que la llevó en el coche y la dejó con su amiga en aquella región de sombras grises bajo estrellas, dos fantasmas de juvenil y graciosa silueta adentrándose en el atardecer: de pie sobre la sucia arena y a la vista de las primeras casitas, Montse cambia saludables impresiones con su compañera María Cinta, la simpática asistente social del Hogar de Casa Antúnez, muchacha moderna y animosa si las hay, un corazón todo generosidad. Se despiden y luego Montse penetra con paso vivo en el arrabal, caminando confiada y feliz entre montones de escombros y graciosos churumbeles ateridos de frío que saltan y bailan alborozados en torno a ella. Sorprendentemente limpios y educaditos, algunos, y hasta francamente guapos. Ni la inclemencia del tiempo, ni lo inhóspito del lugar ni las mofas junto con alguna que otra grosería de los hombres apostados en las puertas de las diminutas tabernas, amén de otras muchas dificultades e incomodidades, como por ejemplo las impertinencias a menudo bochornosas de algunos jovencuelos incontrolados, la detendrán en su camino. Sus amiguitos los niños, que acuden desde todas partes a saludarla, la conocen por buena. Así pues, aquí el bien es fuente de conocimiento. Por encima de los toscos tapabocas tejidos por sus animosas madres, que aunque sujetas a las miserias de este mundo luchan contra la adversidad admirablemente, asoman ojillos inocentes y algunos, por cierto, de gran belleza, que también en el fango nacen flores. Gozosas vecinas cebadas de rollizos brazos la saludan cariñosamente, sanos y fuertes y alegres corazones de madre con agobios y trabajos sin fin, crisol de las inmarcesibles virtudes que adornan a nuestras mujeres, con ella se comunican fácilmente. De los pequeños portales tapados con sacos y arpilleras sale la alegre música estridente de las radios, y gritos, niños, risas, entretenidas discusiones y palmas y notas de guitarra, que también la diversión es un don de Dios. Rodeada por la chiquillería que la adora, no es por decirlo, Montse sigue avanzando por las estrechas callecitas regadas con esmero y decencia, entre casitas encaladas primorosamente, parece un pueblo de juguete, y placitas donde se cocina la cena en fogones de carbón, bajo las estrellas, hasta que se para en la barraquita al final de la calle. Aparta la tela de saco y entra diciendo:

-¡Hola! -desenvuelta y simpática.

Los dos primitos, Miguelín y Rafaela, que superando la momentánea pobreza se quieren y se ayudan y se portan como dos angelitos, cuando la ven entrar se levantan. Miguelín estaba sentado en el suelo, junto al armario, y Rafaela en el catre, cubierto con la manta nueva que Montse les trajo la semana pasada. Sus ojitos negros bril-

lan de alegría.

-¿No está mamá? -pregunta Montse.

-Buenas noches, señorita -dicen los dos a la vez-. Mamá ha ido al dispensario a ver a la señorita Cinta, el abuelo se ha caído en la calle.

-¿Qué dices, criatura? ¿Se ha hecho daño?

-Nada. El codo -dice Rafaela. Graciosamente parpadea la inocente criatura, un poco coqueta, y baja los ojos hasta sus flacos y negros muslos, que la falda corta deja al desnudo. Montse suspira y se deja caer en una silla.

-¡Uff! Qué cansada estoy-exclama. Las sombras se han adueñado de la casita, pequeña pero limpia y ordenada y en cierto modo provista de todo, si hasta tiene radio y una pequeña nevera. Montse mira al bebé en la cunita, junto a Rafaela, la cunita que consiguió a través de Cáritas hace un mes.

-Traigo el boleto para el rey de la casa -anuncia con sana y expansiva alegría, y los dos primitos saltan palmeando de contento. La abuela está en la puerta trasera mirando un bonito mar al anochecer, le gusta, no hace otra cosa desde que vino del pueblo, tan viejecita, la pobre. Rumor de olas fuera, y dentro bonita cerámica andaluza, un botijo, calor de hogar sencillo y honesto. Muchacha hacendosa, Rafaela se ocupa de la casa (acaba de cambiarle los pañales al bebé y ahora está pegando en el espejo pañuelos recién lavados, cuando los despegue estarán secos y planchaditos: solución ingeniosa y encantadora cuando no se tiene plancha) porque mamá va a fregar suelos en casas buenas de señores que pagan lo que es, justo y un poquito más, y papá y el abuelo venden pipas y regaliz con el carrito, ya vendrán tiempos mejores.

-¡Ah! -exclama Montse fijándose en Miguelín que, sentado en el suelo, tiene sujeta una pierna a la pata del armario con la cadena y el candado de la bicicleta de papá-. ¡Ah, ya veo que sigues siendo malo, y que mamá aún no puede dejarte suelto cuando va al trabajo, la pobre...! ¿Volviste a escaparte, Miguelín, niño malo?

-Sí, señorita, es muy malo -dice seriamente Rafaela, y el tunante de su primo baja los ojos avergonzado. Riendo, Montse levanta al chiquitín en brazos, bien envuelto en pañales limpios, y le hace carantoñas, que son muy de su agrado, a juzgar por su pícara sonrisa. Es un sol de crío y a Montse la llena de gozo tenerle en brazos. Rafaela se levanta del humilde catre de sus padres y se acerca a la señorita sonriendo. Su actitud respetuosa y de buena observancia denota la excelente disposición de la chica. Bonita y limpia en verdad a pesar de ser de familia numerosa, con sus grandes y salerosos ojos de gitana y sus labios de cereza. Una deliciosa muchacha en la flor de la belleza, trece añitos. Aunque algo mayor que ella, Miguelín no es tan expansivo y permanece quieto en el suelo, con aires ya de hombrecito, hosco y pensativo, un mecánico de gran porvenir, sin duda ya con problemas de esos que tienen los hombres y, que en él resultan graciosos. Familia de borrachines (no sería justo hablar de alcohólicos) pero en la que reina la armonía. Rafaela es dependienta de una droguería y por la noche va a clases en el Hogar Social.

-¿Trae el boleto para la leche en polvo, señorita?

-Sí. Aquí está, toma -dice Montse, que sigue meciendo al chiquitín. Y de pronto, ¡zas!, el tunante que hace una de las suyas—. ¡Eh, usted, marranito! ¿Qué ha hecho el marranito? ¿Eh? ¿Qué ha hecho?

-Démele, señorita -dice. Rafaela servicial. Y vuelve a cambiarle los pañales.

-Te ayudaré -se ofrece Montse. Y el olorcito es motivo de risa y solaz y santo esparcimiento. Y entre las dos tienden al bebé en el catre. Daba gozo verlas inclinadas sobre el rey de la casa, aquel terrible dictador de negros bucles y sonrisa picarona. Crecerá y saltará de júbilo porque le ha sido concedida la gloria de los espacios abiertos y sanos, el reino infantil de las laderas de Montjuich o del Monte Carmelo o de la Montaña Pelada. Montse se lava las manos en la jofaina del rincón y luego se sienta ante Rafaela y se interesa por su trabajo de dependienta. Rafaela tiene un arañazo en el muslo izquierdo. Explica animada que está muy contenta con el trabajo y que cada día estudia más. Cumplida su misión, Montse se despide.

-Y tú, Miguelín, a ver si te portas bien y le pediré a mamá que vuelva a dejarte salir a la calle.

Alegres como unas castañuelas, los angelitos se despiden de la señorita con un beso. Rafaela la acompaña hasta la calle y al volver se sienta en el catre mirando a su primo malo con una graciosa severidad de personita mayor. Los dos están solitos en la casa. Miguelín con su sonrisa de tunante mira a Rafaela, y ella, sentadita muy correctamente en el catre, le observa ahora con una luz risueña en los ojos, los brazos cruzados sobre el pecho. Miguelín le hace señas con los ojos, se decide, empieza a dar fuertes tirones a la cadena que le ata al armario por la pierna, luego con un-clavo torcido intenta abrir el candado, pero no lo consigue y vuelve a tirar de la cadena. Rafaela observa sus esfuerzos sin moverse, el pecho agitado, los ojitos brillantes. Miguelín desiste con tristeza, el pesado armario no se mueve, y él se sienta otra vez en el suelo suspirando. Ahora su primita tiene los ojos bajos, sentadita en el catre como una estatua. Enseguida reanuda él el intento: quiere sin duda acercar el armario hasta el catre y sentarse así junto a su primita y su hermanito, jugar con ellos, sentirse menos solo. Sus desesperados esfuerzos, sin embargo, no consiguen mover el armario, y entonces Rafaela se levanta bruscamente y empuja el

catre con las dos manos, apretando los dientes, y avanza poco a poco hacia Miguelín, que ha cobrado nuevos bríos al ver la simpática ayuda de su primita, y se van aproximando, crujen y chirrían el catre y el armario, Miguelín tira desesperadamente de la cadena y ella empuja, los dos en cuclillas empujan, qué hermoso espectáculo de avenencia y buena voluntad, ya casi están juntos, ya la longitud de la cadena permite que Miguelín se tumbe en el catre, también Rafaelita se tumba de espaldas levantándose las faldas y ya su primito monta sobre ella con un pie atado a la cadena, suspiran y se agitan como tontitos, la humilde camita cruje por todos lados y en su cunita el rey de la casa mueve sus manitas y protesta exigiendo mimos y carantoñas, el muy sinvergüenza.

Entonces quienquiera que seas, buen hombre, no llores más y despega la frente del escaparate, toma unas monedas y vete a cenar. El viejo vagabundo acepta el dinero que le dan, se aleja refunfuñando, entra en una taberna y pide vino. Que con él vive y reina.

El sol ya se ha ocultado. En su mecedora de la terraza encarada a la playa de Sitges, tía Isabel llamó a la sirvienta agitando la campanilla y luego esperó. Hacia fresco., Meditando aún, cerró los ojos con extrema unción.

El dirigente

Capítulo 10

Parece que trabajó de manera entusiasta y desinteresada en varias parroquias antes de llegar a la vuestra, formando a la juventud, y que entonces se le conocía simplemente por Salva (Vadó, precisó Nuria, Vadó Vilella), Vadó. Y que fue en el hábil manejo del prestigio moral que se adquiere en estos desconocidos dominios del mundo diocesano -que otorga poderes que solemos subestimar o despreciar- donde en silencio, durante años, afiló las garras que un día caerían sobre las piadosas señoritas Claramunt.

El tipo constituye un ejemplo interesante de arribismo en la especialidad que podría llamarse diocesana. Un muchacho despierto y servicial creciendo -así me gusta verle- entre cirios chisporroteantes y genuflexiones, entre siseos y murmullos de rectoría que traían favores, méritos y recomendaciones. Un auténtico hijo de la parroquia (pero no sólo de la nuestra, dijo Nuria. Fue un poco hijo de todas). Un poco de todas, en efecto, porque desde muy niño acompañó a su tío en sus rumbosas correrías por iglesias y capillas, llevando una carpeta llena de partituras (Nunca ha querido hablar de aquel tío, un viejo y zarzuelero tenor catalán que se especializó en bodas de rito montserratino, adornándolas con cancioncillas de *mel i mató*). No ha querido volver a hablar de él, pero a su lado aprendió desde jovencito a introducirse en esos repliegues de nuestra benefactora y limosnera burguesía, esas blandas cavidades de la caridad. Y años después, cuando apareció en el Centro convertido en un activo dirigente de A. C. y trabó amistad con Montse, traía ya una gran experiencia del quehacer parroquial en materia de organización juvenil. Sabemos que entonces el Centro, pese a los esfuerzos del buen cura, no era más que un caserón triste y desolado: apenas media docena de desarrapados jovencuelos del Guinardó y del Carmelo, que no había quien sujetara ni educara. Las pocas señoritas catequistas -tu hermana entre ellas- se dedicaban más bien al culto. El joven Vadó traía ideas nuevas y se ganó enseguida a la juventud del barrio, los muchachos le seguían (Se atrajo a los chicos sin poner en ellos cariño, dijo Nuria. Nunca los quiso como Montse). Nunca. Pero con ellos desplegó una gran actividad, sus dotes no tardaron en manifestarse y el Centro inició una época fecunda; entre la feligresía rica empezaron a salir benefactores (La primera vez que le vi hablaba con papá, una mañana de domingo al salir de misa; le veo como si fuera ayer: tenía la mano puesta en el hombro de un niño, un golfo del Guinardó, y le decía a papá que se había formado un equipo de fútbol y que faltaban botas y camisetas y otro balón, el equipo completo). Sí. Y también organizó el Centro Excursionista y el Aspirantado, el equipo femenino de baloncesto (que elevó a primera categoría diocesana, recordó Nuria) y campeonatos de ping-pong y de ajedrez. Y con el tiempo asumió el mando del Cuadro Escénico, que todos los años representó en el teatrillo *Els Pastorets* y hasta se atrevió con *El divino impaciente*, y se puso al frente de la juventud de A. C. Luego empezó a redactar articulitos para la Hoja Dominical, y más tarde lo hizo para la revista *Perseverancia* y otras editadas en el obispado. Por aquel entonces ya solía vérselo con un feligrés muy conocido y estimado en los medios, parece que dueño de una agencia de publicidad (Creo, dijo Nuria, que era una Sociedad Inmobiliaria). Eso, una Inmobiliaria a la que tío Luis había aportado unos terrenos que poseía en Vallgorguina, operación realizada a despecho de los sabios consejos del joven Vadó (Salva. Entonces ya era el gran Salva), Salva; que con visión financiera que no había de pasarle por alto a tu padre, estuvo aconsejándole que no vendiera (Hasta llegó a proponerle levantar allí una especie de Casal de la juventud o algo así, y explotarlo conjuntamente, confiando que él podría conseguir unos créditos...). Sí. Y tío Luis prefirió vender, pero el tiempo vino a dar la razón al precoz especulador, pues aquellos terrenos pronto valieron el doble. Y desde entonces tu padre le tenía en gran estima. Pero él aún seguiría varios años en aquella agencia de publicidad donde trabajaba como ejecutivo y redactor y bocetista, un poco de todo, aquella agencia que desde hacía tiempo mal llevaba algunos trabajos para las medias Claramunt (No sé, dijo Nuria, si ya trabajaba en eso cuando conoció a papá, o si fue después). No sé. Lo que sí sabemos es que un buen día, después de mucho tiempo, todo el mundo supo -tu hermana no se enteró a tiempo- que ya trabajaba en la empresa Claramunt como director de publicidad, porque se pasó al lado de tu padre lleván-

dose la cuenta de las medias de aquella agencia (Robándola, aclaró Nuria. La robó de aquella agencia ofreciéndose a llevarla él en mejores condiciones para papá. Eso hizo). La robó.

Él tenía ya entonces esa simpatía cuadrículada, tenaz, deportiva, y la contagiosa facilidad de palabra que hoy halaga más vastos e influyentes auditorios. Pese a su gran actividad, disponía siempre de tiempo para ocuparse de la salud del cuerpo. Ferviente amante de la naturaleza, del excursionismo y la escalada con riesgo, que practicaba con sus muchachos (Siempre, dijo Nuria. Aún lo hacía incluso cuando empezó a salir con Montse y ya en casa se hablaba de noviazgo), iba un poco encogido, como si siempre llevara la mochila. Con su rostro enjuto, curtido por el aire y el sol, y aquella gran cabeza cuadrada de cabellos cortos y brillantes como de rocío, su aspecto habitual era el de alguien que acaba de salir de una ducha fría alegremente reconciliado con el vigor de su cuerpo.

Así es como le recuerdo la primera vez que me habló del problema de Montse; yo llevaba ya varios meses bajando en el almacén y solía verle acompañando a tu hermana, pero apenas le conocía. Ese día, un domingo por la mañana, le encontré casualmente en un bar de la plaza Sanllehy: imagínate un tipo joven y bien vestido repartiendo vasos de gaseosa a una docena de alborotados y sudorosos muchachos: eran sus pupilos, el equipo de baloncesto, los *minyons de muntanya*. Rodeado de aquellas fieras andrajosas, él bebía cerveza en la barra mientras revisaba unos papeles de una cartera. Y va y me dice, después de saludarme efusivamente:

-Parles catalá?

-No.

-Peró l'entens.

-Mal.

-Però una mica sí.

-Mal.

-Però lo suficient, vamos...

-Pues no, chico. Lo siento. A ver, espera: setze jutges mengen fetge...

-No importa, la verdad. Bien mirado, las cosas como sean, no estás obligado.

-Espero que no, bien mirado.

-Ya lo aprenderás, hombre.

-Con la ayuda de Dios.

-Claro. Morirse Claramunt, tu prima, me ha dicho que de niño habías vivido aquí y que lo hablabas bastante bien.

-Lo olvidé. Pero lo estoy aprendiendo, quiero aprenderlo, sí, aprenderlo. Con la ayuda de Dios.

-Claro -dice él, ya un poco mosca-. ¿Y qué tal el trabajo? Tú estás en los almacenes, ¿no?

-Sí. ¿*Magatzems* se dice? Oye, y qué feas son mis primas, ¿te has fijado? Sobre todo Nuria, parece un *chicotot*. ¿Tú no la encuentras fea?

-*Lletja*, se dice. -Y sonrío, esforzado paladín de la humillada y mal llamada lengua vernácula-. Pues no, francamente. Es tan alegre y simpática...

-*Bona noia*, sí.

-Supongo -cambiando el tono de voz- que estás enterado de lo de Montse.

-Sí.

-¿Y tú qué opinas, Paco? La cosa es peliaguda. ¿Qué crees que debería hacerse?

-Nada.

Se queda un rato pensativo, el dirigente, mirando la espuma de su cerveza. Luego va y dice:

-*És futut, parlant malament*

Le invité a otra cerveza, pero se empeñó en pagar él. Alrededor, los chicos no dejan de alborotar y él les llama al orden una y otra vez.

-Futut quiere decir jodido, ¿no? -Qué le digo.

-¡No, alto, tú! ¡Que eres animal! Es mucho menos fuerte, hombre. No es que se pueda decir, y menos delante de señoras, pero vamos, un día es un día... Y volviendo a lo de Montse: qué raro, ¿no? Una chica tan seria. Está como... atontada, deslumbrada.

-Los católicos soléis hablar de deslumbramientos y misterios.

-¿Qué tiene que ver? Puede sufrir un gran desengaño.

-El desengaño es la mejor escuela de la vida. Lo dijo el hermano Eusebio, mi profesor de latín.

-Tú fuiste a los Salesianos, ¿no?

-Yo, sí, ¿y tú?

-¿Algo de tapas?

-Nunca como antes de beber.

Je, je, je, esto tiene gracia. Ya me ha dicho Nüría que eres muy de la broma. ¿Vives cerca de aquí?

-En la avenida República Argentina, más arriba de Lesseps. Una pensión de mala muerte. ¿Y tú?

-Aquí, en la calle Cerdeña. Con mis tíos. Un piso nuevo, aunque no sé cuándo terminaré de pagarlo. Mis tíos son muy viejos. Los chicos, comentando las incidencias del partido, se lanzan a una discusión escandalosa. Él les apacigua, «*Nois, nois*», llenando de vez en cuando sus vasos de gaseosa, repartíendola equitativamente. Luego me explica que está esperando a Montse para ir juntos a una reunión en el Centro.

-El asunto es delicado -añade con el ceño arrugado.

-¿Sabes qué pienso? Que está encoñada.

-¿Cómo? ¿Enamorada de ése, quieres decir? No creo. Que Montse es demasiado buena, eso sí. Sus padres están pasando un gran disgusto.

-¿Quién es él? ¿Se conocían?

-No. Parece que vivía por aquí, un muchacho de la parroquia, pero incontrolado. Un golfo, un caso perdido.

¡Ah! Mira estos salvajes rociándose de gaseosa, me dije; debió de ser como ellos: siempre rondando los billares del barrio, los quioscos de tebeos, las churrerías, los futbolines y los vestíbulos de los cines. Pero creció en el mundo de la delincuencia y con el tiempo acabaría en la cárcel, ahora Montse se lo había encontrado y quería redimirlo. Por cierto que el grupo de Visitadores se componía de jóvenes obreros de casa pobre y señoritas más o menos ociosas de casa rica: la parroquia estuvo siempre incondicionalmente abierta a todos los vientos y criaturas del Señor, de modo que entre la feligresía de este barrio, vieja zona residencial devorada por la expansión de Gracia y por la foránea invasión de la posguerra que nutrió de charnegos el Guinardó y el Carmelo, ciertas piadosas catequistas casaderas y de buena familia podrían ser presa fácil de unas pocas sombras masculinas en genuflexión que frecuentan la parroquia desde la niñez y que viven en repliegues del distrito que nadie conoce: son los regenerados, jóvenes de origen oscuro y aparentemente inofensivos, devotos, perseverantes, dispuestos siempre a confraternizar. Ingresaron en la parroquia de jovencitos, fueron los primeros rescatados con esfuerzo del peligro de la calle y las tabernas, del billar, de las cartas y de los bailes populares, atraídos no exactamente por el himno de la Campaña de Navidad («*Som germans tots, rics i pobres, fora lluites i rencors*»), sino por el balón de fútbol que les regaló el buen párroco para que jugaran en el solar junto a la iglesia. Domesticados, convertidos primero en monaguillos y cantores del coro, en entusiastas excursionistas y después en aspirantes de A. C., al crecer ingresaban en los cuadros de mando y en la dirección de catequesis y alternaban con las atareadas preceptoras de la sección femenina, unidos a ellas por ese noble quehacer apostólico que borra fronteras sociales. Por su parte, las señoritas catequistas de buena familia, maravillosamente dotadas para la abstracción, educadas en el concepto según el cual el mundo de hoy ya no está dividido en clases (vieja definición blasfema -decían y siguen diciendo- y de una rencorosa falsedad), con el tiempo y a fuerza de cantar el himno han llegado a olvidar que algunos de sus compañeros de apostolado y de excursión en autocar son aquellas mismas sombras inquietantes del barrio' que un día se presentaron en el Centro con la muda petición de que se les dejara jugar al ping-pong a cambio de aprender el catecismo.

Y Salva Vilella, entonces destacado jocista y técnico publicitario, ¿qué era sino una de estas sombras redimidas? (Pero quién se acordaba de eso, dijo Nuria). Sí: viéndole allí distribuyendo gaseosa a sus chicos -pero viéndole desde hoy, desde esa elevada perspectiva que ofrece el chalet de Pedralbes-, asombra la brillante carrera que iba a hacer en poco menos de nueve años.

-Oye, qué interesante -recuerdo que le dije- debe de ser la vida de una parroquia por dentro.

Él volvió al tema de Montse y su relación con el preso: estaba preocupado porque en la reunión, dentro de un rato, Montse tendría que oír otra vez algunas cosas que no le gustarían. Dijo que él mismo se sentía obligado a hablarle claro, por su bien. Yo le dije que bueno, pero que no estaba de acuerdo, y él me respondió que no comprendía mi manera de pensar, pero que la aceptaba por respeto a las ideas contrarias, algo así me dijo; y pidiéndome permiso para hacerme una pregunta, va y me dice si no me importaría, puesto que yo parecía tan liberal, si no me importaría tener, por ejemplo, y que no me enfadara por la pregunta, tener una hermana que fuese una cualquiera. Pero ésa es la clásica y turbia pregunta para la que siempre tengo la misma, rápida y entusiasta respuesta:

-No. No me importaría.

Donde la fanfarria moralizante hace agua

Capítulo 11

-La señorita Nuria no está en casa. Ha ido a visitar a una amiga que se rompió la pierna esquiando -dice Esperanza, haciéndose a un lado para dejarle pasar. Casi al mismo tiempo, la voz de tía Isabel le llama desde el fondo de la galería.

Tía Isabel tiene visita. La encontrará sentada en el sillón y tomando el té en compañía de una vieja dama muy bien vestida y de apellido Comajuncosa o Gratamamella, un trabalenguas con prestigio y tradición, presidenta de algo así como las Damas Azules o la Pía Unión. Vivía cerca de la parroquia y solía vérsela en compañía de un golfillo del Guinardó domesticado en el Centro, que siempre llevaba una armónica en el bolsillo y al que ella a veces decía, después de presentarlo a alguien como ejemplo de regeneración:

-Nen, macu, toca El sitiu de Saragossa.

Y el chaval soplaba como un desaforado, llevando el compás con un pie enloquecido, aporreando el suelo con la flamante bota de Cáritas. Pensando en él de una manera fugaz y fraternal, al inclinarse ahora ante tía Isabel para ser besado en ambas mejillas, Paco Bodegas improvisa una sucia excusa, que no se vea que le ha traído el deseo de encontrar a Nuria sola en casa:

-Vengo por unos libros que le presté a Morrtse, tía. Tengo que devolverlos, no son míos.

Las señoras le contemplan con simpatía, pero en toda la casa, incluso en esta bondadosa y tenaz sonrisa de la invitada, hay una tensión, una impaciencia. Siéntate, hijo. Tía Isabel está muy contenta de verle y quiere que se quede a cenar. Siéntate. De los libros no sabe nada, Montse aún no ha regresado del Centro, puede que hoy se retrase. Siéntate ya, pasmarote, palurdo. «Es mi sobrino, sólo lleva seis meses con nosotros», informa tía Isabel a la complacida sonrisa. Tanto gusto, el gusto es mío, vaya, así que Montse puede que se retrase, y ahora la presidenta cambia una mirada con tía Isabel, una mirada investida de píos poderes y preocupaciones que sin duda afectan a la prima Montse, pues sí, puede que se retrase, hijo, hoy tiene una reunión importante, ya sabes más o menos lo que ocurre... «Pues no, tía, no sé nada.» La presidenta invitada parpadea, los ojos fijos en él, risueña a pesar de la dolorosa misión que la ha traído aquí: ¿No sabe usted que su prima lleva un mes sin acercarse por el Centro? No, señora. Pues, sí, es lo que le estaba diciendo ahora a Isabel -las palabras salen ahora atropelladas, pero persiste la sonrisa-, tu hija tiene que comprender que... Tía Isabel, con un gesto de impaciencia, se vuelve hacia su sobrino: «Si quieres subir y mirar tú mismo, ya sabes, en la librería del salón, junto a su cuarto, allí suele poner los libros». La presidenta invitada hubiese preferido seguir informando al joven sobre el caso, es evidente. De cualquier forma, él desea librarse cuanto antes de esta sonrisa alucinada, y saluda y sube al primer piso. El salón del primer piso tiene un pequeño balcón asomado al jardín, sostenido por las dos columnas del porche, justo frente al surtidor. Anochece. De codos en la veranda, Paco siente hervir en su interior una variedad desconocida de lenguaje escatológico -esa caprichosa de Nuria lleva una semana sin llamarle ni dar señales de vida, es la segunda vez que lo hace- mientras contempla la calle, más allá del jardín; una farola de gas, entre las deshojadas ramas de una acacia, pedorrea burlonamente. Pero eso no es todo: como si la nueva perspectiva que le ofrece el balcón sobre las islas le revelara repentinamente la fragilidad del sistema defensivo de la vieja fortaleza claramuntiana (especialmente vulnerable por el lado de las hijas), sus nervios se relajan y siente de pronto la insólita necesidad de liberar una carcajada -algo de raíz cascabelera, algo que siempre esperó dormido allá en su entraña más cordobesa y salerosa y que desde ese día le exigirá modificar su comportamiento en esta casa...

Como siempre, en lo último que repara es en Montse: está en la calle y diríase con frío o a punto de desfallecer, el hombro apoyado en la verja, la mano en la frente, la cabeza gacha. Ante ella, hablándole al oído, el que hace meses parece su tímido pretendiente, Salvador Vilella. Montse nunca ha tenido novio y desde hace años está seriamente amenazada por el terrible azote de las Hijas de María, la soltería, un cáncer que, como el de verdad, no parece tener remedio. Discretísimo el asedio que ese honesto y pulcro joven dedica a Montse, tío Luis le apre-

cia, la familia abriga ciertas esperanzas... Pero esta noche no parece festejarla, sino reñirla; y repentinamente, dejando la verja abierta y a Vilella con la palabra en la boca, ella echa a correr por el jardín hacia la casa, rodea el surtidor apretándose las sienes con las manos, y sólo cuando llega al porche y levanta ligeramente el rostro hacia el farolillo que cuelga sobre la puerta, Paco puede ver que llora.

Enseguida oye fuertes voces abajo en la galería, un portazo; un sollozo y pasos subiendo precipitadamente la escalera. Sin verle a él, Montse entra en su habitación, de donde sale casi en el acto con un estupor en la mirada. Desde el balcón, Paco la ve caminar hacia él por el pasillo, mirándole sin verle.

-Ah, ¿estás aquí? ¿Me esperabas? -Y abre su gran bolso de tranviario para esconder en él un pañuelito rosa convertido en una bola esponjosa. Sus ojos están húmedos, enrojecidos. Muy nerviosa, aparentando ese aire de reflexión que precede a menudo sus reacciones más chocantes, se acerca a la estantería y contempla los libros detenidamente, de espaldas a su primo.

-Oye, Paco -dice haciendo un esfuerzo-. Préstame otro libro...

-¿Por qué lloras, prima?

-¿Quién, yo?

-Tú, sí. ¿Qué ha ocurrido?

-Nada.

-A lo mejor te puedo ayudar en algo...

Siempre de espaldas a él, Montse menea la cabeza. Sonriendo, Paco añade:

-¿De qué te hablaba Vilella? ¿Acaso ha querido propasarse contigo, ese carca?

Lo ha dicho sólo para provocar alguna reacción favorable a la confidencia. Pero los ojos de su prima, al volverse con rapidez, le miran con una mezcla de estupor y de tristeza.

Y la inteligente fórmula que emplea para decirle que en vez de inventar groserías mejor haría ocupándose de Nuria, no puede ser más inteligente; así le hace saber, de paso, que ya está enterada de lo que hay entre su hermana y él a espaldas de la familia:

-Salva no pretende nada de mí. ¿Te enteras? Lo que pasa es que Nuria no le hace caso, y él se pregunta por qué, no sabe nada de lo vuestro...

-Pero... ¿ése no andaba detrás de ti?

-Qué retrasado vives, hijo. -Luego añade-: ¿Qué buscaba mamá en mi cuarto?

-No lo sé.

Paco se sienta en el diván con aire pensativo. Ella vuelve a dedicar su atención a los libros:

-Ahora quisiera una novela moderna...

-¿Puedo saber para quién es, esta vez? Debo recordarte que me has saqueado y que aún no me has devuelto ningún libro. Me consta, y lo sé por tu hermana, que todos han ido a parar a las manos de tus presidiarios y enfermos del alma, cuya formación cultural parece preocuparte mucho...

Tanta ironía injustificada la hace volverse nuevamente y ahora mira a su primo con fijeza y deseando saber, considerando no la mano que golpea, sino el resentimiento, el desdén o la soledad que mueve arbitrariamente esa mano: exactamente como a él le gustaría ser mirado por Nuria cuando se siente solo y deprimido.

-Perdona, Montse. ¿Por qué no me cuentas qué te pasa?

—Por favor, no bromees, estoy muy harta.

-En serio, ¿no crees que deberías hallar otro medio para conseguir libros? Éste me sale muy caro. ¿Qué haces con las limosnitas que te damos en la fábrica?

—Por favor...

Repentinamente, las fuerzas abandonan ese cuerpo severamente vestido -blusa color violeta abrochada hasta el cuello, jersey azul, larguísima falda plisada, a cuadros rojos y verdes, muy holgada. Clon los brazos cruzados pasea nerviosamente ante su primo, luego se sienta en un extremo del diván, abrazada a su vientre como si le doliera o tuviera frío. Pone una cara tan triste que él lamenta de veras no haber nacido mudo. Montse abstraída: ni siquiera dice «procura comprender» o algo así, sino que permanece callada mirando el suelo, y luego vuelve hacia él su frente vencida, tersa, de una hermosura lumínica difícil de precisar. Según los cánones actuales, es fea; el pelo negro partido en dos sobre la frente, peinado hacia atrás y recogido en un moño, es como un melancólico casco que oculta las orejas y le da una forma triangular a la frente de nácar, una extraña vida antigua y romántica. Tiene en el rostro esa gravidez de las tuberculosas, esa palpitación serena bajo la piel transparente de la frente y de los pómulos, una armonía de expresión basada no tanto en la conformidad de los rasgos como en el color, en cierta luz de la piel que trasciende desde quién sabe qué rincón abrasado y amable del alma.

Ahora mira a su primo como si no le viera, y, con esa ignorancia desafectada que tiene de su físico, deja una mano yerta sobre el pecho izquierdo, rozando distraídamente la tela con la uña. Diríase que trata a sus pechos

de una manera torpísima, o que los lleva sin saberlo: te roza con ellos al pasar, se los chafa sin darse cuenta, se los toca y al parecer los siente como si fuesen molestas protuberancias cuya utilidad no acabara de entender: no tiene aún conciencia de su cuerpo.

-Sí, me temo que sí. -Respuesta que no tiene que ver con la pregunta de su primo, más bien sigue el hilo de sus propios pensamientos-. Me temo que habrá que dejarlo correr.

-¿Quién dice tal cosa? ¿La junta de rescate social?

No parece desconcertada, sino todo lo contrario: hace decididos gestos de afirmación con la cabeza, mirando el vacío con unos ojos húmedos por su misma inmovilidad.

-Todo el mundo.

-¿Y por eso has llorado? Vamos, vamos. Si te quitan a este preso encontrarás otro, no temas, el terreno está bien abonado. Qué más da uno que otro.

Nada contesta a eso. Se encoge de hombros. Él insiste:

-¿Qué dice Salvador Vilella?

-Lo mismo que todos. Pero de él no lo esperaba. Se preguntan si después de tanto tiempo no me dejo llevar por... por... -Mira bruscamente a su primo con un fulgor en los ojos, que se funde casi en el acto-. ¿Qué se imaginan de mí? Paco, todo eso me parece tan vergonzoso... que no quiero ni pensarlo.

-Pues ya puedes ir pensándolo. Porque eso es lo que creen todos. Abre bien los ojos, prima.

-¿Y tú? ¿Tú también lo crees?

Está realmente desconcertada. Y viéndola así, Paco cambia de tono y trata de sonreír, conciliador, aunque es muy probable que sólo consiga enseñar los dientes:

-¡Bah! No te preocupes demasiado por lo que pueden pensar de ti. Son unos salvajes. Tú haz lo que te dicte tu conciencia. ¿Sigues viendo a ese chico?

Afirma con la cabeza sobre el pecho. Él le pregunta por qué está preso el tipo, y ella le dice que todos por lo mismo, por «delitos comunes», y que no sabe nada más, que ella nunca les pregunta eso, qué puede importar. Y que la única persona que le conoce es una muchacha que a veces ella encuentra en la cola de los paquetes de la Modelo; no pide nunca visita, sólo trae comida, y apenas habla, es una chica muy rara, parece que vive en el Monte Carmelo; ella le dijo que fue por robar motocicletas y desvalijar coches.

-¿Es joven? -pregunta Paco.

-¿Quién?

-Él.

-Veintiún años.

Observa la delicada transparencia, el latir de las arterias bajo la piel de las sienes. Cálmate, prima, no pienso nada malo. Pero lo que dice es: ¿Qué opina tu madre de esta loca aventura?, y ella no parece oírle. Paco deja pasar un rato y luego pregunta:

-¿Cuándo sale?

-Pronto. En el verano. -Morirse habla ahora como para sí misma-. Y no tienen a donde ir, o mejor dicho, yo preferiría que no lo tuvieran... Pero dejarles ahora sería peor que no haberles ofrecido ayuda y compañía desde un principio.

-Parece que has dejado de ir a la parroquia.

-Eso no es verdad.

-O que vas menos que antes. ¿Por qué? ¿Empiezan a caerte gordas tus amigas, o temes que te expulsen si sigues...?

-No, hombre, no es tan mala gente -le corta con una sonrisa. Luego parece reflexionar, de pronto se levanta suspirando-. Es que todos se creen en la obligación de darme consejos, de prevenirme contra... no sé. Por favor, no te rías.

-No me río. ¿Y los libros? Son para él, claro.

Su sonrisa se ensancha, es casi luminosa:

-Figúrate, no hacen más que leer y estudiar. Les gusta mucho, tienen pocas distracciones allí.

Hasta ahora Paco no advierte que habla de él en plural: con toda evidencia, si Montse siente ya por su subsidiario algo más que un noble deseo de regenerarle, lo ignora; en todo caso, es un sentimiento que no parece haberse formulado aún. Dejando de lado la conveniencia o inconveniencia de frenar sus generosos impulsos, tal vez las suposiciones de tía Isabel eran acertadas. Recuerda Paco, además, que hace poco Nuria le expuso su temor de que el preso hiciera llorar a su hermana sin motivo (para Nuria, el llanto sin motivo era síntoma de enamoramiento) y cómo una noche que oyó ruidos en su cuarto y se asomó, la vio boca abajo en la cama, abrazada a la almohada y sollozando.

Esperanza viene a anunciar la cena. Bajando las escaleras detrás de su prima, los ojos fijos en su nuca, Paco se pregunta si no debería advertirla que, de todos modos, aunque nadie duda de sus buenas intenciones, quizá la Junta parroquial y la misma familia están en mejores condiciones que ella para juzgar las consecuencias que podría acarrear su conducta... Pero algo se lo impide, algo parecido al pudor o al respeto: acaso ya presente que Morirse no es tan simple ni está tan desarmada ante la vida como todos creen, y que sus defensas, aunque débiles y escasas de momento, ya están empezando a vérselas con esa materia convencional y falaz que ha de ponerla a prueba.

La cena está dispuesta y tío Luis, sentado a la mesa, mirando un vaso a contraluz. También Nuria, que se muestra alegre y acalorada; lleva un grueso jersey blanco muy ceñido, de cuello altísimo y doblado, casi masculino, como de guardameta, a Paco le recuerda los que llevaba Ricardo Zamora en unos cromos que aún alcanzó de niño...

-¿Verdad, tío Luis? -añade el perro asalariado-. Usted lo recordará, era de su tiempo.

Tío Luis sonríe: «Ah, sí, ya lo creo». Paco insiste: «¿Has notado, tío Luis, que los cronistas deportivos finos les llaman cancerberos?». Supone, este perro asalariado, que su presencia postergará la tormenta. Pero se equivoca: en cierto momento, cuando Nuria está contando de qué manera más tonta su amiga se ha roto la pierna esquiando en La Molina, tío Luis vuelve la cabeza a un lado y pregunta en voz baja -parece que hable con su propio hombro- a Montse, que está a su derecha: «¿Qué ha pasado en la reunión de hoy?» Su voz es casi afectuosa. Montse dice: «Nada», y él: «Esta broma ya está durando demasiado, ¿no crees?» Come muy tieso en su silla, sin levantar los ojos del plato. Tía Isabel, adivinando tal vez, por pura intuición femenina, la grave naturaleza del mal que crece en el corazón de su hija (todavía no ha dicho lo que ha encontrado en la habitación de Montse: cartas del preso), guarda silencio y vigila las puntuales entradas y salidas de la doncella en el comedor. Por el contrario, tío Luis, que siempre ha sabido controlar admirablemente una luz astuta que a menudo asoma en sus ojitos de acero, se extiende en largas, amables y sabias consideraciones sobre la cuestión: Montse debería suspender sus funciones en la congregación durante una temporada y ocuparse más de su trabajo, que por cierto no es nada pesado, en las oficinas de la empresa. «Vienes cuando quieres, haces lo que se te antoja -le riñe su padre, y agrega-: ¿Quién decidió que ahora vengas sólo las mañanas, y cuando te parece?» Al contrario que él, Montse habla mirándole a los ojos: «Si por la tarde apenas hay nada que hacer, papá. Las cosas del Seguro y del Sindicato hay que tramitarlas por la mañana». Tío Luis la reprende con dulzura, divaga y filosofa acerca del aprovechamiento del tiempo, de la primacía de la obligación sobre la devoción, tía Isabel asiente imperceptiblemente con la cabeza, todo muy discreto, la escena es un ejemplo de armonía familiar, de confianza en las virtudes del diálogo; llega a ser algo adormecedor, hasta que, de pronto, uno advierte que entre las palabras de tío Luis tintinea la fanfarria de siempre: la intransigencia, la, martingala y la cuquería, disfrazadas de paternalismo. También el invisible presidiario, el chulesco y poderoso cerebro que desde la sombra manejaba los hilos de la trama, se ha colocado de pronto en la conversación, está ahí sentado a la mesa, vigilante e impenetrable, y tío Luis se interesa por él, por su vida y milagros. «Se está aprovechando, ¿es que no lo ves? Y seguirá haciéndolo cuando salga de la cárcel. Conozco a estos desgraciados, hija. A pesar de tus buenos deseos, el mundo siempre estará lleno de pillos, por no decir algo peor...» Parece haber meditado y escogido las palabras cuidadosamente, van dirigidas a una niña: que esto puede acabar en un disgusto para ella, dice, que Dios dijo hermanos pero no primos, que ayer habló con Salvador Vilella y que el chico, y todo el mundo en la parroquia, está muy preocupado y confundido, que le contaron lo del dinero, cierta cantidad que ella había sacado de los fondos de la congregación para destinarla enteramente a su protegido aprovechándose de su condición de recaudadora, sin someterlo a la aprobación de la junta. «¿Por qué lo has hecho? Eso es mucho dinero para un solo beneficiario.» «No es para él -dice Montse, y mirando a su madre añade-: Es para su madre, que está sola y es muy vieja... Un caso urgente, ya lo he explicado en la reunión.» Tío Luis cambia una mirada con su mujer, luego le pregunta a Montse si de verdad cree que él, desde allí dentro, le envía ese dinero a su madre. Montse afirma: no sólo eso, sino que el chico también le envía casi todo lo que gana, en la cárcel se trabaja, aprendió el oficio de electricista y además hace maletas... Tío Luis la interrumpe: «¿Dónde vive su madre?» «En un pueblo, no sé... Pero todo eso qué importa, papá, yo creo que lo importante...» «Mira, Montse, que tú te empeñes...» «Papá, ¿me dejas hablar?» con dulce energía corta ella, y prosigue ahora con una voz que obliga a todos a mirarla; mientras expone casi con exaltación su punto de vista respecto a cómo hay que interpretar el verdadero cristianismo social, Paco, sirviéndose más vino con gesto cauteloso y breve, se reafirma en su sospecha de que Montse tiene ya de algún modo conciencia -aunque sólo sea una conciencia filial- de la repugnante materia o barro que ha de salpicarla; habla atropelladamente, sus dotes polémicas se revelan pobrísimo, por no decir nulas, y particularmente patéticas: convencida de que debe haber una explicación, un lenguaje que fue expresamente acuñado para expresar lo que desea, y que de tan simple ha sido olvidado, tanea a ciegas las palabras, orientándose a duras penas, debatiéndose apresada por fuerzas adversas

que inesperadamente, incomprensiblemente le quitan sentido a todo lo que dice; lucha desesperadamente al encuentro de aquellas normas y principios que le han enseñado desde niña, aquellas fórmulas claras, estables, convincentes e irreversibles de ayer, y que hoy; al parecer, todos cuantos están en esta mesa han olvidado: ignora Montse que la palabra viva, como todo lo vivo, traiciona, y más aún en materia de religión, y se debate en una trampa; aunque teóricamente indestructibles, sus opiniones (habla de ayuda moral y no sólo material, de ser más consecuentes, más responsables) son una y otra vez rebatidas fácilmente por tío Luis, que ya está alzando un poco la voz, impaciente: «¡Una cosa es ser bueno, hija, y otra muy distinta ser tonto! Adónde quieres ir a parar, se puede saber? Hay que ser realistas, caray. Vilella me decía ayer una cosa que está muy bien, hablando de ti, de vosotras (una mirada a tía Isabel): que de tanto bien como queréis hacer, a veces ya no sabéis dónde está el mal». Salva, astuto dirigente, harás carrera -piensa el perro asalariado Paco J. Bodegas, prudentemente inclinado, casi volcado sobre su plato, sin mirar a nadie-. Se habla del mal y entonces naturalmente interviene tía Isabel. Pero tanto ella como su marido, pese a estar llenos de buena voluntad, carecen totalmente del verdadero sentido del mal, cosa nada extraña, por paradójico que parezca, en esta clase de ricatólicos. Los Claramunt siempre han tenido una idea mítica del mal y una rara habilidad para actualizar esa idea: como en ciertos curas afables, su blanda percepción se tuerce y termina allí donde el verdadero mal tiene instaladas sus poderosas raíces.

Paco se decide a intervenir un par de veces en tono apaciguador pero totalmente carente de la seriedad que requiere el tema, con lo cual hace el juego a tío Luis (¿te das cuenta ahora?), hasta que oye de repente la voz aguda y reposada de tía Isabel hablando de las cartas. Ahora Montse, observada por todos, mira severamente a su madre: «Así que has registrado mi habitación. ¡Mamá, por Dios!», y no parece avergonzada ni nada, solamente sorprendida, desorientada nuevamente. Con dulce afecto ahora, tía Isabel murmura llorosa: «Es por tu bien, hija». Sólo cuando tío Luis, que parece que lo de las cartas es más de lo que esperaba, la llama en voz baja tonta y burra, los ojos de Montse se humedecen otra vez. Todo eso ya no es más que confusión y negligencia. En la voz de tío Luis asoma una crueldad inusitada que él mismo ignora por culpa de su propio convencimiento afable, autosuficiente, algo que se acopla a la perfección con la luz astuta de sus ojos acerados. Porque no interroga a su hija con violencia: aquella voz que atruena en las paredes de su despacho, aquí, en medio de la familia, es tina musiquilla suave, tenaz, preñada de retórica, algo tremendamente ridículo que preside a un vasto y patético auditorio de borregos -incluido tú, Bodegas-. Pero cuando la cosa se pone seria, cuando al fin tío Luis deja de ocultar su irritación, ya sus parrafadas moralizantes han hecho aguas por todas partes, y esto le sulfura, porque de algún modo lo nota y se halla impotente por evitarlo. Afortunadamente, Montse ya no quiere saber ni oír nada más: se levanta de la mesa sin tocar el postre, apenas ha probado bocado. Algo la transfigura en este momento, bajo los insultos de su padre, algo tan duradero y firme como la roca, tan insensible como la roca, un riguroso y sencillo sentido de la entrega o de la espera que en ella, por su misma naturaleza, acaso en el pasado habría movido montañas: la fe. Montse mira al frente con resolución mientras se levanta de la mesa y• retira la silla, mira la nada con cierta avidez, con aquella misma sed de horizontes que de chico tú habías visto en sus ojos cuando se levantaba del banco en el templo y caminaba, manos cruzadas sobre el pecho, cabeza erguida, hacia el altar para comulgar.

Tía Isabel se dispone a pedirle a su hija que se siente, pero tío Luis, con un leve gesto de la mano, la contiene. Montse se retira a su habitación sin dar las buenas noches. Y ya sin ella se prolonga la sobremesa, tío Luis se muestra contrariado y preguntón, habla dirigiéndose preferentemente a su sobrino, solicitando su asentimiento, dando evidentes maestras de estar saturado de tratar con las mujeres. Nuria, pensativa, expresa varias veces su intención de subir a hablar con su hermana, pero no acaba de decidirse. Resulta una de esas conversaciones, habituales en las sobremesas de la torre, que iban a la par con la misma pesadez rumiante de las digestiones que imponían por esa época las virtudes culinarias de la pobre Esperanza. Tenían esa cualidad volátil de las conversaciones que están fuera de la realidad de la vida: comiendo en la torre y oyendo hablar a los Claramunt, siempre tuviste la impresión -¡tan agradable a veces!- de que, en alguna parte, muy lejos, el mundo seguía dando vueltas y vosotros allí dentro os habíais parado Dios sabe en qué nube de púrpura, arrojados por tía Isabel, aconsejados por tío Luis.

En cuanto a lo que te había traído allí: Nuria te acompañó hasta la verja de la calle, donde, ocultos los dos en la sombra, renovados ardores bajo su grueso jersey de guardameta fundieron en tus manos las quejas y reproches que tenías preparados.

El pez

Capítulo 12

Aquella primavera vi sembrar los tulipanes rojos alrededor del General San Martín, los vi crecer y los vi morir desde la ventana de mi cuarto de la pensión. Entre marzo y abril. Desde la ventana podía ver también el puente de Vallcarca, adusto y gris y con su larga lista de suicidas, y más lejos, en lo alto de una degradación de azules, el Tibidabo.

En los bancos del mirador las parejas de novios se arrullaban al atardecer. Para ir de la pensión a la torre de mis tíos o al Club de Tennis La Salud solía bajar hasta la plaza Lesseps, dejando atrás una academia de música en cuyo portal siempre había tinas muchachas muy formales y espigadas, con carpetas y fundas de violín, y luego en Lesseps torcía a la izquierda (creo que aún existían edificios en medio de la plaza), pasaba frente a la tintorería donde a veces convalecía mi «príncipe de Gales» y un poco más allá me sumergía en la luz caliente y en el olor a aceite frito de una churrería, para luego seguir por la Travesera de Dalt y empalmar, pasada la calle Escorial, con la avenida Virgen de Montserrat. Otras veces, al salir de la pensión, prefería descender por el jardincillo del General hasta la avenida del Hospital Militar y alcanzar la plaza Lesseps por el centro. Pero cualquiera que fuese el trayecto, siempre me parecía largo.

Porque me enamoré locamente, cierto. Pero la indecisa mano que te acariciaba en noches serenas, en el jardín de tu casa, mucho me temo que era y sigue siendo una garra. Creo que en el fondo -añadí sentándome en la butaca con el periódico, rechazando el café que Nuria me ofrecía- no me diferenciaba mucho de aquel primer pretendiente tuyo, el tenista. Por lo demás, prima, hay dos cosas en esta vida que tu padre renunció a comprender desde siempre: los inescrutables designios de la providencia y el alma misteriosa de los maricones.

-Venga -murmuró ella quejosa, la taza en la mano, sentada muy correctamente frente a mí-, no digas más burradas. ¿No has bebido bastante? Deberías tomar café.

-Mejor medomina.

Leí un rato el diario. Estábamos en la biblioteca, creo, con todas las luces encendidas. En cierto momento recorrí con los ojos las estanterías llenas de libros de Vilella: renglones de diarrea mental encuadrada. Eché de menos ese libro que nunca escribiré: *Cómo la sociedad fabrica a sus intelectuales*, conferencias del P. Bodegas, Pbro. Agité el vaso en mi mano, pero no hubo tintineo: sólo flotaban dos pececillos pulidos, panza arriba, que no tardarían en desaparecer.

-Sí -dije-, es como una obsesión de Príncipe Valiente, no consigo verte sin un fondo de castillo con torres almenadas y dragón, aquel jardín, aquellas noches estrelladas, un fabuloso decorado siempre unido a ti... Qué bonito. Había que matar al dragón para merecerte. Y me pregunto si ese telón de fondo, ese dragón que había que vencer y ese castillo, eran un medio o un fin; me pregunto si todo eso no me atraía más que tú.

-Tonterías -dijo una Nuria repentinamente vestida de Rimbaud y sentada en la terraza del Flore ante un café con leche, sus dedos tamborileando nerviosos sobre el rojo anagrama NRF en la cubierta del libro-. Siempre te gustó fantasear. Naturalmente, al principio sólo hubo una atracción física, éramos unos chiquillos. Pero yo te quise enseguida, mucho antes de lo que esperaba. Y por eso estoy aquí contigo... Deja el pernod, cariño, pásate al café. ¿Te gustan mis pantalones?

Conversaciones sin fecha. Una memoria donde se mezclan los tiempos: qué más da en París que en Pedralbes; tal vez aún es tiempo de preguntarnos de nuevo y seriamente si los ceñidos pantalones X nos harían felices, y mandar todo lo demás al cuerno... Solté el diario -pero demasiado tarde, una cosa así no se hace impunemente y recuerdo que esa noche soñaría un extraño revoltijo de noticias celtíberas: torero corneado en el cordón espermático en Tarragona, se produjo un floreo verbal muy sugestivo y la coma fue suprimida, un grupo de píos caballeros es agasajado en Madrid con una cena como premio a su esforzada resistencia en las Cortes al Proyecto de Ley de Libertad Religiosa, se rechaza la palabra monocracia y se acepta la de polimatía, envueltos en pieles

carísimas los Burton abandonan París precipitadamente:...

El ABC colgado en los flancos del quiosco frente al Flore, tercer viaje, un café para, ella, un pernod todo agua para mí: se me ha presentado embutida en una pana color ceniza, pantalones y bufanda, sin maquillaje, desgreñada, libre y antifranquista. París nos politiza, nos poetiza y nos erotiza, a los españoles. Madame Vilella, te necesito. Quédate. ¿Si te amo? No lo sé, ya no lo sé. Pero nuestro hermoso pasado, los viejos escenarios de nuestro amor...

-¿Te acuerdas de nuestros primeros besos en el jardín?

Su voz recuperó el terciopelo:

-Yo volvía del dentista, llevaba un horrible sujetador en los dientes. ¡Me dio una rabia!

-Lo del sujetador -precisé- fue después, en primavera, cuando acompañé a Montse a la Modelo.

-Estás confundido, cielo. Fue mucho antes.

No. Recuerdo muy bien aquel soleado domingo de primavera, porque mientras cruzaba la ciudad en taxi, con Montse, los dos carriados de paquetes para su presidiario, tenía la sensación de dejar un sucio desorden tras de mí, un rastro de ceniceros repletos y pestilentes, de horas perdidas tumbado en la cama de la pensión y de monótonas, persistentes lluvias negras tras el cristal de mi ventana.

-Por cierto -le dije a Nuria-, entonces supe que tú también la habías acompañado varias veces a la Modelo en tu coche. ¿Por qué nunca me hablaste de ello?

-Montse no quería que nadie lo supiera.

-¿Y la llevabas, a pesar de la prohibición de tu padre?

-Entonces no veía nada malo en ello. Además, que yo me cobraba el servicio, con frecuencia me escudaba en ella para salir contigo. ¿Qué crees que decía en casa cuando llegaba tarde por tu culpa?

Guardé silencio. Luego dije:

-Ya casi había dejado de ir al Centro, y tampoco se la veía mucho por la fábrica ni por tu casa, empezaba a ser aquella sombra fugitiva, una pobre apestada...

-Calla. Y haz como yo, ¿quieres?, pásate al café.

-... y tú y yo debíamos de ser los únicos en saber que seguía visitando al preso. Salvador también, creo. ¿No? Pero ¿por qué fue tan discreto tu marido, en una época que estaba tan interesado por los sentimientos de las señoritas Claramunt? ¿Te acuerdas de eso, del honroso papel de despechado que hizo, del «a mí no me cuentan nada», hasta casi el último momento? Y, sin embargo, fijate, lo sabía todo.

-Salva no podía realmente hacer nada -dijo Nuria-. Las cosas como sean.

-Siempre parecía llegar tarde, ser el último en saber. Pero aquella carota, aquella atención respetuosa del tipo que solicita la confidencia, era mentira, ate das cuenta? Y te rondaba, ya te rondaba...

Nuria había acomodado la espalda a la almohada. Oí el crujido de unos papeles de celofán. Era la tercera vez que la obligaba, por ganas de hablar, a encender la luz y a fumar un cigarrillo. A pesar de la medomina -que antes de ahogarse en alcohol, pateándome por dentro, me hace siempre la misma jugarreta: trabarme la lengua-, mis ojos eran como dos faros en la noche del tiempo. Nuria bebió un sorbo de su café con leche, se arrojó en la bufanda, su cuerpo desnudo se destacó un momento sobre la fachada de la Samaritaine, al darse vuelta hacia mí fumando con avidez el cigarrillo, desconcertada pero feliz, mientras yo, con el vaso en la mano, veía fundirse en su interior el último resto de hielo...

-~Te interesa tanto hacerme recordar? -se quejó ella débilmente-. ¿Qué pretendes con ello, Paco, por qué ese empeño en buscar la razón en todo?

El pececillo emergió un instante, dio la vuelta completa, de costado, y, devorado como por un ácido, roído, desapareció definitivamente.

La libertad condicional

Capítulo 13

Un día festivo del mes de julio, en la época que el comportamiento de Montse despertaba ya en todos una curiosidad de lo más turbia, tú me aguardabas en el Club, sentada en una silla al borde de la pista central y rodeada de algunos atractivos jovencitos de blanca muñequera y músculo dorado. Lucía un sol espléndido en un cielo radiante, estabas sofocada y sudorosa, reponiéndote del partido que acababas de disputar, y al verme llegar con mi grueso y pesado traje de invierno no pudiste evitar una sonrisa. Alguien te trajo un cubalibre. Y sólo cuando tus amigos nos dejaron solos hiciste que aproximara mi silla a la tuya para darme la noticia.

-El protegido de Montse ya salió de la cárcel.

-¿Cuándo?

-Hace tres días.

Los pies sobre el brazo de otra silla, la raqueta cruzada sobre los muslos, sorbías despacio el cubalibre y considerabas con los párpados entornados los torpones movimientos de Menchu Nin, que iniciaba su saque en la pista. A cada imperceptible golpe de viento tu blanca faldita plisada aleteaba, blancas alas de una paloma que no conseguía levantar el vuelo, y aquellos mínimos trigales dorados y sedosos de tus brazos y tus muslos se mecían cabrilleando al sol, peinados por la brisa, se arremolinaban y se abatían perezosamente hacia el gris y despreocupado horizonte de tus ojos...

«El jueves, cuando salía de los vestuarios y me dirigía a la piscina -empezaste despacio, los párpados de bronce, polvorientos, entornados bajo el sol-, Morirse me llamó por teléfono desde algún bar. Me dijo que llevaba toda la mañana en el Hogar Social de Casa Antúnez tramitando unas solicitudes de invalidez con una delegada rural; que tenía que ir al Somorrostro para otra gestión y que si Podía recogerla con el coche dentro de media hora frente al Hospital de Infecciosos; que se le había hecho tarde, temía no encontrar taxi y además iba muy justa de dinero. Hablaba muy de prisa y estaba nerviosísima. Luego te contaré, ven enseguida, me dijo. Para mí era una lata, pero me pareció tan preocupada que accedí. Cuando la recogí me dijo que la llevara a la calle Entenza volando, que iba muy retrasada. Bueno, le pregunté si se moría alguien o qué, y resulta que quería que la llevara a la Modelo. Seguía muy nerviosa y me costaba sacarle las palabras, no me miraba, ponía más atención en el tráfico ella que yo. Llevaba un vestido demasiado caluroso para este tiempo, iba un poco endomingada 5; si no conociera bien a mi hermana, hubiese jurado que se había pasado ligeramente la barra de carmín por los labios. Me hizo subir por la calle Rocafort, doblar luego a la izquierda y en Rosellón esquina a Entenza me dijo que parara, sin dejarme acercar a la entrada de la cárcel. Miró el reloj y dijo que teníamos que esperar. Le pregunté si él salía hoy, y asintió vagamente con la cabeza, ni me oía. No dejaba de vigilar la entrada, y no quiso bajar del coche. Parecía más tranquila, pero sin ganas de hablar. Y como no quería exponerme sus planes, acabé poniéndome nerviosa, fumé mucho, en el coche hacía un calor espantoso y salí a beber una limonada en el bar que hay frente a la cárcel. En la barra, un tipo malcarado empezó a molestarme con su galanteo, yo procuré no hacerle caso, pero no me dejaba en paz con sus impertinencias y ya se estaba acercando demasiado cuando un muchacho que estaba al otro extremo de la barra, con una bolsa de playa y una chaqueta de cuero colgada al hombro, yo no había reparado en él, cogió al baboso aquel por el brazo, muy suavemente, y le dijo: ¿Por qué no deja en paz a la señorita?, o algo así, y entonces el otro gruñó un poco, pero se apartó y ya no volvió a molestarme. Apenas tuve tiempo de dirigir una mirada de agradecimiento al muchacho, porque dio media vuelta, salió a la puerta del bar y estuvo mirando a un lado y a otro de la calle, y de pronto se fue.

»Cuando volví al coche me lo encontré sentado detrás, con Montse. Entonces me fijé en él. No resultó ser la clase de individuo que yo me había imaginado. Muy joven, y aparte del pelo, que lo llevaba horriblemente cortado, con las patillas peladas, como si estuviera en el servicio militar, no tenía aspecto de salir de la cárcel. Llevaba un pantalón vaquero muy sobado y una camisa blanca sin cuello, con las mangas que le quedaban cor-

tas. La chaqueta, entonces me di cuenta, era la que Montse le había regalado un mes antes. Me senté al volante y pregunté adónde íbamos ahora, Montse me puso la mano al hombro y me hizo volverme para presentarme al tipo, dijo que se llamaba Rafael, o algo así, lo he olvidado. Nos dimos la mano, él me miró directamente a los ojos y sonrió, tenía una sonrisa agradable. No hizo ninguna alusión a lo ocurrido en el bar, y yo tampoco. Así que ya acabó todo, le dije, estará contento, y puse el coche en marcha. Pues no sé, ahora empiezan las preocupaciones, dijo él sonriendo, y vi por el espejo retrovisor cómo la mano de Montse apretaba la suya. Empecé a pensar en la buena fe de mi hermana y me puse furiosa, estuve mucho rato sin hablar. Me he ocupado de todo, oí que Morirse le decía. Él miraba las calles con indiferencia a través del cristal, pero de vez en cuando me encontraba con sus ojos en el retrovisor. El sitio resultó ser una pensión barata en la plaza Comercial, enfrente mismo del mercado del Borne. Parece que él iba recomendado por un compañero de celda, el padre de la dueña, y no le cobrarán nada hasta que empiece a trabajar. La calle era un lío de camiones maniobrando y transportistas dando voces, yo estaba tan irritada que le daba al claxon todo el rato, me hice insultar por todo el mundo. Les dejé delante de la pensión y Montse me rogó que la esperara un momento. Él se despidió de mí con un largo apretón de manos, dándome las gracias con una gentileza rebuscada, ridícula. Montse no hacía más que observarle entre contenta y preocupada. Se metió con él en la pensión y tardó en volver como un cuarto de lora, y al irnos me hizo prometer que no le diría nada a mamá ni a nadie. Pero bueno, le dije, ¿qué piensas hacer?, y me dijo que aquella pensión no le hacía ni pizca de gracia, y la patrona y su clientela menos, y que precisamente ahora el chico se sentiría muy solo y deprimido, que había que encontrarle un empleo...

»Esta mañana -seguiste contándome mientras te acompañaba a los vestuarios llevando tu raqueta y tu toallanos hemos encontrado casualmente en una calle del Ensanche, cuando yo volvía de Sirgese Iba muy pensativo, solo, con la chaqueta al hombro. He estado a punto de atropellarle al subir a la acera para meterme en el garaje, me faltaba gasolina y llevaba mucha prisa, no quería regalarle el partido a esta presumida de Menchu-. Se ha sorprendido al verme, iba muy distraído pero me ha reconocido enseguida. ¿Adónde vas con este calor, hombre?, que le digo, y él: Ya ves, dando un paseo. Me ha mirado un rato sonriendo y sin decir nada, inclinado ante mí con las manos apoyadas en el coche, yo no podía acabar de entrar en el garaje. Por decir algo le he preguntado si había vuelto a ver a Montse, y me ha dicho que sí, que la vio el viernes y ayer, y que también la esperaba esta tarde... No me ha gustado su modo de decirlo, aunque no sabría explicar por qué, parecía que no le interesaba la cosa o que quería demostrar que él mandaba en mi hermana, algo así parecía, y creo que ha notado mi desagrado porque enseguida ha vuelto a sonreír de aquella manera suya y me ha dicho: Tienes que querer mucho a tu hermana, es muy buena, la persona más buena que he conocido en toda mi cochina vida, algo así me ha dicho, y mira, te juro que, al menos en ese momento, era sincero, lo he visto en sus ojos. Pero lo que quería decirte es que al llegar a casa y encontrar a Montse se me ha ocurrido, no sé por qué, no decirle enseguida que acababa de ver casualmente al chico; en vez de eso le he preguntado si había vuelto a verle después del jueves. No me ha contestado enseguida, y cuando lo ha hecho ha sido para decirme que no. Y eso sí que ya no me gusta, ¿comprendes? ¿Qué necesidad tiene Montse de mentirme? ¿Tú qué opinas, Paco? ¿Crees que debería contárselo a mamá...?»

Sobre las soleadas baldosas que llevaban a los vestuarios, tus pies calzados con bambas y calcetines blancos se movían silenciosos y lentos, cruzándose cuidadosamente. Estábamos cerca de la piscina. Cuando terminaste de contármelo todo llegábamos a los vestuarios. No supe qué decirte, lo de Montse me tenía sin cuidado. «De modo que ya está en la calle», vocalicé levantando la cabeza, y entorné los párpados en medio de la luz que restallaba por todo el recinto, que encendía la tierra roja de las pistas y los blancos uniformes de los tenistas, los jubilosos gritos, la piel bruñida y los bikinis de las muchachas que pasaban por nuestro lado goteando agua, viniendo de la piscina. Te dejé frente a las duchas y antes de entrar recuperaste la toalla. Estabas despeinada y sudorosa, retuve tu mano un momento y nos miramos a los ojos: «Estás muy hermosa», te dije, y la brisa caliente movió tus cabellos lacios a un lado de la cara, tus bellos ojos reflejaron por un breve instante el inmenso saldo de tu padre, una feliz indiferencia casi no humana, una seguridad vegetal, y aún se me ocurrió decir: «Bueno, así que Montse ya lo tiene en la pensión», absorbo en las gotitas de sudor de tu frente, en el nacimiento de tus senos asomando por el escote, «y le busca trabajo. No te preocupes, tu hermana es mayor de edad y sabe lo que hace... Vístete-te... te espero».

Y mientras te duchabas me quedé allí esperándote, al borde de la piscina, acalorado y grotesco con mi grueso traje gris en medio del bullicio de los bañistas, la raqueta rendidor en la mano y pensando en tu cuerpo irguiéndose bajo la fría caricia del agua de la ducha.

Poco antes de las vacaciones volví a ocuparme del apartamento amueblado. Las 4.500 mensuales no me permitían abrigar muchas esperanzas y tuve que desistir al poco tiempo, una vez más, y conformarme con mi triste cuarto de la pensión, al cual no podía llevarte. Un domingo por la mañana, después de ver un diminuto ático en

la avenida Meridiana (demasiado caro), se me ocurrió meterme por el parque de la Ciudadela y desde lejos divisé a Montse y algunos muchachos de la parroquia sentados en los bancos de la plazoleta. Llevaban los chicos bolsas de lona y dos de ellos vestían aún la camiseta azul con franja roja del equipo de baloncesto. Montse, con su blusa camiseta color lila saliéndose de la falda, se había levantado y parecía ordenar a los chicos que la esperaran allí. Se fue corriendo por un sendero del parque, sin darme tiempo a advertirla de mi presencia. Hacía mucho calor y me senté a la sombra de los árboles, en uno de los bancos que ocupaban los muchachos. Tenían todos la pinta inconfundible de los golfos del Guinardó, oscuros, pequeños, de expresión grave y prematuramente madura, como si tuvieran dieciocho años. Uno que yo había visto varias veces en compañía de Vilella me reconoció, estaba sentado sobre el balón y sus manos colgaban, rojas y tiñosas, delante de las gastadas rodilleras de sus pantalones. Todos iban despeinados y encendidos de calor. El que se sentaba en el balón, después de mirarme un rato va y me dice:

-¿Has estado en el follón ese? -Y sacando el labio inferior como un belfo sopla hacia arriba, intentando inútilmente apartar el mechón de pelos que cae sobre su frente. Le pregunto qué follón, y entonces me aclara que vienen de jugar un partido del campeonato diocesano en una parroquia cerca de allí.

-¿Y Montse?

-Fue por las actas -me dice-, se le olvidó recogerlas. A ésa siempre se le olvida algo.

-¿Es ella la delegada de deportes, ahora?

-No. Es que Salva está de excursión. Por eso hemos perdido.

-No seas guripa -interviene otro-. Ella no tiene la culpa.

-¿Que no? Salva habría hecho que se tragaran aquella cuarta personal del «Monito». Pero ésa, ¡qué va!, es una pánfila.

-Chaval, no digas más tonterías -corta serenamente otro que está sentado a mi lado-. Se ha perdido porque se ha jugado mal.

No se habla más del asunto. Algunos se levantan y empiezan a tirar piedras a los árboles y a los pájaros. Una pareja de novios se para a beber en la fuente, el chorrito vertical les moja la cara y se ríen. Se está bien aquí, repantigado en el banco y con la americana doblada bajo la nuca. Ahora el balón lo tiene el que está sentado a mi lado, le veo por el rabillo del ojo, lo hace botar monótonamente entre las piernas, los codos en las rodillas, la cabeza gacha.

-Calor, ¿eh? -le oigo decir.

-Sí -concedo sin interés. Y al cabo de un rato-: ¿Está muy lejos ese campo de baloncesto?

-Ahí mismo, en la calle Wellington.

Los pájaros chillaban y alborotaban en los árboles. De pronto tuve curiosidad por saber qué opinaban aquellos golfos del barrio acerca de mi prima.

-Oye, ¿qué pensáis de la señorita Montse y de esa historia del preso que se cuenta en la parroquia...?

Sólo veo sus manos, que retienen el balón un momento.

-Tú eres su primo, ¿verdad?

-Sí.

Se queda callado, y entonces le miro por primera vez con cierta atención. Sigue con los codos en las rodillas y cabizbajo, y vuelve a hacer botar el balón entre sus pies, pacientemente. Es mucho mayor que sus compañeros, pero por el aspecto acharnegado y la manera de vestir apenas se distingue de ellos. Dice:

-Un día de playa, sí señor. -Y suspira y se levanta perezosamente, lanza el balón hacia los muchachos y se sacude el polvo de las manos haciendo palmas. Entonces se vuelve, un instante, sólo para mirarme con sus ojos muy negros-. Bueno, me voy.

Y se aleja silbando alegremente, las manos en los bolsillos traseros de su pantalón tejano.

Regresa Montse; se sorprende al verme; muy contenta, mira en torno buscando a alguien, y va y me dice.

-¿Ya se ha ido? -sonriendo-. ¿Has hablado con él?

La miro un rato sin comprender, alrededor alborotan los muchachos y, unos metros detrás de ella, una chica con vaporoso vestido rosa y zapatos blancos, apoyándose graciosamente en la mano que le tiende un joven, se inclina para beber en la fuente.

-¿Verdad que es simpático? -me decía Montse con los ojos inundados de luz.

El rapto de los sentidos

Capítulo 14

Todos tus recuerdos de Montse Claramunt están hechos de tina materia compleja donde es difícil deslindar las especies de las variedades o de las simples mezclas: semejantes a ciertos minerales sometidos a largas estancias marinas, el paso del tiempo, el esplendor y muerte de ocultas primaveras les ha ido pegando musgos, arenillas y costras de remota y olvidada procedencia, extrañas simpatías y antipatías que los años han ido superponiendo caprichosamente. Como en esas conchas de hermoso fulgor irisado, distingues sobre todo en los recuerdos -que no acuden a la mente sujetos al hilo sin roturas del tiempo, sino al de los sentimientos, tan embrollado y quebradizo- adherencias y fulgores particularmente dorados, cuyo origen te es bien conocido: provienen de Nuria, del sol que Nuria irradiaba entonces para ti.

Tenías a la prima Montse en el tibio acuario de tus ocios domingueros, estrecho recipiente de agua sucia y estancada al que de vez en cuando te asomabas para mirarla con curiosidad, con cierto estupor y hasta a veces con lástima, pero sin tratar de comprenderla jamás, sin asociarla al destino de los mortales, realmente como si tu prima fuese un ejemplar raro cuya vida y costumbres ofreciera cierto interés biológico pero no humano. Y es ahora cuando sientes el paso de aquel tiempo corriendo en la sangre, golpeando el pulso y las venas con urgencia, y tratas de recordar aquella muchacha ambigua e inquietante de finales del verano, cuando ya su confianza en ti la empujaba a buscarte para hablar de sus conflictos con la familia y con la parroquia y consigo misma. Solía ir a verte a la pensión desde una vez que estuviste enfermo, y sentándose al borde de la cama iba al asunto sin rodeos. Te hablaba de que a veces se sentía tan mal, de que tenía pesadillas o creía que iba a desmayarse, te hablaba de tía Isabel y sus «comprensibles» -eso decía- temores, de la rubia patrona de la pensión Gloria, y de su soledad y su necesidad de intimar con Manuel; del empleo que éste necesitaba como el aire que respiramos, de la urgencia que tenía de verse integrado en la sociedad o del color de una corbata que pensaba comprarle. Era su vida y no tenía otra más vibrante y auténtica que ésta, y tú no te dabas cuenta. Te hablaba de sueños que nunca supiste si los vivía dormida o despierta. En cierta ocasión te contó que había soñado que ella y Manuel se habían refugiado en un viejo caserón deshabitado, de paredes descascaradas y muebles rotos que aún conservaban algo de su antiguo esplendor, y que allí reorganizaban su vida sobre la extraña convicción de hallarse solos en el mundo, como náufragos, como supervivientes de una guerra que más allá de las ventanas sólo había dejado ruinas, hasta que un día ella descubre que este caserón es la torre de sus padres, amables personajes sin rostro y ya perdidos en la memoria de los tiempos... Era una extraña Montse aquélla, de fugaces presentimientos y terribles convicciones, hablando se fatigaba y era feliz, algunas veces te aceptaba una copa de coñac y entonces se animaba a fumar un cigarrillo y a sentarse en la alfombra, se quitaba los zapatos y alegremente se daba aire con los faldones sueltos de la blusa, siempre parecía descubrir el calor de pronto, sorprenderse del verano. Otras veces, repentinas oleadas de afecto y de gratitud la lanzaban a colgarse de tu cuello y a cubrirte las mejillas de besos. Tu único mérito consistía en escucharla: allí estás, con una de tus baratas y sudadas camisetas azules, de pie, apoyado de espaldas en la ventana y a contraluz, el vaso en la mano y una sonrisa entretenida bailando en los ojos, en lo alto de una superficial y turbia curiosidad. ¿Qué queda de tus palabras, de tus consejos, si los hubo? Ella lo es todo, su presencia física: una blusita rosa muy holgada sobre unos pechos armoniosamente caídos y un poco abiertos hacia los costados, un tintineo de brazaletes, un nervioso manoteo frente a tu cara, sus ropas caras, su aire de señorita del género ricocatólica. Este verano su cuerpo reventaba de un extraño esfuerzo inútil, un querer empujar la nada o abrazar el vacío. Y esa fuerza que no hallaba cauce te lleva a otro recuerdo: ese día que, repentinamente, mientras bromeaba acerca de los rizos negros de tu pecho que asomaban por la camiseta, se dejó caer de espaldas en la cama con los brazos en cruz), allí se quedó largo rato, riéndose, hasta que se calló y poco a poco fue poniéndose rígida, pálida, los ojos cerrados, y nunca supiste si se durmió o se desmayó porque al sacudirla, asustado, reaccionó y te dijo que no era nada y que la disculparas, que no era nada...

Y recorriendo con la memoria aquel tiempo que ahora te parece tan remoto, aquellos escenarios transformados por la actual conciencia de los errores, los egoísmos y las desdichas que los agitaron, vuelves a verla en una ardiente noche de agosto revolcándose sobre la deshecha cama de su habitación, gimiendo y mordiéndose los labios igual que si luchara por despertar de una pesadilla, debatiéndose en medio de fuerzas desconocidas. Un ataque de nervios, una aurora sangrante, aplicadamente femenina -un raptó de los sentidos, dicho sea en términos Claramunt.

Esa noche, una serie de circunstancias favorables -lluvia torrencial, oportuna torcedura de tobillo en el jardín, tío Luis ausente y una larga velada con las mujeres en el salón, después de cenar, tornando licores dulzones alrededor de tu pierna extendida- acabarían por levantar ante tus ojos la trémula y frágil armazón de un sueño adolescente que ya casi tenías olvidado: dormir una noche en la torre de tus primas, tantear a oscuras la loca aventura de un encuentro furtivo con Nuria... La conversación gira sobre el mal tiempo y un viaje a Sitges: mañana tía Isabel se lleva a Montse por un mes; Nuria irá más adelante, se queda para participar en los campeonatos sociales del Club. Nadie lo comenta, pero el viaje obedece a intenciones claramente preventivas: aunque el preso ya goza de libertad, por lo que es lógico pensar que la ayuda material y moral que Montse le ha estado dispensando toca a su fin, tía Isabel desconfía aún más que antes -y no sin razón, ya que Montse está ahora empeñada en proporcionarle un buen empleo, y no parará hasta conseguirlo... Pero otras cuestiones, más cálidas, ocupan esta noche la desordenada trastienda de tu cerebro: fuera sigue lloviendo y lloviendo gloriosamente, ruegas a Dios y al diablo que no pare, y la feliz posibilidad de que esta inclemencia del tiempo haga que tía Isabel se apiade definitivamente de ti -ya lo está por tu tobillo dolorido, por ese aire tristón que exhibes esta noche, profundamente hundido en el sillón orejero del tío con tu mejor estilo de huerfanito- y no te deje marchar cojeando bajo la tormenta, se ha instalado ya también en la mente de Nuria, acurrucada en la butaca y abrazada a sus adorables rodillas, los ojos fijos en ti. Tía Isabel te ofrece Calisay en una panzuda copa morada, Montse coloca un almohadón bajo tu pie. Calor de hogar, tu garra se enternece. Luego Morirse se levanta como si le faltara aire y abre la ventana que da al jardín: penetran oleadas de un perfume intenso, un olor a flores exuberantes y poseídas por la lluvia que, de alguna manera, establece entre tú y Nuria una secreta corriente de locos desvaríos. Si tía Isabel pudiera leer por un segundo lo que pasa por tu cabeza, se moriría del susto. Pero llega la hora de retirarse y quejándose del reuma se despide, no sin antes decidir que te quedes (está diluviando) y ordenar a sus hijas que te enseñen la habitación. En la puerta del salón hace girar su pesado cuerpo y nos desea buenas noches. De pie, perro asalariado: «Que descanses, tía. Y gracias por todo...».

En la habitación del segundo piso, con dos ventanas en forma de capilla dando a la parte trasera del jardín, esperas agazapado entre finas sábanas de hilo, a la luz intermitente de los relámpagos, hasta que el silencio se instala en la casa. Un mosquito, con su aguda nota de violín, pasa zumbando varias veces junto a tu oído. Llueve ya pausadamente, cuando, pasada la medianoche, apoyándote en una especie de abracadabrante autoexcusa (beber un vaso de agua en la cocina, a pesar del jarrito y el vaso que presiden ostensiblemente la mesilla) te orientas entre sombras embutido en un enorme pijama de tío Luis y descienes a ciegas, cojeando, las escaleras que conducen al primer piso. Para llegar a la habitación de Nuria, al fondo del pasillo, estás obligado a pasar por delante de la de Montse, bajo cuya puerta, ya antes de llegar, distingues un hilo de luz. Tanteando las paredes, los muebles y los objetos, más con la memoria que con las manos, te inmovilizas un instante, indeciso: por la luz deduces que Montse está despierta, tal vez leyendo. No se oye nada. Y sigues avanzando, dejas la puerta atrás. Entonces, por encima del apagado rumor de la lluvia, llegan hasta ti unos gemidos, o más exactamente unos ruidos guturales, sobresaltados, roncós. Cuando llegas ya a la puerta de Nuria, los ruidos que has dejado atrás adquieren de pronto un ritmo progresivo, con ahogados jadeos y lamentos. Retrocedes y pegas el oído a la puerta de Morirse. Te asalta no sabes qué siniestra idea y abres la puerta bruscamente.

Temblando de pies a cabeza, presa de convulsiones, Morirse se debate en su cama con el camisón empapado de sudor, el pelo revuelto, las crispadas manos estrujando la almohada bajo su cabeza. Está boca arriba y formando un arco inverosímil con el cuerpo, apoyándose sólo en los talones y en la nuca. Pero enseguida se derrumba y trenza sus piernas en el aire, con un doloroso esfuerzo, con aplicación y ansiedad, como si las adhiriera a una forma invisible. Te precipitas sobre ella y sujetas fuertemente sus muñecas mientras sus ojos te miran desorbitados y remotos. No grita, sólo gime y se muerde los labios, tan pálida, qué hacer, controla tus nervios, las sábanas están mojadas, asustado y confuso ante su esfuerzo descomunal, qué hacer exactamente en estos casos, unos cachetes en las mejillas y luego, recordando algo que le hicieron una vez a una vieja actriz que de pronto se puso a chillar y a patalear en casa de Conchi, enlazas con tus dedos los dedos corazón de sus manos y se los retuerces hasta casi hacerla perder el sentido. Calmándose poco a poco, sus gemidos se hacen tiernos y lastimeros. Su cabeza se abate a un lado lentamente, sus piernas se relajan. En la mesilla de noche hay una jarra de agua, pero no quiere beber, aprieta los dientes, el líquido se derrama por las comisuras de su boca dura y morada, y por

su cuello congestionado, por su pecho. Algún somnífero, tal vez, están a mano (sorprende la cantidad de píldoras en el cajón de la mesilla), pero tampoco quiere. Parece más tranquila, los ojos cerrados, muy rígida, la frente brillando como nácar y el pelo larguísimo desparramado sobre la almohada. Totalmente mojada y desprendiendo un intenso olor a algas, como si acabara de surgir del mar, de pronto empieza nuevamente a temblar. «¡Montse, Montse! -llamas en voz baja, pegando la boca a su oído—, ¿qué te pasa?» Habría que avisar a tía Isabel, y te levantas y abres la puerta sin pensar en las consecuencias (¿o pensabas en Nuria?), pero ella, incorporándose, el pecho agitado:

-Espera, qué vas a hacer -suplica. Te mira con ojos implorantes. Salta de la cama, temblorosa, se interpone entre tú y la puerta, apoyándose de espaldas en ella.

-Avisar a tía Isabel... A Nuria.

-No. Ya estoy bien, ya ha pasado.

Su cuerpo arde pegado al tuyo, las mechas mojadas se adhieren como negras culebras a su cuello y a sus hombros, toda ella transpira una combustión interna que la consume.

-¿De verdad te encuentras mejor?

-Que sí.

-Vaya susto que me has dado...

-Ven.

Intenta sonreír mientras te coge de la mano, se aparta, regresa a la cama. Oyes los latidos de su corazón al sentarte con ella al borde del lecho. Con sus dos manos aprieta la tuya y vuelve a tenderse de espaldas.

-No es nada -dice-. He tenido una pesadilla. Algunas noches me despierto así, no es la primera vez...

Exhala un profundo suspiro. Y ahora, con la mayor naturalidad del mundo, se inclina hacia la mesilla con el brazo tendido, busca las píldoras y las toma.

-No me mires así, hombre -añade con voz extraña-. No pasa nada.

Recostándose de nuevo, descansa en silencio durante largo rato. Parece haberse olvidado de tu presencia, aunque sigue apretando fuertemente tu mano.

-¿Quieres tomar un poco de aire -le dices-, en el balcón?

No contesta. Con los ojos cerrados, te atrae hacia ella, tiembla ligeramente, es como si tuviera frío y se abraza a ti, la boca abierta pegada a tu hombro. Palmeas cariñosamente su espalda. «Ay, Montse, Montse -le dices-. ¿Qué tienes?» Asustado, vuelves a sugerir que avise a su madre. «Se me pasa enseguida, no es nada.» Dejas que se calme, tal vez tenga razón, esperemos, para qué alarmar a nadie (y además, ahora que lo pienso: ¿cómo justificar mi presencia aquí, durmiendo en otro piso?). Todavía no se ha dado cuenta del estado de su camisón, completamente empapado, pegado al cuerpo como una piel y subido hasta las ingles. No sólo eso: sus muslos, de una palidez rosada y marmórea, relucientes de sudor, prolongan ahora injustificadamente un suave entrechocar, un rítmico movimiento que nada tiene que ver ya con el ataque, una versión lenta del pataleo anterior y que va configurando poco a poco, al ir escurriéndose ella entre tus brazos, la torpe posición de un abrazo a tu cintura. Se va acurrucando, deslizando. Los temblorosos brazos ciñen tus riñones, y ahora, fijos en el vacío sus ojos vencidos y tristes, la sangre golpeando en sus manos con urgencia, adquiere de pronto conciencia de su desnudez, o mejor dicho, de tu presencia ante su desnudez: una oleada de vergüenza o de lástima de sí misma la deja sin fuerzas, enternecida, miserable, sometida totalmente al capricho de su postura -aunque todavía no parece darse cuenta de la posición de su cabeza con respecto a tu regazo, entregada quién sabe a qué pobres fantasmas. Tiembla y gime. «No llores, prima, no llores», balbuceas torpemente. Al cabo, como temías, al resbalar aún más su arrebolada mejilla -luego su boca- sobre la tela del pijama, roza apaciblemente tu sexo. Un instante solamente, apenas unos segundos, y guárdate por una vez tus consideraciones freudianas más o menos ingeniosas -por otra parte, ignoras todavía el grado de intimidad que han alcanzado sus visitas al presidiario en el cuartucho de una pensión de la Barceloneta-. Hay en esta unión fugaz y ambigua, mientras la lluvia cae en un largo susurro sobre el jardín, algo más que el flujo inconsciente de un deseo: para ella debe de ser también, lo jurarías, volver un poco al mundo seguro y feliz de la infancia, un mundo de sarampión, luz roja y medicinas buenas, cuando el cuerpo nos prometía una fidelidad sin límites y aún no sabíamos -nadie nos lo había de enseñar- que también él puede imponernos un destino atroz. Pero es igualmente cierto que sólo un memo podría dejar de darse cuenta de algo turbador, y quisieras no estar aquí, tienes la sensación de presenciar algo prohibido, deseas librarte de este abrazo tembloroso e inconscientemente lascivo, pero puro, el más puro y enternecido abrazo que jamás mereció tu cuerpo. No sabes qué hacer. Y permaneces rígido, frío, ofreciendo torpemente lo único que eres capaz de ofrecer: una consideración afectiva, correcta, pero incapaz de reacción.

El quisquilloso analista que no tardará en hacer de ti el guiñapo alcohólico que hoy eres, capta por vez primera lo que nunca ha dejado de ser una evidencia: esos ojos mansos, esas anodinas mejillas, ese inexpresivo rostro de

manzana esperando vegetalmente la mordida... Pero no te alarmes: ya ella, notando acaso en tu silencio, en la rigidez de tu cuerpo, la negligente respuesta al calor de su abrazo, se aparta lentamente con los ojos bajos y tira de los bordes del camisón, cubriéndose aquellos inútiles muslos de muchacha fea y extraña, nuevamente resignados, adormecidos e inconscientes en su rosada ignorancia. El temblor y el jadeo han cesado. Pero su mirada sigue siendo obsesionante, más profunda que nunca.

-Ya estoy bien, ya pasó.

-¿Necesitas... quieres algo?

-No, gracias.

Se levanta y abre la puerta. Con manos hábiles y rápidas se recoge el pelo en la nuca. Lo ata con una gomita, queda una enmarañada cola de caballo. Está de pie junto a la puerta abierta, esperando que salgas, los ojos bajos, el camisón pegado a la piel, otra vez con su fealdad enternecedora, envuelta en una especie de halo sagrado o delirante, ferozmente sola y sin remedio, pero ya de alguna manera dueña de la situación. No te preguntará cómo has llegado hasta aquí, cómo has podido oírle gemir desde tu cuarto en el otro piso. Y quizá por eso, por esta prueba definitiva de su discreción, cuando ya ha cerrado la puerta dejándote otra vez en las sombras del pasillo, no sigues camino hacia el cuarto de Nuria. Regresas a tu habitación.

-Pues si esa noche -me dijo- hubieses entrado en mi cuarto, muchas cosas habrían cambiado para nosotros...

-Eso he creído siempre. Pero no pude, me faltó valor. ¿Me esperabas?

Nuria tardó unos segundos en contestar:

-Sí.

-¿Despierta?

-Sí...

-Estás mintiendo, gatita. Hacer el amor conmigo todavía no entraba en tus cálculos.

Ella sonrió enigmática, la mirada enredada en el humo del cigarrillo que aplastaba contra el cenicero, y murmuró:

-Nunca entendiste nada de nada.

Tiró bruscamente de la sábana, se acurrucó. Me pesaban los párpados, la medomina empezaba a hacer su efecto. Encogida bajo la sábana, Nuria me buscaba las cosquillas, me pellizcaba, tenía ganas de jugar. La movía, en realidad, el deseo de cortar nuevamente la conversación.

-Quieta. Déjame pensar.

Tenía su fruta sobre la mesilla, unas peras diminutas y prietas. Sacó la mano de debajo de la sábana y cogió una, luego asomó su cabeza despeinada.

-¿Una perita?

-No.

-¿No has dicho que no puedes dormir?

-Ahora sí.

-¿Quieres que me vaya a mi cuarto?

-No.

-¿En qué piensas? ¿Quieres morder mis peritas?

Me volví a ella, riendo, y la besé en los ojos, medio dormido. Luego la abracé despacio, y mis manos, estoy seguro, le transmitieron mi curiosidad, la misma pregunta que yo me estaba haciendo:

-Dime una cosa -se me anticipó ella, con cierta ansiedad en la voz-. Aquella noche, cuando tuvo ese ataque, ¿crees que el mal ya estaba hecho?

-¿El mal? ¿Quieres decir...?

-No, hombre, no.

Nuria volvió a cubrirse con la sábana, sin dejar de mordisquear sus peritas, muy pegada a mí, pero evitando mirarme. No, hombre, no quería decir eso, qué bruto eres, eso debió de ser mucho después. Quería decir, simplemente, si ya entonces lo que la llevaba a él, a visitarle a la pensión y a buscarle un trabajo, a pasear o a comer de vez en cuando con él en aquellas sucias tabernas y en aquellos merenderos de la playa de la Barceloneta, ¡quién lo hubiera dicho de Montse!, en fin, si todo eso lo hacía ya no llevada de sus creencias o sus principios, o su sentido de la caridad o lo que fuese, sino por imperativos de otro tipo, aun sin saberlo ella, vamos, ya me entiendes, una atracción física o algo así, aquello que temía mamá. Quiero decir si el chico ya le gustaba, vaya, si ya la había despertado sexualmente.

-No sé. Yo diría que sí. Pero es muy posible, casi seguro, que ella no lo supiese.

-Recuerdo que por esa época él estuvo unos días enfermo, en cama.

-Ése era yo.

-No, lo tuyo fue antes.

En la pequeña habitación sofocante, Montse se inclinaba, sonriendo, sobre los negros ojos que la miraban desde la almohada, agradecidos y risueños, acaso irónicos: «No es nada, miedoso, un poco de gripe, qué raro en este tiempo, te traigo la medicina milagrosa». Sus manos rozan su mentón al doblar el borde de la sábana. Pone un poco de orden allí donde cree que es necesario: los libros y las revistas que le trajo, las aspirinas, los cigarrillos, cambiar el agua del vaso, vaciar el cenicero, ¿qué más? «He avisado a la patrona por si necesitas algo, yo tengo que irme, ¿a ver la frente?, nada, unas décimas, un buen vaso de leche con coñac y a sudar, mañana como nuevo, ¿qué más, Dios mío, qué más?, tengo que irme ya...» Se levanta y se vuelve, pero de pronto él obedece a un repentino impulso y saca de debajo de la sábana una mano ardiente y fuerte que coge la suya, la aprieta: «¿Cómo podré pagarte todo esto? ¿Qué dirán en tu casa, qué pensarán de nosotros? ¿Y de mí? Que soy un aprovechado, o algo peor...» «Como un niño, eso es lo que eres, te gusta jugar, anda, tápate.» «No te vayas todavía, Montse, quédate un rato más. ¿Leemos juntos las demandas de *La Vanguardia*? Nada se pierde con probar.» Sus manos arden, su proximidad, la fiebre, mojigatas las llaman los chicos del Centro y con razón, pero algo sucede esta tarde o en otra tarde semejante: ¿ella sabe ya que la voluntad que la encamina urgentemente hacia la pensión no es la misma que la empujaba hacia la cárcel? ¿Es consciente, mientras camina por la plaza Comercial entre pesados y roncros camiones, montañas de cajas de fruta y hortalizas, entre hombres afanosos y sudorosos que siempre tienen tiempo de lanzarle alguna broma o una distraída mirada a sus caderas, es consciente de ese cambio?

Una calurosa mañana de julio llega a la pensión más temprano que otras veces. Le lleva unas cosas de comer. No piensa encontrarle. Tres días antes le había acompañado al Paseo Nacional para que se inscribiese en las Oficinas de Trabajos Portuarios y ahora piensa que a esta hora ya debe de estar trabajando. Pero al abrir la puerta de su habitación le ve dormido en la cama, abrazado a la almohada, rodeándola con un gesto muy chocante, una combinación de ternura y desespero. Hay un gran silencio en el cuarto, en toda la pensión. El sol que entra por el balcón abierto da de lleno en la cama y baña el cuerpo desnudo, mal cubierto por la sábana. En la mesilla de noche hay una botella de coñac medio vacía, dos vasos y un cenicero repleto de colillas. Montse permanece inmóvil junto a la puerta entornada, sin entrar ni salir, sin saber qué hacer, mirando la cegadora explosión de luz que despiden las sábanas en torno al cuerpo de Manuel. Algo en la piel del chico retiene su mirada, algo que de momento no acierta a penetrar; la almohada es un guñapo casi humano en los morenos brazos encendidos, casi rojizos. Eso es: ha ido a la playa, seguramente con la patrona, quedan tan cerca Los Orientales, hace tanto calor y uno se aburre tanto en la pensión... Un ruido le indica que hay alguien más en la habitación: surgiendo del rincón no visible para Montse, la patrona se desplaza silenciosamente, descalza, hacia las jaulas de los canarios colgadas en la pared junto al balcón. En voz baja y adormilada dedica mimos a los pájaros mientras de puntillas, con los brazos en alto, apenas alcanza a introducir unas hojitas de lechuga entre los alambres. Así erguida, a contraluz, su cuerpo llenito y de carnes un poco sueltas se transparenta bajo la holgada bata floreada. Hay en los gestos de la rubia -intuye Montse-, en su actitud respecto a la cama y al que yace en ella (ni una mirada al muchacho dormido), una indiferencia demasiado absoluta y tranquila, casi animal. No ha visto todavía a Montse, que vuelve a cerrar la puerta sin hacer ruido y regresa al vestíbulo desierto. Montse espera un rato, sin apartar los ojos del pasillo. Enseguida ve salir a la patrona con un fajo de sábanas limpias. Entra en la habitación de enfrente canturreando entre dientes. Despacio, Montse se dirige de nuevo al cuarto del muchacho y entra: él está lo mismo que antes, abrazado a la almohada, de cara a la puerta. Apenas ella ha cerrado la puerta a su espalda, él abre los ojos de pronto y sonrío. Tiende la mano con la palma hacia arriba: «Pasa, no te quedes ahí... Te explicaré.» Montse deja la bolsa de la comida en el suelo, rodea la cama en dirección al balcón: una hoja de lechuga se ha caído de la jaula, ella la recoge del suelo y, de puntillas sobre sus zapatos planos, el brazo en alto y a contraluz, prueba durante un buen rato a sujetarla entre los alambres de la jaula. Él la observa, apoyando el codo en la almohada. «Está muy alto.» «Llego, no te preocupes -dice ella-. No pensaba encontrarte.» «Tengo algo mejor en perspectiva. Ven, siéntate aquí», dice él palmeando alegremente el borde de la cama. Montse sigue de puntillas, los brazos por encima de la cabeza, la hojita de lechuga temblando en sus dedos. Consigue introducirla en la jaula. «¿O no quieres que te lo cuente?», añade él. Montse piropea a los pájaros, luego deja caer lentamente los brazos y se dirige hacia la cama, donde se sienta cabizbaja. «No pensaba encontrarte», vuelve a decir.

Luego, querida prima, siguiendo en mañanas semejantes por ese largo y difícil camino que la llevaba de la pálida visión en rosa a la verdadera luz del día, violenta y cruda en ocasiones, quizá a mitad de trayecto nació la congoja, la primera lágrima de lucidez: la conciencia primero se encogió a su contacto, luego se abrió, recibió su amargor, y ya no volvió a cerrarse.

-En cuanto al presidiario -añadí mirando a Nuria a través del vaso, sentado en la cama-, buen chico a pesar de

todo, no me cansaré de repetirlo.

-Claro -dijo Nuria-. Cualquiera sabe lo que podía ocurrir en aquella pensión. Todo podía ocurrir. Pero a Montse pudimos hacérselo ver claro desde un principio, tú y yo sobre todo, y no lo hicimos. Mamá tenía razón. ¡Si hubiésemos hecho algo a tiempo...!

-Tu madre -dije- tenía la estúpida razón del horóscopo: habría acertado de cualquier forma en sus predicciones porque el mundo, efectivamente, encierra peligros, el mundo es malo y diabólico y cabrón. Sólo que no lo es en la forma estrictamente diocesana que creía la buena de tu madre y que le enseñó a Montse. Ésta es la cuestión, prima.

Ahí fue donde la conversación, si no recuerdo mal, se ahogó definitivamente en la medomina. Tanto mejor. Habíamos estado jugando, retozando bajo la sábana, ella me había sacado espinillas de la espalda, habíamos comido aquellas heladas y malignas peritas que se trajo en uno de sus viajes a la nevera, habíamos paseado en torno a la cama mientras se discutía y visitado varias veces el cuarto de baño, con idas y venidas de la ventana a la cama y al velador (el calor era insoportable), parlotteando como loros nostálgicos, y ya nada nos reservaba la noche. Sus pestañas rozaban mis mejillas, también ella se dormía. Me envolvía el abundante flujo de su sueño feliz y sosegado, una fragante oleada de perfume mezclado con su aliento, que olía a fruta. Y, antes de dormirme definitivamente, todavía le dije, más o menos, que su hermana no fue engañada por aquel charnego aparentemente desvalido, sino desengañada, lo cual es muy distinto. Algo así le dije, evocando fugazmente la increíble aventura de los cursillos en Vich y prometiéndome contársela en la primera ocasión que se me presentara.

El pintalabios o los misterios de colores (en 3 jornadas)

Capítulo 15

Así pues, no es el resentimiento pueril y grotesco del desposeído o del amargado social que jamás se consuela de no haber nacido en el seto de una familia pudiente, no es el despecho lo que le empuja a veces a reírse de la tradición familiar que ha hecho de tío Luis un vistoso y apoplético portante del Santo Cristo y un reputado maríólogo de fama internacional, lo que le lleva a burlarse del paytoniano rosario en familia o de las reuniones sabáticas de tía Isabel y las señoras Pahissa y Gratamamella con las pías Adoratrices (y sus prodigios: la sangre licuada de San Genaro, las lágrimas de una Virgen de barro, el sol danzante de Fátima, la denegada beatificación de Josefina Vilaseca, virgen y mártir), charlas y trivialidades domésticas, el pulso familiar que Montse le transmite a veces en sus visitas a la pensión Gloria, para entretenerle; y no es tampoco la tonta mansedumbre ni la tradicional picaresca que caracterizan nuestro subdesarrollo lo que a ratos le hace caer en lo contrario, en la adulación maravillada por todo lo que reluce en la familia y que podría incluso obligarle a frotar tiernamente su sensible lomo de gato desamparado en el fúlgido y prestigioso apellido Claramunt, sino el simple hecho de no tener familia, la orfandad de la sangre, la nostalgia bíblica de lo dinástico (que diría el Rdo. Vilella, Pbro.), ese arropamiento tribal que generalmente gozan las familias ricocatólicas con mucha progenie y que ayuda a sentirse menos solo y desvalido en este mundo, en el trabajo y en las relaciones, cobijado a la sombra de las majestuosas ramas del frondoso árbol-apellido que se mecen seguras sobre esta sociedad de uñas y dientes afilados: es simplemente una honda y vieja nostalgia de estar rodeado de tíos y tías solventes y hospitalarios, de hermanas biencasadas y de cuñados, suegros, floridos ramilletes de sobrinas, de primos-hermanos y primas-carnalísimas, allegados próximos o lejanos, ausentes o presentes pero en todo caso muchos, hermanados todos y bien situados en la vida, con influencias e introducidísimos; en fin, prima, vuestra numerosa parentela, la claramuntiana feligresía ramificada esplendorosamente sobre el viejo tronco del dinero y vivificada con el oportuno injerto financiero de algún perfumado conejo de hija-política o unos atributos masculinos muy estimados en los medios, con telegramática bendición papal y fervientes votos de felicidad. Quizá en todo ello no haya más que un sentimiento banal y epidémico, qué quieres, una melancolía enfermiza, una típica idea de huerfanito. No sé, en todo caso, una idea que yo comprendía y compartía desde mi otra pensión-orfanato. Y estoy seguro de que fue esa indescriptible nostalgia de una parentela -nostalgia que al charnego y a mí nos hermanaba- lo que hizo que al principio él se abandonara por completo en manos de su protectora, y sobre todo aquel día que decidió aceptar su sugerencia, relacionada con una confusa posibilidad de empleo, de asistir a unos ejercicios espirituales, a unos cursillos de cristiandad en Vich, recomendado por Montse a cierta operaria parroquial amiga suya. Y por eso abandonó provisionalmente la pensión, la soledad, la página de demandas de *La Vanguardia*, las horas de insomnio que registraban puntualmente la llegada y salida de los trenes nocturnos en la cercana estación; por eso y por ver en qué acabaría todo (y porque nada puede perder el que nada tiene) vivirá tres días inolvidables en medio de alienados cursillistas, tibios colorines, esforzados dakois de la nueva y viril Cristología, del suplicio occidental con refinamiento oriental -una especie de nueva versión de *Los tambores de Fu-Manchú* que rodará algún día...

Caminan despacio y pensativos por el andén de la estación de Francia, a lo largo del tren parado y entre la gente, hasta llegar al primer vagón, y allí él se vuelve elevando una mirada triste hacia el reloj de lo alto de la pared, pone un pie en el estribo, gruñe su estómago vacío mientras escucha las instrucciones que Montse le repite: «Cuando llegues a Vich te vas directamente al Centro y preguntas por la señorita Roura, ¿te acordarás?, ella te presentará al director del cursillo». «Bueno.» «¿No olvidas nada?» «Creo que no», dice él subiéndose la cremallera y el cuello de la cazadora, desde luego no porque haga frío, aunque ha llovido y ahora refresca. Montse lamenta que no se lleve el jersey y le advierte que por la noche en el campo se nota la diferencia a pesar de ser verano. Él mira insistentemente el reloj del andén, paciente, cachazudo, ya resignado con el hambre (hoy la generosidad de

Montse sólo ha alcanzado para un café con leche y una pasta) con sus gafas oscuras de anchas patillas que no dejan ver sus ojos por ningún lado y colgada al hombro la bolsa, de lona con un par de mudas y una máquina de afeitar eléctrica, un modelo antiguo que perteneció a tío Luis. Y trn aire de fatiga y aburrimiento que no puede disimular, el mentón distendiéndose de vez en cuando como por efectos de bostezos que no acaban de nacer, mientras ella .insiste: «Te gustará, ya verás, harás buenos amigos...». Deseando verle animado, Montse se esfuerza por captar algún signo de interés tras los fríos reflejos que se deslizan por los cristales de sus gafas, una señal de simple curiosidad ante lo desconocido o por el viaje, no por el beneficio que pueda representar para su alma el cursillo («una moderna experiencia religiosa», le ha dicho ella), que eso a él no le interesa y es natural, sino por el cambio de ambiente y la posibilidad de obtener un empleo. De todos modos él la escucha con atención. «Al señor Glaría -va diciendo ella- no le verás seguramente hasta el domingo, en la clausura, pero ya está avisado y puedes hablarle con toda confianza, estoy segura que nos ayudará.» Y apretándole un poco el brazo ahora él le pregunta si todo eso va a servir realmente para algo, bella no podría acompañarle?, ¿cuándo volverán a verse? Y mientras ella calcula mirando distraídamente los raíles, «Son tres días solamente, estarás de vuelta el domingo por la noche», la blanca piel de su brazo desnudo cubierta de frío sudor se pega a los dedos de él, pero es ella la que lo nota y parece resultarle tan desagradable, retira el brazo bruscamente, «así que llámame el lunes desde la pensión, estaré en la fábrica. Como el martes es fiesta, podemos ir al parque a bailar sardanas. ¿Te gustan las sardanas?». «No sé bailar sardanas.»

Bajo las gafas como un antifaz adherido a la piel, alrededor de esta negra y artificiosa clandestinidad que nace probablemente de un sentimiento de autodefensa y timidez, el resto de la cara, los pómulos, la frente, sobre todo la perfección amarga de la boca, la extraña dureza de las comisuras, adquiere una potestad inquietante, vagamente irónica a medida que el tren demora su salida. «Tres días se pasan pronto -insiste ella sonriendo-, y a lo mejor hay suerte, quién sabe, hay que ser optimistas.» El muchacho aparta la cara con enojada presteza y su boca se contrae en una mueca apenas perceptible: curiosa prolongación de la cárcel y del hambre estas primeras semanas, aunque ella le asiste y le ayuda en lo que buenamente puede (preferentemente en lo moral, todavía, todavía), esta provisional libertad cuyos límites no sabrían establecer ninguno de los dos. ¿Vivir una experiencia apostólica -pensaría él oscuramente-, satisfacer su anhelo de redimirle y de recuperarle para la sociedad, es eso lo único que Montse quiere ahora? Veremos. Paciencia y baraja.

Su cuerpo, sin embargo, mantiene ante ella una actitud más que respetuosa, incluso en los momentos que sus intestinos reseco clamaban tristemente por una asistencia más urgente y realista, es una actitud física casi de entrega y una gentil disposición a ser manejado y enviado a donde ella quiera, «entre gente sencilla y buena», sigue instruyéndole Montse, «gente siempre dispuesta a hacer cualquier favor. Se les puede engañar fácilmente, por buenos, pero sé que tú no lo harás. Debes aprovechar esta experiencia religiosa, así que prométeme una cosa: que no harás comedia, quiero decir que serás sincero... No hagas nada porque sí, ni porque veas hacerlo a los demás, hazlo por convencimiento, de corazón, o no lo hagas. ¿Me lo prometes?» «¿Te refieres a comulgar? -dice él-. Bueno. Yo sólo creo lo que veo», sonriendo ahora por vez primera, añadiendo: «No esperes más, vete». «Es igual, ya falta poco», cuando a su lado los vagones gimen, el tren se despereza. «Adiós», salta al estribo en el último momento, se dan la mano, ella acelerando el paso y mirándole a los ojos con cierta alarma en los suyos, luego él desaparece para asomarse enseguida a la ventanilla y verla allí en el andén, agitando el brazo y haciéndose pequeña y extraña con su larga falda plisada, su gran bolso colgado al hombro y sus cabellos severamente ajustados a la cabeza, como un casco negro.

En algún momento Montse había deslizado veinte duros en su bolsillo, ahora la mano de él tropieza con el billete en Vich, al apearse y preguntar por el Centró parroquial. La ciudad se recoge bajo la noche estrellada con una íntima frustración o malhumor. En la cafetería de la plaza del Mercado hay cierta animación; bocadillo de jamón y un clarete muy bueno con repique de campanas en la Catedral. Y luego en el Centro, después de preguntar por la señorita Roura, a esperar sentado en un largo banco de iglesia, en un pasillo mal iluminado y de paredes cubiertas de carteles del «Domund» y de convocatorias diocesanas, donde ya los cursillistas llegados de distintas poblaciones de la comarca conversan en voz baja, tímidamente, en grupos, con sus maletas y bolsas de viaje. El pasillo recoge ecos de un local próximo, resonancias de parvulario, peloteo de ping-pong, voces infantiles, sillas desplazándose. Tres alegres muchachas enlutadas, con rebeca y mantilla sobre los hombros, pasan corriendo junto a él cogidas de la mano, riendo, los ojos en el suelo, las faldas negras revoloteando por encima de las rodillas enfundadas en medias negras, hermosas y fúnebres rodillas con polvo de reclinatorio, y le dejan envuelto en un aroma de flores mustias.

Enseguida aparece la señorita Roura, operaria parroquial de distinguida familia vicense; llega sonriente, braceando animosa: una joven alta y huesuda, nerviosa, que derrocha una gran energía en el más insignificante gesto. «Tú eres el de Barcelona, ¿verdad?, el que viene de parte de Montse Claramunt», pero cuando él se dispone a

estrechar su mano ella cruza los brazos sobre el pecho liso con la presteza que denota el hábito. Todo en regla, le informa la señorita Roura, Montse ha telefonado esta mañana con instrucciones, el señor Glaría ya está advertido y el domingo podrán conocerse y hablar de negocios, ¿electricista de oficio?, vaya vaya, ahora lo que debe hacer es no pensar en ello hasta el domingo y hacerse amigo de los compañeros cursillistas, saldrán enseguida hacia Casanovas. Presentaciones: el director del curso, mosén Albiol, aquí otro cursillista de Barcelona estudiante, ya sois dos, y aquí los profesores, jóvenes jocosos de mirada risueña, limpia y directa, casi alucinante, mientras ella sonríe ahora con los brazos caídos a lo largo del cuerpo anguloso, golpeándose rítmicamente las caderas con los nudillos; parece tener prisa y pronto repliega los brazos con aquella rara soltura, hablándole con una sonrisa fijada como en una fotografía y una mirada que no parece alcanzarle, colgada a medio camino o en su propia nariz. «¿Cómo está Montserrat? ¿Siempre trabajando? Hace siglos que no la veo.» También el mosén, que a su vez se desvive por los cursillistas que van llegando, muestra en los ojos una atención amable pero dispersa semejante a la de un ciego, como escuchando siempre a un tercero, unos pasos remotos o una presencia invisible, tendiendo el oído, como si oyera en confesión. Faltan todavía algunos pero ya pueden ir subiendo al autocar, dice, y se disculpa por llevarse a la señorita Roura, la necesita. El grupo de cursillistas se incrementa mientras él espera sentado en el banco con la bolsa de lona entre los pies, fumando. Mosén Albiol hace bruscas y divertidas apariciones, dando palmadas y órdenes a los profesores, bromeando, llevando la sotana con un desparpajo muy deportivo, le sigue a todas partes la señorita Roura pero en cierto momento, al verle a él tan solo en el banco, se sienta a su lado, tan amable que él no puede por menos de pensar en las recomendaciones que Montse le habrá hecho por teléfono. Que no se quede ahí solo, le dice, y por qué lleva esas gafas negras, parece tan misterioso, y le explica que ella también ha hecho cursillos, ya lo creo, pero cursillos para mujeres solamente, claro, y también en Casanovas, que es una masía muy antigua y muy bonita, ya verá. «Yo es la primera vez», dice él por decir algo, la cabeza gacha y envuelta en el humo del cigarrillo. La operaria, siempre con los brazos cruzados (sin embargo, en su comportamiento, en todos sus movimientos hay un exceso de naturalidad, algo muy resistente que roza la inconsciencia), echa la cabeza hacia atrás y se ríe, balanceándose en un sutil vapor histérico golpea con el codo el costado del chico: él percibe algo delicado y a la vez resistente en el arco de sus cejas, en sus pómulos tensos y sudados, en los párpados de cera y rendidos bajo los que dormitan, como sin vida, unas pupilas grises, una vaga somnolencia que resume de algún modo la indiferencia del mundo hacia su persona. Habría sin duda intimado con ella, pero no hay tiempo, ya han llegado todos y uno de los profesores pasa lista.

He aquí los que van a ser sus amigos durante tres días, cincuenta cursillistas ahora silenciosos y atentos, cada cual con su maleta, dispuestos a obedecer cualquier orden y diríase con una nerviosa tendencia a formar en línea de a tres, como en la mil. El autocar espera en la calle, el motor en marcha. Se retrasa un poco al despedirse de la señorita Roura (esta vez le da la mano) y sube el último, ocupando uno de los asientos delanteros a la derecha del conductor. El viejo autocar trepida con su alegre carga de cursillistas a oscuras, flota una pueril atmósfera de diversión impuesta por los profesores, llega corriendo mosén Albiol y se sienta a su lado, volviendo la cabeza para gritar: «¿Estamos todas? ¡Pues viva la madre superiora y adelante las hachas!». Risas, un revuelo de manos en la sombra: se santiguan y ya en la carretera una inesperada voz de tenor, con defcados trémolos de pascua florida, entona desde alguna parte un bailable de moda que de momento sume a todos en la confusión, pues la -voz pertenece a uno de los profesores. Pero enseguida se le une el mosén y luego algunos cursillistas tímidamente, siguiendo ya con más brío catando se pasa a *Ojitos negros* capitaneados por el cura. Otra voz (¿un profesor?), aprovechando un respiro general, se arranca vibrante con «Juventud primavera de la vida, español que es un rítulo inmortal», y es ahora cuando el primer estremecimiento recorre el autocar de punta a punta. Escudado en sus gafas negras él fuma en silencio y sus ojos sólo alcanzan a ver lo que iluminan los faros -sólo creo lo que veo: la carretera flanqueada de árboles, la cuneta, insectos nocturnos estrellándose en el parabrisas, cegados-. A su lado el mosén se remueve hurgando en los profundos bolsillos de la sotana, de pronto grita: «¿Quién quiere caramelos?», volviéndose para ofrecer a los demás. Él niega con la cabeza. Después de media hora de viaje el autocar aminora la marcha, gira a la derecha y empieza a gemir y a dar tumbos, sube, ¿qué puñeta estoy haciendo aquí?, sube por un atajo, ¿entre esa bendita gente?, hasta que los faros alcanzan una pared blanca, girando, y se para. La voz jubilosa de un profesor: «¡Ya estamos en casa, *nois!*». Hace frío, Montse tenía razón, un jersey. La alta fachada de una masía dibujándose contra un cielo estrellado; el reloj de sol sobre el gran arco del portal. Los grillos cantan en la oscuridad y la hierba huele intensamente mientras en medio de una gran confusión, aturdidos, los cursillistas son conducidos hasta la capilla anexionada a la masía, una pequeña cueva, helada y sonora, apenas alumbrada por dos lamparitas de aceite al pie de una Virgen y un cirio en el altar. Arrodillados en los bancos de madera y en las frías baldosas del pasillo central, el mosén improvisa una oración y luego regresan a la masía por el mismo camino. Pasan al zaguán, van apelotonados, despacio, tropezando y golpeándose con las maletas, y empujado y arrastrado por ellos, casi en vilo, se ve subiendo una escalera de ladrillo rojo y paredes encaladas

que huele agradablemente a ropa limpia, luego en un largo y amplio corredor del primer piso y finalmente en la sala de conferencias, sentado a una mesa y llenando un impreso con un bolígrafo. Todo encalado, espacioso y sólido, es una estancia con enormes vigas y una gran cristalera con balconada en la fachada de la masía, y tiene una pequeña tarima, una pizarra de pie, cinco mesas y muchas sillas dispuestas como en un café. Balmes se asoma con su pasmo filosófico desde un marco dorado, enlutado y pluma en ristre, torcidamente colgado en la pared. Espaldas abatidas de afanosos cursillistas que llenan impresos en las mesas, los más desconfiados ciñendo la maleta entre las piernas, mientras un profesor reparte libritos de solapas grises, la Guía del Peregrino, con la Cruz de Santiago. Nombre y apellidos, edad, nacido en, estado civil, profesión, Montse no le había hablado de eso, él deseaba el incógnito total. Pasa un viento, un viento agreste, entrecortado y sin dirección: unos ojos claros y desconcertados le piden auxilio, una sonrisa tímida desde la mesa vecina, en un rostro perruno, tristón, quemado por el sol y arrugado. La parsimoniosa mano de labrador se frota la pelambre rubia y los granitos del mentón mientras los ojos de agua le están preguntando: ¿Qué coño es esto, por qué nos hacen escribir?, pero él vuelve a enfrascarse en el trabajo: escriba dos aficiones deportivas (tenis y golf), dos autores preferidos (Blasco Ibáñez y García Lorca), dos películas inolvidables (*La isla perdida* y *Lo que el viento se llevó*). La bolsa de lona colgada en el respaldo de la silla resbala hasta el suelo, su mano al bajar tropieza con otra, una madera reseca pero sensible, trémula, y los ojos del campesino le sonríen: «¿Tú entiendes de eso? ¿Qué pones?», le dice al incorporarse, entregándole la bolsa. «¡Bah!, cualquier cosa!» El otro vuelve a la carga, aplicadamente, inclinado sobre una caligrafía descomunal y laboriosa, el bolígrafo parece que va a romperse entre sus dedos nudosos. Un profesor pasa recogiendo los impresos, ruega escriban nombre y apellidos con letra bien clara. Idiomas: francés y algo de inglés (nociones). Profesión: electricista (provisional, con perspectivas de administrativo). Firma, entrega el papel, se levanta y tropieza con los ojos desolados del campesino, con sus dedos agarrotados en torno al bolígrafo. Duda un momento, pero «Trae-le dice-, ano sabes escribir?», y coge el impreso sentándose a su lado: «A ver, dime». Simón Bernal Carbó, 35 años, natural de Moyá, tractorista de oficio, trabajando a sueldo para el Sindicato. Sin estudios, sin aficiones deportivas (pon fútbol, va), sin autores preferidos, sin películas inolvidables ni hostias de ninguna clase, a mí qué me cuentan. «Cálmate, chico, no hay que tomárselo así.» Tiene que firmar. Bueno, pondremos una cruz. ¿Que por qué ha venido a Colores? Un amigo se lo venía aconsejando desde hace tiempo, qué tabarra, no le dejaba en paz. «Y como ahora hago vacaciones, y además no tengo familia, vivo solo...» Deja a Simón haciendo la cruz y sale de la habitación, la bolsa colgada al hombro.

En el corredor reina todavía el desorden, un profesor ruega silencio, otro pasa lista y los cursillistas, conforme son llamados, van colocándose a un lado de cuatro en cuatro, de nuevo con aquella instintiva tendencia a las formaciones militares. El director del curso les explica que cada cuarteto tiene asignado un dormitorio. Les es presentado un nuevo sacerdote, un viejecito de rostro afable y grueso, colorado («Es el representante del obispo» comenta en voz baja un cursillista). Y de pronto: «¡De Colores! ¡Alegría!», grita un energúmeno desde alguna parte. *No fitem bestieses*, piensa directamente en catalán, cosa rara en él. El ambiente se caldea. Un bromista apaga las luces durante unos segundos y en medio de chillidos y risotadas aparece un enano, un bufón pelirrojo enfocándose la cara pecosa con una linterna eléctrica: es un joven pavés al que todos zarandean, lleva la chaqueta puesta al revés y el pelo alborotado. El mosén se ríe con los brazos en jarras. Al fondo del pasillo un grupo entona el *Virolai*, y luego *Asturias patria querida*, dirigidos por el representante del obispo con una invisible batuta. Otros deambulan a lo largo del pasillo, se asoman a los lavabos, a los dormitorios, suben y bajan del segundo piso, con más dormitorios, e invaden alegremente el comedor, cuyas dos largas mesas ya están dispuestas para la cena. La masía es inmensa y complicada, y los muebles, rústicos y escasos, dormitan en una atmósfera monacal, severa. Señales de obras recientes, cicatrices en los muros, manchas de cemento aún sin encalar atestiguan que la casa ha sido acondicionada para albergar a mucha gente. Y ahora, ¿quién entona esa romántica canción de Luis Mariano? El mismísimo joven mosén. Contigo en la distancia, amada mía. Cualquiera podría pensar que esto va a ser divertido; pero él conoce muy bien la entraña de esa euforia abaritonada y trémula que se apodera de los hombres cuando son muchos y comen y duermen juntos, en estricto régimen de colectividad, sin mujeres: como en la cárcel y en los cuarteles. Más allá del sol y las estrellas, amada mía, estoy.

Con tanto ir y venir algunas caras empiezan a serle familiares: payeses, oficinistas, obreros agrícolas, dos camioneros -padre e hijo-, algún viajante de comercio y peones de albañil, paisanos suyos, emigrantes del Sur. La mayoría de Vich y la comarca, bastantes de Igualada, de Arbucias, de Camprodón, de Prats de Llusanés y de San Quirico de Besora. El promedio de edad es de 30 a 40 años y el cursillista más viejo un comerciante atildado y servicial, un simpático Hombrecito de cabellos blancos y pañuelo de seda al cuello, siempre sonriente, feliz de hallarse entre jóvenes tan animosos.

Chistes por riguroso turno en la primera cena presidida por mosén Garriga, el representante del obispo, mientras los profesores y el mismo rector del curso se afanan sirviendo la mesa entre bocado y bocado, yendo y viniendo

do con platos y fuentes de comida, riendo, veloces, ubicuos, vigilando y asegurando la cadena de chistes aquí y allá con rápidas intervenciones, taponando huecos y silencios y malentendidos. Se sabe ya que abajo, en la planta, hay un oscuro y silencioso mundo de sacrificios, la cocina atendida por monjitas: la comida sube por un pequeño ascensor hasta el primer piso, en el pasillo. Para comer, los profesores se sientan en cualquier sitio, al azar, mezclados alegremente con los cursillistas. Los chistes prudentemente anticlericales son muy celebrados por los mosenes. El representante del obispo pronuncia unas sencillas palabras de salutación y bienvenida, de pie, con su bondadosa sonrisa y su sotana que por delante le queda corta, bienvenidos a Colores, a Casanovas que es vuestra casa, las manos cruzadas sobre el vientre que parece un melón, aquí viviremos juntos intensas jornadas de oración y estudio, de Colores son llamados también estos cursillos de cristiandad, como algunos ya saben, y quiere decir precisamente esto, que nosotros admitimos todos los colores, todas las tendencias, todos los criterios, conceptos y postulados del mundo, porque de colores se visten los campos y la primavera, los colores de la vida misma con el *esperit de germanor* que tan bellamente simboliza nuestra sardana, bienvenidos los valientes y una especial recomendación: cualquier problema o duda o conflicto espiritual, por muy personal que sea, debemos exponerlo con toda confianza y libertad a los profesores y al doctor Albiol, nuestro director, incluso a mí por si buenamente puedo hacer algo, y nada más. ¡De Colores!

Aplausos y brindis, que sigan los chistes, por favor, pide el joven cura. Usted siéntese, mosén, que ya no está para esos trotes retóricos, y entre sanas carcajadas de sana alegría un viajante de comercio de Vich que desde el primer momento ha destacado por su espíritu de colaboración, un tipo decidido y parlanchín, pregunta: Mosén, doctor, ¿los verdes están prohibidos?, y responde el doctor: No están prohibidos; es que ya los sabemos. Y carcajada general.

Pero todo sigue resbalando sobre los oscuros cristales de sus gafas, realmente su actitud es semejante a la de un paciente soldador eléctrico que rechazara las chispas escudado tras la visera, imperturbable, absorto. Le indican su dormitorio en el segundo piso, al fondo de un pasillo con aromas de granero, y al volver del lavabo sus compañeros de habitación ya se desnudan tambaleantes y emocionados. Son tres: el camionero padre, robusto, cincuentón de cara roja, voz asmática y silbante y al borde siempre de la carcajada, muy dado a la broma gruesa, logroñés de origen; un joven igualadino empleado de banca, de aspecto enfermizo, pulcro, con pijama; y el pequeño y recio payés de cabellos rojos y alborotados, contento como un niño con su hermosa linterna eléctrica y cromada, que se ha comprado en Vich y de la cual no se separa un momento. «Soy Ignacio Velasco», dice el camionero tendiendo la mano. «José María...», se le quiebra la voz al oficinista. «*Jo Salvadon*», tercia el pelirrojo sin mirarle, desenroscando la linterna. Él se desnuda. El cuarto es pequeño y de techo inclinado, le han dejado el peor camastro, en un rincón y paralelo a las gruesas vigas encaladas del techo que, en su declinar, rozan casi la cabecera. En un ventanuco junto a la almohada se asoma la noche estrellada, un silencio remoto. La inquieta linterna de Salvador escruta los rincones: debajo de la cama reluce el caparazón dorado de un pintalabios. Sin duda perteneció a una muchacha cursillista que durmió aquí. El payés lo descubre con un aullido de entusiasmo. *Meu!*, exclama arrojándose al suelo con su extraño cuerpo desnudo, blanco como la leche menos el cuello y los brazos quemados por el sol. Luego, sentado en su cama como un oso blanco, sonrío feliz oliendo la barra de carmín, se pinta las uñas de los pies, se revuelca aullando. *Ay cony*, admirado. ¡Chissst!, hace el oficinista doblando cuidadosamente los pantalones, *Estás boix, tu?* El camionero sufre un acceso de tos mientras se desnuda, y suspende todo movimiento, se queda un rato allí de pie mirando el vacío con ojos desorbitados, en calzoncillos, doblado el corpachón y encendida la cara, la mano en la ingle, sujetándose la hernia. Su tos sobrecargada de registros, de silbidos y vientos y metales, revela un pasado turbulento y tabernario, se desorbitan cada vez más sus pobres ojos de bestia acorralada. Luego se calma y se acuesta pesadamente, suspirando, con un ronco «¡Ahí va la hostia, qué vida!», mientras desde su cama el oficinista mira al payés como diciéndole «Estamos arreglados», pero éste, aunque murmura «de Logroño coño» y se ríe, sólo parece interesado en el carmín y la linterna. El oficinista es el que más cerca queda de la luz, así que tiene que levantarse y apagar, deseando las buenas noches, con una voz aflautada. El de Logroño responde con un gruñido, su cama gime por todos lados y él bufaba como un buey. Entra. una claridad lechosa por el ventanuco, la linterna arroja su haz de luz hacia el techo y se oye la risita del payés.

«Habéis visto? -brama el camionero-, tienen tasca v todo, abajo, en la entrada. Y venden santocristos a cinco duros, tabaco y cerveza... Lástima que no hagan carajillos.»

«Sólo tienen Pepsi-Cola -es la voz del oficinista empijamao, que añade-: Y es natural, hombre, esto no es un hotel.» El camionero, bufando: «Misas y rosarios todo el puto día, ya veréis». Y que él ya se figuraba esto, que él ya no quería venir, pero que su hijo, que es un beato como su madre, le había convencido después de darle la tabarra durante meses y meses; y que a él no le vengán con cuentos del infierno («*Ja't futará el Banyetal*», dispara rápido el payés desde sus juegos de luces) ni del paraíso, que él no se deja engañar. El oficinista, con la voz

ahogada por la sábana, alega que los profesores parecen buenas personas, y que habría que devolver ese pintalabios, que a lo mejor es un recuerdo, parece muy bueno, «d,~—,í que basta de gamberradas, tú, animal, apaga la linterna; *tarugu, Pajerol*». «*Malparit!*», lanza el payés como una picadura de mosquito en la oscuridad, pero apaga la linterna. «Está como una cabra», concluye el oficinista. Entonces el camionero desde sus arduas sombras crujientes empieza a contar chistes de un verde encendido que él mismo celebra con grandes, estruendosas carcajadas, y enseguida, junto con su voz asmática que ya se convierte en tos, se oye una música lejana que va subiendo de tono: tiene un transistor en la cama. «Juerga! *Collonut!*», exclama Salvador. El de Igualada pregunta tímidamente si esto no estará prohibido, tener música. La tos del camionero ya sólo es un hilo interminable, un silbido de serpiente, mientras de la cama de Salvador llega un rumor extraño y todavía varias exclamaciones de contento pero ahora con voz desmayada, o dulcemente fatigada, entrecortada, cuando él tantea en la oscuridad la silla y sobre ella las gafas de sol, los cigarrillos, «¡Me voy a cagar en la mamá de alguien, callarse, coño!», volviéndose para mirar hacia lo oscuro donde suena *En tu noche de bodas colcha de seda, colcha de seda*, y que sirve de acompañamiento a una escena desternillante para el camionero -el oficinista, en cambio, ha enmudecido de estupor y de vergüenza-: en la cama del payés se ha encendido nuevamente la linterna, y bajo el círculo de luz, oscilante, mal controlado, entre niveos y traslúcidos pliegues de sábana se agita y danza extasiada una cabecita sonriente embadurnada con carmín, con boca y ojos y nariz y todo, un muñeco furiosamente agitado en su base por callosa mano de labrador, una carita graciosa que se ríe como un conejo.

El camionero casi se cae de la cama, muerto de la risa.

Intermedio

Capítulo 16

Cuando desperté, a media mañana, estaba solo. La luz amarilla se filtraba a través de las persianas. Lo primero que hice fue preguntarme si el marido de Nuria ya habría regresado, y en tal caso, si no sería mejor hablarle claro de una vez. Pero otras preguntas todavía no formuladas, perezosas larvas de la víspera, y de mucho antes, de años antes, un amargo compuesto de ingredientes nocturnos y de cabos sin atar, todavía culebreaba perezosamente en mi conciencia cuando me incliné bajo el frío azote de la ducha. Luego me envolví en un albornoz azul que hallé colgado tras la puerta del cuarto de baño y me fui a la cocina. Nuria estaba en el jardín.

Con los ojos puestos en ella, pero sin verla, avanzaba por un sendero en medio de la violenta luz de la mañana, junto al inocente y hermoso césped cuyo verdor cegaba, zahería mi conciencia, una enternecedora pradera que lamía, allá en el fondo del jardín, las losas rojas que bordeaban la piscina. Así pues esta mañana me arrastraba lamentablemente, pero en honor a la verdad no puedo hablar de resaca, era otra cosa: momentáneamente aplacada, la bestia presentía ya la horrorosa opacidad de una larga jornada gris, un domingo neurálgico. Ondulante, frágil y tostada, emergiendo de un espejuelo suavemente verdoso donde se reflejaba el sol y el cielo fúlgido, Nuria volvió la cabeza y me miró sonriendo. A ras de agua su boca era una herida rosada y fresca. Embutida en un mínimo dos piezas color naranja, nadó hasta el borde de la piscina. Las diminutas mechas mojadas se le pegaban al cuello y a la frente, y sus brazos y piernas ondulaban bajo el agua como serpientes.

-Buenos días, dormilón. ¿Cómo te encuentras?

-¿Bebimos mucho anoche?

-Tú, sí, una barbaridad.

-¿Cuándo vuelve Salva?

-Mañana -dijo agarrada al borde y salpicando el agua con los pies-. ¿Por qué?

De la vida conyugal sólo intuyo esto: absolutamente nada de cuanto se habla en la cama tiene que ver con lo que se habla fuera de la cama. De manera que esta mañana poderosa y omnipresente, exuberante de verde, verde triunfante, resucitado y misterioso como Lázaro, mañana en Pedralbes preñada de ecos, repique de campanas y gorjeos de pájaros (el jardín parecía una jaula enloquecida bajo los rigores del sol), no me extrañó ver esfumarse en Nuria los últimos vapores de aquella exultante evocación de la víspera. Los movimientos de su cuerpo en el agua repercutían un instante sobre mis nervios, como por efecto de salpicaduras, me excitaban, por un momento creí que sería capaz de dar vida a cierto domingo ideal, pero no, pronto volví a hallarme sentado frente al pequeño espectro de la muerte: suya era esa frente de nácar perlada de gotitas de agua, suyo el leve jadeo que parecía mantenerla milagrosamente a flote. Incluso la sonrisa, tierna, una rosa reblandecida por la humedad, era la de Montse.

-¿Has desayunado?

-Un poco de café -dije-. Y un trago que me ha servido Purita con unta mirada absolutamente reprobatoria. Por cierto, convendría comunicar al servicio que soy tu primo y que gozo de la hospitalidad y la plena confianza del señor de la fortaleza. Tengo la impresión de que me toman por un chulito de las Ramblas contratado provisionalmente por la señora.

Chapoteando en el agua, Nuria se reía.

-Siempre has tenido ese complejo -dijo.

-No es un complejo, prima, es una nostalgia, una vocación frustrada. -Estilo de conversación execrable, pero el único que me permiten las resacas. Me tumbé en la hierba, apuntalando un codo para aguantarme la cara. La cosa empeoró—: Y de haberme entregado a ella en cuerpo y alma a los dieciocho años, mis relaciones con la familia habrían sido quizá más tormentosas, pero desde luego más honestas. Yo no supe asimilar mi destino como el murciano Manuel, de grata memoria.

-No digas payasadas.

-No diré payasadas.

Durante un rato permanecimos callados. Me tumbé de cara al cielo y oía su chapoteo en el agua: la imaginé nadando desnuda al conjuro de ciertos atardeceres, y a su marido al borde de la piscina chillando y amenazándola, agitando el puño lívido dentro de la ancha manga del albornoz. Vi luego su cabeza, por debajo de mis brazos cruzados sobre la frente, zambullirse en el agua y volver a salir. Subió la escalerilla chorreando y vino a tenderse sobre la toalla, a mi lado.

-Comeremos ostras -anunció alegremente.

-Me gustaría un potaje de garbanzos y lentejas, como los que comía en la pensión. Oye, ¿crees que es conveniente que Salva nos encuentre aquí cuando vuelva?

-¿Por qué no?

Sacó de alguna parte unas gafas de sol de montura blanca, se las puso, me miró y dijo:

-Me iré contigo a París, está decidido.

-Háblame de la empresa Claramunt, sociedad anónima. Supongo que tu marido, por razones posconciliares, quiero decir, consciente de la miseria obrera sobre la que se fundamenta la empresa, habrá hecho ya reformas y aportado nuevas ideas, más a tono con los tiempos que vivimos...

Se encogió de hombros.

-Por ejemplo -insistí yo-, será una empresa modelo de esas que en las mesas de sus consejos de administración sientan a un par de obreros.

-Mira, no me compliques la vida. -Y añadió distraídamente-: Bastante lío hay desde que murió papá. Ya sabes que Salva comparte la gerencia con el tío Enrique. Y está el primo Oriol, y su mujer, que es una bestia parda... pero parece que Salva vale más que todos juntos, papá lo sabía y por eso confió en él desde el primer momento. Prácticamente lleva el peso de todo. Hay que reconocer que en eso, por lo menos, es el más competente y el más responsable.

-Un chico listo y cumplidor, sí señora. Harían bien dejando la gerencia totalmente en sus manos. ¡Y pensar que el protegido de tu hermana hizo tantos méritos como él, aunque en otro estilo!

-No los suficientes -dijo Nuria con cierta sequedad-. Se vendió. Tenía un precio. Y no muy alto, por cierto.

-Sujeto a las leyes de la oferta y la demanda, cierto. Pero ¿quién no lo está, en este mercado de ladrones que es el mundo? A propósito, sobre eso del precio quisiera conocer algunos detalles, y además preguntarte...

-Yo no tuve nada que ver.

Nuria se levantó bruscamente.

-Ya lo sé -dije-, pero me gustaría saber...

Venía la doncella bajo el sol y precedida por un alegre tintineo metálico, fulgores en el blanco uniforme y en el cristal de los vasos, y me callé. Deseaba preguntarle muchas cosas a Nuria. Pero dentro del cegador terrón de azúcar, aquel dulce hogar, el abrazo y la parálisis proseguían, creo que flotaba demasiado verde y demasiada luz en torno, esa reverberación que siempre me ha impedido leer o pensar con calma. La muchacha, a una orden de Nuria, depositó en la hierba la bandeja con bebidas y hielo, y la señora desplegó de pronto una gran actividad trajinando colchonetas de baño, vasos, aceite para la piel, cigarrillos y toallas. Improvisando acomodo según permitían las condiciones más bien duras del lugar -mitad hierba, mitad losas- con ese afán de permanencia bajo el sol en el que siempre me ha parecido ver un leve desespero, o con ese endiablado instinto que ciertos majestuosos perros de raza o ciertos ricos dados a la depresión poseen para buscarse rápidamente acomodo y convertir una situación provisional en un cosmos reducido pero acogedor, confortable, donde nada debe faltar y además duradero (un poco como si hubiese que vivir allí para siempre), surgió de pronto era torno a ella, al borde mismo de la piscina, una insólita y feliz prolongación de nuestra intimidad nocturna.

-... aquel día empecé a quererte -decía Nuria mientras llenaba los vasos-. Hasta entonces habías sido un tier-no pasatiempo, pero aquel día empezaste a convertirme en una cosa seria. Llevabas un traje príncipe de Gales.

¿No era la vieja gabardina calada de lluvia? Relumbra en su mano el whisky; traspasado por el sol. Fin de semana lumínico y alcohólico, tórrido mediodía, domingo con olor a rosas pasadas, campanas, baño en la piscina, verde césped y, sobre todo, la feliz y todavía bastante firme convicción (aquel beso bajo el agua, borrachos de luz más aún que en la superficie) de nuestra amorosa llama inmaculada que garantizaba, en tanto ardiese, la huida a París. Pero la inmovilidad perpleja que seguía a estos juegos traía nuevamente aquella brisa apenas perceptible que peinaba las ramas altas de los cipreses, un silencio estallante de preguntas y una vuelta al tema que, quizá por no tener nada mejor que hacer excepto esperar, iba quedando poco a poco en los huesos y acabaría proponiéndonos alternativamente la dispersión y ,la concentración imaginativa e incluso física, pasos perdidos entre la cama y el jardín y la terraza, por pasillos y estancias sin historia, vasos vacíos dejados al azar de un mueble

que nos sale al paso y cigarrillos extraviados a medio arder y vueltos a encontrar, ya tristes gusanos de ceniza, con toda su carga de evocación intacta, hasta la hora del almuerzo en la terraza.

Ostras, en efecto.

Frente por frente y cabizbajos estrujábamos esmeradamente trozos de limón, mientras allá en el recuerdo yo veía ensancharse aquella sonrisa como una hermosa cicatriz, la boca sensual de Manuel y sus blancos dientes restallando al sol, en medio del aire impregnado de fragancias marinas, ese día que la llevó a la playa de la Barceloneta: ¿ella le inspiró verdadero deseo alguna vez?

-Pensión Gloria, se llamaba -dije-. Una siniestra ironía,

-¿No era el nombre de la patrona?

Hermosa viuda disputando con camioneros y prostitutas. Se desliza por los pasillos de su pensión como una sombra familiar, fumando abdulás que sus amigos venden de contrabando en el barrio marítimo. Tiene siempre una habitación soleada para los jóvenes emigrantes que llegan a la ciudad en busca de trabajo: chico simpático, ven, nunca debiste salir de tu pueblo, qué será de ti.

-¿Por qué le defiendes? -preguntó Nuria-. ¿I-las olvidado cómo la engañaba? Decía querer un empleo, pero no hacía nada por conseguirlo, y además la amenazaba con ponerse a trabajar de temporero en el Borne, y claro, entonces mi hermana le suplicaba paciencia, que ya encontrarían algo mejor. Ella siempre de un lado para otro, sin respiro, recortando anuncios del periódico, molestando a las amistades de papá, a ti, a mí, removiendo toda clase de influencias para colocarle. ¡Incluso fue al Club! Y mientras, él se paseaba, iba a la playa con la viuda y sus amiguitos, holgazaneaba en los bares o se pasaba las horas tumbado en la cama, leyendo.

Origen oscuro: según Salva y tío Luis, provenía de la turbulenta zona industrial del Llobregat; según Montse, del Monte Carmelo.

-Con ella no se portó mal... Al menos hasta que intervino la familia.

—De todos modos -cortó Nuria- era un perdido. Un cínico, un canalla. No paró hasta conseguir lo que se proponía... Y cha en la luna, la pobre.

-La hizo mujer.

-Si crees que perder la virginidad es hacerse mujer, estás equivocado.

Admite por lo menos, prima, que es un medio de conectar con parte de la realidad, aunque sea en lo que llamáis su expresión más baja. Además, entonces yo no creía que el chico se hubiese formulado seriamente ninguna jugarreta, ninguna pretensión. Esperaba, simplemente, esforzándose por ser sociable y obediente, esperaba, como hacíamos todos, Salva, tú, yo, ver en qué acabaría aquello.

1.ª jornada: El enigma de los ahorcados sonrientes

Capítulo 17

El payés duerme desnudo sobre las sábanas manchadas de rojo, con una sonrisa beatífica, feliz. Son las siete de la mañana y alguien recorre los pasillos haciendo sonar una campanilla de viático. ¡Arriba, colorines! El primer cálido pensamiento del día es para Montse: ¿me habrá enviado aquí sólo para alejarme, para librarse de una responsabilidad que amenaza crearle problemas? ¿Para tranquilizar a su familia, o para quedarse unos días sola y reflexionar...? ¿O quizá simplemente para que yo pueda alimentarme gratis durante unos días?

Se lava y se afeita junto con cursillistas que tararean entre dientes y se palmean la espalda: parece que la noche ha sido pródiga en cachondeo, y que se las prometen aún más felices. Orinando a distancia contra el cemento fresco, su compañero de habitación le guiña el ojo, todavía con carmín en las manos y en el sexo, como si se hubiese desollado: el tipo es de una inconsciencia altamente saludable.

Púdicamente oculto tras las gafas negras, respondiendo con prudentes movimientos de cabeza a los insensatos *Bon dia* de los colorines, desciende a la planta baja y sale al campo. Junto al portal se despachan cigarrillos, pepsi y crucifijos, todo puesto en estanterías de madera pintadas de un azul químico, por encima del mostrador de cinc; es el snack-masía atendido por el viejo masovero. Hace frío, el aire es cortante, limpia la mañana. Paisaje llano, campos de secano y muy al fondo montañas sobre las que reverbera una neblina rosada y tenue, barrida poco a poco por el sol pálido y todavía muy bajo. Nadie ni nada a la vista, ni una casa, ni una carretera: aislados por completo a varios kilómetros de Vich. Frente a la masía se alzan tres cipreses y más allá, en una explanada cubierta de hierba, un enorme sauce y el brocal ruinoso de un pozo cegado. A lo lejos, campos de almendros. El silencio hiere los tímpanos, sólo se oye de vez en cuando el chillido de un pájaro en el aire, como una flecha, y bajo los pies el siseo de la hierba cuajada de rocío. Al llegar al sauce apoya la espalda en el recio tronco y contempla la masía de frente: grande, solemne y armoniosa, hace pensar en los dueños que la habitaron, payeses ricos y piadosos seguramente, un amable matrimonio de carnes tristes que no tuvo hijos y que al morir legó la casa y las tierras a su director espiritual... Un tímido carraspeo a la altura de sus rodillas: ¿Qué hay?, dice alguien temeroso de importunar. Sentado en una piedra, la espalda apoyada al otro lado del tronco, un hombre dudosamente joven le mira sonriendo por encima del hombro. Es Simón, el rubio tractorista que anoche le pidió ayuda para hacer el test. Está liando un cigarrillo.

-¿Quieres fumar? -Le ofrece la petaca-. Qué, qué piensas de todo eso. ¿Tú crees en los curas? Yo ya me iría, con el trabajo que tengo.

-Creí que estabas de vacaciones.

-Es que también hago de paleta, a ratos. Oye, ¿tú piensas confesar?

-¿Tenemos que hacerlo?

-Claro. Te convencen, dicen que hablan muy bien, estos profesores. Dan conferencias y sermones todo el día... Ya verás. Me han dicho que no falla, que todos acaban por creer, hasta los ateos. ¿Tú eres ateo?

-Yo qué sé.

-Dicen que ocurren milagros, aquí en Colores. Ese que te hablé, mi amigo, era un putero, y desde que vino a Colores no se mueve de la iglesia. Hay que ver.

El sol va calentando el aire, la mañana se enciende, ya han salido casi todos los cursillistas y toman el sol paseando en grupitos frente a la masía. Simón se levanta, sacude la ceniza de sus pantalones de pana. «Aquí yo no conozco a nadie -dice-, ¿y tú?» «Tampoco.» Ahora Simón mira al horizonte. Sus ojos claros, velados por una escarcha, parecen habituados al frío y a la soledad, y a la luz del día su rostro revela una piel acibillada de negras espinillas, una frente arrugada y elástica como la de un perro.

Por el lado de la capilla mosén Garriga pasea enfrascado en su breviario. Les ve y se acerca a ellos sonriendo, arrastrando penosamente sus viejos pies, llega con el *Bon dia* y una cariñosa advertencia: cuidado, que no se ale-

jen mucho ni se queden solos, al doctor Albiol y a los profesores no les gusta. Y van, caminando despacio, a reunirse con los demás, Simón, cabizbajo, con aires de culpable.

En la capilla rezos (de rodillas) y canto de himnos (de pie).

*Juventud primavera de la vida
español que es un título inmortal
si la fe del creyente te anima
su laurel la victoria te dará,*

y después del desayuno (gran tazón de café con leche y pan de payés y mermelada) la terrible maquinaria se pone en marcha: primera conferencia, misa, media hora de recreo, conferencia, círculo de estudios, rezos en la capilla, almuerzo. Por la tarde: conferencia, recreo, rezos en la capilla, otra conferencia, visita al Santísimo, cena y a la cama. Sorprendentes recomendaciones: no hacerse amigo íntimo y exclusivo de nadie, no sentarse nunca en el mismo sitio de la mesa durante las comidas ni entablar conversaciones privadas, no hablar en voz baja. ¡Ánimo, alegría, alegría!, chilla el viejo mosén Garriga, y ¡de Colores ra, ra, rá!, responde el profesor energúmeno. Los chistes son una institución sagrada: no pueden faltar en ninguna comida, buenos o malos todos valen. «La cuestión, dice un profesor, es distraerse y no pensar en nada más.» El payés de la linterna, cuyas íntimas relaciones con el carmín aún no se han hecho públicas, se lanza a contar uno demasiado verde y es abucheado fraternalmente. Si algún cursillista tímido dice «Yo paso», es igualmente abucheado.

Las Decurias, ya compuestas y bautizadas (San Pablo es la suya) con diez cursillistas en cada mesa, con presidente y secretario nombrados según misteriosos méritos establecidos por el test de la víspera, el cursillo se inaugura oficialmente con una conferencia en catalán a cargo del director, mosén Albiol, ídolo de los jocistas de Vich. Habla de la castidad («*Cagada l'hemus!*», oye que le dice el payés a Simón, los dos en su Decuria), de cómo se es hombre puro sin-ser-ma-ri-ca. Sin pelos en la lengua. Un lenguaje que constituye la primera sorpresa. El pequeño crucifijo en la mano, mosén se tambalea en lo alto de la tarima, sonoro, doblando como una negra campana y creciéndose, gloriosamente asaeteado por los rayos del sol que traspasan la cristalera. En los momentos de mayor vehemencia, en la alta y pálida frente del mosén aparece una relampagueante vena violácea en forma de Y, y en su boca fina y húmeda la palabra concupiscencia adquiere terribles resonancias vernáculas. Durante dos horas alterna furibundos anatemas con súbitas absoluciones, comprensión y piedad, remansos de humor misericordioso, irreal, catequístico, una beatífica visión del Mal y de la cotidiana lucha por la vida incubada en confesonarios, oyendo disparates día tras día; resulta particularmente realista y poética la fugaz referencia a sus luchas más íntimas y agotadoras, aquello que le une secretamente («¿Creéis que los curas somos de piedra, que vosotros sois los únicos con esas cositas entre las piernas, fanfarrones?», brama dejando estupefacto al auditorio), aquello que le une secretamente, quién lo hubiera dicho, a la condición humana: también él, bajo estas grotescas faldas negras que tanto hacen reír a la gente, es un varón y tiene los atributos del varón, y que nadie se escandalice, no seamos mojigatos, también él se enternece y es sensible a la fugitiva belleza de las formas, también sufre ante unos bellos ojos azules, una melena rubia o un perfil virginal, ante esta *noia fresca i plena de vida ballant una sardana* («*Tot-són pits, tot-spn pits!*», sardanea súbitamente en voz alta el pelirrojo de la linterna, ya considerado por todos como subnormal). Una mezcla de admiración y de infinita tristeza y de pena por el mosén se abate sobre el auditorio. Y arrebatado, con la vena a punto de estallar en su poderosa frente, él les convoca nuevamente a la abstinencia, y termina ronco, en pleno ardor fustigante e inquisitorial, impresionantemente agigantado y congestionado («Va para obispo», piensan algunos). Pero poco después, en la capilla, durante la misa oficiada por mosén Garriga y ayudada por un profesor, sólo confiesan y comulgan doce cursillistas, observados por los demás con cierto escepticismo burlón. Una magra cosecha, de momento.

Durante el recreo, los profesores organizan un urgente y enloquecido, alucinante partido de fútbol entre los colorines: parecen empeñados en secarse los pulmones y los sesos. Otros cursillistas deambulan desconcertados alrededor de la masía. También aquí, como en la cárcel, se establecen pronto sutiles jerarquías: el cursillista más prestigioso y vigilado es el estudiante de Barcelona, se comenta que ya en el test se declaró ateo, se le supone leído e inspira cierto respeto. Le sigue en méritos ese murciano arisco y solitario que no se quita las gafas de sol ni para dormir, ése que no habla casi con nadie. «¿Quieres jugar?», le llega en la voz del profesor, pero hace como quien no oye. Busca a Simón a través de la grata y densa (pero no suficiente) neblina verdosa de las gafas, y le ve paseando solo bajo los cipreses, pateando hierbas, con sus anchos pantalones de pana que crujen alegremente cuando camina, cric-cric. Juntos dan la vuelta a la masía. Ven entrar en la capilla a mosén Albiol conversando amigablemente con un cursillista, parece que estén conspirando -el cura con el brazo sobre el hombro del cursillista-

y dice Simón: «Ya van cayendo».

La campanilla llama a Círculo de Estudios, ahora los presidentes de Decuria tienen que hacer un resumen oral del tema y los secretarios por escrito, mientras algunos cursillistas, en la pizarra, trazan dibujos que pretenden representar de algún modo la actitud de Colores ante la vida y sus peligros: de pie, avergonzados, balbucean conceptos infantiles sobre la abstinencia, la castidad, la verdadera hombría, el aguantarse, mientras en la pizarra aparecen ingenuos dibujos, torpes y laboriosos, que representan corazones traspasados con flechas, bolas del mundo levantadas con palancas, palomas blancas y soles de párvulo con la palabra *pureza* dentro. Alguien dibuja un corazón y algo que se parece a una larga y ondulante cabellera de mujer; bajo el corazón escribe: *De Colores*, y bajo la cabellera: *Del Mundo*. Es muy aplaudido.

Como un solo cuerpo, como un neurótico ciempiés el grupo se traslada nuevamente a la capilla siguiendo atropelladamente a los profesores. En la penumbra fría obedecen y se arrodillan brazos en cruz repitiendo palabra por palabra la oración de mosén Albiol, una promesa de abstinencia, de eterna lucha contra la carne, de sequedad de corazón. Y a cantar. Pero antes de terminar el himno, él sale a fumar un cigarrillo bajo el sauce.

Y a partir de este momento irá a la zaga del ciempiés, casi siempre solo, llegando tarde a todo o dejándolo a la mitad. Deambula por el campo y la masía recogiendo ecos de conferencias y de cantos y rezos, de sermones y anatemas, voces de energúmeno traspasando paredes, alterando la paz del campo y de las viejas estancias, y se acuesta tarde, se levanta temprano, come en silencio y cabizbajo en medio del bullicio general del comedor, donde de cuando en cuando, al beber, sus ojos tropiezan con los de Simón que le piden auxilio desde algún lugar -siempre distinto, como está ordenado- de la mesa: profesores y sacerdotes siguen empeñados en destruir cualquier brote de conversación privada, recomiendan «Que hable uno y los demás escuchen, fuera secretillos y vengan chistes aptos para todos», y flotan repentinos, angustiosos silencios que nadie puede evitar si no es diciendo alguna burrada, cosa que ocurre con frecuencia y en forma cada vez más decidida y complaciente, como si la consigna de aniquilar el sentido del ridículo («Aquí hay que volver a la infancia», les había aclarado mosén Albiol) fuese la más agradable y llevadera: todos rivalizan bestialmente por ser los primeros en ingresar en el supuesto paraíso de la inocencia.

Cristo repentinamente vestido con -mono azul de mecánico y manejando llave inglesa aparece ante el auditorio durante la conferencia de la tarde a cargo del profesor Rosell, obrero de una fábrica de Vich, «¡No os atrevéis a mirar cara a cara a este Hombre, el Compañero de trabajo de cada día, el jornalero sufrido y paciente! -exclama esgrimiendo el crucifijo-. ¡Miradle, cobardes, miradle bien y aprended de Él!», volcado desde la tarima sobre las cabezas de los cursillistas, rubio, de ojos amorosamente acerados, robusto y dulce a la vez y tan sencillo en el vestir (una vieja americana cruzada sobre el planchadísimo mono de trabajo) que se parece a la imagen ideal del obrero aséptico, sonriente, de mandíbula cuadrada y guapo que él ha visto en los carteles diocesanos del Centro parroquial de Vich. Pero su voz es corno un trallazo y su lenguaje despiadado y furibundo, parece muy familiarizado con el nuevo Cristo que acaba de presentar a sus oyentes, sin duda trabaja con Él, es el «Obrero Ejemplar que no se mete en política ni huelgas ni manifestaciones de protesta, sólo en nuestros pecados, pudridero del mundo», Rosell se excita, brama, berrea, lanza una confusa exposición de la enfermiza mentalidad proletaria actual, ya está insultando, «¡Gandules, fachendas, *saltataulells*, ambiciosos; egoístas! ¡Miradle, ved al auténtico Obrero, el que nunca se queja, el que suda como vosotros y recibe la misma paga que vosotros y tiene los mismos problemas laborales que vosotros!, ¡porque está con vosotros! ¡¿Y vosotros?! ¡¿Estáis con él, lo estáis, eh?! ¡¿Eh, lo estáis o no lo estáis?! ¡Pues yo os digo: miserables quejicas que sois, que nunca os dais por satisfechos, que nunca tenéis bastante, burgueses, comodones, cabareteros, barceloneros y puteros del Barrio Chino!, ¿por qué presumís tanto con los compañeros de taller o de oficina o de labranza?, -por qué habláis tanto de machotismo con las mujeres? ¡Yo os hablaré de un machotismo del alma, de barcelonadas del alma, de huelgas y manifestaciones del alma, os mostraré a este Obrero que lleva mono azul como el mío, sucio de grasa y de sudor y de horas extras, un Cristo más nuestro y más machote que ninguno, un Cristo moderno, fuerte, animoso, paciente, cumplidor en la fábrica y respetuoso con sus superiores! ¡El que esgrime la llave inglesa para construir y no para destruir, pero también, ¡cuidado!, el que tiene sus ideas y su opinión sobre el capitalismo, y cuya paciencia tal vez se está acabando, ya veréis, ya, ya veréis...!»

Con el dedo él se ajusta las gafas (le entra por arriba una astilla de sol muy molesta) y alza ligeramente la mano, en medio de su Decuria, para llamar la atención al mosén: permiso para salir a orinar, mosén, permiso. Simón, a su lado, ni siquiera le ve cuando se levantó de la mesa: avergonzado, acogotado bajo el peso de la invisible llave inglesa. Otro miembro de su Decuria, el estudiante de Barcelona, aparta las rodillas para dejarle pasar y sonríe burlonamente. La voz de Rosell le persigue hasta el lavabo y luego hasta su dormitorio, donde se tumba en la cama, fumando, pensando en aquellas chicas que ayer vio en el Centro corriendo alegremente con sus medias negras y sus rodillas ,sucias de polvo de reclinador: el extraño olor a flores mustias que dejaron al pasar.

Envueltas en el cendal de polvo que prefigura la mortaja, o como nardos adormecidos e inconscientes en su primitiva blancura. Así también la señorita Roura y Montse: cómo eran antes de tener fe, antes de acunar los dulces y heroicos ensueños de bondadania en la ideal Mariápolis. Se adormece un rato, la tarde muere al otro lado del ventanuco, sobre los campos silenciosos, mientras aquí los bramidos del profesor Rosell y el dogmático golpeteo de su santa llave inglesa vagan por toda la masía como almas en pena.

Nadie se fija en él cuando regresa a la sala, excepto mosén Albiol, que le sonrío preocupado. Llueven anatemas doctrinarios desde la tarima. Semiahorcados, los oyentes colorines exteriorizan síntomas muy raros; prosperan dentro de su miseria general y patibularia, dentro de su agónico balance y su desnucamiento total, consolidándose cada vez más en sus principios mientras el conferenciante ahuyenta a la realidad para que en ningún momento recupere sus dominios; pero, al mismo tiempo, el eclipse mental (que algunos ya se traían al venir: el payés de la linterna, por ejemplo) es demasiado favorable al infantilismo, al añiñamiento (esa edad inocente im-pres-cin-di-ble para acercarse a Colores) y complacidos, no pocos se demoran en esa cita que se les propone con los felices años colegiales, y empiezan a hacer monadas: se pellizcan, se pasan notitas, se tiran bolitas de papel y se hacen *pam i pipa* como en la escuela. ¿Qué es lo que está ocurriendo? Ya estos hombres hechos y derechos empiezan a mirarse unos a otros con los cerebros vueltos al revés, sonriéndose tontamente y sacándose la lengua; las terribles acusaciones de los profesores no dejan otra alternativa: de la humana existencia, podrida y pecaminosa, mejor no saber nada. Mejor volver a la niñez. Y en la tarima el acusador sigue zarandeando incongruentemente las conciencias y manejando sagradas e invisibles herramientas, atornillándoles uno a uno, señalándoles con el dedo, tocando sus llagas más presuntamente íntimas y tumefactas y proponiendo repudiar supuestas queridas y tabernas y burdeles que se llevan el jornal y la paz del hogar para poder alistarse inmediatamente al gran ejército de Colores y emprender juntos la gran batalla de titanes. ¡De Colores!, brama como si arengara a un batallón antes del combate, los brazos al techo y doblado hacia atrás, ronco, rojo, proyectando la mirada sobre muchedumbres enardecidas y vociferantes. Y él le mira sin entender nada; le escucha, sí, pero no consigue sujetar las palabras en la mente, ésta le brinca todo el rato, se ramifica y florece en pálidas y fugaces visiones de Morirse en sus visitas a la pensión. Pero ya Rosell cuelga en lo alto de su propia espada llameante, quemándose lleno de terror, congestionado, sin voz, los cabellos de paja oscilando como alas engomadas sobre las rojas orejas, parece un pájaro terrible y exótico anunciando nuevos continentes. Y anochece, y en medio de un sordo rumor de batalla muere el día.

Rosell salta precipitadamente de la tarima con la recomendación habitual («Y ahora a rezar para que así sea») y encabeza la comitiva hacia la capilla, donde los colorines caen postrados de rodillas, fulminados, los brazos en cruz y la cabeza gacha. Olor a cera, penumbra en la capilla y en el ánimo de muchos todavía un apagado entrecocar de lanzas, el lejano fragor de una Cruzada, ¡y una crispación, una emoción belicosa en las jetas de los colorines, belicosa, belicosa, un brillo ciego en los lagrimales, una hosca disposición a obedecer lo que sea y a convertirse en lo que quieran los dirigentes!, algo que él intuye terrorífico y por vez primera perfectamente posible: diríase una peste que, extendiéndose desde esta masía, podría cambiar la faz del mundo. Rosell de rodillas ante el sagrario y los cursillistas alrededor suyo, sobre las frías baldosas, duelen las rodillas, de repente una voz desde atrás anuncia lúgubramente: «Si alguien quiere confesarse en público dará ejemplo a aquellos que todavía no lo han hecho por timidez o por orgullo». Silencio sepulcral, luego carraspeos viriles, susurros, el aire parece que va a estallar, y con un vacío en el estómago él ya está pensando en largarse cuando, detrás, una voz rota y trabada, después de un penoso balbuceo, se desata babeando una confusa exposición pública de miserias personales: es el camionero hijo, aquel pálido espectro. Tartamudea, solloza, ¡Ya estoy cansado de no tener voluntad, de mentiras, de ser un marrano y un desgraciado, feliz, eso, hay que ser, quiero, una persona digna, perdón yo!, parece increíble, y llora, llora con verdadero desconsuelo y promete ser hombre de ahora en adelante, no hacer más porquerías solo, no pensar más en la chica del garaje, una golfa con jersey amarillo. ¡Mosén, mosén, por Cristo, con voluntad y espíritu de sacrificio, conseguirlo, el firme propósito, buscar la verdadera felicidad, nunca más veré a esa chica, nunca más pensaré en ella...! Todas las cabezas rozan el suelo de la capilla, una indecible vergüenza colectiva las abate. Pero el camionero hijo se repite lamentablemente, y su historia con la chica del jersey amarillo, que había empezado más o menos bien, empieza a revelar un gusto morboso en la descripción de ciertos detalles, ciertas redondeces y protuberancias de la muchacha, que ya está adquiriendo tina realidad francamente palpable en el sagrado recinto, por lo que mosén Albiol corta repentinamente la confesión con un rezo que ahoga poco a poco aquel llanto y aquel desconsuelo que ya degeneraba en histeria.

Ahora salen todos de la capilla excepto el camionero hijo, que sigue arrodillado y brazos en cruz, .sollozando, sacudido por el hipo y en cierto modo degollado. Un profesor se queda junto a él en la sombra, inmóvil y negro como un ave de rapiña, mientras el viejo mosén Garriga trota alegremente hacia un confesonario, anticipándose a los cuatro encorvados cursillistas que se zambullen en las espesas sombras confesionales.

Cena y a la cama. ¡Cómo estaban cambiando aquellas jetas! Al deslizarse entre las frías sábanas él se siente cansado y fastidiosamente arañado, como si se hubiese pasado el día debatiéndose en un zarzal. *Collons, tu, això no va de bromal!*, farfulla el labrador de pelo de panocha enfocando la linterna en el trasero del oficinista mientras se desnudan. Él piensa en Morirse una y otra vez -imágenes inesperadamente dulces, y confusas, susurrantes posibilidades de ternura amorosa-: la ve con sus piernas juntas, tan inmóvil, tan concreta en el andén de la estación. Morase y su sopa para niños pobre,: en las laderas de Montjuich, caminando sobre escombros pestilentes, entre barracas, churumbeles y moscas: alma soñadora y buena roída día tras día por la dura realidad... Ya en cama y sobre su cabeza el ventanuco abierto, le llega el canto de los grillos, la paz, de los campos bajo la noche, esa indiferencia risueña de las estrellas y de la luz de la luna que, como un disco de hielo, flota en el firmamento. Sus compañeros se han acostado, excepto el camionero, que vuelve del lavabo tosiendo y despotricando contra su hijo: ¡Ese imbécil, quién le mandaba ponerse en ridículo! ¡Mañana me oirá! ¡Y en cuanto a esos cuervos ensotanados...!

-Por favor -suplica el oficinista-, que pueden oírnos.

-¡Que me oigan! ¡Me importa tres pares de cojones!

El piso tiembla bajo sus enormes pies mientras se desnuda a oscuras, tropezando, tirando cosas al suelo, blasfemando, empalmando salivazos aquí y allá hasta que le da la tos y, doblándose, se agarra al lecho, en calzoncillos, con el pantalón a medio quitar. Su gran cuerpo sacudido a la luz de la linterna del payés, que le enfoca riéndose con su risa de conejo, parece recibir un castigo del cielo.

-¡Si hubiese cogido unas purgaciones a tiempo, este hijo mío, no sería tan caguetas, no señor! -Y de pronto estalla en una carcajada que hace temblar las paredes, volviéndose, rojo corno un tomate, hacia la cama del oficinista igualadino-: Y te digo una cosa, a ti, chupatintas, aunque ya te hayas confesado...

-Yo no me he confesado -protesta la vocecita desde la sombra.

-Pues te digo una cosa: esa niña del garaje, ¡canela en rama, bocati di cardenale y además más puta que las gallinas! ¡Alegre como unas castañuelas y siempre dispuesta a hacer un favor! ¡Si lo sabré yo! ¡Pero este papanatas es como su madre!

El camionero se esfuerza por dominar su justa indignación, lo que logra después de maldecir y jurar un rato. Ahora, más calmado, se dirige a él:

-Oye, tú, chaval, ¿cómo te llamas?, tú me gustas, chaval. Tú y yo nos entenderemos.

Brinca en su cama el payés: *Hem fumaré un pet*, anuncia. Montse Claramunt se aparece sobre el fondo negro: pequeños senos aplastados contra la reja carcelaria, en medio del griterío ensordecedor del locutorio común, anónimos pechos que no han conocido mirada, caricia, beso... Cruje la cama y se oye bufar al camionero, que luego se inmoviliza y suspira profundamente, ¡Ay qué vida ésta!, y poco después parece que ahoga unos bramidos en su garganta, en realidad ríe sordamente: «Te has peído, destripaterrones», le dice al payés. «¡Chissst!», hace el oficinista. «¡Tú duérmete! -le ataja el camionero, añadiendo-: ¡Lameculos! ¡Qué poco vas a durar sin confesarte!» Y después de reír un humor agrio, sujeto de algún modo a la tristeza, el camionero empieza a hablar del cursillo como de una carrera de asustadizas gallinas, preguntándose cuántos se habían quedado en la capilla además del pajillero de su hijo, y quiénes caerían mañana, recordando que el primero había sido el viajante de comercio, un hombre hecho y derecho, hay que ver, esta misma mañana habían estado contándose aventurillas de carretera y de fonda, cosas de la vida, buenos ratos, coño, que los malos ya vienen solos cada día.

-Pero ya no parece el mismo -añade-. Y aquí se encuentra como en su casa, el tío, no lo entiendo.

-Sí, se diría que ya ha estado aquí otras veces -observa tímidamente el igualadino-. Pero no puede ser, a Colores sólo dejan venir una vez...

-¿Tú qué opinas, paisano? -brama el camionero-. Chaval, ¿duermes?

Los párpados de cera de la señorita Roura, los círculos morados en los ojos de Montse: amorosa mirada pastoral sobre la grey, sobre invisibles multitudes de pecadores. El jersey amarillo de la chica del garaje, las rodillas sucias de polvo de reclinatorio, la melena rubia de la feligresa sardanista del mosén, todo es lo mismo.

- Juraría que es el gancho -murmura él, y el camionero suelta una carcajada.

-¿Has oído, secretario? -dice-. Mi paisano conoce la vida. ¡Te digo que éstos a mí no me joden, yo no soy como el mamarracho de mi hijo, no me dejo convencer fácilmente...!

Frágiles, sensibles, extrañas congregantas marianas, níveas y puras, con recónditas zonas de vida, y a cientos, a miles. Familias estables, sólidas. ¿Campo abonado...? Ciertamente ella ignora esa otra vida que irradian sus movimientos mientras avanza entre cajas de verdura y camioneros blasfemos en el Borne, camino de la pensión, con consignas de Cáritas. Qué curioso: ¿por qué se agudizan tanto los sentimientos aquí, por qué estas ansias de vivir y de gozar pactando aunque sea con el demonio?

-Bueno, *boranit* -la aflautada voz del oficinista. Nadie le responde. El transistor, ahora en poder del payés,

emite una suave música, un bailable de película que sugiere una fiesta en un jardín residencial con elegantes mujeres de hombros desnudos, en una noche cálida, estrellada y tropical. Y tendido bajo este sueño en la cama, el payés tararea, ríe y juega con su flamante linterna. Resuella.

2.º jornada: El pasadizo secreto

Capítulo 18

Encuentro casual con el estudiante considerado ateo en el sn.ack-masía, a media mañana. joven reservado y burlón, siempre fijándose en todo y tomando notas pacientemente (en una cuidada y muy buena letra, aunque entre garabatos, él puede leer en el bloc negligentemente abierto sobre el mostrador: alienación, terror, lavado de cerebro, inquisición, etc.) y que le confiesa lo mucho que se está divirtiendo: «Increíble, chico. ¿Y tú qué tal lo pasas?». El se encoge de hombros, se dispone a pagar las cervezas, pero: Deja, pago yo, se anticipa el otro. Más notas que se pueden curiosear en el bloc: «Las cinco Decurias, los cincuenta cursillistas clavados en sus sillas fatídicas escuchan al profesor: vaciados, agotados y acogotados, se abandonan al ritmo implacable que exige su salvación, un crescendo sutilmente calculado que encierra la fría y matemática exactitud de un perfecto mecanismo de relojería, y que destruyendo el sentido de la realidad y reafirmando en su lugar las confusas y funestas fronteras entre el Bien y el Mal que la Iglesia ideó de acuerdo con la sociedad burguesa, en provecho de mutuos intereses, bajo una lluvia de golpes de crucifijo y de grotescos anatemas que proponen todo o nada, tomarlo o dejarlo, Cristomachotismo o riada...». No termina de leerlo, pero, quizá a modo de compensación, le dice: «Buena letra, coño. ¿Y qué harás con esto?», pregunta sin entusiasmo. El estudiante le mira un momento con curiosidad, luego sonríe y se guarda el bloc en el bolsillo. «Bueno -añade él aburridamente, y apura su vaso-. Me voy arriba un rato.»

Ciego y convulso, rodeado de un círculo de fuego ya imposible de romper, el ciempiés se encoge y se apretuja en las mesas mientras en la tarima el conferenciante dispara sus exacerbadas vivencias utilizándolas a modo de razones: Fui un miserable antes de pertenecer a Colores, ergo vosotros sois unos miserables. Como de costumbre; gran preocupación por el sexo: mundo de tráficos demoníacos y de industrias bestiales, condenación y putrefacción y triste hospital para las queridas, las amantes nocturnas y diurnas. ¡Barcelonadas!, brama el profesor Guillot desmelenado y tembloroso, rostro largo y chupado, pálido, con bigotillo perfilado, ojos saltones e inyectados en sangre rodando enloquecidos en el fondo de unas cuencas cadavéricas: la versión tuberculosa del fino bailarín de entoldado dominguero, del ojeroso galán en decadencia. ¡Barcelonadas y purgaciones, añade, y explica con sonrisa lupina cómo él fue tocado un día por la luz y en qué misteriosas circunstancias, pues había sido un mal esposo y un mal padre, un gandul, un borracho recalcitrante y un *sifilítico podrido* de barcelonadas (luego explicaría, en un sereno paréntesis, el sentido que esta expresión tiene en la comarca: barcelonadas son las escapadas a la capital para ir de hurilla). Empieza la autoconfesión, la minuciosa exposición de horrores por los que pasó antes de ser tocado por la luz. Yo he sido un degenerado y un cabaretero, aquí donde me veis; y por la fría mecánica de servirse de las manos y elevar las palabras como si tuviesen peso y volumen, deformando las frases con el juego monótono de unos dedos largos y atacados de artritis, un ritmo torpe, rígido, que le presta un doloroso énfasis, se diría que esta autoconfesión la ha contado cientos de veces sirviéndose de las mismas palabras y en esta misma tarima... Pero ya de su boca surge lo insólito, que esta vez paraliza a los cursillistas, pues algo más que una entrega total a los placeres de la carne llevó a este hombre que aquí veis, en indescriptibles noches de luna llena, a barcelonear con una prima suya y a rodar abrazados sobre la tumba de su padre en un cementerio, una prima indómita, voraz y pavorosa como un incendio y que acabaría abandonando el pueblo para hacerse De La Vida en la ciudad, una mujer que ahora revive ante los ojos desorbitados de los cursillistas, durante un glorioso segundo, echándose de espaldas sobre el mármol mortuario con las faldas al aire y enlazando con las piernas al profesor Guillot. Poseyéndola barcelonescamente como un desafortunado sobre el RIP de su propio padre, por qué, por qué, el colmo de la depravación, el pasmo de los cipreses, mudos y graves testigos de tanta muerte corporal y espiritual. Y sin respeto a los muertos y a los vivos, así era yo, este que aquí veis, servidor, y el auditorio está aterrado, no se le ahorran detalles: el viento aullando en el cementerio, doblando los altos cipreses, los gemidos de la prima estremeciendo a los muertos inconfesos, aúlla un perro en medio de la noche y la luna llena

alumbraba el horroroso orgasmo. Simón está abatido, pero muchos (indiferente o adormilado bajo el sopor de la tarde, el representante del obispo cabecea sentado en su silla junto a la puerta) están como ante un aparato de televisión. Cuando el profesor se ha cubierto totalmente de fango y de inmundicia, prosigue con voz lumínica, repentinamente etérea, como si ahora hablara en un parvulario, que un día, estando en esas salvajadas, al regresar a casa borracho y sin el jornal se encontró que su hijo de cinco años, enfermo de cáncer desde hacía tiempo, se moría, y le llamaba desde la cama, ¡Papá, papá!, con una voz que partía el corazón, y que él acudió y le acarició ¡todavía con el olor del cementerio y del cuerpo de aquella mala mujer en sus manos! y que escuchó la petición de la inocente criatura, a saber: que antes de morir quería que su papá le prometiera no pegarle más a mamá ni llegar a casa sin dinero y con aquella cara de hombre malo, porque él se iba a morir sólo para salvar su alma, y aquí el conferenciante empieza a llorar macabramente, pero sin lagar a dudas con sinceridad, unas lágrimas enormes, su voz se ahoga corno en un pozo sin fondo, se debate en una charca y el rostro se le descompone según avanza la agonía del hijo toda llena de detalles escalofriantes y patéticos, él arrodillado junto a la camita, estertores infantiles y el cáncer atenazando aquella inocente garganta, cerca la madre llorando y caída como un fardo al pie del lecho, aquella desesperación de la sufrida esposa y madre ante la lenta agonía del niño, él sin saber qué hacer, gritos, llanto, más estertores, alaridos, la promesa, papá, cumple la promesa, hijo mío, prima, más estertores agónicos, mala mujer, castigo de Dios, roma de conciencia fulmínea, el cáncer, aullidos, aquel cementerio, primita, gemidos de placer, arrepentimiento, mala pura, ¡una luz, hijo trío, la luz, la promesa, sí...! Pero el nieto, de todos modos, muere. Se acabaron las barcelonadas y el fornicar sobre la tumba del padre en noches de luna llena. ¡Yo he sido un gran pecador, y vedme ahora! Ahora no se oye una mosca en la sala. Pero cobrando nuevas energías la voz deshecha en llanto insiste en que su hijo murió para que él se salvara, y naturalmente eso le había impresionado mucho, ya no podía ser sordo a la llamada de Dios por más tiempo, entre hipos y sollozos y penosísimas pausas, cuando ya el profesor es un pobre guñapo sin voz y sin fuerzas en lo alto de la tarima, empapado en lágrimas, autodestruido, seguramente feliz.

Nadie puede hacer nada por él. Luego, en medio de un silencio sepulcral, donde sólo se oye su respiración corno un fuelle, hace todavía un supremo esfuerzo y se yergue (todo el mundo teme que se desplome) para golpear sonoramente el flaco pecho con el crucifijo, tragando lágrimas se tambalea, los ojos cerrados, balbuceando palabras inaudibles y trazando con su mano de artrítico monótonos círculos en el aire, cada vez más lentos, como una rueda que sigue girando por inercia cuando la máquina que la impulsó ya está parada. Al pronunciar las últimas palabras, los gritos de rigor, ¡De Colores!, su aspecto es francamente lamentable y en su cara exhausta hay esa expresión definitivamente animal de los ahorcados.

Rápido todos a la capilla corriendo ahora que la cosa está caliente. Pero, oh sorpresa, esta vez no bajan pasando por el zaguán y rodeando la masía sino que son prácticamente empujados hacia una puertecita secreta detrás de la tarima y cuya existencia se ignoraba, se ha abierto misteriosamente y ya todos bajan por una oscura y estrecha escalera de caracol y luego un angosto pasillo que en cuestión de segundos les aboca inesperadamente a la capilla, apelotonados como borregos, pasmados. Pasadizo secreto para casos de emergencia, sin duda, y que produce su efecto: se confiesan hoy, más de veinte.

Salen de la capilla en medio de un gran silencio, el arrastre de pies es muy triste y hoy el himno (Juventud primavera de la vida...) parece más bien un funeral. Luego pasean bajo el sol, parecen reclusos o convalecientes en un sanatorio, siguen acogotados y pensativos, cambian entre sí sonrisas y tímidas miradas de alucinados, se muestran inseguros: unos encienden los cigarrillos al revés, por el filtro, otros se frotan las castigadas rodillas con mano temblorosa, rondan la capilla y se espían. De pronto aparece el rector del curso cantando el himno de Colores, solo, paseando bajo el sol como en un escenario, las manos en los bolsillos de la airosa sotana, erguido, pechugón y sonriente, temblona y dulce la voz de tenor («De Colores, de Colores se visten los campos y la primavera, de Colores»), feliz personaje de opereta en perfecta paz y armonía con las nubes y el azul del cielo, visiblemente emocionado y satisfecho. A muchos les levanta la moral.

Alejándose en dirección al sauce, él empieza a preguntarse si no estará soñando, aunque bien pensado esta masía del carajo tiene el aspecto de haber estado siempre habitada por estas pesadillas, o realidades, cualquiera sabe, sombras amorosas y excitantes como esa chica del garaje con su jersey amarillo, queridas que sonríen viciosas entre tumbas y cruces, y sobre la hierba, y en los lavabos, en la misma capilla, en los dormitorios, revolcándose en olor de camposanto como los concupiscentes adúlteros que engendran cáncer en los niños. El paso de los días también va marcando a los objetos: sus gafas oscuras, por ejemplo, se han convertido en un instrumento de trabajo. Con la mirada vagando a lo lejos, hacia las montañas grises, oye los pasos de Simón que llega con los brazos desconsoladamente cruzados. Está algo resfriado, se ha subido el cuello del jersey a modo de tapabocas. Esto se está poniendo serio, dice. Hola, Simón. Se quita las gafas y se frota los ojos, fatigado, luego sonríe con simpatía al tractorista, considerando con fraternal ternura los pliegues de piel triste que rodean y ator-

mentan aquellas claras pupilas de su amigo, sus mejillas largas y resignadas, su noble mirada de viejo lebrél.

-¿Qué, qué piensas de todo eso? -dice Simón.

-Siéntate. Vamos a fumar. Hala, coge uno.

-Gracias. ¿Sabes lo que no me gusta?

-¿Qué?

-Que hablen así, tan crudo, vamos, tan malamente. Ya me lo habían dicho, que no tienen pelos en la lengua.

-Sí, es feo. En ellos es feo.

Simón corta la ramita del sauce que pende sobre su cabeza y, cabizbajo, sus manos anchas y nudosas, de movimientos suavísimos, se entretienen deshojándola, «¿Sabes? -empieza abrumado-, uno nunca sabe qué puñeta hacer en esta vida, yo vivo solo y no me gustan los líos, pero mira, ya ves, las cosas vienen así y hay que tomarlas como vienen, sabes, hay una mujer, vamos, una amiga que conozco, es que está casada con un pastor, un bestia que la mata a palos, ella es buena gente, la pobre... Pero a veces pienso, cuando nos vemos, porque ahora nos vemos en un pajar cerca de donde trabajo, pues a veces pienso y pienso, y chico, no sé qué hacer... Ella también lo dice, que eso no es vida, los curas tienen razón en eso, y me parece que eso fue lo que me decidió a venir, ¿sabes?, a ver si ellos me explicaban, no sé, todos tenemos problemas... Ya lo sé, que son unos malparidos, que todo esto es un camelo, pero hay cosas que, mira, en el fondo tienen razón, a veces uno no es feliz porque estos enredos no acaban de hacer feliz, no sé cómo explicarme, ya me entiendes...». Simón escruta ahora los negros cristales que ocultan los ojos de su amigo, que le mira fijamente e inexpresivo hasta bajar la cabeza. Simón añade: «¿Me explico, lo que quiero decirte?, que yo sé muy bien que habría que cambiar de vida, pero ella es lo único que uno tiene, bien pensado, esa mujer, uno no tiene a nadie más, María se llama, y no es una mujerzuela o una de ésas, no creas, no sé si me entiendes, uno nunca sabe por dónde tirar...». Con la cabeza gacha él asiente en silencio varias veces, enfurruñado y pensativo, permanece mudo un buen rato y luego le quita a Simón la ramita de las manos y, sin mirarle, le pregunta si la quiere, a su María. Sí, no sabía, Simón creía que sí, se veían a escondidas de la gente del pueblo y cuando lo pensaba bien veía que en su vida sólo había eso, esta mujer, pero que si toda la vida iban a ser unos desgraciados, como dicen aquí... «No dejes que se metan en tus cosas», le aconseja él escuetamente. «¿Yo?, qué va, no me conoces...» Y luego los dos se quedan callados un buen rato, Simón apurando concienzudamente la punta del cigarrillo. Su vieja frente de perro, con arrugas profundas que convergen en el ceño, y donde cada parpadeo provoca una pequeña catástrofe, un mundo de tristeza caótica, se abate mientras él le dice palmeándole la espalda:

—Vámonos de aquí, ya oíste al cura. Y no te hagas mala sangre, éstos son unos cabrones que sólo van a lo suyo.

-¿Té crees que todo es mentira?

-Gritan demasiado.

-Ya se han confesado más de treinta. Y mañana el resto, ya verás. ¿Tú qué piensas hacer?

-Nada.

El tractorista mira los horizontes brumosos, con un risueño parpadeo.

-Yo tampoco.

Aparece tras ellos el profesor Guillot sorprendentemente recuperado de su agotadora actuación y sonriente, con evidentes intenciones redentoras. Propone dar un paseo juntos, pero Simón se escabulle sigilosamente (Guillot no hace nada por retenerle) mientras él se ajusta calmosamente las gafas negras sobre la nariz, reafirmando en su condición de instrumento de trabajo, de casco protector. «¿Qué, respirando un poco de aire puro? -entona el profesor rodeándole los hombros con el brazo—. Tú eres creyente, ¿no?» «De aquella manera, profesor», y no puede evitar un sentimiento de repulsión al notar el brazo: barceloneando desafortadamente con su prima sobre el RIP de la tumba de, su propio padre en noches de luna, qué bestia. ¿Estarán todos locos? Montse le dijo una vez que la fe es cosa de locos, algo así como lo del Quijote, le dijo, mientras ahora el experto en barcelonadas con su voz viscosa insiste en que le ha estado observando y que le gusta la atención que pone en las conferencias, pero ¿por qué no se ha confesado todavía?, bueno, él ya sabe lo que le pasa, lo que le impide ser feliz como los demás: ¡Ah, las dones de Barcelona *tiren molt, noi, nos* conocemos! Recomienda el profesor Guillot un simple acto de humildad ante el sagrario, y solo, sin testigos, simplemente dejarse caer de rodillas y decir: «Señor, ayúdame». Por supuesto, tú no eres, añade, como ese desgraciado, ese ignorante payés que anda siempre con su pintalabios y que de noche se empastifa (menudo susto se han llevado las monjitas al hacerle la cama, ¡creían que era sangre!) y se masturba a la luz de la linterna, dice que el carmín da una gran suavidad a las manos, el animal, por fin le habían descubierto, su compañero de cuarto, el oficinista, lo había comunicado al mosén para evitar el mal ejemplo; no, él no era como ese pobre anormal, él razonaba, tenía una cabeza, y por eso podía arrodillarse en la capilla y pedir «Señor, ayúdame a ver claro», con eso bastaría. Una prueba de humil-

dad. ¿No? Entonces por lo menos de momento, en fin, el firme propósito de no pensar más en ellas, todas son unas marranas. «Profesor, ¿por qué les tienen ustedes tanta manía a las mujeres?» ¡Ja, que nos conocemos, hombre! ¡Menudo pillo estás tú hecho!, insiste el profesor, añadiendo que en cierto modo es natural, un muchacho tan guapote como él... También yo era un perdido, un inmoral como tú, puntualiza con una luz remota en sus ojos lupinos. Y entonces de pronto la voz helada, impersonal y tan terriblemente cansada del murciano, mientras se para un momento a mirar las montañas que cierran a lo lejos la plana de Vich: «Yo no tengo dinero para barcelonadas, y nunca follo en los cementerios, ¿sabe usted?, creo que no sería capaz de correrme, y además no sé dónde está enterrado mi padre, ni siquiera sé quién es mi padre», agachándose para cortar una brizna de hierba y de paso la conversación, alejándose después, despacio, las manos en los bolsillos. Y aún piensa que podía haber añadido: Ni siquiera tengo un hijo con cáncer, coño, vaya regalito, toca madera. Así que nada.

Sin embargo, ya la señal de alarma ha sido dada, el asedio salvífico no ha hecho más que empezar: uno tras otro, profesores, curas y ciertos cursillistas aventajados lo abordarán desde este momento proponiéndole un acto de humildad en la capilla como primera e indispensable medida para obtener la tan difícil felicidad. Lo acosarán en los pasillos, en el comedor, en el dormitorio, durante el recreo, incluso en los lavabos, mientras orina chorros de malhumor: Póstrate en el sagrario, solo, y pide que si hay algo dentro, se te manifieste. Le sujetan del brazo y le tiran de la manga, es zarandeado, empujado, arrastrado casi, pero inútilmente. La situación empieza a ser desesperada cuando se entera por Simón; al cruzarse con él en la escalera, que hay otro en igual o peor situación que la suya: el estudiante de Barcelona, asediado en este momento por mosén Albiol detrás de la capilla, y que le envía por si quiere hacer con él una causa común, una especie de frente popular, eso dice. «Ése está tan loco como ellos», opina el murciano: «Sabes qué te digo, Simón? Que cada palo aguante su vela, y aquí estilo tropa, cada cual se jode cuando le toca.»

Excepto los cursillistas ya comulgantes y con ansias evangelizadoras (más tercos y peligrosos que los mismos profesores), los demás se mantienen a distancia, vigilantes y diríase preocupados: aunque no hablen de ello, en la mente de todos está constantemente presente la terquedad, la malicia, la resistencia de los dos barceloneses visiblemente podridos de barcelonadas. Por otra parte, los misreros van en aumento: se dice que los profesores, después de cenar, cuando ya todo el mundo está acostado, bajan a la capilla por el pasadizo secreto y se pasan la noche *haciendo palanca*, rezando por él y por el estudiante, horas enteras con los brazos en cruz y de rodillas sobre garbanzos crudos, incluso hay quien dice que azotándose unos a otros con cinturones. «Entonces, ¿cuándo duermen?», comentan admirados. Él no puede evitar otro sentimiento de repulsión, un gusto a ceniza en la boca. Y conforme pasan las horas todo se está violentando, retorciendo, desquiciando: las conferencias son cada vez más chillonas, histéricas e insultantes, y las confesiones públicas más groseras y sórdidas, los mea culpa más cargados de satisfacción y vanidad, los himnos más vociferantes y bélicos, y más veloces y urgentes las visitas al Santísimo, las correrías por el pasadizo secreto, en tropel, atropellándose todos, cayendo. En las comidas ya todos ellos muestran cierta inclinación a la inmundicia, se carcajean con los alimentos en la boca, comiendo a dos carrillos, los chistes son turbios y degradantes, la hilaridad es pura defecación, basura... Pero bueno, ¿por qué extrañarse?, pensaría él. Si en la tensa y patibularia atmósfera de la sala de conferencias eran todos conducidos degradante y repulsivamente hacia el más allá celeste, ¿podían dejar de ser degradantes y repulsivos? Y siendo degradantes y repulsivos, ¿podían comportarse de modo que no fuese degradante y repulsivo? Inmundo, ergo. Ya ni siquiera está bien visto pasear en solitario durante el recreo: quietos, clavados como estacas podridas de lluvia bajo el sol, los cursillistas se miran unos a otros sin saber qué hacer, qué rumbo tomar, y giran sobre los talones como borrachos o como peonzas sin fuerza, cambiando entre sí estúpidas sonrisas con las que se dicen: Jú también?, yo también, y luego se inmovilizan dándose la espalda, sin nada más que decirse.

Esa noche, en la capilla, más confesiones públicas, arrodillados y apretujados de morros al altar, a la luz chisporroteante de una vela que en su decadencia ha alcanzado el clavel del vecino jarrón. Confusión de voces en la penumbra: todas juntas forman un neurótico órgano de mil registros gimiendo y balbuceando, voces que parecen de enfermos y de resucitados, voces roncas, flacas, de pito, pedigüeñas, asmáticas, tímidas, voces chillonas, emocionadas, llorosas, sofocadas, sin consuelo, un concierto inarmónico y de poco vuelo, gutural, no humano, algo sordo que está entre el mugido y el berrido. Hasta que mosén Albiol corta con un gesto, el brazo en alto, y advierte que deben autocriticarse por turnos, uno después de otro. Largo silencio, y por fin una voz llorosa y tartajeante se decide y se abre paso penosamente desde muy atrás, una voz que la lengua no consigue todavía sujetar, es como un doloroso parto en algún rincón de la capilla: el viejo comerciante, aquel hombrecillo servicial con pañuelo de seda al cuello y aspecto de haber venido aquí a tomar las aguas, no se entiende lo que dice, pero luego, entre hipos y tartamudeos y golpes de pecho empieza a configurarse en el aire quieto y terriblemente sonoro de la capilla una confusa historia de dic hijos y una tienda de ultramarinos levantada con esfuerzo y sudores, luego una zapatería en Vich y un santo y puro amor por la esposa que en paz descansa y por los diez hijos, y ya llo-

rando desconsoladamente el viejo jura por su santa madre que en gloria esté lo mucho que ha querido a sus hijos y cuánto se ha sacrificado por ellos, para mantenerles y educarles, incluso ha robado, sí, ¡ha robado!, y ¡qué pago ha recibido de ellos al cabo de los años?, el llanto ahoga su voz y no se le entiende, parte el corazón el pobre viejo, ¡todos se han casado y le han quitado todo, le han aborrecido y le han abandonado, no le quieren, desagradecidos, malgastadores, solo como un perro en la vejez!, oírle parte el corazón, basta, que le hagan callar, como un perro tiñoso sus hijos le han abandonado después de tantos sacrificios que hizo por ellos, le han perdido el respeto, no quieren ni verle, ¡como un perro!, basta, por favor, mosén, que se calle, ¡ay, mosén, jóvenes profesores, como un perro sarnoso, sin un rincón donde caerse muerto, sin un trozo de, silla donde sentarse, como un perro, hijos desagradecidos...! Basta, abuelo, cálmese, así es la vida.

De nuevo corta mosén Albiol, pero ya es demasiado tarde; la curiosa autocrítica del viejo ha conseguido el efecto contrario al que se esperaba: ¡la catarsis se ha producido a través de la culpa de otros! «Hay que evacuar públicamente los pecados propios, abuelo, no los ajenos; las miserias propias, no las ajenas, ni los golpes que nos dan.» El abuelo está desconcertado, y su desconcierto se traduce en débiles gemidos de bestezuela. ¡Qué mala puta es la vida, qué rastrera y traicionera, cómo se complace en enturbiar las aguas del más limpio sentimiento, incluso del arrepentimiento! ¡Desgraciado viejo, sumido ahora en la vergüenza y el estupor (todavía no comprende por qué le han hecho callar), parecía tan feliz y animoso cuando llegó! Humíllate y serás ensalzado, ensalmíllate y serás humilsalzado. ¿O era al revés? Qué lío, qué follón eso del espíritu, Montse, la vida es la gran culpable de todo, la vida misma, esa vieja puta. Y ahora, ¿quién pone orden aquí, quién hace justicia? Confusos e impotentes en torno al sollozante viejo, ni los profesores expertos en la enseñanza del bien y del mal, ni el mismo doctor en teología, se atreven a pronunciarse, se han quedado mudos: la marrana liosa, una vez más, les ha podido.

Ya en cama el camionero hoy sólo se atreve a contar un par de chistes, viejos y francamente desteñidos. Pero aun así provoca un ataque de histeria en el oficinista, que se ha confesado, y que ruega casi llorando un poco de educación y de respeto con acentos tan patéticos y desesperados que de algún extraño modo hacen polvo al camionero, que se calla durante un buen rato.

Él se quita las gafas con gesto cauteloso y muy previsorio y se acuesta con el cigarrillo en la boca, los ojos en el techo. El cuarto apesta a pies sudados, el payés no se lava nunca. Está el payés muy quieto en su cama, la sábana hasta el cuello y de cara a la pared, donde su mano callosa y torpe traza líneas imaginarias con el dedo, con una conmovedora melancolía carcelaria. Se ve que le han soltado una buena reprimenda, seguro que ya no le quedan ganas de hacerse pajas... Apenas se le ha visto en todo el día, uno de los profesores se ha ocupado exclusivamente de él y mosén Garriga le ha confesado y comulgado. ¡Listo para sentencia!, dice el camionero, y él sigue dando la espalda, sin hacer caso a nadie. Pobre tipo, era feliz a su modo, no hacía mal a nadie. Como si le hubiesen castigado de cara a la pared. Sus ojos atemorizados, al volverse, buscan en los demás algo de aquella antigua y alegre camaradería que les había hermanado la primera noche, y también su mano tantea en torno a la silla donde cuelga su ropa buscando la linterna o el lápiz de labios, que está en el suelo y en peligro de ser pisado por el oficinista que, con un nuevo pijama, se dirige a apagar la luz.

Más tarde, desde su cama, el camionero empieza de nuevo a renegar de su hijo, que si es un bobo y un mamaracho, que si nunca será nada en la vida. ¿Por qué se habrá confesado?, que no lo entiende, vaya. *Aquest no deu trempar*, lanza el payés recobrando fugazmente la lucidez, y ya el oficinista se incorpora muy digno en la cama, chilla: « ¡Sietemesino!», fantasmal y tenue a la luz de la luna que entra por el ventanuco, añadiendo: «¡Por favor, basta de blasfemias y un poco de respeto por las creencias de los demás!» Responde todavía con algo incomprendible el payés, un largo lamento casi animal («*Qu'hem ve la trempreeeeera...!*») y finalmente él, que está deseando poder dormir, agarrándose con la mano a la ventana abierta, se incorpora y suelta un: «¡La madre que os parió, a dormir!», y todos se callan y se duermen -o lo intentan.

3.ª jornada: El extraño caso del señorito y el teléfono

Capítulo 19

Comulgan cinco mis durante la misa, rígidos, brazos cruzados y párpado caído, como juramentados. Él se ha quedado fiera tomando el sol, las gafas provisionalmente alzadas en la frente y recorriendo con los ojos ahora indefensos la ancha faz de los campos en esta hora, la más agradable del día. Es hermoso el amanecer, en esta plana de Vich rodeada de montañas, e incluso piensa que las ceremonias en la capilla, los cantos y los rezos de la mañana, oídos desde aquí, no están tan mal. «Ser apóstol o mártir acaso...», si, acaso, parece que se han afinado las voces, dulcificado, afeminado en cierto modo.

Hoy Simón el tractorista no sale a reunirse con él, y por vez primera experimenta una sensación de soledad. Al término de la misa, el camionero sale de la capilla con su hijo, cogidos del brazo: el hombre le escucha con los ojos en el suelo, muy atento, rascándose la nuca, encorvado y como aturdido. Los demás vienen detrás, pero Simón no aparece. Compacto, ya completamente domesticado, armónico, el ciempiés se arrastra bajo el sol sosegadamente pero sin rumbo, se mueve en varias direcciones pero no avanza en ninguna: es una masa informe y convulsa cegada por la luz del día, y todos juntos alcanzan por fin la blanca pared de la masía donde restalla el sol, alineándose como viejos ateridos de frío, cabizbajos, preñados de evocaciones: han alcanzado la serenidad.

De pronto algo se debate en medio de un pequeño grupo, hay un arrastre de pies: el camionero padre, con un pasmo infantil en su gran cara, inclinado como un roble que se abatiera envuelto en una gran polvareda, se lanza nuevamente hacia la capilla en medio de los colorines que le abren paso. Su hijo le acompaña. Luego pasa Simón en amigable charla con el profesor Rosell, liando parsimoniosamente un cigarrillo, sus anchos pantalones haciendo dric-dric y pasmado y dulce el rostro como una talla románica, ya también con la señal: parece haberse despedido de sus pobres y olorosos amores de pajar. Así pues esto se acaba: último día, por la noche solemne clausura del cursillo en presencia de invitados, familiares y amigos que vendrán a recoger a los suyos. A partir de este momento habrá constantemente un sacerdote en el confesonario, incluso durante la hora del almuerzo, previniendo urgencias espirituales en aquellos que todavía no se han puesto en paz consigo mismos. «Tal vez por culpa nuestra -precisa mosén Albiol-, porque no somos lo bastante humildes, dos compañeros siguen en tinieblas.» El ataque a fondo no se hace esperar, y desde el almuerzo hasta la clausura, de las dos de la tarde hasta las diez de la noche, los dos hermanos disidentes se ven sometidos a un dulce asedio, perseguidos en su oscura noche barcelonera con violines celestiales: por riguroso turno, sonrientes y afables, con bruscas apariciones y movimientos que tienen algo de maquinaria puesta en marcha por una fuerza remota, los colorines hacen sus pinitos apostólicos sin jamás darse por vencidos; sordos, monologantes, monolíticos, simulan encuentros fortuitos con él y le siguen a todas partes ofreciendo risueña y miserable conversación de buscona. La fatiga y la depresión se apoderan de él, su voluntad se debilita. El oficinista que comparte su habitación se le acerca sigiloso en los lavabos para hablarle una vez más de las mujeres y lo mucho que tiran de uno, solidarizándose de antemano con su evidente lucha interior por conseguir rechazarlas y olvidarlas («Están buenas, de acuerdo, entre nosotros debemos reconocerlo, pero, en fin, un culo no es más que un culo...»), aquella terrible lucha interior que a él también le había impedido confesarse el primer día, por orgulloso y por soberbio. Lárgate, chaval, déjame en paz, le dice él mientras se lava calmosamente las manos; pero viendo que el otro no se mueve, que sigue ahí de pie y sonriéndole con su cara ajada, hecha un trapo, y además esperanzado (Dame gusto, dicen sus turbios ojos catequísticos), añade: Tú supones, mamón, tontolculo, que no quiero confesar porque me hago pajas. Pajas como las que tú te haces. ¿Verdad? Todos sois igual: calzonazos de mierda. ¡Fuera, lárgate!

Pero el que más le deprime y le entristece es el viejo comerciante, que también acude a él para decirle como en secreto, y tan feliz, que se ha pasado la noche arrodillado brazos en cruz con los profesores en la capilla, *haciendo palanca* para él, para que le viniera el deseo de confesarse y de cambiar de vida. Abuelo, le dice él medio

agradecido, que ya no está usted para esos trotes.

A media tarde se refugia en el snack-masía con una cerveza, cuando oye un coche frenando detrás de la casa, a la sombra. Y al entrar poco después en la sala (en la tarima despotrica un profesor) le ve allí: un joven vestido de negro, delgado y guapo, elegante, sentado muy serio en un rincón junto a mosén Albiol. Los cursillistas también observan al recién llegado, preguntándose quién es y a qué ha venido. Hay otros dos desconocidos: un barbudo y avispado fraile, sin edad, de hermosa cabeza canosa, misionera y aventurera, y un caballero gordo y de aspecto distinguido. Él se sienta junto a Simón, cerca de la ventana, pero no tarda en volver a salir: Un mareo, mosén, permiso -siempre sin descarsarse, tras las gafas negras. Nota que todos le miran, son momentos de tensión, están pendientes del menor de sus gestos, ¿cuándo caerá? Distingue entre todas la mirada negra y doliente, circundada de luto, redentora y jesucristica (pero mirada de auxilio, en cierto modo) del joven desconocido.

Desde el pie de la escalera, en el zaguán, ve una fugaz mancha negra (tuna monja?) que se escabulle corriendo por una puerta del fondo de la casa, seguramente la cocina. Fuera enciende un cigarrillo y se recuesta sobre la hierba. Los gritos del conferenciante llegan hasta él perfectamente horrisonos, luego unos pasos sigilosos, un pesado frotar de gruesas sedas como crespones negros. Se vuelve: tina sotana, y en lo alto la docta faz de mosén Albiol, que le sonríe y le suplica un esfuerzo, que no sea tonto, que no se haga el sordo a la llamada del sagrario. Él suspira y dice: Siéntese, mosén, se está bien aquí. Dulce, bondadoso cultivador de muertos jardines del espíritu, mosén insiste: Todo esfuerzo tiene su recompensa, y al que madruga Dios le ayuda. No lo olvides, hijo. No lo olvido, padre, pero eso que dice no es verdad. ¿Fuma? Mosén Aibiol le coge del brazo, ya están de pie, Anda, ven conmigo, puñeta. Y él: No, mosén, quieto, suélteme, no me joroben más.

Arriba en la sala, desde la ventana, Simón les observa: se debaten en una danza silenciosa bajo el sol, dos figuras grotescas camino de la capilla, le hace gracia el curioso cuadro que forman y sonríe ante la simetría incongruente: él debatiéndose, tironeado por la manga, y el mosén como una negra campana doblando al sol, parejos en dolor, entrelazados. Pero nada se resuelve, y juntos regresan a la sala de conferencias.

«Hace años que Zubiri nos lo viene diciendo: fundamento o raíz de la Cristología, lo que actualmente nos fascina es el hecho de que Dios, al realizarse como persona, se tripersonaliza, de tal suerte que la trinidad de personas sea justamente la manera metafísica de encarnar idéntica naturaleza, y nos fascina más que la tradicional metodología teológica que se basa en la esencial unidad de Dios y contempla en su esencia la subsistencia de las tres personas, distintas solamente por la relación de origen. ¡A la luz revelada podemos todos, universitarios o no, contemplar la abigarrada variedad de abismos a que ruedan los ateos, el babelismo contemporáneo!»

El profesor que así habla es el joven recién llegado, y los cursillistas le escuchan boquiabiertos. Su anunciada conferencia ha despertado una gran expectación, porque ya se sabe que es el «refuerzo» para casos de mucha urgencia: universitario, preparadísimo, experto en arios, la mente más brillante de Colores. Aunque nadie lo haya comentado abiertamente, se sabe que su presencia y su concurso de última hora obedece a una consigna muy concreta: su parlamento va dirigido exclusivamente al estudiante ateo (sentado en su Decuria, el bolígrafo en reposo sobre el bloc de notas, escucha atentamente) aunque también quizá al silencioso murciano de Barcelona, entretenido ahora en limpiarse las uñas. Tiene el enviado especial una voz pastosa y nasal que, en los momentos culminantes de la nebulosa deística («¡Ya nadie duda del impacto trinitario en la síntesis de Hegel!»), se quiebra en falsete y el tono alcanza una musicalidad, un registro más patético y más convincente. Su aspecto agrada a los cursillistas, hay algo flamígero, arrebatado y apostólico en toda su persona, en sus ojos ardientes y húmedos, rodeados de círculos morados que evocan nobles y admirables luchas internas y autorrepresiones, y sus manos morenas y hermosas se mueven apasionadas, sugestivas, recalando, ayudándose con citas: «Pensar causalmente en el proceso del orden cósmico, sí, de acuerdo», y mira al estudiante, parece que sólo habla para él, «pero ni el evolucionismo riguroso ni el marxismo aclaran la abismática hondura del punto de partida, el punto alfa: luego mal podrán revelar la dialéctica que permita vislumbrar el punto omega, ni la ley de la rigurosa continuidad, condición de todo lógico despliegue», argumenta el conferenciante mirando con cierta preocupación al auditorio, escrutando rostros, tal vez calculando si han sido suficientemente ablandados y planchados por sus colegas, «pero no dejemos que una simbólica, por religiosa que sea, planee en la cumbre de la mente donde debe florecer y fructificar la fe que es vida y doctrina a un tiempo, no caigamos en la tentación de reducir lo sobrenatural a rigurosa consecuencia del logos finito, partiendo de datos naturales o de principios exclusivamente racionales. En lenguaje d'orsiano vendría a decir que la *patética* de la finitud no puede engendrar, de suyo, la *poética* de la glorificación...».

La mano en suspenso, se mira las pestañas -o algo muy próximo a sus ojos, el mismísimo ceño-, reflexiona, parece haber perdido el hilo. Pero su juventud y su sabiduría salvífica causan admiración y envidia: por su aspecto, por cierta calidad de piel y piernas -largas, rectas, palaciegas- es fácil deducir el inmenso saldo de papá. En efecto, su lección magistral empieza a poblarse de discretas y amables sombras familiares que se deslizan solíci-

tas en las estancias alfombradas, despachos y jardines, o que yacen sobre divanes y sillones directivos: «Hermanos cursillistas -admite avergonzado-, yo he sido un señorito de mierda antes de pertenecer a Colores.» Ahora ha extraído el crucifijo del bolsillo y lo ha besado despacio, empuñándolo de manera agresiva y dulce a la vez, como quien coge dos palos y se dispone a atarlos en el centro para formar una cruz. Y esgrimiéndolo así, con el brazo tendido hacia los estupefactos colorines, clava nuevamente los ojos en el estudiante ateo y le dedica una parrafada llena de nombres de doctrinarios y de teóricos: monseñor Olgjati, dom Columba Marmion, pare Plus S. J., monseñor Escrivá, Tanqueray, Lercher, Janigusalls, Chautard, Civardi, Coutois, Dale Carnegie, Santo Tomás, San Agustín, textos encíclicos, Adam, Toht, Denzinger. «¡La famosa fórmula paulina que contrapone la letra al espíritu está de moda, pero...! (el estudiante ateo se sonríe irónico). ¡Ah, la letra que mata, compañeros! ¡En una total ausencia de religión, en contra de la tesis de Robinson, hablar de vida o de muerte sonaría a fariseísmo o a sarcasmo! ¡Estamos en pleno epicentro del seísmo ideológico que agita con tanta intensidad las flojas mentes contemporáneas!» Y el joven conferenciante, sonriendo triunfal, enaltece la filosofía para luego invalidarla: el Cristo asalariado, con mono azul de mecánico y llave inglesa, se trueca repentinamente en un sesudo y estudioso lector que, terminado el libro, lo cierra con desprecio y lo arroja al fuego donde otros libros arden a montones. « ¡Que venga Ortega y nos enseñe su metafísica de la vida, su hombre con su circunstancia, que venga Sartre y nos hable del hombre como pasión inútil! Yo les diré: ¡De Colores! ¡Que vengan todos, sí, y que aprendan de vosotros!», añade visiblemente resentido, y ante los colorines desfilan nombres y más nombres extranjerotes, malsonantes, cumbres universales de orgullo y soberbia, famosos ateos hundidos en el barro del concubinato y del marxismo. Y porque son nombres desconocidos para la mayoría, todos los colorines comprenden, saben que van arrojados a la cara del estudiante, no a las suyas. En cambio esto sí va para ellos, atención, oído: «La manera de alcanzar la igualdad social», dice el conferenciante, «debéis concebirla en términos de la más característica ideología cristiana: una mayor laboriosidad, la capacitación profesional, la perseverancia, la honradez y el comportamiento que inspire confianza en vuestros superiores, eso os abrirá el camino hacia los bienes materiales y los bienes de la cultura. Muchos trabajadores de mi padre me preguntan: señorito Fernando, ¿qué quiere decir Marketing? Y yo les digo: *Noi, t'has de fer una cultureta*, no basta con ser honrado. ¡Debemos hacernos una cultureta, sí, pero sobre la roca firme de la fe! Ignacianamente hablando, principio y fundamento».

Bonito. Sin embargo, lo que esperan los colorines, lo que todos interiormente anhelan, ya impacientes, es la autoconfesión, el habitualmente apasionante relato del pasado pecaminoso y de la consiguiente y fulmínea redención. Se las prometen muy felices esta vez: teniendo en cuenta el nivel social del conferenciante, su juventud y su atractivo, cabe pensar que los hechos no se producirán en ambientes macabros ni habrá niños con cáncer; es lícito imaginar, viendo esta impresionante cabeza de apóstol o mártir acaso y esta noble postura, alguna estampa veraniega llena de luz y color, automóviles, hoteles de lujo, una muchacha rica y libre, quizá un yate... En efecto: Fernando, el profesor predilecto en los medios colorísticos, ha sido, aquí donde le veis, un señorito vanidoso e insoportable, dice, un hijo de papá, niño bien, gilí, pijo y pera, universitario en coche sport mimado por la fortuna y de familia escandalosamente rica y distinguida, y ha llevado una vida de placer y disipación en fiestas (¡ya, por fin!), cócteles y saraos, y ha estudiado a fondo el marxismo y el existencialismo, ¡y cómo ha vivido, cómo se ha divertido con las caprichosas, perfumadas, atolondradas señoritas de la alta sociedad!, alzándose con ellas por encima de esta aplastante e infamante monotonía nacional, con viajes a París y a Londres (las locas parisadas y londradas, ¡qué diferencia de las barcelonadas con furcias!), y escapadas periódicas a Mallorca, a Torremolinos, a Sitges, a Cadaqués y en invierno a Cortina con bellas de una noche, distinguidas señoras más o menos separadas del marido que le reciben en sus salones y, ¡ay, hermanos, en qué ambientes de negligencia y de modernismo mental y mundología, en qué exquisitas y favorables circunstancias de falda corta y amplio escote o camisión abierto como si nada, en qué ideales condiciones y escenarios para compartir entrepierna y camarredonda! Este culo de mundo en que vivimos, esta península, para los colorines se reduce de pronto a .la fragante síntesis que va de la cama al cuarto de baño sobre alfombras felpudas, y Fernando siempre el favorito y el deseado. «Aunque me esté mal decirlo, pero estoy entre hombres, ya nos conocemos, quitémonos la careta de una vez y no seamos tan creídos, aquí no hay ningún machote, no hemos ganado ninguna batalla de juventud, las batallas de la juventud y del amor no se libran en campos de pluma, y que el poeta me perdone...» Insustituible en ambientes de irremediable y delirante inconsciencia: puestas de largo, bailes de beneficencia, de disfraces, siempre con amigos crápulas, borracheras, stripteases, viajes a los países nórdicos, experiencias, intercambios culturales y sentimentales. ¡Las suecas, las míticas suecas! ¿Qué puedo contaros de ellas? Mas todo eso no parece pecado por ahora, piensan oscuramente los colorines, tan hermosamente lo cuenta el guapo señorito; y el fantasma de una juventud que pudo haber sido más alegre y suelta y provechosa cruza durante un segundo frente a las Decurias sumergiéndolas en su ibérica tristeza, en su secular frustración de siervos comulgantes, cejjuntos, cuelllicortos. ¡Ah, pecados de ricos, qué distintos a los nuestros, qué diferencia, qué despliegue de colores y de olores, qué

remota constelación de placeres! ¡Parecen de otro planeta, el anticipo de una vida futura, tan lejos están! Mientras, Fernando no duerme, no estudia, no se responsabiliza ante la patria ni ante Dios ni ante la familia, todo para la carne. La carne, compañeros, el ídolo del siglo, la carne, preocupación paulina hoy menospreciada. El conferenciante tiene una amante (¡ahora, ahora!), una señorita de muy buena familia barcelonesa, universitaria progresista, moderna, fresca, deportiva y tiempo ha desvirgada por propia iniciativa y convicción, y así las cosas Fernando es feliz pero de pronto nota que le falta algo, siente una sed. ¿Qué encierra esta sed, cuál es su origen? En sus manos cae un día cierto libro de monseñor Fulton Sheen y algo se rompe en su interior. Pero ¿qué es eso que se ha roto? En la fábrica de su padre, un empleado le habla de estos cursillos y entonces quiere asistir, más por curiosidad que por nada, curiosidad racionalista y cerebral, como es el caso de más de uno (mirada fugaz al estudiante ateo) de vosotros aquí presente. Pero sea como fuere viene a Colores, y la vida da repentinamente un vuelco, cambia por completo de sentido... y llega el memorable día del teléfono.

El conferenciante, en una pausa, se afloja el nudo de la corbata. No se oye una mosca: va a empezar la auroconfesión. La esperada síntesis (esta vez lujosa, culta, mundana) del Ave Fénix, la Ascensión desde el Abismo, se materializa en un teléfono sobre una alfombra, al pie de una cama, un teléfono que los colorines, ya muy excitados, imaginan blanco y con larguísimo cable en espiral conectado al mundo de los ricos, con sus afamados y emocionantes pecados de ricos. Pues ese día, habiendo hecho el firme propósito de romper definitivamente con los amigos crápulas y con su joven amante (¡ya está ahí con su aventura de lujo, ya, ya el señorito de raza se impone al sesudo erudito!), Fernando se ha encerrado a estudiar en su dormitorio, sobre la cama y con el teléfono cerca para someterse a la terrible prueba: a las nueve de la noche -faltan pocos minutos- sonará el teléfono y él oirá la dulce voz de la muchacha, sola en casa, diciéndole que le espera y le necesita, sin énfasis, se lo dirá modernamente, deportiva y progresistamente, pero enamorada e ingenua, que la culpa no es totalmente de ella sino del siglo, de esta juventud de hoy marxismotizada, como muy bien ha señalado un experto en kremlinología juvenil. Mas el caso es que el conferenciante quiere y debe romper con el pecado y no responderá al teléfono así se hunda el mundo, y ya está debatiéndose en el tormento de la duda, esta maldita carne (se golpea el pecho con el crucifijo), este maldito deseo como un agujón de luz, como una constante picadura de serpiente (la del Paraíso, hermanos) concentrando nuestra floja voluntad y proyectándola luego al vacío, a la nada (pues, ¿qué hay sino la nada, la náusea y la muerte en esa entropiada sartriana? -fijando súbitamente los ojos en el estudiante ateo-), así que olvídale y procura estudiar, Fernando, me decía. Pero el texto se desvanece ante los ojos, y se tumba de espaldas en la cama y fuma como un loco, la hora fatídica que ha de traer aquella voz del Paraíso perdido se acerca, ¿qué vamos a hacer, amigos? ¿Seremos fuertes, seremos lo bastante hombres?, y de pronto, ya está, el timbre del teléfono, vibrante, vivo, tan alegre, tan real, jugueteón (aquí el joven conferenciante empieza a sudar) y una, dos, tres veces. ¡Quietos todos, clavados en la cama, revolcándonos, mesándonos los cabellos, y el teléfono en el suelo al alcance de nuestra mano, sonando y sonando como una música celestial, como un canto de sirenas y nosotros amarrados al mástil, aguantando, retorciéndonos las manos, clavándonos las uñas en la puerca carne, los nervios a punto de estallar pero aguantando como hombres que somos a pesar del dolor a que nos somete la imaginación, ¡pues la vemos, compañeros, podemos verla perfectamente al otro lado del hilo, a la ansiosa sirena de largos cabellos, miradla tendida entre cojines sobre el cálido lecho, desnuda y tan insinuante, fragante, tersa, elástica, deportiva y rica, hermosa y ansiosa, ¡ay!, hermanos, ansiosa y con sus primaverales en flor, compañeros en Cristo, uno es joven y la naturaleza manda porque el vigor, porque el deseo natural del hombre, porque el ansia de absoluto, de verdades cósmicas e incluso de Dios, aunque lo ignoremos, que a veces creemos poder apresar en una espalda femenina, en unos hombros dorados o en unas piernas cruzadas, y que nunca, ¡ay!, apesaremos, porque la juventud... (el viejo mosén Garriga asiente con sombríos movimientos de cabeza), va, descolguemos de una vez, contestemos a la llamada de este teléfono, no, no contestes, contesta, no contestes, y sudando, gimiendo, excitándonos cada vez más como animales, porque la juventud, y el timbre sigue insistiendo, siete, ocho, nueve, diez veces, la mano temblorosa y con vida autónoma se mueve hacia, ¡la débil mano, todas las roanos quieren ir hacia esa vida que no es vida, que es muerte, que os lo digo yo! Una sola noche, ¡ay!, la última vez, amigos, una última vez y basta, por favor, ¡pero no, detén esa mano, golpéala, písala, córtala si es preciso!, y ella esperando sola y desnuda, chicos, desnuda y quizá envuelta en gases transparentes, y con sus cabellos de oro, ¿la veis, la veis, queridos cursillistas? (la ven perfectamente), con su piel sedosa, su boca endiablada, sus puntiagudos pechos, ¡sus pechoooooos!, y sus brazos amantes, ¡ay, noches inolvidables bailando con ella en fiestas y guateques, nadando en su piscina a la luz de la luna, ay, qué maldición y qué muerte del alma nacer rico, ay, mundo occidental y podrido! Porque, y es de justicia decirlo, en el corazón, de este conflicto salvífico está la ternura y el amor de la muchacha, pese a su caída en el mal, porque ella nos quiere, ¿comprendéis?, porque ¡qué fácil sería dejar descolgado el teléfono, oh, qué fácil habría sido todo si ella no le amara, si fuese una vulgar prostituta! Pero es generosa y le ama y le espera siempre, es un noble amor lo que nos une además del sucio deseo, y

allá está ella esperando todavía al teléfono, todavía, contesta ya, pobre desgraciado, no contestes, pecador, contesta, no contestes... Y de pronto, compañeros, el silencio: ha enmudecido el teléfono. Y tina dulce somnolencia invade al sudoroso conferenciante, los nervios se relajan, las manos se abaten y, doblándose hacia delante, se inclina lentamente hasta apoyar la exhausta y atormentada frente sobre la tarima. Hemos vencido.

Durante el paseo, un colorín caído momentáneamente (enseguida sería levantado por sus compañeros) en un peligroso bache racional, sugirió que habría bastado dormir en una habitación sin teléfono para evitarse el tormento. Sí, pero, le respondieron, entonces la cosa no tendría mérito: ¿y la prueba? No habría sido lo mismo. Además, apuntó otro, seguro que había teléfono en todas las habitaciones, una casa de señores... ¡Sin escapatoria! Pero de eso se hablaría luego. En este momento al conferenciante apenas le queda voz: caída la cabeza sobre el pecho, mesándose los cabellos con una lentitud dolorosa, meditabunda, y sujetando firmemente el crucifijo con la otra mano, ronronea su triunfo desde profundísimas zonas desgarradas y machocabrías, poniendo ese ejemplo como único camino de los hombres dé pelo en pecho, y en un postrer arrebató doctrinario brama acerca de órganos genitales que deben siempre distinguir a los cursillistas dondequiera que estén, habla de machos, de puños de hierro y de mirada altanera, de los Señoritos del Alma, de la Juventud Centinela, de la Centinela Legión, de la Legión SANA (precisa: Santa, Austera, Noble, Alegre), de la Sana Brigada, de la Brigada Multicolor y de la Multicolor Guardia para combatir y vencer en situaciones semejantes a la suya (aquí Simón el tractorista se aplica la lección, -pero salvando distancias: un pajar no es un lujoso dormitorio ni su María esta señorita de piel aterciopelada), hasta que ya completamente afónico y congestionado, impotente, arrojando llamas y vapores, sometida la voz a un registro inhabitual, el conferenciante se vence peligrosamente hacia delante como si quisiera clavar el crucifijo en la cara de alguien, tiembla como una hoja, mudo, todos creen que va a darle un ataque. Se yergue: «¡De Colores!», y por fin abate la cabeza del todo, desnucado.

Paseo. Ninguna mano piadosa cierra los ojos de los ahorcados, ninguna voz amiga les pregunta si tienen sed, si les queda voz, deseos de decir algo. Todos se miran como alucinados, pudriéndose al sol. Rodeado por algunos calcinados admiradores, el enviado especial reparte tarjetas: *Fernando Boix Pertencá, estudiante de Teo., Fil. y Let.* Sonriendo tristemente luego se distancia: intento fallido de entablar conversación muy privada con el estudiante ateo, que le rehuye. Así que opta por el murciano, que deambula solo y apartado de todos, rumiando qué extraña relación puede haber entre aquel musical teléfono del señorito y su caso, suponiendo que sea cierto que el enviado especial ha venido también por él. Coge algunos guijarros y empieza a tirarlos contra el horizonte, donde la tarde ya declina. Pronto le oye acercarse. Todavía transpira a causa del esfuerzo realizado, llega pensativo y con las manos en los bolsillos: al revés que los otros profesores, no sonríe ni se anda con rodeos gallináceos. Mira al frente con la tormentosa frente inclinada, ceñudo, como si fuese a embestir:

-Tú también eres de Barcelona, ¿no? -dice a modo de saludo.

-Sí. -Se inclina él a coger más piedras-. A ver quién la tira más lejos.

El universitario colorín deja pasear la mirada a lo lejos, luego se inclina perezosamente, se incorpora con una piedra (muy plana, afilada) y le mira receloso. Tras ellos, a veinte metros, los colorines observan de reojo, paseando como enjaulados.

-Tu barcelonada ha sido la mejor -dice el cursillista murciano-. De veras. Tira tú primero... Esta chica, tu novia, debía de ser una real hembra.

-No era mi novia.

-No era tu novia.

-Asunto de cama. Ya me entiendes.

-Ya te entiendo. Tira.

El otro permanece un buen rato en silencio. Luego lanza la piedra, con la izquierda, muy lejos a pesar de hacerlo sin sacar la otra mano del bolsillo.

-¿Eres zurdo?

-Sí.

-Muy bueno, lo del teléfono -añade él-. Muy bueno.

-Puede pasarle a cualquiera. Siendo joven y guapo, así como tú...

-No. A mí no.

-¿Por qué no?

Lanza la piedra el murciano, con la derecha, lejos también, pero no puede saberse cuál de los dos ha llegado más lejos.

-Porque yo no tengo teléfono.

Ahora, el enviado especial se mira los zapatos largo rato, en silencio, cual un estupefacto enviado especial cuyas instrucciones no concuerdan con la naturaleza del caso a investigar. Y mientras, rumiando la respuesta, se

inclina a coger otra piedra, el murciano se aleja.

Al cruzarse con los colorines, éstos le dirigen sonrisas dolorosamente complejas: un compuesto del deseo de recuperarle para excusar su propia debilidad, y del reflejo automático de aquella blanda fraternidad que en veinticuatro horas ha degradado sus rostros.

Y llega la hora de la clausura. Detrás de las nubes, el sol se descompone en rojos y moradas. Las maletas a punto y listos para la partida, los colorines intercambian direcciones y promesas de reencuentros. En un frutero sobre la mesa del comedor hay diversos objetos personales (bolígrafos, pañuelos, cadenas) perdidos por los cursillistas y encontrados por las monjas al hacer limpieza, y que ahora ellos van recuperando. Él no echa en falta nada, pero se acerca también al frutero, ya con la bolsa colgada al hombro, atraído por un brillo nostálgico: el lápiz de labios. Un bonito objeto para regalo. Lo coge y se lo guarda en el bolsillo. Verdosos, lánguidos y vencidos como algas, los colorines van entrando en la amplia sala de la clausura, una ceremonia tradicionalmente emotiva. Mientras permanecen sentados cada uno con su maleta, como en una platea, frente a la mesa ocupada por la presidencia, abajo llegan coches y motocicletas, se oye ruido de puertas y voces femeninas, son amigos, parientes, simpatizantes y curiosos que, amablemente invitados a pasar, se quedan en la sala detrás de los cursillistas, de pie, con sus ropas de domingo, sus fachas precipitadamente pías y con extraños tics nerviosos en las rodillas: una asustadiza tendencia a la rápida genuflexión, como si viesan sagrarios por todas partes. Algunas mujeres, parientas de colorines de Vich, se quedan muy al fondo, en la penumbra, cogidas del brazo y con destellantes labios pintados, mantilla y medias negras, y entre ellas la señorita Roura.

Discursos de la presidencia y últimos consejos y recomendaciones a cargo del rector del curso antes de despedirse de todos, antes de lanzarlos nuevamente a la peligrosa e impetuosa corriente de la vida, a los terribles días grises que les esperan en casa, en el trabajo, en el quehacer cotidiano. Todos han llegado a buen puerto menos dos: «Cuarenta y tres cursillistas -dice mosén Albiol- han confesado y comulgado. Nosotros esperábamos esta vez el total, pero Dios no lo ha querido así. Me decía el profesor Guillot antes de venir aquí, confiado y alegre, que esta vez haríamos el completo. No ha sido así, y esto nos enseñará a ser más humildes para otra vez. También nosotros recibimos lecciones en Colores.» Luego el mosén cede la palabra a otros miembros de la presidencia: «En calidad de ex cursillista, sólo quiero decir: ¡Adelante, machotes!», brama el profesor Rosell en nombre de sus colegas, visiblemente emocionado. Finalmente se pide una opinión en público, sincera pero breve, a cada uno de los colorines: qué les ha parecido esto, cómo se sienten ahora, si tienen alguna queja, qué creen que podría mejorarse, con franqueza, democráticamente. Y uno tras otro se levantan pesadamente los colorines, ojerosos, demacrados, exhaustos y amaratados, aún con la soga al cuello y las manos cruzadas sobre el sexo, espantosamente rígidos, acartonados y simétricos, listos para el ataúd. Felices tartajan gracias por aquella muerte tan dulce, ha estado todo muy bien, apenas han notado nada, ninguna extorsión, el veredicto del Alto Organismo Salvífico ha sido justo, la condena merecida, la ejecución necesaria. La tendencia ya enfermiza al enterneamiento en todos ellos, al esponjamiento cordial y a la llantina, flojo el lagrimal, deja sin voz a muchos, que sólo consiguen musitar, con los ojos en el suelo y en un tono de mansedumbre tristísimo, miserable: «Mosén, mosén...», mientras que otros lanzan gritos histéricos: «¡De Colores!», y otros, en fin, no pueden absolutamente hablar, se ahogan, la soga aprieta demasiado. Se producen nuevamente escenas patéticas: el viejo y atildado comerciante llora feliz en su desconsuelo afirmando que ahora es más bueno y que perdona a sus hijos, que, como todos saben, le tienen olvidado y aborrecido a pesar de los sacrificios que ha hecho por ellos... Con una leve señal mosén Albiol invita a que se levante a declarar el siguiente, y el viejo, desorientado una vez más, pero apretando fervorosamente la *Guía del Peregrino* con sus manos, se abate gimoteando en su silla. El más vehemente, retórico, halagador, feriante y pelotilla resulta ser el viajante sospechoso de gancho, que primero da las gracias a la presidencia y luego, enterizo, incólume (no parece haber pasado por el patíbulo) se vuelve descaradamente hacia los visitantes, de cara a la galería, para bramar llorando de emoción: «¡Venid, acercaos todos, venid a Colores, acudid, buena gente, señoras y señores! ¡Aquí está la vida!», añadiendo que es feliz, que es otro hombre, pero que, ¡ay!, ha fracasado en algo, precisamente en lo que más ha puesto el alma: noches enteras ha hecho *palanca* en la capilla por el bien de dos compañeros, pero ha sido en vano, ellos no han querido confesar, y ahora comprende por qué: ¡por su culpa, porque un servidor no es todavía bastante bueno! ¡De Colores, ra-ra-ra! Muy aplaudido. Le toca ahora al estudiante ateo y se levanta fatigosamente, evidentemente cargado de barcelonadas, pero sólo dice: «Paso», y vuelve a sentarse. Pero el silencio más espectacular se hace al levantarse el murciano, todos los ojos están puestos en él, en sus gafas negras que utiliza como una herramienta ahora ya ennoblecida por el trabajo, y cuya voz muchos todavía no conocen, el cigarrillo en los labios levemente irónicos, el humo enroscándose en su cabeza sin desnucarse, un extraño ahorcado. Con gran sorpresa le ven volverse hacia el grupo de recién llegados al fondo de la sala y decir: «Quién de ustedes es el señor Glaría?» con una voz intempestivamente normal, de ciudadano no celeste, sino terrestre. Un silencio y: «Yo, servidor...» una voz tímida, y asoma entre los visitantes

una calva y unos ojos de búho insomne, «servidor, servidor». Y él: «Tengo que hablarle de parte de la señorita Claramunt, no se me vaya», y se sienta.

El acto se cierra con una oración, todos de rodillas, visitantes incluidos, y luego suenan algunos tímidos aplausos, pronto en retirada, de colorines que ya no están en este mundo, y llega el griterío con el excitado intercambio de pareceres y las despedidas en medio de una apoteósica confusión de cuerpos, abrazos, empujones, los familiares y amigos saltan sobre el montón de colorines, palmean espaldas dobladas, nuca tontarronas, nalgas insensibles, y de pronto hay abrazos y besos de hermana y de novia que traen un perfume, un irresistible perfume a vida que inunda de sangre caliente las rígidas piernas de los colorines, que provoca derrames interiores que estremecen la piel y renace un temblor de ingles y una calidez de bajoventre, una dulzura de roces y frotamientos en el apretujado montón de movedizas espaldas, nalgas, hombros, cabellos, manos que estrujan manos, brazos que rodean cinturas y se demoran en ellas y arrimos tan complicados y persistentes que sugieren algo más que un aparente deseo de mantener el equilibrio en medio del general desbarajuste, todo lo cual demuestra que están vivos, ¡vivos, parece mentira, aquí, estoy aquí, Carmen, Luisa, Isabel, aquí! Indiferente a este subrepticio magreo que se ha desatado y serpentea en la aglomeración como un mareante olor a nardos, a cementerio, él busca a la señorita Roura y al señor Glaría, que se le aparece de pronto con una sonrisa y la mano tendida: «Sí, la Montse me habló de ti -le dice-, pero aún no puedo asegurarte nada, hijo, todavía no he resuelto lo del local. Hay trabajo, pero ya le he dicho a la Montse que habrá que esperar un poco...» Habla a gritos para hacerse oír en medio del tumulto, y de pronto una avalancha lo arrastra y se lo lleva, lo engulle con su calva y su indecisión y él sólo tiene tiempo de salvar a la señorita Roura cogiéndola del brazo. La arrincona en la pared preguntando a qué hora sale el primer tren para Barcelona. Ella no sabe, pero preguntará. Parece decepcionada con él, ¿por qué no se ha confesado como los demás? ¿Por qué tenía que dar la mala nota precisamente él, recomendado por Montserrat, una chica tan buena? «Salgamos de aquí», dice él subiéndose la cremallera de la cazadora, estrujado por los colorines y sus familiares y por la misma señorita Roura. Pero aún le queda el último trago de la pócima: la señorita Roura le hace saber que todo el mundo ha estado pendiente de él durante estos tres días, gente que ni siquiera le conoce, que vive lejos de aquí y que han hecho palanca por él y por el estudiante ateo: un ex cursillista de Igualada ha estado veinticuatro horas sin comer, otro de Vich ha permanecido arrodillado sobre garbanzos (sin cocer) toda una noche, otro ha prometido dejar de fumar durante un año, etc. Solidaridad, sacrificio. ¿No le conmueve? No. A él sólo le conmueve -aunque la señorita Roura no acierta a comprender por qué- la tierna noticia de esa muchacha ex cursillista, en un pueblo cercano, que había prometido que si él se confesaba y comulgaba dejaría de pintarse los labios para toda la vida.

En el autocar, de regreso a Vich, flanqueado por mosén Albiol y la señorita operaria parroquial, que no le quita ojo (con algo en sus posturas rígidas, en sus actitudes vigilantes y en su silencio que le hace pensar que esperan verle pedir la confesión en cualquier momento, ¡sí, no se dan por vencidos, evidentemente están a su lado para eso, atentos a la vomitona!), decide descabezar un sueño y al meter la mano en el bolsillo sus dedos tropiezan con el pintalabios. Y piensa en Montse, sonriendo ante su idea de enviarle aquí para que, al menos, pudiera comer. Buena chica.

No lamenta volver sin haber solucionado nada respecto al empleo: lo único que ahora lamenta es haberse olvidado de decirle adiós al bueno de Simón.

La ceremonia de la confusión

Capítulo 20

Nada, fue inútil, Nuria no me creyó. Sobre todo no quiso creer que yo lo recordara sólo porque sí, por divertirme, por ejercitarnos en la simple evocación y en la nostalgia. Sin ansias moralizantes ni acusatorias, sin rencor. Me llamó payaso y exagerado. Entonces tuve que advertirle que las fuerzas vivas del país eran tan grotescas, tan pródigas en figurones, pendonistas y esperpentos, que cualquier payasada mía se quedaba corta, pálida y ñoña.

Y además recuerdo, añadí, un domingo que le encontramos casualmente en un aplec de sardanas en el parque Güell, con Montse, poco después de su regreso de Vich. Te reíste mucho cuando tu hermana se empeñó en enseñarle a bailar sardanas, tienes que admitir que ese día el chico te pareció un encanto. Carezco del sexto sentido que tenéis los Claramunt para olfatear el peligro, pero la verdad es que ese día tampoco tú imaginabas que él tramara algo. Realmente creo que lo único que él esperaba era trabajo y cierta consideración, que sólo por eso se arrimaba a Montse. Eso sí, un buen trabajo, vaya, un enchufe.

-¡Qué ingenuo eres! -exclamó Nuria succionando ávidamente la última ostra-. Vio que podía sacar mucho más de la situación y no la desaprovechó. No desaprovechó nada, ni siquiera a mí...

-Eso fue después. Vamos por partes.

A ti siempre te fue simpático, no necesitas jurarlo.

Me serví más vino blanco e insistí:

-Ni tú misma podías pensar que todo acabaría mal.

-Sólo le vi tres o cuatro veces -se defendió ella-, y nunca me gustó su modo de tratar a Montse. Tan atento, tan gentil. Si llegué a mostrar cierta simpatía hacia él, sería un reflejo de lo que sentía por ti: anulaste mi razón, estaba dispuesta a amar lo que tú amabas y a odiar lo que tú odiabas. Entonces no acerté a juzgarle con la debida objetividad, y bien que lo hemos pagado después... A mi hermana daba pena verla los últimos días.

-Probablemente -le dije-, si ella no hubiese encontrado tanta resistencia en la familia, y por algo que, a fin de cuentas, no se apartaba de su misión de apostolado, si le hubiesen concedido lo que pedía para su protegido: trabajo y un margen de confianza, la historia habría terminado sin más complicaciones. Se habrían separado, y listo.

-Lo dicho. Siempre serás un, ingenuo.

Veamos: radiante domingo de sol en el parque Güell, los círculos brincando al unísono, estrictamente tu mano en mi mano, arriba los brazos y los corazones. Rosas, sudor, helados, alpargatas blancas y polvo, mira y aprende, un murciano pidiendo que le enseñen a bailar sardanas, dónde se ha visto mejor disposición. Tú nunca aprenderás, prima. Él muestra interés, por lo menos: sonriente, confiado, erguido de puntillas y con los brazos en alto como un joven banderillero, ofrece una mano a cada hermana. Pero la presión que ejerce en la mano de Montse es ligeramente más fuerte, y ella responde con otro tanto. Nunca comprendisteis, ni siquiera él mismo comprendió, que Montse estaba empeñada en responder con algo más que el estricto cumplimiento de .sus normas de apostolado: si es cierto, como le habían enseñado, que una persona de fe es una persona libre antes que cualquier otra cosa, y que la verdad evangélica nunca es oportuna o inoportuna (como ahora os están haciendo creer), sino simple y llanamente verdad, la reacción familiar y parroquial ante su decidido empeño en proteger y ayudar al ex presidiario era para ella la prueba que debía decidir, entre otras cuestiones de tipo sentimental e inmediato, si la educación recibida obedecía a firmes convicciones morales y religiosas o si, por el contrario, todo ; ra una comedia que veía representar en su casa desde niña.

-Eso era. Una niña —dijo Nuria—. No se daba cuenta de nada.

-Lo dudo.

-¿Tornarás los fresones con vino?

-Tomaré el vino sin fresones.

Y también le recordé aquella tarde, poco después de mi primer encuentro con el muchacho, aquella tarde que Montse vino al almacén para preguntarme si hacía falta algún empleado, allí o en cualquier otra sección. Le prometí ocuparme de ello, y Montse me dijo que por qué no pasaba un día por la pensión Gloria, que me avisaría y podíamos ir juntos. Pero la visita no tuvo lugar hasta dos semanas después, cuando ya tío Luis había decidido tomar cartas en el asunto y me pidió, como primera medida, que averiguara dónde vivía el tipo y que fuera a verle para tantear el terreno, saber hasta dónde era capaz de llegar, en fin, sus manejos e intenciones con respecto a Morirse: «Dile que la deje tranquila y tengamos la fiesta en paz, y que de trabajar con nosotros, nada, faltaría más, que se necesitan vendedores especializados, a ver qué se cree que es esto. Procura averiguar si la cosa con ella va en serio», terminó con semblante sombrío. Delegado así por tío Luis, con una misión importante como aquella, en la que se ventilaba la reputación de los Claramunt, llegué a sentirme por vez primera como de la familia, defendiendo mis propios intereses y hasta mi porvenir. Qué vergüenza.

Nuria se echó a reír:

-De milagro no pronunciaste un discurso -dijo-. Estabas emocionado. Aún te veo: mamá había despachado con sus amigas en el jardín y luego nos reunimos con ellas para tomar un refresco. Papá te miraba esperanzado, estuvo a punto de abrazarte...

Arrodíllate, hijo (de puta): mi bendición y mis oraciones irán contigo. Te armo caballero. También estaba presente aquella joven y hermosa señora Buxó que solía aparecer en las portadas de *La Vanguardia* con motivo de las procesiones de Semana Santa, cirio en mano, con mantilla y cachondísimamente, ajamonadísimamente vestida de negro. Memorable la despedida aquella, con tía Isabel y sus Damas Azules contemplando arboladas mi flamante y arrogante uniforme de Cruzado (aumento de sueldo: traje nuevo, gris perla) y en cuya compañía bebí una copita de estomacal antes de partir hacia lejanas tierras de herejes. ¡Qué insospechada capacidad de hipocresía la mía! Me sentía como un vómito. Pero en algún momento llegué a creermelo de que iba a enfrentarme con el mismísimo Satanás: tío Luis, usted me honra con esta prueba de confianza. No le defraudaré. Bondadosas señoras, damas adoratrices y cofrades, uniones pías, querida tía, permitan que vacíe esta copita de dulces «Aromas de Montserrat» y que ahogue en sus virtudes estomacales y cordiales mi origen infamante y mi tenebroso cerebro -prisionero entre dos hermosos muslos de oro, los de la prima Nuria, aquí presente- y todo lo que bulle en él, esto es: que en su manía por no reconocer que los buenos dividendos no siempre van forzosamente ligados a las buenas relaciones (¿no os lo demostró ya la loca de Conchi al fugarse con el guapo cordobés?) consiste la nota desafinada del orfeónico veredicto claramuntiano que hoy he oído aquí. Pero en vez de eso, me gustaría, abusando de la confianza que se me dispensa, pronunciar un hermoso discurso que levantara los corazones, algo a tono con esta peligrosa época que vivimos todos, nosotros los Claramunt (permitan que me incluya, me embarga la emoción), aquí arropados en esta torre, como ustedes, señoras, en sus respectivas diócesis, archidiócesis y mesas petitorias. ¡Ah, tiempos difíciles nos aguardan, damas cofrades! ¡El fango de ideas modernas ha enturbiado las mansas y límpidas aguas de la caridad social! ¿Cómo seguir trabajando en ellas sin remover esta sucia materia que nos confunde y nos contagia, que invalida a los ojos del mundo la bondad de nuestras intenciones? ¿Y por qué esto es hoy así, beneméritas señoras, qué ha sucedido, por qué no sigue todo como ayer? ¿Qué se hizo de aquellos claros preceptos que acatábamos, qué fue de aquellas palabras escritas con mayúsculas altas y majestuosas como catedrales, que irradiaban luz, que nos guiaban y protegían, que nos conformaban? Socavadas por la acción del tiempo y de los hombres, se desmoronaron con estrépito de torres. Por lo menos sirvieron para algo, con ellas llevábamos consuelo y resignación al necesitado. Pero ahora... Corren tantos ríos de protesta y de odio por el mundo, vemos nacer y morir tantos días violentos y desesperados, oímos tan contradictorias voces clamando amor y violencia a la vez, consignas tan raras, tan confusas. Verdaderamente es digno y justo compadecer y auxiliar al prójimo. ¡Pero atrevida es la mano de este presidiario, atrevida en verdad, y aplicada, perseverante, turbadoramente suave! Mi prima no sólo ha entendido mal los principios de la caridad cristiana, no sólo ha demostrado no tener el menor sentido de las distancias, dejando que le vuelquen la sopa boba en la falda y andando a trompicones por el mundo, sino que además su comportamiento revela ya, en el punto en que han llegado las cosas, una oscura contradicción ético-mercantil, la falta de una elemental medida de prudencia y un desprecio incomprensible para la propiedad privada, que, por cierto, como ya es sabido, obedece no a caprichosas leyes económicas dictadas por la ciega maquinaria liberal, sino a sabios e insondables designios divinos, y por lo tanto, no susceptibles de cambio. ¿Qué pretende El Que Debe Ser Regenerado? ¿Aprovecharse de esta encrucijada ideológica en que se debaten hoy las jóvenes e inexpertas organizaciones jocistas? ¿Adónde iremos a parar, pías? ¿Volverá a asomar la rizada cabeza de un cordobés seductor, de algún Alférez, Definitivo (aquél era Provisional), en la grieta que la pérdida de Conchi abrió un día en la fortaleza familiar? Porque, como dice tía Isabel, y dice muy bien, al seleccionar sus casos: todos los menesterosos son pobres, pero no todos los pobres son menesterosos. Atentas damas cofrades, no sólo estoy dispuesto a cumplir el encargo de vigilar al presidiario y anular su influ-

encia, sino que me atrevo a decir que el incalificable comportamiento de la prima Montse obedece ya tal vez a húmedos resortes de cálida entrepierna: en efecto, el desequilibrio entre dividendos y relaciones sociales que antes he apuntado revela también posiblemente la existencia de bajas pasiones. Demasiado celo, demasiado empeño en asistir a su protegido hasta el fin y con atribuciones que superan ya francamente, inquietantemente, las que podría conceder cualquier congregación mariana de las más avanzadas en ideas, cualquier Mariápolis calasancia, ciudad espiritual dentro de la ciudad terrena; porque cómo suele decir tía Isabel: cada domingo es fiesta, pero no cada fiesta es domingo; esto es, sepamos distinguir el mal del mundo de la maldad humana. Son cuestiones que dan bastante que pensar, señoras; vivimos tiempos de confusión y cada día es más complicado y arriesgado trabajar en el revuelto mar de la beneficencia. Me asalta una duda terrible, adoratrices: ¿No será que las condiciones morales de «cristiandad» que la niña aprendió en el colegio, en el hogar y en la parroquia, no corresponden exactamente a las condiciones de comportamiento del país y a las exigencias de la propia vida? Porque ni siquiera planteando el problema desde la generosa posición filantrópico-diocesana que distingue tradicionalmente a nuestra familia puede explicarse el extraño comportamiento de Morirse. Y porque el apadrinado de ojos negros insondables, el aterciopelado delincuente agazapado en la sombra en espera de no sabemos qué, empeñado en no dar la cara ni tender la mano petitoria, como haría cualquiera en su lugar, ¿es un pobre menesteroso y desorientado o un aprovechado en potencia? El Maligno y su moderno escuderaje harán lo imposible por confundirnos. Bien dicen nuestros rotativos, previniéndonos del peligro: A veces, bajo las blancas y puras lanas del cordero, late el corazón inmisericorde del estepario lobo ruso. Pero satisfaré vuestro deseo; por encargo de la afligida familia me acercaré a la fiera, observaré sus costumbres y sus movimientos en torno a la niña, estudiaré su naturaleza demoníaca y averiguaré sus intenciones, no sin antes, por supuesto, recibir vuestra bendición y preguntaros algo que siempre me ha obsesionado: *Vere dignum et justum est?*

Pero ya en las olorosas proximidades del Borne empecé a sospechar que sería una gestión inútil, seguro, yo no era el más indicado para informar a la familia sobre tan delicada situación (Vilella se habría desenvuelto mucho mejor, como se demostraría más tarde), y mañana o pasado, en la sucia hora de las confidencias con tío Luis en la oficina o con tía Isabel en el jardín, quedaría como un calzonazos de comarcas que no entendía nada de relaciones entre hombre y mujer, o en el peor de los casos como un cómplice de los adúlteros, indigno por lo tanto de la confianza que la familia (y la empresa) había depositado en mí. Seguro que ocurriría así, rumiaba, cuando me paré un instante bajo el farol de la esquina para orientarme, simplemente sería incapaz de ofrecer un informe coherente sobre el asunto, quizá porque en el fondo también yo, como Montse, carecía del menor sentido de las distancias y andaba a trompicones con la vida. Lo que más inquietaba a la familia, sobre todo a tía Isabel, era el grado de intimidad que ya suponían entre Montse y el presidiario al amparo de un cuartucho de pensión, aunque a estas alturas de la insensata historia, cuando ya la pureza de mi prima era un enigma para todos y se hacían toda clase de conjeturas, seguramente se habrían dado por satisfechos si la cosa hubiese terminado incluso en lo que ellos llamaban *lo peor* (pero que acabara de una vez, lo que no podían soportar era que no acabara), una sucia aventura juvenil con el consiguiente desengaño para ella, luego adiós, sinvergüenza, te olvidaré, el tiempo lo cura todo, ya se sabe: el mundo está lleno de canallas. Sin duda a eso se había referido tío Luis al delegarme con la consigna: averigua hasta dónde han llegado. En consecuencia, si lo que esperaban de mí era que les tomara la temperatura, para satisfacerles me vería obligado a contar aquello que no tenía sentido directo (sólo lo tenía en el lenguaje de los Claramunt), es decir, una historia escuetamente moral rebajada a nivel de feligresía. Porque la diferencia insalvable era precisamente una cuestión de niveles que nada tenía que ver con lo razonable o lo conveniente, era algo inaprehensible que siempre se quedaría a mitad de camino entre la imagen que ellos se hacían de la situación y lo que realmente estaba ocurriendo...

Giré bruscamente sobre los talones, bajo la luz amarillenta del farol; Montse acababa de gritar mi nombre en la familiar y misericordiosa equivalencia (¡Francesc!) y ahora la veía cruzar el callejón corriendo hacia mí, sonriente. Tras ella, el difuso resplandor rojo coral en el vaho de los cristales de la taberna, como rescoldos encendidos en un profundo horno, podía ciertamente pasar por el del infierno. Pero él, que había salido de allí un poco antes y La precedía unos metros, acababa de cruzar frente a mí corno una sombra y apenas me fijé, porque no conseguía relacionar (era la segunda vez que me ocurría) su juventud con mi prima. Pero al oír que Montse me llamaba, también él se volvió y entonces surgió de improviso a mi derecha, por la espalda. Iba con las manos en los bolsillos, lento y silencioso, algo encogido de hombros y con aquella sonrisa como un cuchillo entre los dientes. Por su cabeza artificiosamente ladeada, solícita, pero distante, por aquel silencio inhóspito que fluía de toda su persona, hacía pensar en uno de esos tensos, graves muchachos con cualidades de favorito (tengo ocasión de tratar alguno en mi trabajo) que ya en los inicios de su carrera sospechan de algún modo el poder corrosivo de los sueños. Ahora que mi curiosidad le unía definitivamente a las penas y trabajos que Montse se tornaba por él, podía al fin calibrar de cerca el poder de su atractivo, aquel sordo clamor por antiguos tributos insatisfechos

que parecía emanar de sus facciones duras, una oscura memoria de iniquidades y olvidos que no se conformaba con el reconocimiento sino que exigía reparación, y cuya expresión física (aquellos ojos, aquella frente y aquel pelo que había de estremecer la misma entraña de los Claramunt) debía de ser lo que por entonces aún inspiraba en mi prima una mezcla de sentimientos equívocos.

Estrechó mi mano aplicadamente, con rebuscada gentileza pero sin calor; seductora manera de estrechar la mano que esconde el puñal. Sabemos lo que te trae por aquí, perro asalariado, parecían decir sus ojos, mientras murmuraba: «Mucho gusto» con su voz cálida, adecuada en el tono de la inmigración y el desarraigo. Excesivamente jovial exclamé: «Hombre, ya tenía ganas de volver a verte; eres el hombre del día», comprobando asombrado lo joven que era. Hice una tartajeante alusión a nuestro primer encuentro en el parque de la Ciudadela y a las curiosas circunstancias que me impidieron reconocerle, y él amplió su fría sonrisa. Yo notaba muy cerca y muy fijos los ojos de Montse: tal vez ella también sospechaba mi secreta condición de observador enviado por la familia. Le dije a Montse:

-Te he esperado media hora en la plaza Palacio, tal como habíamos quedado...

-Perdona, ahora mismo acabo de llegar. ¿Has pasado por casa?

-No... Hoy ha sido un día fatal de trabajo; a las ocho aún estaba en el almacén.

-Para mí ya es un poco tarde, ¿sabes?

Propuse tornar una cerveza en alguna terraza del paseo de Colón, pero ella prefirió que fuésemos directamente a la pensión. Me pareció que tenía interés en mostrarme inmediatamente «el grado de intimidad» que existía entre ella y su protegido. Éste caminaba al otro lado de Montse, algo retrasado, cabizbajo, con la mansedumbre de un perro. Les expliqué que venía de la pensión y que la dueña me había dicho que tal vez les encontraría en esa tabernita frente a la cual pasábamos ahora, por lo que (esforzándome inútilmente por imaginar a mi prima ahí dentro) les pregunté si solían venir aquí a pasar el rato, si éste era su bar: «Yo vengo a veces, ella nunca», fue la escueta respuesta del murciano. «¿A cenar?», pregunté, y contestó Montse: «No. Él prefiere comer cualquier tontería en su cuarto. Apenas cena». El chico asintió en silencio. Desfilaba tras su perfil una pared desconchada y mugrienta, oscuros portales y angostas agencias de transporte, eran calles estrechas con tabernas de vidrieras pintarrajeadas con letreros tras los que se apretaba una luz humilde y blanda como algodón, caras borrosas, reflejos y sombras como larvas, todo difícilmente relacionable con mi prima; era la primera vez que la veía en un barrio como éste y vanamente me esforzaba por hallar alguna afinidad entre ella y el ambiente, un equilibrio de fuerzas siquiera en el orden de los afectos: absurdo, nada en estas negras calles empedradas tenía que ver con la señorita Claramunt excepto, quizá, quién lo hubiera dicho, este hermoso ejemplar de rufián domesticado y evangelizado que la seguía como un niño rumiando el último castigo materno. Fue corto el trayecto; callejones mal alumbrados y plaza del Mercado, donde a esta hora los camiones empezaban a descargar cajas de fruta y verduras en medio de luces oscilantes, carretillas metálicas, motores gimiendo y órdenes a grito pelado. Luego el letrero verde que decía «Pensión Gloria», sujeto a los hierros del balcón, y debajo el amplio zaguán que olía a moho y donde las palabras resonaban desagradablemente, se volvían contra uno: me había enredado en una confusa explicación sobre el trabajo en el almacén, supuse que a él le interesaría. La oscura escalera con ventanas sobre el patio negro, la puerta que seguía abierta, la salita desierta con dos sobadas butacas que soltaban espuma por todos lados. Esta vez no apareció la patrona.

Es una habitación anodina y limpia, que en no pocos detalles revela la mano de mi prima: claveles en la mesilla de noche, calcetines y pañuelos recién lavados y colgados en un cordel que va del armario a la pared, una radio transistor que reconozco como suya. Montse me alcanza una silla mientras le alargo el paquete de Rumbo a Manuel, que se sienta al fresco de la noche en el balcón, en una silla pequeña. Manchan de humedad, las vigas remedando la caoba, olor a plumas y alpiste y a migajas de pan mojado. Montse opina que sobran esas dos jaulas con canarios de la patrona: «Tiene pájaros en todas las habitaciones y se ocupa de ellos personalmente», lo que, evidentemente, le permite entrar e intimar con los pensionistas cuando quiere: eso es lo que molesta a Montse. Llevo en el bolsillo una petaca de coñac, pero no quiero sacarla hasta ver en qué para todo eso, y además Montse ya ha decidido preparar nescafé y está en pleno tráfigo doméstico yendo y viniendo de la alacena a la mesita, moviéndose como si estuviera en su casa (más aún: la precisión y soltura de sus movimientos revelan un deseo de compensación, obedecen a un impulso hogareño que en cierto modo la redime de un vergonzoso pasado de inactividad) con las tazas y las cucharillas y el azúcar, éste en un desfondado cucurucho de papel.

-¡Vaya! Otra vez se me olvidó traer la azucarera -murmura alegremente sumida en su quehacer. El hornillo eléctrico está estropeado y para calentar agua hay que recurrir a la amabilidad (muy inestable, al parecer) de la patrona, o en su defecto abordar directamente la cocina, donde reina una abuela. avara y despótica: incursiones llenas de dificultades, pero que en cualquier caso para Montse ya no ofrecen secretos. Así que ahora ha salido a calentar agua y yo quedo hablando de nuestra incómoda vida de pensionistas mientras él, en la penumbra del

balcón y encogido en la silla, sigue mis palabras y mis gestos con una atención distraída, como un gato que diera la impresión de no estar viendo lo que mira. De pronto me corta con un gesto para decir:

-¿Quieres que hablemos de cilla?

Le miro sorprendido; no esperaba que enfocara el asunto tan directamente.

-No creerás que he venido por eso...

-Es justo que ellos quieran saber, están en su derecho, son sus padres.

Me sonrío:

-Pero yo no. -Excusa incongruente, y otra—: Llevo poco tiempo en Barcelona. Además, Montse es mayor de edad, ella sabrá lo que hace...

—¿Qué piensan de nosotros, qué dicen?

-No creí que te importara mucho, francamente.

-La chica lo está pasando muy mal, y no hay derecho. No está haciendo nada malo.

-Claro. Pero no se trata de eso. Verás... —Paso y repaso la lengua por los labios, la mano derecha se me va mecánicamente hacia el bolsillo donde guardo el frasco de coñac-. Verás, tiene a todo el mundo muy preocupado porque ella nunca había llegado tan lejos en su... manera de ser y de obrar, no sé cómo decirlo. Creen que puede haber otros motivos. Además, siempre están temiendo que la engañen, la tienen por medio tonta, ¿sabes? Pero eso no se lo digas a ella.

Me mira fijamente, sin un parpadeo.

-¿Crees que no se da cuenta?

-Sí -le digo-, es muy sensible, se da cuenta de todo. Pero de eso, de lo que ellos se figuran que está pasando entre vosotros, ya me entiendes, de eso quizá no se da cuenta. En este sentido es una injenua.

-Ya. -Inclina la cabeza lentamente, y cuando la levanta de nuevo sus ojos buscan los míos con avidez y su voz tiene un indescriptible tono confidencial y amistoso. Quisiera irse de aquí, dice, teme que un día de éstos la patrona y Montse tengan una fuerte agarrada y se tiren de los pelos, no se pueden ver, hay una cuestión de dinero por medio, él debe dos meses de pensión y esto se está poniendo muy mal y lo mejor sería largarse, irse a vivir a otra parte y dejar que Montse volviera a hacer su vida normal, pero no tiene un céntimo... Montse es muy decidida y muy generosa, pero de eso que dicen (sonríe, mirándose las uñas) nada, chico, de eso nada, ella es muy buena, se puede leer en sus ojos, ni un mal pensamiento.

-Comprendo -le digo-. Parece que has pensado mucho en todo eso.

-De veras que la pobre lo está pasando muy mal. Y son ganas de jorobar.

-¡Fe habla a menudo de la familia y las broncas que tiene?

-No le gusta. Pero yo se lo noto apenas la veo entrar por esa puerta; hay días que tal parece que ya la hayan echado de su casa. Esto puede acabar malamente.

Habla muy bajito, mirándome fijamente. Corno quien no quiere la cosa me permito expresarle lo mucho que Morase debe de significar para él, en estos difíciles momentos. Mira, me dice, ella es aquella chavala tímida que un día fue a la cárcel a interesarse por él, sin conocerle, pero a interesarse de verdad, no como otras beatas que te envían vidas de santos y cosas así; no, porque ella ha llegado a enfrentarse con sus superiores y sus padres por culpa suya, y sin embargo no le dejó a su suerte al salir de la cárcel, sigue ayudándole a pagar la pensión y otros gastos, y vigila que no le metan en líos la viuda y sus amigos, y tantos otros favores, amigo, éstas son cosas que no se olvidan en la vida. Siente por ella un gran aprecio, sí.

Creo que éste es el momento de sacar el coñac, me digo, uniendo la acción al pensamiento. La petaca nique-lada despierta un calor risueño en sus ojos y acepta complacido el primer trago. Ahora se oye una histérica voz de mujer en el pasillo y una radio sonando fuerte en la habitación contigua, roncadas voces de hombres, una cama que cruje. «Ya empezamos», dice Manuel. Revolotean los canarios en sus jaulas, la bombilla del techo oscila y parece aumentar el calor. Manuel me devuelve la petaca, cabecea, repite que está preocupado, que daría cualquier cosa por saber qué piensan exactamente de él en casa de Montse, muchas veces se lo ha preguntado.

-Si de mí dependiera-murmura con su voz apagada, las manos extendidas, mirándose las uñas-, si yo pudiera hacer algo... ¿Tú qué opinas?

-Qué quieres que te diga. -Después del segundo trago me siento mucho mejor-. Seguro que en cuanto consigas un empleo y tu vida esté encarrilada, sin estos agobios de dinero de ahora, y en otro ambiente, todo volverá a ser como antes... Tú y Morirse quedaréis como buenos amigos, y sanseacabó.

-Claro.

-Pero tía Isabel no lo cree así. Mejor dicho, no está convencida... En fin, veré qué puedo hacer.

-Explícale a su madre que yo me siento obligado con Montse... -Me lanza una mirada rápida, apenas un parpadeo-. Y dile que ella sufre mucho con todo lo que está pasando. Me dice que está perdiendo amigas, que

murmuran de ella y la miran raro, que a veces se siente muy sola... Oye, ¿y su hermana qué dice?

-¿Nuria? Ojalá todos fuesen como ella, no habría problema. El caso es que Montse... ¿Tú sabes la vida que llevaba antes de conocerte?

-Lo imagino.

-De casa a la parroquia y de la parroquia a casa. No ha salido del parvulario y la catequesis, créeme.

-No tanto. Conoce la vida, ha visto más miseria y más injusticia que su señora madre, con perdón, no verá en toda su vida. Pasa más tiempo en los suburbios y en las barracas que en su casa.

-Es posible, pero de todos modos la vida no es sólo eso, y tú lo sabes... En fin, quiero decir que si uno quisiera, podría hacerle mucho daño a mi prima.

-Se lo están haciendo ya, ano crees? -concluye la afilada pregunta con cierta precipitación y en voz aún más baja, porque ya Montse aparece abriendo la puerta, en la mano el bote con agua caliente, los ojos bajos, un sofoco en las mejillas, pero sonriente. Cierra la puerta con el pie. «Creo que has venido en mal día», me dice, cuando ya en el pasillo se oye a la patrona chillando a alguien, puertas golpeando y ruido de muebles, mientras en el cuarto contiguo sube el tono de la radio y de las risotadas mezcladas con toses hondas, tabacosas, que se encaraman prolongándose y acaban en pitidos de tetera, en carraspeos bronquiales y en frondosas floraciones de bilis. «Un día se van a matar», comenta Manuel mirando de reojo a Montse, que sirve el nescafé. Hablarnos de la vida en esta pensión. Anoto mentalmente algunos datos (nada comprometedores) para el informe a la familia; la clientela se compone de camioneros de paso y recaderos de agencias de transporte, temporeros del mercado, agricultores de la provincia, camareras de snack, dos mujeres de vida fácil (hermanas, la mayor se cayó el otro día por la escalera y ancla con el pie escayolado, la otra recién llegada del pueblo y muy despistada todavía) y ciertos rarísimos amigos de la patrona que al parecer venden cosas de contrabando en el barrio marítimo, además de algún joven emigrante recién llegado y sin trabajo, etc. Clientela difícil, desde luego, siempre dan guerra y siempre andan en líos de dinero, y la patrona, aunque es mujer de carácter y malas pulgas, tiene un defecto, le gusta empinar el codo, lo cual la lleva a intimar demasiado con sus pensionistas y le trae complicaciones. Desde el primer día la viuda pretendió manejar a Manuel (no hay que olvidar que el chico llegó recomendado por el padre de la patrona, que sigue en la cárcel), pero parece que la presencia de Montse y su influencia han acabado por anular sus pretensiones; esto la enfurece y ahora les exige que paguen todo lo atrasado, varios meses de pensión. Sus relaciones con Morirse van cada vez peor. Seguro que la viuda tenía sus proyectos con respecto al muchacho, parece que quería proporcionarle trabajo a su modo, con sus amigos del barrio marítimo (a veces Manuel se va con ellos a la playa) y que Montse supone relacionados con el delito de estafa que llevó al padre de la viuda a la cárcel, aunque en este punto el ex presidiario no está de acuerdo, asegurando que el viejo está en chirona por un oscuro delito sexual, que no hace falta aclarar aquí. En cualquier caso, es evidente que la viuda está a matar con ellos -acerca de eso, si se me permite exponer mi parecer, yo sugeriría la posibilidad de que haya existido algún «grado de intimidad» entre el chico y la patrona al principio de llegar él aquí recomendado, y que gracias a Montse la cosa no prosperó. Ciertas palabras del chico («Montse procura que la viuda y sus amigos no me metan en líos») parecían confirmarlo. En cuanto a los movimientos de Montse en torno a él, sólo puedo decir esto: le visita con frecuencia pero no cada día, y sus visitas, en contra del parecer de la familia, se reducen al deseo de traerle *La Vanguardia* por la mañana para leer juntos las demandas de trabajo (sentados en la cama, sí, tal vez, depende) y encerrar en un círculo rojo alguna dirección o teléfono. Luego ella se marcha a sus obligaciones y él se echa a la calle en busca del empleo (con resultados negativos hasta ahora, cierto), almuerza por ahí cualquier cosa, en la barra de algún bar, y por la tarde lo mismo, o a veces mata el tiempo como puede con tal de no quedarse en la pensión con la patrona (eso dice él, claro, sí, sabe Dios). A veces se va a la playa de la Barceloneta, otras a un cine de barrio (dos veces con Montse, dos). Algunas noches, antes de cenar, Montse se presenta en la pensión y comen juntos una tontería, algo en conserva o queso que ella le trae, y luego se queda un rato, qué buena es, siempre encuentra alguna ocupación: hacerle la cama, coserle un botón o lavarle unos calcetines en el palanganero, porque la patrona no quiere saber nada de ropa sucia mientras no se le pague lo atrasado. En resumen, tía: si Montse frecuenta todavía esta pensión es para atender al chico y, en vista de cómo se han puesto las cosas; para animarle y (pero eso no me lo ha dicho ella) para impedir que caiga en las negras redes de la viuda y se eche a perder todo lo conseguido hasta hoy con esfuerzo y paciencia. Ahora no puede dejarle. No lo hará.

-... y ésta es la situación -concluye Manuel echándose con la silla hacia atrás, apoyando el respaldo en los hierros del balcón. Mientras estuvo hablando, ella (sentada en la cama, sí, pero es tan pequeño el cuarto, tía) no apartó los ojos de él, completamente inmóvil, los codos en las rodillas y el mentón en las manos: más que escuchar sus palabras, diríase que reflexionaba sobre el gesto duro y musculado de su boca o sobre la negrura casi azul de su pelo, no sé, algo que yo no podía captar; decididamente física, su percepción iba sin embargo mucho más allá, como si en la personalidad de su amigo ya hubiese encontrado tiempo atrás la confirmación a su necesi-

dad de ayudarle y ahora en sus facciones gozara de la razón que la asistía en su lucha por él, una razón tan justa y tan evidente que se le imponía por la simple presencia física del chico y por lo tanto no se hacía pensar, sino sentir.

-Bueno, vamos a lo que importa, Paco -propone Montse de pronto, despertando-. A trabajar. ¿Qué hay de nuestra propuesta?

-Mejor que la olvides. Tu padre no quiere ni oír hablar de eso.

-¿Y en el almacén? -insiste ella-. Él no lo controla todo. Aunque sea de peón, para salir del paso, en espera de algo mejor...

Apuro mi nescafé, me concedo otro trago de coñac y enciendo un cigarrillo. Me miran en silencio. Siguen oyéndose voces en el pasillo y además ahora unos pasos asonantes, de cojo. Antes de afirmarme en mi opinión, Montse decide que a raíz de unas gestiones que ha hecho en Sabadell por su cuenta, existe una posibilidad de algo bueno en una firma de pañeros que regenta un pariente de lo más lejano, pero con acciones en la Claramunt, S. A. Opino que eso estaría muy bien, pero que si hay familia de por medio no conseguirá nada sin el visto bueno de tío Luis, y que de momento no cuente con él. Montse se apresura a aclarar que no hay nada seguro, que sólo ha tanteado el terreno, que en todo caso iría para largo y que ella preferiría que al muchacho se le diera un empleo aquí, en alguna de las fábricas de Barcelona, aunque fuese de repartidor, la cuestión es empezar.

-Por lo que me ha dicho tu padre, no hay nada que hacer..

-¿Qué te ha dicho?

-No sé, tonterías. Que él no puede ampliar la plantilla de vendedores así como así.

-¡Hombre, no me digas que no puede!

-Pues será una excusa.

En su pequeña silla, Manuel se despereza, aburrido. Yo añado:

-Lo de Sabadell me parece más interesante, aunque igualmente difícil. -Y mirando a Manuel:- ¿Tienes experiencia en ventas?

-En la cárcel ha estudiado mucho -dice ella, rápida.

-Tengo entendido que allí aprendiste un buen oficio.

-Tanto como un buen oficio...

-Montse me lo dijo.

-A tu prima le gusta exagerar.

-¿Ah, sí? -exclama ella, divertida, mirándole con los ojos brillantes; como antes sus movimientos, sus ojos sugieren una repentina adhesión a algo—. No le creas, Paco. Es muy modesto.

-¡Los modestos van a los cestos! -me sorprende bramando, notando que el alcohol me desata la lengua-. No, en serio...

-Bueno -concede Manuel, encogiéndose en la silla y afilando la blanca. sonrisa-. Ella quiere decir que aprendí idiomas, francés, y un poco de inglés. Me enseñó el padre de Gloria. Pero de nada sirve todo eso si no estás relacionado. También aprendí a poner inyecciones, instalaciones eléctricas y otras pijadas, allí hay tiempo para todo. Para leer más que nada.

-¿No tienes familia en Barcelona?

-Como si no la tuviera.

-Tómame otro trago, ya queda poco.

Pero lo que más le interesa al chico es saber qué piensa la familia, qué dice. Entonces me levanto y paseando por el cuarto, sin mirales, expreso sin ambages y brutalmente la en cierto modo justificada inquietud de los tíos ante lo que creen sus turbios manejos y pretensiones respecto a mi prima (que ahora me escucha perpleja), y en cierto momento de la perorata noto que pierdo el control, que mi voz sube de tono y fluye incontenible, dogmática, incomprensiblemente (no he bebido tanto) me estoy= poniendo del lado de la familia, acoplándome furtivamente en las apretadas filas del coro ambicionado. Él me escucha recostado en su silla en el balcón, mirándome con una indiferencia casi desdeñosa, y enseguida, al darme cuenta, sujeto a la bestia cantora y vuelvo a poner las cosas en su lugar haciendo reír al chico (e incluso a Montse) al trocar de pronto el sermón en una payasada, una parodia de mí mismo y de la respetabilidad de mis tíos, lustrosos símbolos de acrisolada decencia y con la mierda hasta el cuello. Durante el silencio que sigue a esto, Manuel me mira con curiosidad. Luego suspira y dice que no saquemos las cosas de quicio, y que de todos modos hasta ahora él ha demostrado ser una calamidad, incapaz de encontrar trabajo. Ella interviene diciendo que, con todo, no vaya a creerse que Manuel permanece con los brazos cruzados mientras espera; siempre se las arregla para ganarse unas pesetillas: pone inyecciones a esas pobres chicas y también a la. viuda. (muy alterada de los nervios), para la cual hace a veces algún recado en días de calma, o algún arreglo como electricista, o atiende el teléfono en su ausencia, etc.

Imagino las incursiones del chico a las dependencias particulares de la patrona, o al cuarto de las prostitutas: jeringa en mano avanza por el pasillo hacia los oscuros dominios del mal que Montse tanto teme, y allí, competente y expeditivo, con las bromas, la confianza, el sopor de la hora de la siesta, un revolcón... Pero todo eso es inmensamente idiota, primero debería preguntarme si el tipo es sincero, en qué medida sus gestos y sus palabras corresponden a un trapisondista, o mejor, en qué medida las buenas intenciones, los ensueños, la ilusión de prosperar que Montse le comunica ya han empezado a corroer estos gestos y estas palabras. Porque cuando reemprendo la burla de los Claramunt, incluyendo ahora a mi propia madre, en la atención que me dispensa el charnego se produce algo así como si su capacidad de intriga y de disimulo se empeñara en guardar un justo equilibrio en proporción a mi desvergüenza: se muestra atento y crédulo en la medida en que uno es capaz de no tomarse tampoco a sí mismo en serio. Es curioso: aunque se le adivina muy capaz de manejar una burlesca afiladísima sobre la naturaleza de nuestra realidad (la de Montse; la mía, la de los Claramunt), o la de cualquiera que pueda encarnar dignidades de consumo, permanece sin embargo fiel a algún pacto de lo más convencional, es un ser aplicadamente respetuoso y gentil, tía, te lo aseguro, una sensibilidad en cierto modo exquisita y decididamente individual.

De pie a mi lado, ahora me muestra una revista vernácula donde tiene señalado con lápiz rojo un anuncio pidiendo alguien para distribución de libros. La camisa desabrochada, su mano reposa napoleónicamente sobre un botón a punto de desprenderse, que finalmente salta y rueda por el suelo. Montse, que ha salido al balcón a tomar el fresco, le dice:

-Anda, quítate la camisa. Te lo coso en un momento.

Él obedece, sin soltar la revista ni apartar los ojos del anuncio.

-¿Qué quiere decir *col·locació d'esdevenidor*? -me pregunta.

-Con porvenir.

Se queda un rato pensativo.

-¿Tú crees que me darían el puesto? No, ¿verdad?

-No sé.

Y él tendrá el buen sentido de no insistir. No es la reciente experiencia de la cárcel (aunque allí dentro también el tiempo establece jerarquías, selecciona, quita o da prestigio, inviste poderes o degrada) sino un superior sentido del que se sabe huésped no grato en la hermosa ciudad apestada, Barcelona, capital del desamparo emigrante, cortesía de archivo y de este sutil refinamiento de preclaros mamarrachos que se ha dado en llamar *seny*.

-Hablando de otra cosa -digo volviéndome hacia mi prima-. Parece que apenas te dejas ver por la parroquia.

Sentada en la cama, junto al costurero abierto, cose apaciblemente el botón de la camisa.

-No es verdad -dice-. Voy cuando tengo algo que hacer, como siempre...

-Como siempre no, prima, no mientas.

-Bueno, antes iba más a menudo. -Sonríe por lo bajo-. Pero es que también algunas amigas se han casado... Y además ahora tengo mucho trabajo con las asistentes sociales, en otras barriadas. Oye, ¿qué hora es?

-Temprano. ¿No tenéis nada para beber?

-Yo tengo hambre -dice Manuel-. ¿Por qué no nos das un poco de este chorizo que compraste ayer?

Montse se ha levantado y le ayuda a ponerse la camisa. Ignominiosamente les espío: aquellos signos que la familia interpretaría como prueba evidente del hecho consumado, como final de la aventura, yo no acierto a captarlos; las manos de ella en torno el torso desnudo guardan una trémula distancia, el recelo ante lo desconocido. Además él la mira tan... ¿cómo diría, cómo describir esa mirada? Por cierto no es como la vuestra, tíos, que miráis a vuestras hijas como a hurtadillas y con ese temor particularmente débil y mezquino que en vuestro mundo asociáis con la pérdida de la felicidad. Él la mira como se mira a los objetos suntuosos, como si realizara con ellos un encuentro repetido en el tiempo, como si ya en cierto modo le pertenecieran o le hubieran pertenecido.

Montse está ahora hablando de dinero.

-Éste es otro asunto que preocupa mucho a tu padre -le recuerdo-. Se pregunta qué haces con tu sueldo.

-¿Saben que ella me presta? -pregunta Manuel.

-Sí.

-Eso no tiene la menor importancia -dice ella, guardando el costurero en el armario—. ¡Vaya, vaya, conque tenéis hambre!

-Oye, Montse -le digo—, ¿piensas ir a la verbena del Club de Tenis La Salud este año?

-Claro. Es la puesta de largo de Nuria. Además, hemos organizado una colecta. ¿Tú no irás? Té prevengo que Salvador Vilella es la pareja de Nuria, ¡así que alquila un smoking, vigila tu lenguaje por una vez y no les pierdas (le vista...!)

-¡Bah!, Nuria no tne preocupa en absoluto -me sale en un gruñido. Ella se ríe, cambiando miraditas y guiños

con Manuel.

Luego, cuando él propone que Montse lo acompañe mañana a la playa, y ella dice que eso sí que no, y él bromeando responde que entonces invitará a la viuda, y ella que bueno, que haga lo que quiera y que la playa de la Barceloneta es un asco, un nuevo estrépito se oye en la habitación contigua, esta vez como si hubiesen derribado una estantería de botellas. La radio enmudece y en el piso de arriba un objeto contundente (¿la pierna escayolada de la furcia?) golpea insistentemente las baldosas al tiempo que una voz chillona pide silencio y se oye en el pasillo un abrir y cerrar de puertas y enseguida a la patrona insultando: «¡Que no hay más vino, puñeta! ¡Pues sí, él se lo bebió, para que te enteres! ¡A ti no te debo nada, asqueroso, presumido de mierda!». Se la oye muy bien, casi pegada a la puerta, y Montse y él se miran; ella va a decir algo pero ya el chico se ha levantado con aquella curiosa lentitud enroscada en las piernas y en los riñones, coge una caja de habanos de la mesilla de noche y se dirige hacia la puerta. «Vuelvo enseguida», dice saliendo al pasillo, que ya por los gritos parece un gallinero.

Sola frente a mí, Montse baja los ojos, esquivando los míos, y en silencio se encamina hacia la mesita cubierta con un hule; la arrastra dejándola frente al balcón, después va a la alacena y saca una servilleta y un cuchillo, un paquete abierto de pan Bimbo, chorizo, una botella de Vino Común y dos vasos con florecillas verdes —igual que los míos, de esos de leche de almendras—. Sonriendo se vuelve a mirarme: «¿Ves? -dice-, conviene tener siempre alguna cosita a mano... Pero es triste comer solo, ¿no...?». Se interrumpe, pensando tal vez que nadie mejor que yo conoce esas tristezas gastronómicas de pensionista. «¿Tienes hambre? ¿Quieres un yogur?» «No, Montse, gracias.» En silencio lo dispone todo muy cuidadosamente sobre la mesa, abstraída, rectificando posiciones, olvidada de mí por completo, y de pronto sus movimientos en torno a la mesita adquieren una feminidad expectante y exquisita. Retrocede un poco y mira el conjunto de lo dispuesto. Hay en su aspecto algo turbador que casi me hace desear no estar aquí, como si temiera con mi presencia degradar un rito sagrado, un misterio. ¡Hay que ver! Siempre afanándose, exigiéndose diariamente penosos recorridos, frenéticos itinerarios contra reloj para luego venir a parar aquí, frente a dos pobres vasitos floreados y un pedazo de chorizo; la zona más tierna y más frágil de su sueño está pues aquí, en esta mesita cubierta por un hule... Luego, cuando considera que todo está en orden, se cruza de brazos y regresa lentamente al balcón a mirar el trajín del Borne, la gente que pasa, las copas de los árboles agobiadas de calor. Sentado al borde de la cama, observo su espalda con un extraño peso en el estómago hasta que, al volver ella la cabeza para mirarme con urgencia -como sorprendida por un espejismo- y decir simplemente: «Qué noche más hermosa, ¿verdad?», descubro sus ojos húmedos de lágrimas.

Así pues, ¿será cierto?, ¿se cumplirán puntualmente las predicciones de la familia?, ¿la tonta se ha enamorado?, ¿está siendo seducida sin saberlo? Me levanto a curiosear por el cuarto. Reconozco algunos de mis libros en la mesilla de noche y en una maleta abierta que asoma bajo la cama, donde una pálida mancha azul atrae misteriosamente la mirada: un fajo de cartas bien atadas con un cordelito rojo. En cuclillas, de espaldas a Montse, las examino sin desatarlas: todas dirigidas a él, Cárcel Modelo, Galería n.º 4. Remite: Montserrat Claramunt, avenida Virgen de Montserrat, 27, Ciudad. Letra fina y esbelta, clara, sin adornos. ¿Cartas de amor? Pero no es eso en lo que pienso; algo inconcebible me llama la atención: ningún sobre ha sido abierto.

Manuel fuera del cuarto todavía, se supone que ayudando a la viuda a resolver algún problema, las voces han cesado en la habitación contigua y ahora sólo se oye, en el pasillo, un rumor de conversaciones y algo parecido a sollozos. Después de comprobar que Montse sigue en el balcón, devuelvo las cartas a la maleta y me incorporo. Qué imprudencia dejarlas aquí, al alcance de ella...

-Siempre lo mismo -dice Montse de pronto, sentándose en la silla-. Líos y más líos. Lo mejor sería pagar lo que se debe y' cambiar de pensión, esto es una casa de locos. ¿No crees? Incluso es más urgente que encontrar el empleo... Dios sabe cuánto tiempo habrá que resistir todavía.

-¿Resistir qué?

-Esto. Todo esto. Estar sin trabajo, sin dinero, solo, sin poder valerse por sí mismo.

Quise mirarla con cierta severidad.

-¿Sabes lo que pienso, prima? No creo que te necesite. Ya no

Me sonríe tristemente:

-¡Si supieras!

Alcanzo la puerta: desde hace rato siento la imperiosa necesidad de asomarme al pasillo. Montse me sirve un vasito del tibio Vino Común (« ¡Hay que ver, bebes de todo!», me regaña sonriendo) y luego vuelve a salir al balcón. Abro la puerta, lo justo para ver un cuadro que no desearía viese mi prima: en la habitación de enfrente, cuya puerta está abierta, solloza una mujer echada boca abajo sobre la cama, las crispadas manos en la cabeza, la falda por encima de las nalgas y la braguita negra de rejilla bajada violentamente en este instante por la decidida mano de Manuel, que sostiene en la otra una jeringa repleta y goteante. En torno a la cama, deshecha y ocupada por un joven despeinado que fuma mirando al techo con indiferencia, revolotean dando manotazos al aire

y discutiendo ferozmente dos mujeres jóvenes, una en camión y con el pie escayolado, dos muchachos en camiseta con sendas botellas de cerveza en la mano y un viejo que cubre sus hombros escualidos con la chaqueta del pijama. Discuten todos acaloradamente. Puedo identificar a la quejumbrosa dueña del trasero para el cual está destinada la inyección, es la patrona, que repite entre sollozos: «cabrón, cabrón», con una voz inmensamente satánica. Su estado parece tener muy preocupado al hospedaje, todos han acudido presurosos desde sus habitaciones para atenderla en lo que tiene las trazas de convertirse en un serio ataque de nervios, no sería la primera vez. Algunas frases sueltas flotando en la espuma de las discusiones me ayudan a reconstruir el drama: al parecer, la patrona estaba de tertulia y bebiendo con unos parientes, dos camioneros, en su cuarto (el contiguo al de Manuel) hasta que un tercero llamado Fermín (el indiferente ser que fuma mirando el techo en su cama) se le ha unido estropeándolo todo al empeñarse en que la patrona le hiciera el puñetero favor de explicarle por qué no le cobraba la pensión al ex presidiario y en cambio a él sí. La muchacha muy maquillada que anda de acá para allá arrastrando la pierna escayolada, discute con los demás acerca del derecho que tiene una patrona de abrir su corazón (evidente eufemismo, tía) a quien le dé la real gana, vamos, faltaría más, para eso está en su casa, y a quien le duela que se rasque. Mucho humo de cigarrillos en la habitación, y en el pasillo cruza de vez en cuando la vieja cocinera con los brazos en jarras y un ojo de perdiz. «¡La culpa es de ese hijo de su madre de Fermín! -afirma la coja-. Está furioso porque sabe que Gloria no le cobra al chaval.» Y la otra: «Sólo le debes unos meses, ¿verdad, Manuel?». Manuel parece no escuchar a nadie, profesionalmente inclinado sobre el blanco cúmulo. El pinchazo arranca un chillido a la viuda, luego afirma que nota entrar el líquido, que le duele, «Despacio, despacio», dice. Él quita la aguja, frota con el algodón con suma habilidad, indiferente, y luego se incorpora, parece no oír nada ni siquiera estar ahí mientras (pero sí, ha dirigido una leve sonrisa al llamado Fermín) ordena su magro instrumental en la caja de habanos. La patrona sigue echada de bruces, oculto el rostro en la almohada, lloriqueando. Una voz baja y sibilina: «Además, Gloria está celosa de la chica esa, ¿es que no lo comprendes, tonta? La cosa es más complicada de lo que crees», pero la escayolada insiste: «La culpa es del Fermín», inclinándose sobre la espalda de la viuda sacudida por los sollozos, «No llores, Gloria», y mientras le sube la braguita y le baja la falda, con la otra mano le acaricia dulcemente el pelo. «Vámonos, Gloria, ven con nosotras, anda, vida mía, no llores más», y mira despectivamente al pacífico yacente en su cama, que inalterable sigue enviando hermosas rosquillas de humo hacia el techo. «¡Y si este mamón vuelve a ponerte la mano encima, llamamos a los guardias y verás...!» Manuel se dispone a salir de la habitación.

Cierro despacio y me vuelvo a mirar a Montse con el corazón compungido: está de pie, junto a la mesa, mirándome absorta. Por supuesto lo ha oído todo. Y, sin embargo, en su rostro irradia la misma fuerza de siempre, con esas fúnebres ojeras que parecen la huella negra de un mal sueño diariamente vencido por la fe, heroicamente rechazado, reducido a la condición de espejismo.

-Esto es más divertido que tu pensión, ¿verdad? -dice, y sentándose cansadamente añade:- ¿Comprendes por qué no puedo dejarle todavía? Creo que no tardaría en volver a la cárcel. De verdad.

No se me ocurre otra cosa que poner la mano en su hombro y decir:

-Lo que necesita es trabajar. Después todo cambiará.

En este momento se abre la puerta y entra Manuel con dos botellas de cerveza. «¿Tus honorarios, doctor?», bromeo señalando las botellas, sinceramente aliviado con su llegada. Pero ni él ni Montse hacen comentario alguno sobre lo ocurrido, de modo que opto por lo mismo.

Liquidada la cerveza, comprendo que es el momento de largarse. Montse se viene conmigo, pero antes tiene que ir al lavabo. Quedo a solas con Manuel, que come pensativamente pan y chorizo de pie ante el balcón.

-En esta maleta, bajo la cama -le digo- hay varios libros míos... También he visto las cartas de mi prima.

Me mira a los ojos con aire inexpresivo, sin dejar de masticar rítmicamente. Todo él desprende un vago y agradable olor a alcohol.

-¡Ah!, las cartas -dice-. Cuánto me gustaba recibirlas. Pero ya sabes, leída una, leídas todas.

Con la mayor simpleza lo ha dicho. Quizá tenga razón, pero...

-¿No crees -insisto- que sería mejor esconderlas donde ella no pueda encontrarlas? O abre los sobres, por lo menos.

-¿Por qué? No tengo nada que esconderle a Montse. -Medita un rato, alzando la botella de cerveza y mirando al trasluz su contenido, y luego añade:- Pero lo haré.

Siempre, antes de irse, ella ordena un poco la habitación. Le recuerda al chico que mañana debe ir a tal o cual sitio. Se lava las manos en el palanganero. Y al despedirse, en la puerta, con prisas y sonriéndose un poco azorada -sin querer escucharle a él, que con cierto aire preocupado le dice que le conviene descansar y distraerse un poco, insistiendo en llevarla a la playa-, le da la mano fugazmente, la punta de los dedos. Y eso es todo.

El contagio

Capítulo 21

Le conté en una voluptuosa síntesis expiatoria y alcohólica cómo me gustaba imaginar que alguna vez debieron coincidir en el tiempo aquellas distintas floraciones de un mismo ideal de la personalidad, de una melancolía que en cada uno de nosotros, perplejos dentro del cascarón juvenil, alimentaba una parecida naturaleza mítica; así, pudo muy bien ocurrir que a la misma hora que yo me probaba el smoking de alquiler y ensayaba ante el espejo una desdeñosa indiferencia avistando ya a lo lejos las doradas orillas jurisdiccionales (Nuria estaba al caer), Salvador Vilella alcanzaba idénticas emociones mezclando en su mochila textos encíclicos en estudio, informes de ventas y de mercados para tío Luis y aquella vieja fotografía de Nuria de cuando jugaba al baloncesto, y todo ello al mismo tiempo que Montse a su vez se adentraba más y más en su diario deslumbramiento camino de la pensión Gloria y hacía un alto en alguna tienda de barrio para comprar un kilo de naranjas o una botella de Vino Común, mientras quizá no muy lejos de allí, desde alguna sucia cabina telefónica de taberna, el ex presidiario podía también darse gusto a su modo (aunque sustituyendo con una patética ironía aquella melancolía social) gastándose a sí mismo la insólita broma de hacerse llamar por su nombre y apellido en los salones de un lujoso hotel para oír durante un rato con la imaginación, agazapado simiescamente en la cabina y con la sarcástica sonrisa del que rumía una venganza sutil, su nombre públicamente cantado por un impecable mozo de voz abaritonada y guantes blancos que recorría estancias alfombradas y alertaba oídos de varia fortuna y rango, don Manuel Reyes, don Manuel Reyes, por favor, don Manuel Reyes, se le solicita al teléfono, y repetido hasta que él se daba por satisfecho y colgaba...

-¡No! ¿Pero eso es verdad? -exclamó Nuria revolcándose de risa por el suelo de la terraza, donde decía que se estaba más fresco.

Sus pantalones blancos estaban manchados de ceniza. íbamos por la mitad de la botella de whisky de una noche que parecía haberse detenido en el tiempo con su hermosa bóveda estrellada y su concierto de grillos en la hierba, nos reíamos por contagio, prolongábamos alegremente el milagro de una evocación que quizá por vez primera no engendraba aquel sentimiento oscuramente relacionado con una supuesta falta de respeto por los muertos. Se me ocurrió entonces hablarle de aquel cambio físico que lentamente se operó en su hermana, precisando que no era exactamente que se hubiese alterado su sencillez en el vestir, su natural recato, sino que algo, una dejadez, una silenciosa materia húmeda que la envolvía como un vapor sexual, empezó a ennoblecer su tímida figura a medida que la incontinencia licuaba en su interior. Hablé de ciertos días en que su cuerpo parecía alcanzar una vida independiente de sus activos sentimientos, y de cómo a partir de entonces su figura se concretó, dejó de ser aquella mareante gama de gestos inconscientes y a menudo desequilibrados, adquirió peso y volumen, gravidez, el sugestivo imperio de la contención. Eso, que en otras mujeres más superficiales habría reducido su atractivo, en ella floreció en una misteriosa cualidad sensual. En este momento Nuria ya se había levantado y se desperezaba con los brazos en alto, sus piernas y sus brazos formando aspas soñolientas convocaron la brisa y aquel paisaje vaporoso de un litoral que nunca habría de dejar de avanzar meciéndose, balanceándose suavemente como si mi visión navegara, de modo que apreté con fuerza el vaso vacío en mi mano mientras me parecía entender que ella proponía, en medio de un prolongado bostezo, proseguir la conversación en la cama. Resumiendo todo lo anterior con su fulmínea feminidad, añadió que el cambio de su hermana se debió a que adelgazó tanto en tan poco tiempo, y recordó que él la llevaba a la playa, obligándola seguramente, pues a ella no le gustaba bañarse en el mar ni siquiera en Sitges durante los veraneos, y que por favor yo me llevara la botella y los vasos a la habitación si me sentía capaz de hacerlo sin romper nada, que ella llevaría lo demás, por favor. Le respondí que podía hacerlo perfectamente, pero que Montse no iba a la playa obligada, sino precisamente para estar cerca de él y vigilarle, evitar que la patrona y sus amigos le convencieran para que se uniera a ellos en sus turbios negocios, y me extendí en una idea que me llenó repentinamente de felicidad al calificar de dulces hormigueros a nues-

tra mano de obra (prostitutas incluidas) en las playas populares de la Barceloneta, aquel triste amontonamiento de carne humana que el primer día debió de llenar sus ojos de perplejidad y de piedad, lo mismito que nos pasa a todos nosotros a veces al reflexionar sobre nuestra situación, cómo hay que tomar la vida además de tomarla como viene, torcida siempre, esta broma pesada que ya dura mis casi treinta años, en fin, esta inmensa burrada que preside la existencia, y que no olvidara apagar las luces de la terraza ni traer más hielo, por favor, aunque tuve especial interés en precisar, camino ya del dormitorio, que su cambio físico había florecido incluso antes de intimar con él en la playa, como se demostró por ejemplo el día aquel de la puesta de largo de Nuria en la verbena benéfica del Club, de modo que fue más bien consecuencia del proceso anímico que venía operándose en su interior y no sólo del contacto con el aire libre y el yodo, y que no olvidara los cigarrillos. Los traía, dijo, advirtiéndome que desechara la idea de ir a por otra botella y que cuando se acabara ésta, pues eso, se habría acabado, que encendiera la luz y que no hiciera ruido y tuviera cuidado de no despertar al servicio, que me tambaleaba tan graciosamente, que se sentía tan feliz esta noche con la perspectiva del viaje juntos y París a la vista y una nueva vida, y que de todos modos la playa de la Barceloneta la rejuveneció por fuera pero la envejeció por dentro. Eso, dije.

Me dejó en la puerta de la habitación y anduvo por la cocina y otras estancias apagando luces y cerrando puertas remotas, la oía sentado en la cama y cabizbajo y era como en viejos tiempos no vividos, sentirme instalado en la añeja tradición veraniega de los Claramunt en Sitges, era como asomarme a lo que no fui, a los gestos perdidos de otra infancia, pero sólo duró un instante, pues ella regresó enseguida cargada de cosas, cerró la puerta con el pie y un aire alegre de instalarse aquí como en un refugio de alta montaña, y tarareando una musiquilla dejó todo sobre la mesilla de noche, el cubo del hielo, los cigarrillos, una botella de agua mineral y un frasco de sales de baño que se había traído de su cuarto. Pero enmudeció de pronto, e inclinada sobre la lámpara, la lentitud reflexiva de sus movimientos ya anunciaba, era de esperar, un nuevo argumento esgrimido no tanto contra el ex presidiario como contra mis flagrantes simpatías por él: que puesto que había hablado de la verbena, que si ya había olvidado lo del dinero recolectado en la rifa benéfica, dinero que esa misma noche ella le entregó, y que si aún pretendía que él no la obligó a dárselo después de incitarla a robarlo, porque aquello fue un robo... De pie ante los libros del estante y con la mano en alto, movida por una zona muy oscura de la gusanera del recuerdo, yo recorría con el dedo los lomos de *París-Match* y *¡Hola!* encuadernados mientras con una voz que no era mía le recordé que su abnegada hermana era entonces una cristiana que iba de camino, como todos nosotros, con sus defectos iniciales a cuestas, aquí caigo y allí me levanto, etcétera. Y que además estaba enamorada.

Nuria preparó los últimos tragos arrodillada sobre la cama y luego se sentó apoyando la espalda en la almohada, quejándose del calor, mirándome con el vaso en la mano; así la vi, y de pronto no era ella sino su hermana recostada en la valla soleada de los Baños Orientales de la Barceloneta, sucia de arena la piel mojada de los muslos y los brazos, parpadeando al sol y• desorientada... ¿Qué buscas?, me preguntó Nuria, y enseguida añadió: Estaba pensando que, aparte de la desagradable historia del dinero, todo lo que pasó aquella noche en el Club fue bien divertido. ¿Me oyes? Sí, le dije, te oigo, y volví la cara a los estantes con una fuerte sensación de mareo. Pero las afanosas larvas mentales habían conseguido finalmente trasladar mi mano hasta el tomo abril-julio 1960, lo saqué del estante y me lo llevé a la cama. Ella lo miró en mis manos con expresión contrariada. Le pregunté cómo era posible que un lector profesional de encíclicas (pupila alarmada y desorbitada sobre la espinosa cuestión de la propiedad privada y la economía liberal) de la talla de Salva podía coleccionar y encuadernar estas majaderías gráficas que sólo divertían a frívolos como yo, y me dijo que la colección *¡Hola!* era suya y que la conservaba no sabía francamente por qué, ahí estaba, y eso era todo, quizá antes le gustaba verse en algunas fiestas y guateques. «Por cierto que tú también sales en dos o tres fotos», añadió radiante, pero ya mi mano había dejado el tomo sobre la mesilla de noche recuperando el vaso, y le sugerí que lo dejáramos para mañana, realmente estaba muy cansado, me tumbé y dejé el brazo colgando fuera, el vaso cogido por los bordes y apoyado en el suelo, creo que así me dormí.

-Ven, Montse, siéntate. -Qué sucio está todo.

-Aquí, a mi lado. -¿Si no cabemos! -¿No habías venido nunca? -No. Mucha gente, y el agua está llena de porquería. -Uno acaba por acostumbrarse.

Es un mundo chillón y superpoblado que se cuece al sol. Son los detritos industriales del emprendedor *seny* condal, la servidumbre tranviaria y fabril y el peonaje foráneo que impone su fea desnudez en una reducida zona libre de sucia arena y turbias olas donde flotan residuos de comidas y de coitos degradados, un mundo abigarrado y violento y feísimo que ella había rehuido hasta hoy y dentro del cual no es fácil mantenerse limpio ni guardar una postura digna durante mucho rato.

Imposible no embrutecerse aquí -pensaría Montse-, hay una amenaza de contagio. Y, sin embargo, ciertos seres maravillosamente dotados, ciertos cuerpos que se distinguen por una elástica y fría astucia consiguen la inmunidad: sordos al griterío de la playa, habituados a la promiscuidad, acomodaticios e indemnes entre las rociadas de arena pegajosa que por doquier salpican pies ajenos en sus correrías y juegos impertinentes, ellos y sus toallas se mantienen milagrosamente puros y hasta hermosos en medio del apretujado caos, en espacios reducidísimos, cuerpos plegados y resueltos en admirables y sabias posturas y con una perfecta indiferencia e inmovilidad, incólumes, immaculados.

-¿Te estás durmiendo, Manuel?

Él, precisamente, es uno de estos seres dotados para vivir aquí, en este febril hormiguero. A su alrededor luchan y se revuelcan los amigos de la patrona, y el asqueroso polvillo que levantan respeta extrañamente su piel y su toalla mientras duerme. Acurrucada a su lado, sintiéndose torpe y vulnerable, Montse le contempla. Sólo mucho después empieza a comprobar que la fina arena negruzca también se va acumulando inevitablemente sobre su piel. De vez en cuando la sacude con la mano, sin despertarle. El aire, enredado en la chillona música de los transistores, es como un zarzal, y ella se impacienta pringada de arena, bajo la mordedura del sol. Se incorpora un poco, de rodillas se limpia los hombros y los muslos, y ahora alcanza con la mirada la totalidad del cuerpo dormido a su lado: así pues era eso imaginarle por el pasillo de la pensión caminando hacia la ducha con la toalla en la cintura, o entrando a medianoche en la habitación de la patrona para ponerle una inyección, o durmiendo solo, era ese manso rumor de cuerpo, se reducía a eso la supuesta maldad de unos miembros, la voluntad de placer de una nuca porfiando y sumergiéndose en las sombras del regazo: a esa desnudez indefensa que se va ensuciando... Antes se ha bañado con él en la revuelta y promiscua orilla, han salvado juntos las olas y los cuerpos y los residuos, ha notado por vez primera sus brazos amparándola y ahuyentando materias pestilentes. Y fue al salir del agua cuando, con la piel grasienta y alguna mancha de alquitrán, la arena empezó a adherirse, contaminándola. Los juegos y las querellas en torno le impiden dormir, siguen arrojándoles arena y su mano incansable sacude y expulsa, hasta que él se desvela un momento para decir: «Deja, es igual», con una sonrisa resignada. Ella se echa de bruces a su lado, vigilante, mirándole como si velara su sueño. Varias veces, todavía, pacientemente, tercamente, sacude la suciedad que se pega a la piel de ambos cayendo desde todas partes. Las olas se abaten en la rompiente con estrépito, flota un pesado perfume a algas y sudor, el sol está lleno de risas y gritos y aristas de pendencia. Sintiendo de pronto sola y cansada, se arrima a él recostando la cabeza en su hombro. Entonces, viniendo de un sueño acogedor, un brazo la rodea suavemente. Y abandonándose, Montse cierra los ojos.

Y así acaba por dormirse ella también, indiferente a la hostilidad que les rodea, a la sucia materia que les arrojan encima desde no sabe dónde y que terminará por cubrirla, como a él, con una fina capa de porquería indefinible, persistente, tenaz pero ya sin importarle, sintiendo finalmente acogida y protegida.

El baile de los debutantes

Capítulo 22

Volvió a entrar en el dormitorio envuelta en su albornoz y mientras esperaba que se llenara la bañera encendió un cigarrillo, descorrió las cortinas, recuperó el frasco de sales y, sin mirarme (sólo una rápida ojeada al tomo encuadrado de semanarios ¡Hola!, que seguía en la mesilla de noche), regresó al cuarto de baño. Sobre el rumor del agua en la bañera oí su voz, que disimulaba mal la contrariedad que le causaba mi repentino interés por aquellas viejas revistas. «¿No sería mejor que te levantas? No sabemos a qué hora llegará...» Le dije que era muy temprano y que además daba lo mismo, que su marido me tenía sin cuidado. Cogí el pesado tomo, lo abrí, busqué un número atrasado. «No me digas que te gusta leer esas cursilerías -gritó ella desde la bañera-. No sé por qué las guardo; algún día irán todas a la basura.» «Harás muy bien.»

Y sentado en la cama, fumando, me enfrasqué feliz en aquellas crónicas anónimas escritas por sublimes y densas mediocridades con el dedo índice de una sola mano. Los ecos mundanos, a pesar del tiempo transcurrido, todavía llegaban mezclados con risas de muchachas, el claxon de un seiscientos y músicaailable de 1960, aquella fiesta juvenil con ambiente del legendario Oeste celebrada en la residencia veraniega de los señores Reynals, en Castelldefels, con asistencia de gran número de invitados. Curiosa la repentina transformación, ampliamente comentada en nuestros círculos de alta sociedad, que esta noche se operó en los distinguidos anfitriones (don José de Búfalo Bill y doña Maribel de Juanita Calamidad) y también en sus salones y jardines, decorados conforme al estilo del viejo Far-West. En la foto de la izquierda todavía sonríen Merche Reynals y su íntima amiga Dotty Lacalle, graciosamente vestidas de bailarinas de «Saloon». Arriba, de izquierda a derecha según la posición del lector: Sissy Boada, Coqui Malabrada; Tan Pasarell, Polín Sánchez y Carlitos Romeu en la oficina del «sheriff», otro alarde de ambientación. Abajo, sentados y con sendas pistolas: Kiko Cardellach, Tina Portabella, Nuria Claramunt y un amigo de ésta no identificado y disfrazado muy convincentemente de «El Zorro» (deténte en esos tiernos ojos vengativos, en esa cabal sonrisa sarcástica). Rumor de conversaciones, risas, un viejo piano, el verismo escalofriante de un desafío a muerte en el «Saloon»: con estilo impecable «El Zorro» dispara el revólver que empuña su mano izquierda, al tiempo que con la derecha enlaza por el talle a la gentil hija de la casa (Merche Reynals) mientras en segundo término y algo desenfocado el traidor «sheriff» (Carlitos Romeu) se dobla de manera poco convincente. La fiesta transcurrió en medio de un animado ambiente de bromas y gags de aquellos viejos tiempos, y los señores Reynals fueron muy felicitados. He aquí un nutrido grupo de jóvenes invitados; el misterioso enmascarado aparece en las últimas posiciones, brazos cruzados sobre el pecho y apoyado indolentemente en una columna, medio oculto entre la bailarina de «Saloon» Nuria Claramunt y el elegante ventajista del Misisipí Kiko Cardellach (que aquel mismo verano, por cierto, moriría carbonizado al volante de su primer seiscientos con una prostituta; una triste historia). La última era, me di cuenta inmediatamente, una foto en cierto modo esperada por este lector tardío -pero entusiasta- de crónicas pequeño-mundanas: de pie ante la mesa de póquer llena de dólares, el enmascarado se ha ganado definitivamente a la bella y abate a tiros a su rival el poderoso banquero (Kim Bofarull), que cae fulminado. ¿Qué emanaciones sutiles de qué sueño enterrado, qué cabos sueltos e inasibles y casi perdidos en el tiempo ondulaban en esa foto proponiéndome atarlos al presente? Nuria había cambiado mucho, ahora me daba cuenta de lo niña que era entonces, debió de ser la primera vez que enfundaba sus piernas en unas medias negras de red. Convincentemente prostituida en su disfraz... Pero observemos a «El Zorro»: esta mirada va risiblemente más allá de la parodia, el disfraz no alcanza a ocultar un recelo que nos hermana, un destello, una fúlgida asechanza animal ante una superioridad del medio ambiente que no está por supuesto en las pistolas de plástico sino en lo real, en las reales categorías sociales que se ocultan tras los grotescos disfraces y decorados. Aquellos líos y manejos de Nuria, conozco a un chico para la instalación eléctrica de la fiesta... Sí, ahí debió empezar la cosa. Veamos este otro número, segunda quincena junio 1960, fuera Soraya en color intenta hacernos creer (sin conseguirlo en absoluto) que nadie la consuela en la soledad de su

destierro, dentro se ha casado Anita Desvalls con traje de *shantung* natural y joyas de antigua pertenencia familiar... Aquí:

En el marco incomparable del Club de Tenis La Salud y bajo una maravillosa noche estival cuajada de estrellas se celebró con extraordinaria brillantez la verbena a beneficio de la Congregación de Señoritas Visitadoras, de la que es activa secretaria la señora Carmen Reixach de Joveller (Menchu de soltera). Montse asistió, de mala gana. Los jardines gentilmente cedidos para tan benemérito fin aparecían bellamente iluminados y engalanados, ofreciendo un aspecto inolvidable, lo que junto a la noche deliciosa contribuyó a que los centenares de invitados prolongasen la animada fiesta hasta altas horas de la madrugada.

Además, una página entera con información gráfica. «Estás muy guapo», me dijo aquí Montse, momentos antes de quedar cegada por el flash, Vilella cazado con la cabeza vuelta hacia tío Luis pero con un ojo de serpiente traicionándole, fijo en el escote de Nuria, Nuria mirándome a mí, yo como un pasmarote, la boca abierta -pero nada de eso decía el pie de la foto, claro, ni tampoco que mi smoking y el de Salva eran alquilados. Me estaba enterando ahora que 1a velada fue amenizada por notables atracciones, entre las que destacaba el cuadro flamenco Los Contrahechos, y que se bailó animadamente a los acordes de varias orquestas que interpretaron escogidas composiciones. No faltaron los típicos puestos de churros, el organillo, los farolillos y otros simpáticos detalles propios de las fiestas de carácter verbenero y popular.

«Un poco estrecho de sisa, se te nota al bracear», me advirtió aquí tía Isabel, ya sentada a la mesa, sus ojos tontamente cerrados -siempre salía mal-. En ésta, conversando con las damas de la junta Organizadora y mostrando en el gesto sus dotes de mando (yo de pie tras ella, sólo se me ve hasta la cintura) no quedaría mejor, y un segundo después levantó el rostro para decirme: «Dile a Nuria que se suba de una vez. el tirante del vestido». Ahora resulta que en la organización de la memorable velada colaboraron eficazmente el doctor don Pedro Viu Comajuncosa, miembro distinguido de la Sociedad Iberoamericana de Josefología (estudios josefinos) y don Luis Claramunt Fisas, vocales ambos de la benemérita entidad, y una junta de damas integrada por doña Isabel de Claramunt (presidenta) y doña Marta Manau de Manau (vicepresidenta) y otras ilustres damas de nuestra sociedad. Bellas muchachas ataviadas graciosamente de «chulapas» madrileñas repartían boletos para una rifa a beneficio de los citados fines con valiosos obsequios cedidos desinteresadamente por importantes y prestigiosas firmas, contribuyendo así al gran éxito que alcanzó la verbena...

La alcancé en la orilla más soleada y luminosa de la pista, aquélla donde reinaban las debutantes, y rocé tímidamente su brazo con los dedos: «Nuria, tu madre dice...». «Déjame en paz, ¿quieres? Y quita las manos. Siempre tocando.»

Asistieron y dieron realce varias personalidades. De izquierda a derecha, empezando por arriba: condes de Arbós y marqueses de Calafell; baronesa de Fíguls y vizcondesa de los Cuerpos de La Nava; señores de Barrancós, Comamella, Juncadella y Gratacós; Llop, Dot, Bachs, Dachs, Codorniu, Llofríu, Salat y Rufat; Climent, Manent y Pudent; Sert, Mon, Nin, Amat, Serrat (don Oriol), Malet y Fatjó; Conill, Bofill, Gassol y Bassols; Faixat, Cotonat y Llapat; Bufalá, Pahissa, Pujol y Despujol. Y otros muchos que harían interminable esta lista. Tres bellísimas muchachas vistieron sus primeras galas de mujer: Menchu Nin, Chari Recolons y Nuria Claramunt. El trío de debutantes, elegantemente ataviadas, rivalizaban en belleza y simpatía. Estaban encantadoras y toda la noche se vieron rodeadas y solicitadas por un nutrido enjambre de jóvenes admiradores que las hicieron objeto de justo homenaje. Estuve dando vueltas en torno a las mesas de las casadas, deteniéndome en la calidad bronceada o marfileña de ciertos hombros desnudos. Varias veces me crucé con Montse, iba sonriendo de mesa en mesa con una amiga, recogiendo fondos. También estaban presentes y luciendo sus naturales encantos las señoritas Rosy Lagarde, Queta Camps, Tere Serrat y María Eulalia Bertrán. En la mesa, sentadas: Coqui Malabrada, Janine Xifreu, Yoya Fatjó, Cris Nogués, Maite Fontcuberta, Margot Arnús y Ana y Tona Gratamamella. Arriba: la mesa del conocido industrial don Jorge Reix Salarich y su familia. Abajo: la bailarina Lucero en un momento de su actuación.

Emitiendo lánguidos efluvios, prolongadas voluptuosidades (esa mezcla de cara fea y piernas bonitas que en las muchachas ricas resulta tan excitante), las menos agraciadas fumaban con una soltura envidiable y tenían en soledad un estilo de cruzar las rodillas y un mirar entre descarado y cegato que me sumía en hondas reflexiones sobre la vigencia y esplendor de nuestra tradición braguetística nacional. Pero el grupo de las debutantes era el más animado. Rodeaban a las hijas de la elegancia, haciéndolas objeto de admiración y simpatía, un selecto grupo de solteros de «alta cotización» entre los que pudimos distinguir a Guillermo Rivas, Miguel Ángel Amat, Salvador Vilella, Luis Trías de Giral, Francisco Javier Bodegas, Álvaro Clotas y Salvador Rosal. Siempre ditirámico (e ingenuo, v pues ni Vilella ni yo merecíamos ser incluidos en esta legendaria lista) el cronista consignaba que se había iniciado brillantemente el baile, animado por música que difundían los innumerables altavoces profusamente distribuidos por el parque, al mismo tiempo que se abrían los diversos y bien surtidos buf-

fets con cientos de botellas de *champagne* y de whisky así como millares de pastelitos, pastas, canapés, pollos fríos y aceitunas de diversos tamaños y colores. La selecta concurrencia fue espléndidamente obsequiada con generosos vinos de exquisita marca y grado. A Nuria le costó concederme un baile. «Tu hermana está muy nerviosa», le dije en esta borrosa panorámica, bailando muy juntos en la orilla del mar de cabezas. Yo no bailaba mal, sobre todo de cintura para arriba (un smoking envarado y varonil evolucionando con la fría elegancia de una percha), pero me traicionaba el loco juego de piernas, una tendencia plebeya a la floritura y a la espuela. Luego apretaría a Nuria tan dulcemente a mi cuerpo, insistiría tanto en pasear juntos por lo oscuro del parque, que se enfadó y no quiso bailar más conmigo. Se excusó y fue a arreglarse el tirante del vestido. En lo más animado de la fiesta, ocurrió que la vizcondesa de los Cuerpos de La Nava aceptó la invitación de una bailaora de Los Contrahechos y saltó al tablado, donde se arrancó por sevillanas. El garboso braceo de la vizcondesa fue muy comentado. La vizcondesa vestía un sencillo traje azul sin más adorno que unas flores en el pelo. Rápidamente se organizó una tertulia en la mesa de los señores Claramunt (don Luis), donde salió a relucir la gracia y la sencillez de la vizcondesa. Poco antes, el conocido, y prestigioso hombre de negocios don Jorge Reix Salarich, que ocupaba con su familia una de las mesas próximas al tablado, había prometido públicamente hacer entrega de una elevada cantidad en metálico con destino a engrosar los fondos prolabor social de las señoritas visitadoras si la vizcondesa se atrevía a aceptar la invitación de la bailaora. La ilustre dama no se arredró, y con rapidez subió las escaleras del estrado situándose en medio de Los Contrahechos. Y se arrancó por sevillanas. Con gracia, con garbo, con gentileza y elegancia inimitables la vizcondesa admiró a los asistentes y al final un gran aplauso premió su gesto alegre y generoso, mientras en su mesa don Jorge Reix echaba mano a la cartera, simbólicamente enfurruñado (buen perdedor eri estos lances, no hay que decirlo), y entregaba a la joven postulante Montse Claramunt la cantidad convenida en la original apuesta. Se le vio luego rubricar su rumboso gesto al besar inclinadamente gentil la mano de la vizcondesa y felicitarla por su lucidísima actuación, lo cual fue muy celebrado por la concurrencia en medio de un ambiente de franco buen humor y regocijo, si bien con la justa, no hay que decirlo, ponderación. Y sin más acontecimientos dignos de mención se reanudó el baile, que fue muy lucido.

Buscaba yo a Montse para saber a cuánto ascendía la apuesta, y no la encontraba (alguien me dijo que había ido a entregar el dinero a la junta) cuando tío Luis me puso la mano en el hombro: «¿Te diviertes, muchacho?», y el flash le inmortalizó de perfil, el vaso en la mano, la nariz vernácula y huraña rozando el trasero en segundo término de la señora Buxó. Yo no aparezco, fui excluido. Pero le dije: «¿Has visto a Montse?». «No.» Principal atracción de la velada fue el vals del Caballero de la Rosa bailado por las tres bellas debutantes, cada cual con el respectivo autor de sus días. Las debutantes efectuaron su entrada en el *gran mundo* con una profunda reverencia ante la nobleza, representada en esta ocasión por la vizcondesa de los Cuerpos de La Nava. Fuegos de artificio, cohetes y bengalas iluminaban la alta noche verbenera y derramaban perezosas estrellas. Ocurrió poco después: cuando aún no había empezado a despuntar el alba arrebolada por encima de los árboles artísticamente iluminados, y palpitaba intensamente la alegría de vivir en nuestros jóvenes corazones allí reunidos, y brillaba de manera especial en los soñadores ojos de las tres debutantes que infatigables bailaban con sus adoradores, en cuyos apuestos hombros recostaban las cabecitas turbadas por el dulce vértigo de la danza y por el éxito personal de esta noche que sin duda recordarían toda su vida, notóse la inexplicable desaparición de la gentil señorita Montse Claramunt, muy conocida y estimada en los medios de ayuda social y beneficencia diocesana. Su ausencia venía prolongándose por espacio de dos horas en el momento de ser verificada por la familia.

El hecho trascendió inmediatamente al público por culpa de Nuria, que manejó su nerviosismo como una forma sutil de coquetería: «Me temo lo peor... Llevaba mucho dinero...», decía a su corte de adoradores y a sus amigas, contagiándolas. En efecto, cundió la alarma y serpenteó entre la distinguida concurrencia al saberse que Morase era depositaria de cierta cantidad de dinero, una parte del producto de la venta de boletos más el importe de la memorable apuesta -cantidad ésta que no fue revelada, pero que viniendo de mano tan despreñada debemos estimar con largueza, por lo que sus padres, los señores Claramunt (don Luis), mostraron su natural inquietud ante tan extraño proceder, lo mismo que Nuria, que precisamente esta noche lucía por vez primera sus galas de mujer y vio de pronto su alegría ensombrecida por una nube de pesar. Ciertamente, esta deliciosa criatura de sedosos cabellos y turbadores hombros dorados (y decir esto es recoger solamente una parte de los elogios que estaban en la mente de los presentes) con su aire juvenil y deportivo adquirido precisamente en las pistas de este recinto, se afectó mucho con la desaparición de su hermana y anduvo buscándola de mesa en mesa con su libro de baile en el que recogía autógrafos, acalorada, con el pecho agitado y los labios entreabiertos, con su precioso modelito blanco muy escotado y causando la admiración general por su encanto y su belleza. Excitadísima preguntaba por la ausente, repartiendo discretas sonrisas que no conseguían disimular totalmente su angustia. ¿Qué hace mientras su primo? Nada. Sentado rigidamente al borde de la pista, frío y anodino, sin pasado y sin futuro, es un joven malconocido embutido en un sinoking de alquiler que observa con su melancolía de cretino comar-

cal a las jóvenes y ardientes parejas que evolucionan extasiadas bajo la luz de los focos... Seguía a Nuria una corte de admiradores deseosos de prestar gentil ayuda, pero ella no les atendía y su nerviosismo era tal que no se dio cuenta que se le había roto un tirante del vestido. Cuando una amiga se lo hizo ver, discretamente, en medio de la pista de baile, casi desierta en aquel momento y barrida por la rutilante luz de los focos, la joven, riéndose levemente, se cubrió la cara con las manos en un espontáneo gesto de rubor, que fue muy favorablemente comentado. Entonces fue corriendo hacia su primo, quizá para que también le alcanzara a él un poco de aquel éxtasis que irradiaba, una pizca de aquel homenaje de admiración, de aquel murmullo general, y durante unos minutos fue ella, si nos es permitido decirlo, la feliz triunfadora de la noche, la revelación de la temporada, la esperada y trémula aparición de aquella feminidad con casta y tradición seculares que convierte a nuestras fiestas, con su sola presencia, en hitos inolvidables dentro de la contemporánea Historia de la Sociedad. Maravillosa muchacha y maravilloso vestido, ciertamente. Su nombre iba de boca en boca y circulaban toda clase de rumores y discreciones cuando, de pronto, en un momento que en el ángulo más iluminado de la pista ella apoyaba su apesadumbrada cabeza en el pecho de su joven primo Francisco Javier Bodegas, se produjo en la concurrencia el milagro del presagio, algo que está más allá del tiempo y del espacio, la sutil percepción de su futuro de mujer mezclado todavía con un casto aroma de lirio tempranero e inmarcesible, con vagas historias o leyendas de rancio perfume virginal. En efecto, todo el mundo creyó ver que, en su constante ir y venir por entre las mesas buscando a su hermana, Nuria Claramunt llevaba ya consigo las insensatas luces del mañana, la amenaza fatal de otra vida más intensa y excitante, aquella cuyas puertas se le abrían alegremente esta noche con su brillante presentación en sociedad: las del amor -el redactor de *¡Hola!* se estaba pasando de rosca, evidentemente, pero su estilo literario ya me había penetrado: Había que ver, en efecto, la finura de los tobillos de gacela de la bella debutante en su inútil intento de escapar a los focos y a las miradas, había que ver y admirar los quiebros de su grácil cintura. Como en una revelación, comprendí de pronto, en mi quemante condición de primo carnalísimo, que aun siendo todavía una niña, había ofrecido ya en alguna penumbra propicia el abrazo de la ansiada incontenencia, por decirlo paradójicamente; era ya toda ella, poseída de algún modo por el delicado espectro de la hermana misteriosamente desaparecida en las tinieblas de la noche, la premonición de sí misma en el incierto mañana de la vida, ardiente y frágil llama expuesta a todos los vientos, indefensa criatura y palpitante encarnación de cierta feminidad suntuosa y siempre amenazada por un peligro oculto, astuto y viril, soberano y decididamente rapiñador.

«Sácame de aquí», murmuró su boca en mi pechera, de un blanco declinante. «Ya está bien con el numerito, ¿no?», le dije.

Preguntó insistentemente por su hermana en los grupos juveniles, pero en ellos resultó que apenas se había gozado de su amable compañía en toda la noche, pues era la joven desaparecida, según se dijo, de natural recatada y poco dada al baile. Discretamente circuló entonces un rumor, según el cual Montse había sido vista cerca de la entrada principal del Club, en el aparcamiento de coches, paseando por lo oscuro con un joven desconocido en mangas de camisa, moreno y más bien atractivo, no muy alto al parecer, aires de golfante, evidentemente ajeno a los beneméritos Fines de la fiesta. Con lógico sobresalto, al enterarse, mis tíos procedieron a buscar a su hija en las zonas más oscuras del jardín e incluso en el interior de los coches aparcados, comprometida operación que encerraba alguna sorpresa en materia de insospechadas conexiones trasconyugales y hasta cierto punto disculpables devaneos nocturnos. Tío Luis se mostró discreto y delicado hasta límites increíbles, en un partidismo que estaba en contradicción con sus principios morales y con el esfuerzo desplegado en la búsqueda. En algunas jóvenes parejas, el público reconocimiento oficial de su noviazgo asomaba altanero en sus ojos y entonces tío Luis se disculpaba, cerraba la puerta del coche y se escurría como una sombra. Resultó sin embargo especialmente irreparable el susto y la consiguiente fuga de los adormilados gorriones que, notando la proximidad de la aurora, se arrullaban urgentemente en las fragantes frondas del parque. Tere Serrat perdió un zapato.

«Se habrá ido a casa, tío», decía yo.

«Eso me temo, que se haya ido. Pero no a casa.»

La gentil personita motivo de justa preocupación, pues aventurándose al exterior de la noche con el dinero podía haber sido víctima de algún desaprensivo, fue hallada finalmente en el oscuro interior del lujoso automóvil Mercedes propiedad de la vizcondesa de los Cuerpos de La Nava. Lo que estaba haciendo allí resultó tan inesperado y fuera de lugar que produjo en los señores Claramunt (don Luis) una gran confusión: su hija se hallaba platicando acurrucada, o más bien francamente abandonada en los brazos del desconocido, posteriormente identificado como peligroso ex presidiario, que la besaba apasionadamente en los labios rojo cereza. «Sal de aquí», ordenó tío Luis abriendo violentamente la puerta. Sorprendida, con las mejillas encantadoramente arreboladas, parpadeando sus ojos negros detrás del cristal, con femenino gesto precipitado, la señorita Montse Claramunt compuso los pliegues de su falda al tiempo que sobre sus rodillas una tenebrosa mano masculina describía, en su

perezosa retirada hacia las sombras, un círculo incompleto de indiferencia y de fastidio. La puerta del automóvil abierta por tío Luis, y muy violentamente, la señorita Montse, visiblemente consternada, se tomó su tiempo en aparecer. La luz de la luna bañaba sus rodillas temblorosas, lo demás permanecía en sombras. El incidente se producía, no hay que decirlo, dentro de las más estrictas normas de la corrección. En este momento se hallaban ya presentes, además de mis tíos y de Nuria, algunos íntimos, entre los que citaremos a don Jorge Reix, al general laureado en reserva don Lauro Mata, a la vizcondesa de los Cuerpos de La Nava y al joven Salvador Vilella, asiduo acompañante de la señorita Nuria y muy allegado a su familia.

«¿No me oyes, hija? -dijo casi dulcemente tío Luis-. Que bajas en seguida.» Y dirigiéndose al intruso, impasible entre las sombras: «Finalmente tendremos unas palabras usted y yo, joven.»

Mantenia la puerta del coche abierta, estupefacto ciertamente pero sin perder en ningún momento la calma, esperando serenamente ver salir a su hija, cuando, anticipándose con su natural gracejo, conciliadora y mundana, diciendo algo a propósito de que las ciudades con puerto de mar son propicias al amor, la vizcondesa se asomó riendo al interior del automóvil y habló un instante con la furtiva pareja que, al parecer, aún no se había desenlazado totalmente por debilidad. La risa fresca y mediadora de la vizcondesa, mezclada con las notas musicales que la brisa traía desde la pista de baile, fue como un bálsamo para todos los presentes. Finalmente mi prima, que estaba radiante con su precioso modelo de encaje de pétalos y seda salvaje, hizo su esperada aparición al pie del automóvil y fue admirada por los curiosos, pasando inmediatamente a ocupar, del brazo de su padre, el sitio que le correspondía. «Y ahora quiero hablar con este sinvergüenza», insistió tío Luis. Un intenso y turbador olor a nardos se expandió repentinamente en la noche y envolvió las nobles cabezas de los testigos: ella, arrebolada, hermosísima, sostenía un precioso ramo que causó la admiración general. Él, sonriente, desconocido galán de rigurosa camisa blanca a manga recogida y con un negro mechón de pelos caído sobre la frente, descendió del automóvil con una sugestiva natural soltura que no pasó por alto a la selecta concurrencia. Con la delicadeza de que siempre hizo gala en situaciones semejantes, la vizcondesa acogió a la ruborizada joven, mientras la señora Claramunt (doña Isabel) sufría un ligero malestar pectoral y era asistida por su marido y el general, que inmediatamente procedió con bien timbrada voz y firme ademán a interrogar por no decir increpar al desconocido y vandálico joven que, con pasmosa sangre fría, cerró la puerta del automóvil y; tras dirigir una seductora sonrisa de aliento a mi prima y otra de agradecimiento a la vizcondesa, aprovechó la momentánea confusión para alejarse hacia la salida del Club, donde fue definitiva y convenientemente engullido por las sombras exteriores de la noche.

Pasado el primer efecto de estupor, los asistentes al acto procedieron a un discreto y susurrante intercambio de pareceres, distinguiéndose la recia voz del general al comentar desfavorablemente la indisciplina de la juventud actual, interesante opinión que no era compartida por la vizcondesa, de modo que entre ella y el general, mientras los demás regresaban a la pista de baile, la discusión se prolongó aparte y en la intimidad todavía caliente del automóvil de la vizcondesa hasta bien entrada la madrugada.

«¿Y el dinero...?», oí que Nuria le susurraba a Morirse al volver a la mesa. Montse callaba. Podía oírse todavía la aterciopelada risa de la vizcondesa fluyendo a lo lejos, en la exótica noche azul de su boca ancha, inmensa, vampírica, cuando la familia Claramunt y sus más directos allegados, dando por finalizado un incidente no susceptible de ulteriores complicaciones, pasaron nuevamente a ocupar su mesa y prosiguió la fiesta como si nada hubiera ocurrido.

Posteriormente se conocieron más detalles: el portero del Club declaró que el desconocido se le había dirigido en la entrada para rogarle amablemente que avisara a la señorita Morirse, pues tenía algo urgente que comunicarle; que hablaron largo rato en voz baja paseando por lo oscuro del parque y que luego subieron al automóvil, en cuyo interior estuvieron más de una hora aproximadamente; que la discreción que caracterizaba al servidor en cuestión le había impedido acercarse para ver qué sucedía en el interior del automóvil, pero que era fácil de adivinar, y que perdonaran la expresión. Sobre este punto, los comentarios en las mesas fueron de una absoluta discreción. En general, el singular suceso mereció el tibio calificativo de inoportuno, pero no constituyó al parecer ninguna sorpresa: se comentó que mi prima, actuando en funciones de la Congregación a la que pertenecía, y donde desarrollaba una positiva y benemérita labor social, frecuentaba misericordiosamente desde jovencita el trato de necesitados, enfermos, presos y demás gentes de humilde condición, en especial la del interfecto (un caso desesperado) en cuya compañía había sido sorprendida esta noche dentro del automóvil de la vizcondesa, y del cual era muy posible que se hubiese enamorado perdidamente, por esas cosas de la vida, en contra de los deseos y previsiones de la familia. Esto se dijo, y en sordina. Y con no menos discreción, teniendo en cuenta las virtudes que adornaban a mi prima, igualmente fue considerada la posibilidad de un devaneo, un repentino, aunque ciertamente poco oportuno, raptó de los sentidos. Sea como fuere, llamó la atención el que desde este momento muchísimos jóvenes pertenecientes a distinguidas familias de la mejor sociedad barcelonesa hicieran objeto de

sus preferentes atenciones a la felizmente recuperada señorita Claramunt, que daba muestras de su natural fatiga y emoción, por lo que no tardó en retirarse a sus aposentos con su familia, tan conocida y estimada en los medios.

No trascendió de los círculos estrictamente familiares la nueva prueba que Montse había dado de su insensata generosidad y de su total sumisión al presidiario (le hizo entrega del dinero que ella había recaudado), y la fiesta prosiguió muy animada, prolongándose hasta altas horas de la madrugada. En resumen: una noche inolvidable para cuantos se congregaron en aquellos hermosos jardines.

La huida

Capítulo 23

Tal vez lo que mejor expresa mi irresponsabilidad son estos acogedores baches de alcohol de que antes he hablado: me hundo en ellos alborozado porque cualquier tipo de estabilidad sentimental me fatiga y me asusta. Afortunadamente el nuevo día trae siempre nuevos interrogantes, en los que uno se puede apoyar para incorporarse, afirmar bajo el sobaco a modo de muletas y, a la patacoja, echar a andar.

-Explicame qué hacía él allí -le dije-. No me habías hablado de los Reynals ni de su fiesta...

Sentada al borde del lecho, Nuria se frotaba el cuello con una gran toalla de baño color miel y me miraba desde una recelosa altivez. La cabeza ladeada sobre el hombro, sus ojos esquivaban el humo del cigarrillo que colgaba pesadamente de sus labios.

-Qué cosas tan divertidas se te ocurren -murmuró.

-Le he reconocido en las fotos. Y le he reconocido, a pesar del disfraz de «El Zorro», porque es el único que se interpreta a sí mismo de manera convincente.

-Será mejor que te vistas, es tarde.

-¿Tarde para qué, prima?

Sin convicción, casi sin voz, Nuria respondió:

-Deberías ir al hotel y ocuparte de los pasajes...

-Luego. Ahora cuéntame, anda.

Su boca rosada y fría que venía del baño aplacó durante un rato mi curiosidad. Su piel olía intensamente a agua de colonia.

-No veo la necesidad -dijo- de que Salva te encuentre en la cama. Seguro que está al llegar.

-Hablaré con él.

-Nada de escenas. Además, que ya se las apañará él para hablar contigo. Espera y verás. -Notando que yo no la escuchaba, que la miraba esperando aquella aclaración que se refería al pasado, me miró con recelo y añadió:- ¿Crees que te oculto algo?

-No se invita a un electricista a esa clase de fiestas -le dije-. Aunque sea el que haya hecho la instalación. A menos que...

-¿Qué? -Se rió-. Ya veo que te despiertas aún más bebido.

-A menos que sea un amiguito de la hija de la casa, por ejemplo.

—La prima Merche ni le conocía.

-Entonces fue una de tus travesuras.

-De las dos.

-¡Ajá! Me da en la nariz -insistí una vez más- que tu marido se muere de ganas de hablarme precisamente de eso: decirme que tú también tuviste que ver con el tipo. Cree que no lo sé.

—Déjale que hable lo que quiera. Ojalá. Todo sería más fácil.

Se levantó, corrió nuevamente las cortinas y en medio de la penumbra volvió junto a mí sigilosamente, descalza. El templado baño había suavizado aquella cualidad desdeñosa y fugitiva de sus movimientos, y ahora una tibia afluencia de abandonos iba desarrollando en su cuerpo una secreta naturalidad. A menudo me preguntaba qué me unía a ese cuerpo, como no fuese la vieja memoria de un ensueño que buscó un acuerdo con él. Arrodillada en la cama se frotaba furiosamente con la toalla los cortos cabellos mojados y en su cara había una tirantez maliciosa y adorable que la remitía bruscamente al «Saloon» de los Reynals. Comprobé cuán difícil le resultaba hablar de él sin relacionarlo con Montse: empezó mezclando historias creadas por el resentimiento y el olvido, esas falsedades tenues corno telarañas que la negligencia teje y desteje detrás de los recuerdos. De mala gana acabó por confesar que sólo pretendió darle al chico una oportunidad de ganarse unas pesetas con un tra-

bajo extra, y que por eso se le ocurrió proponerle a la prima Merche que fuera él quien se ocupara de la instalación eléctrica de la fiesta. Quinientas pesetas se sacó, más la sisa en la compra de material. Ella misma le llevó a Castelldefels en su coche, y el chico regresó en tren aquella misma madrugada (ella se quedó a dormir en la casa después de la fiesta, en la que participó un rato por decisión secreta entre ella y su prima: les divertía la idea de disponer de un «Zorro» cuya personalidad fuese un verdadero misterio para los demás chicos y chicas). Cuando se lo propusieron, él creyó que se trataba de una broma y se negó rotundamente a disfrazarse, estaba cansado; además de hacer su trabajo se había pasado parte de la tarde ayudándolas gentilmente a adornar la pista de baile. Pero Nuria, que lo había presentado como «un amigo de confianza», le convenció para que se disfrazara de «El Zorro» con la ayuda de su prima. A Morirse no le dijeron nada, podía haberse enfadado...

-¿Vivía ya con él?

-No. Fue poco antes.

-¿Por qué nunca me has hablado de eso?

-Qué importancia tiene. Casi lo había olvidado. Por aquel tiempo yo tenía un espantoso lío en la cabeza... Por lo demás, nadie supo que era el protegido de mi hermana, ni siquiera la prima Merche... ¿Por qué te ríes?

-Imprudentes caperucitas. Teníais al lobo feroz en casa, hambriento de un hermoso y solvente conejo catalán, y vosotras tan confiadas...

-No hace falta ser grosero.

-Pero ¿y los padres de Merche? ¿Cómo consintieron, con su posición...?

-Ni se enteraron -me cortó, sonriendo compasivamente-. Como buen palurdo, siempre has atribuido a los ricos una gran malicia social, una desconfianza excesiva.

Estuve un rato callado. Luego dije:

-Volviendo a tu hermana: ¿se marchó de tu casa, o se quedó en la pensión?

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir si escapó de casa para irse a vivir con él, o se fue a vivir con él para escapar de casa.

Oculto la cabeza bajo la toalla, Nuria resopló:

-No empieces con tus sutilezas. Yo qué sé. Un día por la mañana salió de casa para ir al Hogar Social de no sé dónde, y ya no volvió. Eso fue todo. Alguien la vio, una amiga suya...

María Cinta (la recuerdo: ojos vivarachos, robusta sonrisa de encías rosadas, parlanchina y andariega asistente social dotada de gran perspicacia para penetrar en los problemas ajenos) fue la última que la vio, en efecto. Y había de contar a todo el mundo, cuando se enteró de la desaparición de Montse, que precisamente aquella lluviosa tarde que encontró a su amiga en uno de los barrios apartados y populosos donde solían operar juntas, al verla con la cara tan lastimosamente quemada por el sol, tan estúpidamente despellejada, tuvo el presentimiento de que estaba expuesta a que le pasara una desgracia; que le pareció más vulnerable que nunca, remota e inaccesible, como si en lugar de vivir soñara, como si estuviera completamente sorda; que adivinó tras ella, durante el rato que estuvieron hablando allí de pie, en medio del paisaje inhóspito, rodeadas de barro y charcos de agua, aquella presencia de él siempre cautelosa, protectora, sarcástica y victoriosa; que percibió en la tez enrojecida y desollada de Montse aquella fiebre, aquella temperatura de desastre que más allá de lo cómico y lo ridículo nos hace rumiar sobre el destino de ciertas pobres chicas que ignoran su destino. Por supuesto -precisó-, Montse no le reveló su intención. Iba con una niña, cuya manita sucia y reblandecida por lágrimas y mocos así fuertemente, y la llevaba a que la pincharan en el Dispensario del Hogar cruzando la enfangada plaza o mejor descampado del Satélite (Ciudad Satélite San Ildefonso, «Ciudad sin ley», la llamaban), pero en cierto momento la niña se soltó y se agachó para hacer pis junto a la barraca de un guardián de obras, mientras ellas hablaban. Quietecita, con las manos pegadas a las rodillas y un pasmo en los ojos, mientras orinaba en cuclillas la niña miraba a Montse y ésta miraba al vacío, la mentira de un domingo que allí moría como de vergüenza; no atendía a las palabras de la asistente social, no percibía su sincero interés, su preocupación por ella. No le habló siquiera de que aquella horrible piel roja como un tomate estaba así por haberse atrevido una vez más a ir con él a la playa libre de la Barceloneta; no se lo dijo aunque en el fondo lo deseaba y lo necesitaba, reconociendo incluso que una (dio a entender de sí misma María Cinta) es una chica moderna y comprensiva -esa abrupta manera de andar y de hablar, de enfocar los problemas del vecindario, no sé, inspira confianza, y tienen algo, las asistentes sociales, que les hace parecer más preparadas y realistas que nosotras las visitadoras, dijo Montse de ella una vez-, de otro estilo, en fin, y todo el mundo sabía que la propia Montse la admiraba por su eficaz labor, por sus decisiones rápidas y acertadas nunca apoyadas en juicios de orden moral, sino simplemente de orden práctico y social (lo higiénico, lo laboral, lo sindical, lo alimenticio, lo sexual). Ciertamente, qué distintas a las Hijas de María estas promociones de asistentes sociales recién salidas de la escuela. ¿Llegó Montse a sentirse desplazada también en eso, en lo que hasta entonces había sido la razón de su vida? Siempre estuve tentado de suponer que veía en María

Cinta a la joven que ella nunca podría ser: alguien que analizaba y extirpaba todos los problemas (el de la promiscuidad, por ejemplo) sin jamás revelar sentimientos ni emociones, como un cirujano cuya penetrante mirada llegara hasta la raíz del mal, las motivaciones, siendo éstas la única razón de su interés. Esta cualidad era precisamente la que le permitió a María Cinta deducir, aquella tarde, que el grave trastorno síquico (así lo definió) de Montse provenía del hecho de que en todas las puertas amigas donde había llamado (feligreses ricos de la parroquia, empresarios y clientes amigos de su padre, influyentes amistades de su madre) solicitando una oportunidad para su protegido, se había encontrado con que la gente ya estaba sobre aviso, probablemente advertida por tío Luis, que, sin duda, quería evitarle a su hija un desengaño.

No quedó muy claro que esta tarde él estuviese cerca de Morase mientras las dos amigas hablaban, pero a veces la acompañaba y podía esperarla para regresar juntos a la pensión, quizá podía verlas en medio de la desolada y encharcada plaza, recostado perezosamente (me gusta suponerlo) en la puerta de alguna taberna llena de andaluces, con una botella de cerveza en la mano, observándolas con fatalista imperturbabilidad, casi irónicamente. María Cinta no aclaró eso, vio dijo que él hubiese intervenido en la conversación ni que anduviera cerca de Montse; pero era indudable que le conocía, que le fue presentado alguna vez: tenía de él una opinión demasiado inteligente, elaborada; hablaba del chico como de una presencia inevitable, vigilante y desganada, alguien que sin quererlo se veía metido en un compromiso que nunca buscó ni eludió; un joven apuesto en su indigencia, distante y felino, curiosamente maduro para sus años, envuelto en un palpable efluvio de hastío y de listeza; no era la suya (dio a entender la asistente social) esa listeza activa y locuaz del joven que está seguro de sí mismo y sabe que no tiene más que esperar, y cuya espera llega a reflejarse en una jactanciosa costumbre muscular que hace particularmente odiosos a los hombres. No; mostraba un pesimismo púdico y respetuoso, despojado de arrogancia, desesperanzado y a la vez -eso era lo inquietante- lleno de poder. Realmente amaba a Montse, aunque, por supuesto, a «su manera».

Tal era la impresión de la asistente social; criterio agudo y discutible pero en ningún aspecto ofensivo para Montse y para su amigo: sobre eso añadió que ella ni siquiera podía imaginárselos en la intimidad; cuando trataba de hacerlo (igual me ocurría a mí, por aquel entonces, y a ti, acuérdate) lo más aproximado a la realidad se reducía a ver una borrosa pareja con escasa vocación de pareja y unida por el azar -las dificultades, el ambiente hostil- con más fuerza de la deseada, dos espectros que pasean soñando posibles apariciones, etéreos y sin preocupaciones carnales, de espaldas al bestial griterío de acusaciones y repudios que familia y feligresía esgrimía contra ellos; era un noviazgo indefinido, inverosímil, del cual, según ella, nunca habló seriamente. Inverosímil, eso: un mito, algo que fue engendrado Dios sabe cuándo por la misma familia, un reflujó del metabolismo, del carácter y el miedo de los Claramunt frente a la vida.

En realidad, la conversación fue breve y trivial: dijo María Cinta que de pronto, contrariando sus quehaceres de aquella tarde, Montse abandonó la niña a su cuidado y se despidió precipitadamente. «Si mañana en la reunión ves a mamá-le dijo cuando ya se iba, sin mirarla, los ojos atrapados, más allá del aire cargado de lluvia, en un mañana incierto y no deseado pero necesario-, dile que estoy bien, que no se preocupe.» La asistente social confesaría que tardó un rato en comprender, pero que, sin embargo, mientras la veía alejarse por el descampado, sorteando cuidadosamente charcos, latas llenas de agua de lluvia y podridas jaulas sin pájaros, le pareció -pero que no le preguntaran por qué- como si alguien la esperara en alguna parte, y como si ella acudiera a ese alguien obedeciendo no tanto al deseo de un encuentro como a la necesidad de una ruptura.

-Nosotros -dijo Nuria- lo único que hicimos fue ocultar a mis padres el paradero de Montse todo el tiempo que pudimos. Fue idea tuya. ¿Qué pretendíamos con eso?

-No sé. Eras tú la que me preocupaba -le dije-. Ya llevabas una vida muy rara y excitante, ya casi no querías verme, me mentías, no sabías explicar adónde ibas ni con quién salías...

-Salía con Salva, nunca te lo oculté.

...y yo te iba perdiendo poco a poco.

-Nunca fui tuya. -Pareció dolerse de haber dicho esto-. Eran ilusiones que te hacías. Yo quise convencerme de que ya no estaba enamorada de ti, seguías gustándome enormemente, pero tenía miedo...

Su coche parado frente al General San Martín, sus brazos colgando sobre el volante, la radio encendida mientras besas su nuca al fin sometida: todo a punto para llevarla a tu cuarto de la pensión. Fuera, un cálido atardecer de principios de agosto prolongando aquel deslumbramiento (todavía no has devuelto el smoking) que arrastras desde la verbena, el último espejismo de naufragio que te ciega y te impide ver las parejas sentadas en los bancos del Mirador, algún paseante solitario que lanza furtivas miradas al interior del coche mientras acaricias sus rodillas, sus medias negras de red. «¿Te gustan? -ronroneó ella-. Las llevé en la fiesta de Castelldefels... Me las quedo. Pensarás que estoy chiflada, ¿no?» «Si se entera tu madre...» Se las ha puesto aquí mismo, dentro del coche, no ha querido esperar a hacerlo en tu cuarto. Una mujer, se ha hecho una mujer en menos de un mes,

incluso su voz ha cambiado -y, aunque no parece que nada de eso sea verdad, es muy posible que haya llegado la hora de anclar en la rubia bahía: por fin, parece mentira, Nuria consiente que la lleves a tu cuarto, aquí está con una pasmosa tranquilidad, abandonada sobre el volante de su Seiscientos y dejándose acariciar mansamente los muslos mientras sus ojos escrutan el portal de la pensión en espera de ver salir a la patrona. «Seguro que es esta noche?» «Sí -le dije-. Cada domingo va al Roxy con su sobrina y su novio.» Y precisamente cuando menos podías esperarlo; cuando parecía que sus besos se habían enfriado y ya salía frecuentemente con Vilella y otros que nunca quiso decirte quiénes eran... Tiempo atrás ya te había anunciado, después de una de aquellas laboriosas y penosas tandas de magreo que casi siempre degeneraba en lucha, en el jardín de su casa: «He decidido ir de excursión con Salva. Una escalada en el Montseny. Debe de ser divertido». «¿Con ese carca?», protesté débilmente, y ella: «Me he dado cuenta de que es un gran chico...» Y fue a esa excursión, y a otra y a otra, y algo en su cara, no sabrías decir qué, un latido anhelante, seguía golpeando el centro de tu deseo cada vez que os veíais... Alegrementemente cogidas del brazo la patrona y su sobrina se alejan por la acera, apresuradas y parlotando (el novio las alcanza poniéndose la americana) en dirección a la plaza Lesseps, cuando de pronto, inexplicablemente, Nuria se yergue rígidamente a tu lado y su espalda empieza a agitarse por los sollozos mientras ya sus manos están manipulando desesperadamente en las sombras, bajo el volante, quitándose las medias de red a tirones, como si se despellejara dolorosamente las piernas, llorando de rabia y de vergüenza. Gritando se pregunta a sí misma qué está haciendo aquí, contigo, qué espera, ya se lo había advertido Salvador, por qué la has obligado a ponerse las medias, «¡No me toques, jamás entraré en esta horrible pensión, asqueroso, qué te has creído, baja del coche ahora mismo, baja...!». «¿Qué te pasa...? Nuria, espera...» La puerta se cierra violentamente, el pequeño Seiscientos se balancea un rato, ella agitándose todavía, como debatiéndose con el volante y los mandos, la falda por encima de las rodillas y las medias enredadas en sus manos, pone el motor en marcha entre hipos y suspiros y sin mirarte arranca con una brusca sacudida, te quedas viendo cómo se aleja el coche, pasmado, impotente.

El domingo siguiente te llama desde el Club. Voz grave, reposada, la crisis queda lejos: que la perdones, se portó como una tonta, que mañana vayas a buscarla a casa, si quieres... Ese lunes es ~y fiesta y supones que los tíos y Montse estarán en Sitges, se aproximan las vacaciones y seguramente (Nuria te lo dijo) serás invitado a pasar unos días con la familia..Sitges, hermoso puerto para anclar definitivamente... Pero cuando llegas a la torre, Nuria ni siquiera se acuerda que estaba citada contigo; está tñuy lejos de hallarse sola en casa y de acceder a tus pretensiones: a quien ves primero es a tío Luis, en la galería, hundiéndose pensativamente en los cojines de la mecedora con su batín corto de color verde botella, y luego a tía Isabel sollozando ante un Vilella pulcramente dominical, silencioso, solícito. Y es Nuria, envuelta en una bata y despeñada, bellísima, quien te retiene unos segundos en el pasillo para darte la noticia:

«Montse lleva dos días sin aparecer por casa.» «¿Cómo?» «Que se ha ido.»

El sábado por la noche -te explicó-, al volver de la parroquia, rñuy alterada, tuvo una nueva agarrada con papá, esta vez fue terrible, al parecer papá se ha propuesto entorpecer todas las gestiones que ella hace por ahí entre amigos y parientes para conseguir una colocación para el chico, y Montse quiso saber por qué papá hacía esto en vez de ayudarla, llorando le dijo que no podía creer que todo el mundo se comportara así con ella, que no lo comprendía, que la llenaba de tristeza y de vergüenza, y entonces papá explotó y la insultó con palabras horribles, es la primera vez que le oigo decir taiiras palabrotas juntas, la llamó imbécil y boba y hasta marrana que Dios sabe qué haría con ese degenerado en aquella habitación y en la playa, había que ver su cara de payasa, y qué había hecho del dinero que había robado para él en la verbena, y de su sueldo, que si no le importaba nada la vergüenza que su madre estaba pasando por su culpa, en fin, fue horrible. Nunca jamás en casa se había presenciado una escena semejante, papá estaba desconocido. Montse no volvió a abrir la boca para nada, se encerró en su cuarto y no bajó a cenar. Esta misma noche papá salía de viaje, con Salvador, y ahora al llegar se ha enterado. Está furioso.

«¿No habéis sabido nada? -le preguntas-. ¿No ha llamado?» «Esta mañana. Sólo ha querido hablar conmigo: que le dijera a mamá que está muy bien, y que de momento no piensa volver...» «¿Qué hacemos, Nuria? Oye ¿por qué... por qué no te vienes conmigo y hablamos de lo que se puede hacer, en mi cuarto...?», aún fuiste capaz de proponerle. «Tenernos que ir a buscarla», respondió ella, y tú: «No».

-Todo aquello me asqueaba -dijo apartando la toalla de baño y abrazándome. Por supuesto en el «todo aquello» incluía mis amorosas pretensiones de aquel día, que habían de frustrarse una vez más. Y añadió-: En medio de todo aquel lío, Salva me quería a su modo...

-Diocesanamente, supongo.

... y su proximidad me hacía tanto bien. Tú en cambio me dabas miedo. Me atraías enormemente, pero me dabas miedo.

A su lado, muy cerca, Vilella le asegura que todo se arreglará. Tío Luis, después de escuchar las lamentaciones

de tía Isabel como si mirara a través de ella, se encara con Nuria, luego contigo: «Bueno, ¿qué esperáis? ¿Cuál es la dirección, dónde vive?» Sí, hay que hacer algo enseguida, subrayó Vilella. Antes de responder a tío Luis, mi mirada se cruza un instante, imperceptible e irónica, con la de Vilella (tú me observabas en suspenso, llena de dudas y temores) y finalmente, abriendo los brazos con gesto de impotencia, respondo: «No sé, tío. Cambió de domicilio hace un mes, y no he vuelto a verle. Además, no es seguro que Montse esté con él».

-Sí, me atraías y me dabas miedo -prosiguió Nuria-. No sé por qué, una noche, durante una especie de crisis, se lo conté todo a mamá. Ella ya sospechaba tus intenciones, tus manejos para llevarme a tu pensión, nuestros encuentros, hasta dónde habíamos llegado, todo. Me porté como una niña estúpida.

Pero eso fue mucho después, cuando ya tu hermana llevaba varias semanas fuera de casa y tu madre estaba más preocupada por eso que por nada.

Desde su sillón, tía Isabel nos mira sin vernos, con los ojos maltratados por un llanto que nadie presencié nunca. Primera vez que sientes verdadera pena por ella: horas en este sillón pensando en su hija perdida, esperándola, siguiendo sus pasos, confortándola con novenas y rosarios.

El rescate

Capítulo 24

Ya no era ella y sin embargo seguía siendo ella, ratificada súbitamente bajo otra luz pero intacta y robustecida su discreción y su salud moral, ensimismada. Por la mañana, arrodillada sobre la cama revuelta, la cabeza despeinada y ladeada, Montse se entretiene arrancando cuidadosamente la piel de seda de sus hombros quemados por el sol de las playas libres. Lo hace despacio, soñolienta, replegada y absorta en sí misma. Con el vaso de nescafé en la mano, de pie en el balcón, desnudo el torso, él bromea diciéndole que ya ha cambiado totalmente la piel, como las serpientes, dejándola tras de sí con todo lo demás... Y Montse se sonríe irguiéndose sobre las rodillas, despezándose con los brazos en alto, estatuaría en medio de sus delicados, finísimos, lastimados despojos de seda marca Claramunt.

-Sí -dijo Nuria-. Así fue.

Así es como la veo: un cuerpo nuevo que envuelve el mismo áureo ensueño de siempre. Definitivamente contaminada, enamorada, seguramente a veces aún imaginaba lo que pudo haber sido para los dos aquel incierto verano si no hubiese mediado la incompreensión y la intransigencia, si no le hubiesen obstruido los canales de su salida al mundo, y entonces cambiaba el presente por la visión lastimada de un noviazgo creciendo feliz a la sombra familiar y parroquial, la postal ingenua y luminosa donde se veía con él apretando brazadas de lirios tronchados, atravesando jardines cuajados de flores, cogidos del talle, la cabeza recostada en su hombro. Evocaba fragmentos de días no realizados y perdidos para siempre, la armoniosa continuidad de aquellas horas litúrgicas y soleadas al abrigo del Centro y de las dulces amistades de ayer, agriadas hoy, una paz de espíritu que en tiempos todavía no muy lejanos le parecía suspendida en la misma luz de las mañanas de domingo, esplendorosa luz eucarística cuyos primeros fulgores se remontaban a la ciega niñez, y de la que él hubiese hoy podido y debido beneficiarse compartiendo con ella las solemnidades, el quehacer parroquial, las inquietudes y la atención por los niños, sus queridos niños de barrio, aquella tibia red de afectos infantiles en la que siempre anduvo alegremente enredada. A ratos debía preguntarse si la infancia y la adolescencia no habían sido un mal sueño. Con la mente desconcertada, humillada la razón, seguramente a veces cruzaba ante sus ojos la sombra de aquel paraíso para el cual había sido educada y destinada, y en medio de la soledad de sus últimos días, en cualquier parte, perdida entre el gentío anónimo de un autobús o un tranvía, o al salir de misa en Santa María del Mar, cuando miraba a las parejas de enamorados con ojos cegados por la luz del día, todavía debió de asaltarla el fantasma de aquellas relaciones formales muertas antes de nacer, sin el beneplácito que habría permitido progresar en una dirección moral más acorde con las enseñanzas. Si a él le hubiesen admitido, cada día habría ido a esperarle a la salida de la fábrica para colgarse sonriente de su brazo como una novia cualquiera, y luego habrían paseado juntos, sin temor a las miradas, hasta el Centro o hasta su casa; en fin, habrían hecho todo aquello tan simple y tan hermoso, y que muy bien pudo haber sido de haberse cumplido aquella vaga promesa de carismas que siempre murmuró la vida...

-Sí, pudo haber sido-dijo Nuria.

En cambio, ahora el domingo la sorprende en una cama ajena lejos del hogar, jugando sobre las sábanas con el primer rayo de sol y con los polvos talco que él esparce solícitamente sobre sus hombros y su espalda. Para acortar la distancia que hoy la separa de aquello, le basta con musitar una oración. Inmediatamente después de saltar de la cama dedica arrullos y mimos a los canarios, cambia el agua de las jaulas (poseída por la esperanza, ya ha suplido en todo a la viuda), les da alpiste y pone entre los alambres una hojita de lechuga, ante la cual revolotean alegres los pájaros. Allí, de pie y a contrasol, a medio vestir, de puntillas, el pelo en desorden y piropeando a los pájaros, la segunda mutación física -que en parte fue un regreso a la pubertad- debía de ser patente. Pero ni siquiera esta visión podía sugerir en ella un temperamento estrictamente sensual; ni otras mucho más que-mantes que varias semanas de intimidad en aquella habitación y aquella cama, durante días y noches, hacían per-

fectamente imaginable -entrañables, amadas visiones de mi prima que, en consideración a nobilísimos principios de ética claramuntiana, felizmente reinante en la península, dejaremos aquí de lado.

-Vale -sonrió Nuria.

Y por la noche solía sentarse con él al fresco del balcón y le explicaba sus proyectos, alentándole. Se prometía una caridad sin límites, una vela perpetua en algún barrio humilde donde juntos podrían vivir y trabajar alejados del recuerdo, y ya se veía con él ante un remanso de azoteas con ropa tendida o paseando por calles del extrarradio sin nombre y anónimas plazas del cinturón industrial. Llevaba casi dos meses viviendo con él; el abandono del hogar había coincidido con las vacaciones de agosto, cuando un oportuno Congreso en Zaragoza se llevó felizmente a tu padre asistido por sus acólitos (Salvador Vilella entre ellos). Sin nada que hacer, convencido ya de que tú no me invitarías ni un par de días a Sitges, donde tu desolada madre había accedido a refugiarse aconsejada por tío Luis, que al regresar y enterarse de lo ocurrido montó en cólera, yo hacía frecuentes visitas a la pareja en la pensión, solidarizándome amargamente con ellos y con mi propio aislamiento vocacional -y, al parecer, merecido: todos sabían que me había propasado contigo-. Tu padre inició desde el primer día una serie de gestiones, secundado por Vilella, encaminadas a recuperar a Morirse. Todo se hizo con la máxima discreción y tío Luis se mostraba confiado: daba ya por seguro que la estupidez de su hija no era cosa pasajera, pero al mismo tiempo confiaba y esperaba ese momento que su impune experiencia de empresario gustaba definir como «la hora de enseñar los triunfos». Al parecer se obligó a concertar una serie de encuentros con Manuel (aunque nunca consiguió ver a Montse) que resultaron infructuosos; pero esto no se supo hasta mucho después. judicialmente no podía hacer nada, Morirse era mayor de edad. Mientras, la familia mantenía una gran reserva y esperaba. Y Salva nos interrogaba (él nunca creyó en nuestra inocencia), a ti sobre todo te asediaba con la excusa de querer únicamente el bien de Montse... En cuanto a Manuel, se mostraba preocupado e inquieto, si bien había aceptado a tu hermana con el mayor cariño.

Y llegó la noche de un miércoles, y nadie sabía que en cuatro días todo habría terminado. Ella, nerviosa y caprichosa, más desconcertada que nunca, hablaba ahora de asistir a un retiro espiritual para señoritas en San Cugat; cierto, solía ir cada año, pero esta vez no era exactamente por satisfacer una necesidad de aislamiento y reflexión, sino por establecer una relación con alguien, buscar otra influencia, otra ayuda. Porque después de un par de gestiones en Sabadell, acabaría por reconocer que yo tenía razón y que aquel pariente de lo más lejano, aunque aseguraba apreciarla mucho, tampoco se decidía a colocar a su recomendado (de cuya capacidad para el trabajo no dudaba, eso no) sin el visto bueno de tío Luis. En efecto, el fabricante sabadellense recelaba no menos que los demás: como miembro del consejo de administración de Claramunt, S. A., ya debía estar enterado del paso que Montse había dado.

-Bastaría que se lo propusiera -se lamenta Morirse mientras se recoge el pelo en la nuca, las horquillas en la boca- y tendríamos el empleo mañana mismo... Pero espera y verás.

-Y dale -protestó, aburrido-. ¿En qué mundo vives, prima? ¡Mira que eres terca!

-Fíjate que en Sabadell incluso habíamos encontrado un ático bien barato en la casa donde vive la profesora de piano de Merche Reynals, sin traspaso y cerquita de la fábrica, muy pequeñito, pero suficiente para dos personas... -Sus fatigados ojos parpadean, vuelven a enredarse gozosamente en aquel mañana ideal y luego se fijan en mí, sentado en la pequeña silla del balcón. Abajo, en la acera, Manuel habla a la luz de un farol con un joven transportista del Borne que hace un par de días le propuso un trabajo; se ríen; cabizbajo, sin mirarle, Manuel se limpia las uñas con un palillo. Observo nuevamente a Morirse: «¿Merche Reynals?», inquiero, tanteando en el recuerdo unas trenzas rubias, unos lacitos azules, cuando ya Montse parece volver en sí: « ¡Ah!, no te he hablado de eso. ¿No recuerdas a Merche, la hija de aquel cuñado de tío Carlos, que a mamá le hacía tanta gracia? De niña estuvo en casa alguna vez, ¿no te acuerdas? Ahora no la conocerías, se ha hecho una mujer, y muy guapa. Pasan el verano en Castelldefels. Nuria ha ido a sus fiestas...».

Los brazos en alto, tanteando nerviosamente el exacto emplazamiento de la última horquilla en el pelo, se levanta de la cama y cruza la habitación después de comprobar que mi vaso está vacío una vez más.

-Sí, creo que sí -me oigo decir más allá del vino; yo niño bien vestido en un jardín que se ilumina fugazmente y donde sonríe un fauno desnarigado, mi mano tendida hacia las rubias trenzas...-. Sí. Pero bueno, ¿tú con quién hablaste del asunto, con ella?

-Con su padre. Pero suerte tuve de Merche, enseguida se hizo mi aliada. Verás... -Por un momento parece desorientada en medio del cuarto, con la botella en la mano-. Lo malo es que la segunda vez que fui a Sabadell me pareció que ya estaban enterados de todo. De todos modos, no dijeron que no.

-¿Cuándo fue eso?

-Dos semanas hará.

-¡Ja! ¿Y no has vuelto a saber nada? Entonces, olvídalo.

-Veremos.

De repente me sale:

-Lo que debes hacer es ir a ver a tu madre.

Junto al farol, abajo, él desmenuza el palillo con los dientes y de improviso levanta los ojos al balcón: una paciente vigilia cobijada bajo las pestañas espesas y negras, una atención hondamente cansada, indiferente; se diría la vaga mirada de un padre que desde alguna habitual reflexión acerca de sus responsabilidades se asoma un instante para verificar que su criatura sigue allí cerca, segura en su soledad o encierro, jugando con inofensivos cachivaches y animales domésticos. Velando ahora él por ella, sus ojos no pueden por menos de considerar con cierto recelo estos laboriosos, inútiles esfuerzos de integración que Montse se empeña todavía en desplegar, pues ya las afinadísimas voces adineradas, que nunca dejaron de conspirar en torno a su arrogante cabeza, avanzan cautelosas, cargando el potencial sonoro y desplegándose armoniosamente hacia la alta y vibrante nota final. Pero nada hace sospecharlo todavía en este momento, las diez y media de un miércoles veintidós de septiembre, en las primeras semanas de trabajo después de las vacaciones que tanto me han alejado de ti, cuando tu hermana se acerca con la botella del pobre Vino Común y vuelve a llenarme el vasito floreado mientras me amonesta severamente, por qué bebes tanto, así no resolverás tu problema. «¿No has vuelto a ver a Nuria?», pregunta gentilmente, su mirada derramándose como un bálsamo en mi cabeza vencida. A nuestras espaldas, en lo alto de la afanosa noche del Borne, lejanos relámpagos iluminan el cielo y hace bochorno, todo el día ha amenazado lluvia. Su mano tiembla ligeramente, el caño de la botella tintinea contra el vaso mientras observo su airosa falda gris bajo la que asoman ya con decisión de vida sus rodillas desnudas, enternecidas por el sol y el aire del mar, no liberadas aún del fantasma de mil genuflexiones. Pero en lo demás se muestra segura y no para de hablar: mucho se ha movido, mucho ha rumiado y decidido durante estas vacaciones: descartada de momento la oportunidad de Sabadell (o mejor, en un suspenso esperanzador), ahora considera la otra posibilidad y habla de ponerse en contacto rápidamente con alguien durante el retiro espiritual.

-Iba a ir de todos modos -dice-, como cada año.

-Una idiotez. -El vino empieza a desatarme la lengua-. Tanto pendoneo, coño, tanto merdé.

Montse guarda silencio un rato. Luego insiste: sólo son tres días, el domingo por la noche estará de vuelta, supone ella que con buenas noticias, nada se pierde con probar. Le respondo que todo eso me parece descabellado y que mejor sería que se decidiera a hablar con su madre. ¿Para qué?, dice, y con los ojos bajos: «Más adelante, cuando los ánimos estén más calmados». La tranquila indiferencia de su voz (no me mira, no se atreve a mirarme ahora) puede llegar a desmentir todas las catástrofes, como yo mismo había de comprobar en las próximas veinticuatro horas.

-Sí -dijo Nuria-, pero...

Y abajo en la acera Manuel levanta nuevamente los ojos al balcón mientras enciende un cigarrillo y escucha sin interés lo que le propone el otro, porque presente o ya sabe que las voces opulentas están deliberando en alguna parte, y no tiene más que esperar un veredicto que quizá no satisfaga a todos pero que sin duda sería el más justo, el más ecuánime. Colgado como sobre un abismo de presagios en este balcón, a medio camino entre la claudicación de él y la tenacidad humilde e invencible de ella, insisto en que es una tontería ir a encerrarse tres días con esas beatas que viven a varios palmos por debajo de la vida, como los topos, y sólo por conseguir, y no era seguro, un jornal de hambre, y que para eso cualquier empleo de peón sin ir más lejos... Pero ella afirma que deben dejar enseguida esta pensión: «Es que no comprendes, no comprendes -repite en voz baja y como a pesar suyo (deseando evidentemente decir otra cosa, hoy lo sabemos)-. La situación ha cambiado, ya no es lo mismo...». Miro a un lado, abajo; Manuel sigue fumando con la compañía, asintiendo vagamente hasta que levanta la cabeza y brilla en su boca aquella sonrisa como un puñal. Le observé atentamente, esta vez; siempre había tenido el oscuro temor de que cuando se viera ante una real posibilidad de trabajo -como electricista, por ejemplo- mostraría de algún modo una íntima decepción: con la mejor voluntad del mundo tu hermana iba quizá ahora a abocarle al mismo oscuro empleo que tuvo en la cárcel, a un triste jornal, y tal desenlace no podía ser de ningún modo el que él había esperado y deseado.

Cuando ya voy por el cuarto vaso, Manuel entra en 1a habitación y poco después la voz de la patrona se deja oír a través de la puerta: le llaman al teléfono. «¿Quién es?», grita él, levantándose de la cama. «No sé, un amigo», responde ella con ostensible desgana, alejándose por el pasillo. Manuel sale sin decir nada, Montse cierra tras él y volviéndose despacio apoya la espalda en la puerta, sonriéndome:

-Te agradezco que hayas venido esta noche. No me gustaba la idea de decírselo sola...

-¿Por qué?

-No sé... Estábamos tan ilusionados con irnos a Sabadell. Esto va a ser lo mismo que hacía en la cárcel.

-Bueno, supongo que no es mal oficio.

-Yo me pondré a trabajar enseguida...

-De todos modos, insisto en que deberías ver a tu madre.

Su cara bronceada en la Barceloneta, todavía con la nariz algo pelada y los pómulos relucientes, febriles, con un flujo soñoliento, ha perdido aquella tensión que inopinadamente se disparaba y expresaba tantos sentimientos y emociones a la vez. Se ha concentrado en una honda dulzura, un sopor. Sospecho desde hace rato lo que quiere decirme y no se atreve: que el dinero que le presté al instalarse aquí con él, mi paga íntegra de vacaciones, y que sirvió para liquidar cuentas atrasadas con la patrona y recuperar así cierta independencia, aún no puede devolvérmelo; y también algo que la entristece y que ya no puede por menos que reconocer: que él no se ha tomado demasiado interés en la cuestión del trabajo, qué se le va a hacer, es un poco exigente y soñador. Pero no, no es nada de eso. Y nuevamente tocado por el oscuro presentimiento le aconsejo por enésima vez que, antes de decidir nada, tenga una sentada con su madre, a solas...

Al volver del teléfono, él se deja caer en la cama cansadamente, acomodando la almohada a la espalda. Lleva un palillo nuevo entre los dientes. «Mi cuñada», dice. Nunca hablaba de su familia, suponiendo que realmente la tuviera, y yo había llegado a olvidar que una vez mentó a un hermanastro casado. «Que si quiero ir a verles mañana por la noche -añade-, que mi hermano sabe de un buen trabajo.» «¿Irás?», pregunta Montse. Él se encoge de hombros: «¡Bah! A buena hora se acuerdan de uno. Pero, en fin, nada se pierde con probar...». Una depresión repentina, no vinícola, se apodera totalmente de mí y me levanto y apuro el vaso. «Me voy, chicos, es tarde.» Sin moverse de la cama, él me mira fijamente a los ojos al tenderme la mano, y parece, por un momento, que quiere retenerme; pero sólo dice: «Gracias por la compañía, Paco», cuando una vez más en la garganta se me quedan atravesadas aquellas preguntas (¿Quién eres tú, muchacho? ¿Qué quieres, qué buscas? ¿De dónde has salido?) que ya últimamente me tentaban cada vez que mi mirada se cruzaba con la suya. Pero ya era tarde para todo, y ni siquiera el pretexto de la maleta de tu hermana lograría una intervención mía que a última hora salvara lo insalvable, lo que tus padres ya habían perdido Dios sabe cuándo, no aquel mes de agosto que Montse decidió abandonar el hogar para seguir luchando junto a él, ni siquiera el primer día que le visitó y le conoció en la cárcel, o cuando oyó hablar de él por vez primera en boca de una adolescente empuetecida por la miseria y el abandono, sino mucho antes, antes ya de ser llevada al Centro parroquial por tu madre, antes incluso de que tu hermana fuese engendrada, cuando tus padres aún no se conocían porque no habían nacido ni aún existía ningún Claramunt ya enriquecido y piadoso que hincara por vez primera la rodilla en un reclinatorio forrado de seda...

-Bueno -dijo Nuria-, pero...

Y algo de eso intuyo en el pasillo, en medio del mareante olor a coliflor hervida, cuando Montse me habla de la maleta: tiene en su casa toda la ropa de invierno y esta noche quiere llamarte a ti, Nuria, para que le prepares una maleta, pero teme que no estés dispuesta a traérsela aquí, «¿Serías tan buen chico de ir a por ella mañana? -me dice-. Si vas a las siete, saliendo del almacén, seguramente sólo encontrarás a Esperanza y evitarás dar explicaciones». «Claro, déjalo de mi cuenta.» Puesto que Manuel a esa hora irá a ver a su cuñada, y no podrá acompañarla a coger el tren de San Cugat, me ofrezco a llevarla yo y quedamos citados a las ocho en el bar que hay frente a mi pensión, después de pasar por su casa y recoger la maleta.

Al día siguiente por la tarde salgo a las siete en punto del almacén y diez minutos después hago sonar la campanilla de la torre. Efectivamente, Esperanza está sola; mientras me entrega la maleta blanca, en su carita de manzana, en sus ojos bajos flota una inquietud servil por la señorita Montse, una pregunta que no llegará a formular. Silencio absoluto en el recibidor, en toda la casa, y otro más elocuente en el tapiz donde los angelitos de carrillos hinchados soplan eternamente la nube de púrpura que se lleva a la Virgen hacia las celestes alturas. «Adiós y gracias, Esperanza.»

Camino de República Argentina, llegando ya a la plaza Lesseps, empieza a lloviznar, voy con la maleta en la mano y la gabardina sobre los hombros corriendo como si me persiguiera el diablo, ¿qué te pasa, qué temores te asaltan?, la chica hace bien escapando de toda esa mierda, ¿qué otra cosa puede hacer, qué otra manera hay de acercarse un poco a lo perdido, a lo que hemos querido ser? Con la familia todo, sin la familia nada. Pendonistas, farsantes bajo palio, bestias. Puede que tú también acabes por largarte, chaval. Pero no divaguemos: plantéate honradamente la cuestión de si ayudándola le haces un bien o un mal. Porque de eso se trata justamente: ayudar. Porque aquí todo Dios pretende ayudar, salvar, rescatar, levantar, regenerar... No, no trato de justificarme (aunque comprendo tus peros, Nuria, son razonables: son, fijate, la razón misma de este contarnos y recontarnos mutuamente la misma historia, como si nunca acabáramos de creerla), pero aquella escena de llanto silencioso que ella me reservaba en un bar anónimo, escogido al azar de las prisas, estaba más allá de toda señal de auxilio; pues ella ya no quería auxilio de nosotros, ni de nadie.

Mientras la espero tomo café y dedico unas cuantas carambolas fallidas a la nariz vernácula de tu padre. La blanca maleta sonrío en la penumbra de los billares, más allá de la verde campana de luz que se abate sobre la

mesa. La televisión parpadea en el mostrador y soporto una animación y una clientela de tarde de fútbol; hay partido nocturno en el campo del Europa de la calle Camelias y a pesar de la lluvia allá van los últimos rezagados que beben perfumados carajillos en la barra. De vez en cuando, con el taco en la mano, escruto la calle a través de los cristales que rezuman agua. Sigue lloviendo ligeramente -y tú en el bar del Club viendo caer la lluvia sobre las pistas, la ves desde lo alto del taburete con las piernas cruzadas bajo la blanca faldita corta, el jersey anudado al cuello por las mangas, el vaso en la mano y rodeada por tus amigos, Vilella al quite...-. Se ha girado viento, una silueta femenina avanza en la noche hacia el nebuloso cristal, encorvada y con la falda pegada a los muslos como una piel. Es ella. Sin paraguas ni impermeable, la mano en la cabeza sujetándose un gracioso gorrito color lila. Dejo el taco, pago dos cafés y media docena de rabiosas carambolas cuando Montse abre la puerta sonriente, completamente mojada. «¡Hola! -dice sin aliento-. ¿Tienes la maleta? Qué bien. ¿Había alguien en casa?» «No. Esperanza. ¡Mira cómo te has puesto!» Agarro la maleta dispuesto a acompañarla a la estación y acabar de una vez, pero ella no parece haberse recuperado aún de la carrera, me mira jadeando y con una sonrisa tonta. Dentro de sus pobres zapatos planos sus pies nadan en agua. «Ven acá, loca», y la tomo del brazo llevándola a una mesa apartada, «tomarás un café con leche. ¿Y Manuel, con la cuñada?». «Sí, hemos salido juntos, me ha dejado en el metro...» Sentado frente a ella pero sin soltar el asa de la maleta, mi deseo es terminar cuanto antes y depositarla en el tren: sí, mi egoísmo o mi negligencia estuvo a punto de estropearle esta oportunidad, la última sin duda, que ella se había buscado para la confidencia. Pero, ¿habrían cambiado en algo las cosas? Montse, de codos en un mármol gris que olía a anchoas, me mira fijamente con sus grandes ojos negros, el pecho todavía agitado, guardando silencio. Por decir algo le digo: «Entonces, ¿estás decidida?». Baja los ojos, su sonrisa se acentúa misteriosamente y murmura: «Tengo que decirte una cosa, primo», cuando ya la sé, justo en el instante en que yo me digo ya la sé, y no desde anoche sino desde bastante tiempo antes: «Eres nuestro mejor amigo, el único que ha querido ayudarnos, no se lo he dicho todavía a nadie, pero en ti puedo confiar...».

-Ahí -dijo Nuria-. Ahí.

No deseo justificarme. Y entonces ella me dice eso que yo ya sabía mientras el robusto brazo desnudo del dueño del bar, húmedo y oloroso como agua de fregadero, deposita ante ella una raza humeante. Hay un barniz brillante en sus papilas, lágrimas de alegría. Desgraciada, pienso, ahora sí, desgraciada, desgraciada. «¿Seguro, Montse?» Pero sólo me mira, sonriente, serena, algo en mi expresión le hace gracia, será el estupor provinciano y cómico que vuelve a aflorar. Me asegura que no está asustada ni avergonzada, bueno, cuando lo supo sí que se asustó un poco, pero sobre todo por él, aún no se lo ha dicho porque en este momento ya tiene bastantes problemas, no sabía lo que podía pasar, pero ahora ya sabe que no puede pasar nada, que todo saldrá bien y está tranquila y hasta contenta... «Díselo a tu madre», me sale como un escopetazo. Pero ella y su sonrisa intacta: «No». «Entonces a tu hermana, en el fondo ella siempre estuvo de tu parte.» Eso sí, promete hacerlo al volver de San Cugat, el domingo la llamará, y por venir a propósito añade que anoche, cuando habló contigo por teléfono para que te ocuparas de su ropa, te pidió si querías traerle la maleta tú misma. Pero tú no quisiste ir a la pensión, le dijiste que la sola idea de tropezarte con ese chulo te horrorizaba, y casi llorando le rogaste que volviera a casa, que mamá había enfermado por su culpa, que estaba loca y cometía el gran error de su vida... «Si hubiese venido -añade Montse- se lo habría contado todo.»

He olvidado el tiempo que estuvimos allí. Pero me veo cogiendo la maleta presuroso, antes de que ella termine de decir que ;a es muy tarde y que teme perder el tren... No, no busco justificación alguna. Verás: ella ya estaba de pie, de espaldas a mí, y me pareció que se apoyaba un momento en aquel montón de cajas de cerveza y se inclinaba como tosiendo. Se deshizo de pronto en lágrimas, silenciosamente. Lloró como todavía no había llorado sin duda, la Montse que aquella tarde habría de ver por última vez conservando todavía un rostro sereno y hasta radiante, terrible en su terrible inconsciencia (en realidad, conservaba su inocencia y mucho más: no había descubierto que la poseía) junto a mi torpe silencio, lloró de espaldas a mí y a un par o tres de parroquianos que nos miraban curiosos, lloró rápidamente, como quien vomita o se vuelve un instante para toser o limpiarse las narices; fue una evacuación incontenible -sólo su espalda sé agitaba bajo mi inútil mano- que no duró mucho y se desvaneció instantáneamente, como si la dulce influencia a que él o no sé qué esperanza la tenían sometida cortaran el llanto aún con más rapidez que lo provocaron. Luego se volvió y dijo sonriendo, los ojos llenos de un agua luminosa: «Perdona. Vamos», aquella Montse que ya en la calle no quería que la acompañara (con mi silencio, con mi mano sosteniéndola por el codo) bajo la lluvia que ahora caía a cántaros. Por suerte di con un taxi en la plaza Lesseps. Durante el corto trayecto me hizo prometer que el domingo iría a la torre a ver cómo estaba su madre, qué impresiones había, qué habían decidido respecto a ella... ¡Ay, Montse, Montse, cuídate!, y le subía las solapas de la chaquetita azul, y poco después bajábamos corriendo las escaleras de la estación de Gracia, donde todavía hubo ocasión de hacerla reír un poco a causa de mi aparatoso resbalón en el andén, al darle la maleta; luego ella se estiró desde el vagón para darme un beso, sus cabellos olían a lluvia, sus mejillas ardían.

He aquí la última visión de tu hermana, aquella que habría de grabarse en mi espíritu para siempre: sentada en un extremo del vagón, sola, agitando una mano ante el rostro maltratado por el sol, se aprieta al cristal perlado de gotitas de lluvia para mirarme un momento y sonreír, consciente quizá de su definitivo estado de mujer, de su naturaleza nueva.

-Sí -dijo Nuria.

El precio del rescate

Capítulo 25

Tan simple es la solución, el desenlace que ha de devolverla al hogar, que todavía hoy te asombra que ella pudiera retrasarlo casi dos meses: se trata sencillamente de soltar la amarra en vez de sujetarla, de satisfacer las sobrentendidas pretensiones del ex presidiario y enviarle lejos recomendado y colocado, pero sin Montse. Condición ésta, la de irse solo, que él apenas discutiría, captando inmediatamente el verdadero sentido comercial de las secretas negociaciones.

Pero esta delicada misión no te sería confiada a ti (me han dicho que bebes, que has intentado hacer porquerías con tu prima Nuria y que apruebas lo que hace Morirse e incluso visitas con frecuencia a esta pareja de pecadores dondequiera que esté, que a mí no han querido decírmelo -fue más o menos la reprimenda de tía Isabel-), sino a alguien que ya había adquirido en las cimas montserratinas y a la vera de Nuria las garras y las alas del águila: Salvador Vilella.

Cumpliendo lo prometido a Morirse, aquel atardecer de un domingo veintiséis de septiembre fuiste a ver a tía Isabel. Montse seguía en sus ejercicios, quizá estaba ya en el tren de regreso.

-Pasa, hijo, pasa —dice fríamente tía Isabel, sola en su despachito-. Nuria no está.

-No, si yo solamente venía...

-No hace falta que disimules.

Y te arma el escándalo. Te esperaba desde hace días para decirte que está enterada de todo y que ha tenido contigo un nuevo desengaño. ¿Cómo has podido portarte así con Nuria, no ves que todavía es una niña? Pero no es eso, por desgracia, lo más importante ahora: ¿qué sabes de Montse?

-Nada... Creo que llega esta noche.

-Ha ido al mismo sitio que el año pasado, de ejercicios, ¿no?

-Supongo que sí. Por San Cugat... Tía, antes de irse me pidió que viniera a verte...

-Ya, ya.

Sentada a su mesa escritorio, rodeada de recetas, medicamentos y jarabes, tía Isabel soporta resignadamente el lento proceso de disolución que se ha apoderado de su cuerpo y de su mente, y con los morados labios apretados y aquellas pocas energías que le ha dejado el último ataque reumático intenta sujetar el triste temblor que agita su mandíbula prominente, parece más alta y desagradablemente masculina, tan enflaquecida, tan cambiada desde la última vez que la viste. Los acontecimientos han precipitado el fin del dulce matriarcado, el relevo de aquella opulenta y confiada encarnación de matrona decimonónica que siempre relacionaste a una lápida conmemorativa con alegorías a la justicia o al Comercio. Generosamente las Juntas que preside han descargado de sus débiles hombros el peso de tanta responsabilidad diocesana, dice, pero ahora está absorbida por la labor personal de anotar jornales y gastos de algunos miembros de su inmensa grey de beneficiarios, nueva proyección de su benemérita obra con la que tal vez abriga la tibia esperanza de dejar de ser esa competente autoridad, esa admirable mujer para quien la caridad hasta ahora sólo había sido un medio de satisfacer una santa indignación o una nerviosa inconsciencia, y así poder penetrar un poco en eso que su mente sencilla empieza a comprender y a temer: los problemas sociales, las podridas raíces de este frondoso árbol de la vida nacional, los jornales del hambre, el desempleo, etc. Se entretiene consultando un importante trabajo exhaustivo realizado por parroquias y que revela, según datos facilitados por los visitantes, que sólo en nuestra ciudad hay miles y miles de familias que viven en condiciones infrahumanas. De esta situación que clama al cielo, afirma tía Isabel sin conseguir refrenar los temblores de la papada, se desprende la caravana de males que trae consigo: desintegración de la familia, promiscuidad, disminución del índice de moralidad, aplazamientos peligrosamente prolongados del matrimonio, rebeldía del individuo contra la sociedad y caída vertiginosa al abismo del ateísmo, mal del siglo.

Te sorprende verla dedicada a esto, exponiéndolo a tu consideración precisamente ahora, cuando aún está por

resolver el problema de Montse. Parece que está sola en casa. Los domingos Esperanza suele ir al cine de la parroquia, hoy ponen Sor Intrépida, aquella tan bonita de la traviesa monjita con vespa y guitarra...

-Tía, yo sólo venía para...

-Siéntate. Tengo algo para ti, aunque no lo mereces -dice tía Isabel levantándose y rodeando lentamente la mesa, ahora un paso, luego otro, los ojos fijos en un envoltorio de papel de seda sobre el fichero-. Dentro de nada tendremos el invierno encima, mis Pobres huesos se quejan...

Sí, ha pasado una mala temporada por culpa del reuma y todo lo demás, esta pobre hija suya, para qué contarte, sobrino, tú sabes la locura que iba a cometer, ¿la has visto con frecuencia, cómo está?, ha demostrado confiar más en un extraño que en su madre, quién hubiera dicho que se olvidaría tan pronto de su madre... Pero antes de liberar sus silenciosas lágrimas, la pobre mujer te regala el jersey que ha estado tejiendo para ti durante este verano. «Gracias, tía, eres muy amable.» «Aunque no lo mereces, no, ninguno de vosotros merece nada», y apoyándose en la mesa retrocede despacio hasta la silla, los ojos bajos, la cara temblona y contraída por tanta adversidad e ingratitud, anunciando ya las lágrimas. Por segunda vez en la vida sientes lástima de ella y a la vez esa mezcla de ira sorda y de impotencia que va más allá de los Claramunt y su culto a la respetabilidad, como si ahora también ellos hubiesen quedado en el camino sembrado de víctimas, doloridos y desconcertados como Morirse, ignorantes de la causa del desastre como ella.

-Vamos, tía, tranquilízate, todo se arreglará.

Entonces, ya sentada, recupera cierta autoridad perdida y sus ojos se agrandan removiendo finas sedas amarillas, bolsas y pliegues de piel agostada, mirándote con una luz inquieta:

-¿Verdad? Dios lo quiera. Pero yo no lo creeré hasta que lo vea. No he querido que me lleven otra vez a Sitges, quiero estar en casa cuando llegue.

-¿Cuando llegue quién, tía? -La pregunta es obvia, pero insistes-: ¿Es que... esperáis a Montse, aquí, esta noche?

-Adónde va a ir si no. -El lívido puño de tía Isabel reposa sobre la carpeta. Sientes un vacío bajo los pies-. ¿No te lo han dicho? Gracias a Salvador, no sé cómo podremos pagarle el interés que se ha tomado. El miércoles, cuando habló por teléfono con ese individuo...

El miércoles, de modo que no era su cuñada quien llamó, fue una excusa para, y ahora Montse allá sin, no comprendes todavía, una mano te agarra repentinamente el estómago cuando oyes el golpe de la puerta de la entrada y la voz de Nuria: «Mamá, estamos aquí», pero sigues clavado ante la mesa escritorio con el jersey colgado en los dedos y escuchando a tía Isabel como en sueños. Sales al pasillo tropezando casi con ellos. Su posición junto a la puerta, su inmovilidad expectante y ridícula, cierto equilibrio que sus cuerpos guardan entre sí, por un segundo te sugiere algo relacionado con aquella tradición coral familiar. Los ojos en el suelo, negándote aún a la evidencia, fugazmente-distingues el prepotente ángulo abierto que forman los lustrosos zapatos de tío Luis, los pantalones azultornasolado de Vilella y esta mórbida, adorable gasa que envuelve el tobillo de Nuria y que debe ser (te revienta suponerlo) un recuerdo de la última escalada, una torcedura, un resbalón en la cumbre con el consiguiente y oportuno agarrón salvífico del noble escalador de la JOC, sus fuertes brazos sujetándola sobre el abismo, estrechándola -sí, la has perdido, perro asalariado, algo te dice que la has perdido para siempre-. De pie en el pasillo te miran ansiosos, sin duda esperando que les hables de Montse, dónde está, por qué no ha venido todavía, si ya todo está arreglado. Nuria hunde las manos en los bolsillos de su hermosa gabardina blanca y pasa frente a Vilella para mirarte a los ojos:

-¿Dónde está Montse?

-En San Cugat, supongo. -Balbuceas-. ¿Qué habéis hecho?

Tío Luis entra y sale del despacho, se muestra muy activo y hasta seguro, pero no como siempre: es una seguridad vacilante, a juzgar por la desmesurada energía que pone en cualquiera de sus movimientos. Tía Isabel, con su voz quejumbrosa, le pregunta algo. Vilella se cuelga de tu brazo llevándote hacia la galería, escucha, Paquito, su cabeza cuadrada y como frotada expande un furioso olor a limpio que no consigue anular del todo el perfume de Nuria, escucha, las cosas se han arreglado por fin y mejor de lo que pensábamos, su voz de acólito como el zumbido de un abejorro en la penumbra de la galería, don Luis decidió por fin recomendarlo y el tipo ya está en Sabadell con el empleo en el bolsillo, si realmente vale saldrá adelante y si no que se apañen y hagan con él lo que quieran, a nosotros sólo nos queda esperar el regreso de Montse y mostrarnos comprensivos y cariñosos con ella, ¡mira que irse a ejercicios precisamente ahora!, él quería esperarla para decírselo, pero ha terminado por comprender que una despedida sería peor para la chica y esta misma tarde se ha ido, mejor así, ¿comprendes...?

Sí, comprendes que ya está hecho, que el trato se ha cerrado por fin a espaldas de ella, que por su bien ha sido una vez más dejada de lado, apartada como se aparta a un niño para no pisarlo, y que ahora es esperada con los brazos abiertos y el perdón... Zumba en tus oídos todavía esa voz, un siseo monótono que en la penumbra sug-

iere una miserable complicidad, mientras los ojos siguen vagando por el suelo y sobre las manos de madera donde cuelga el jersey, sobre el tobillo de Nuria envuelto en una gasa blanca y prestándole ese aire dolorosísimo de haber traspasado los límites adolescentes de la virginidad y el decoro, la ves acompañando a su madre al saloncito muy despacio y sosteniéndola por el brazo mientras tío Luis se adelanta para encender las luces. Así pues ya es noche cerrada, y te sorprendes solo en medio del pasillo caminando deprisa hacia la puerta. Vilella, hábil y escurridizo como un lacayo, ya ha suplido a Nuria y ayuda a sentar a tía Isabel en la butaca con obsequiosos arrullos, cuando a su lado la voz firme y vernácula de tío Luis rectifica su propio razonamiento y propone: «Sería mejor localizarla, y que venga a casa directamente y se entere por nosotros...», mientras alcanzas la puerta y abres. «Adónde vas?», dice Nuria acercándose, mirándote con unos ojos que reflejan el espanto que se asoma a tu cara. «Yo no he tenido nada que ver con eso, Paco», añade, «no me mires así», en voz baja para que no la oigan desde el salón. Y con el jersey fastidiosamente pegado a los dedos, sin saber qué decir, das media vuelta y te precipitas fuera.

El primer impulso irreflexivo, lanzado hacia la plaza Lesseps mientras escrutas inútilmente en la noche la luz roja de un taxi, propone ir directamente a la pensión Gloria y anticiparse a su llegada -suponiendo que aún no haya llegado, porque ya es muy tarde, quizá lo mejor es llamar antes por teléfono y salir de dudas. Se ha levantado un viento húmedo, ráfagas otoñales que se adhieren al rostro como paños mojados. Ya en Lesseps y todavía sin taxi, en vez de coger el metro te decides primero por el teléfono de la pensión, estás a un paso y así te deshaces del jersey de una puñetera vez. *Unos minutos con Gloria Lasso*, propone la radio cuando entras en el comedor, donde la patrona te informa que hace media hora han llamado preguntando por ti, no ha dicho quién era, que volvería a llamar. Hay un huésped comarcal sentado junto a la radio: «*És del Vendrell, aquesta noia*», te dice señalando la radio con un dedo eufórico, el timbrazo te da en la cara. «¿Oiga, es usted? -dice la viuda con su voz carrasposa-. Mire, que su prima se ha olvidado aquí una maleta llena de ropa y...» «¿Dónde está?» «No sé.» «¿Fue usted quien llamó hace un rato?» «Ella sería, pienso yo, porque la dejé un momento en su cuarto y cuando volví...» «¿Viene hacia acá, entonces?» «Pues eso dijo.» Una pausa y añade: «Bueno, ya debe usted de saber que Manuel se ha ido, ¿no? Vamos, que la ha plantado, el muy sinvergüenza. ¿Lo ve? Ya sabía yo que pasaría esto, se lo había advertido mil veces a esa tonta...» «¿Cuánto hace que ella salió para acá?» Por señas le dices al huésped del Vendrell que baje el tono de la radio, oyendo apenas: «... ni siquiera ha querido esperarla, no se ha atrevido, y al irse me ha pedido que no le dijera nada de las visitas que ha recibido y me ha 'dado una carta para ella; pero después de explicarle yo lo ocurrido, claro, la criatura no ha querido ni abrirla...». De nuevo la interrumpes: «Pero bueno, ¿cuánto hace que ella ha salido de la pensión?» «Media hora o tres cuartos... La pobre, cuando ha llegado, no quería creerlo; mire, daba no sé qué verla ahí sentada en la cama con su maleta, yo iba a llamarle a usted, pero ella se ha empeñado en que no. Llamaría luego desde la calle, porque yo estaba en mi cuarto y al volver ya se había ido. No puede tardar, así que dígame que tiene la maleta aquí y que venga a verme si le interesa saber algunas cosas más sobre su amiguito, vamos, que no se crea que hay alguna cuenta que pagar o algo, que por ahí todo está arreglado...» Cuelgas.

Sentado en el sillón junto a la radio, el hombre te mira sonriendo por encima del hombro: «*Està bé això de Extraños en el Paraíso, força bé*». Así le hallarás media hora después cuando, cansado de esperar en la habitación, entras nuevamente en el comedor para atender a otra llamada, esta vez de Nuria: «¿Montse está contigo?» Empieza a estar muy preocupada, ha llamado a la Casa de Ejercicios de San Cugat, pero ya se ha ido, y en la pensión Gloria acaban de decirle que viene a verte a ti. Salvador se ha acercado un momento al Centro por si se le ha ocurrido ir allá. «No sé, con tal que no haya cogido un tren para ir a Sabadell en su busca, es bien capaz... No se me ocurre qué puede estar haciendo, qué espera para volver a casa...» Tranquilamente la dejas que termine de hablar, que se calme, y luego le preguntas: «¿De quién fue la estupenda idea?» Un silencio, el zumbido del teléfono como un escape de gas, y de nuevo su voz, pero muy lejana: «¿Qué otra cosa se podía hacer? Tenía que acabar así, todo el mundo lo sabía, se lo habíamos dicho... Esto tenía que acabar así, y cuanto antes mejor. Pero yo no me he enterado hasta el último momento, ya te lo he dicho. Además, ¿qué importa eso ahora?» La alarma ya en su voz, cuando le dices: «Quiera Dios que no ocurra nada. Tu hermana está embarazada». Y cuelgas.

Quizá deambula por esas calles que barre el viento, o por las de su barrio, rondando indecisa la torre y sus ventanas iluminadas, alguna iglesia todavía abierta, un banco solitario en algún parque, mientras acumula energías. Pruebas a imaginarla llegando a su casa y reanudando, silenciosa y derrotada, su vida familiar y parroquial: obtienes un cuadro deprimente. De nuevo en la habitación, fumando frente a la ventana o tumbado en la cama, dudas entre esperar o echarse a la calle. Pero ¿adónde ir? Te lo estás preguntando todavía cuando en la plaza Lesseps te precipitas de cabeza al taxi después de disputárselo ignominiosamente a una anciana, y veinte minutos más tarde te ves recorriendo tontamente y sin esperanza algunos lugares que ellos frecuentaban: el bar del callejón esquina Princesa, las terrazas del paseo de Colón frente a la estación de Francia, Santa María del

Mar, las Ramblas... Tiempo perdido. A la medianoche, al volver a la pensión, resulta que Salvador Vilella ha llamado varias veces. No tarda en hacerlo nuevamente: «¿Alguna novedad, Paco?», voz de ejecutivo ya, segura, solvente, metálica, demasiado próxima. «Hemos pensado... Oye, mira, hemos pensado que si está contigo en plan de confianzas, pues muy bien, pero dilo, caray, al menos su madre se quedará tranquila...» Decides esperar un poco más, quizá solamente para testificar cómo al fin se desinfla esa voz, cómo desciende del púlpito: «En serio, va, qué podríamos hacer... Y eso que le has dicho a Nuria, Paco, ¿es verdad?». «Sí.» Después de una breve pausa, como si hablara consigo mismo y sin que apenas se le oiga: «Hosti, hosti», murmura, y luego en voz alta: «Que conste que todavía no se lo hemos dicho a sus padres, ¿eh?... ¿Me oyes? ¿Me oyes, Paco...? Paco...». Cuelgas.

Qué otra cosa puedes hacer: tumbado en la cama, vestido y con la luz encendida, el oído atento al timbre de la calle y del teléfono. Mucho más tarde la fatiga y el sueño te vencen, y te sobresalta una ardiente, rabiosa mordedura en los dedos, la brasa del cigarrillo. Es más de la una cuando te parece oír llamar suavemente a la ventana. Te incorporas. La llamada ha sido tan débil que bien pudieras haberla soñado. La pensión se halla sumida en el silencio, vuelves a la cama, la mano tantea los cigarrillos... Y otra vez, con la misma timidez de antes, con el mismo sobresalto fugaz: se diría las alas de un pájaro prisionero entre la persiana y el cristal. Abres la ventana: nadie. El viento arranca un siseo de hojas en el jardincillo del General San Martín, más allá las farolas del puente de Vallcarca hacen guiños en la noche, y a lo lejos parpadean amodorradas las luces expiatorias del Tibidabo, con la gran imagen del Sagrado Corazón, siempre con los brazos abiertos a la ciudad. Le habrías dicho que se quedara a dormir aquí si de momento no deseaba ir a su casa, que mañana sería otro día... Más tarde, mientras enciendes un cigarrillo, te parece distinguir una sombra extrañamente inmóvil (demasiado para ser humana) en el puente, y piensas: este camino también la lleva a su casa.

Las medias negras de red

Capítulo 26

Vilella regresó de Madrid a media mañana. Entró muy desenvuelto y locuaz a saludarme y empezó por contarme algo gracioso que le había ocurrido con un periodista de tres al cuarto en Barajas. Se reía mucho. Yo no me decidía a abandonar la cama y le escuchaba por pura cortesía, adormilado, sin entender gran cosa. Le oí mencionar algo raro, aunque no hice caso:

-... investigo textos calasancios...

No hice caso (no era ésa la confidencia que yo esperaba, aquello que su viaje había dejado en suspenso) y quizá por eso él alteró la rareza en la medida que pudo, pero sin conseguir mejorarla gran cosa, la verdad:

-Mejor dicho, la obra calasancia.

Bien. Dalo mismo. Deduzco que ya llevaba un rato hablándome de su conferencia en Madrid, una documentada evocación de Paula Montañ y su tiempo. Navegando en aquellas encharcadas y pestilentes aguas del posibilismo político, también había pronunciado una conferencia para estudiantes y obreros.

-Es inútil, Salva, créeme -le dije bostezando-. Por cada obrero que lográis que descubra a Dios, hay diez que descubren vuestros ingresos. Corren malos tiempos. Estáis perdidos.

Pero en realidad él no quería hablar de todo eso, sino de su mujer. Estaba sentado ante mí, al borde de la cama, con un vaso de naranjada en la mano. Ya se había duchado y cambiado, llevaba un batín corto, pantalones de hilo color tabaco y zapatillas.

Nuria había desaparecido muy oportunamente.

-¿Mucho calor en Madrid?

-Terrible.

Recosté la espalda en la almohada y encendí un cigarrillo.

-He dormido como un animal -dije-. ¿Cuándo has llegado?

-Hace un par de horas. He pasado por el despacho. Ahí tienes.

-Me entregó un sobre grande y amarillo, sin cerrar-. Tus permisos de rodaje.

-Hombre, qué rapidez. Gracias.

-Mira si todo está en regla.

Le obedecí. Firmados, con los timbres de rigor y demás, todo en regla.

-Te lo agradezco mucho. Mis productores parisinos estarán contentos. Acabas de dar el primer golpe de manivela de una película no apta.

Sus ojos irónicos vagaban por la habitación.

-No será tanto -dijo distraídamente, llevándose la naranjada a los labios.

-¿Y Nuria? -le pregunté.

-Anda por el jardín. ¿Has desayunado?

-No. Tengo un estropajo en la boca.

-¿Te han tratado bien?

-No me quejo.

-Me alegro.

Sonreía, me miraba fijamente y muy quieto tras sus gafas de vicario perspicaz, algo burlón y a la vez compungido. Sus ojos parecían meditar. Inesperadamente me palmeó la rodilla con afecto. No parecía dispuesto a levantarse de la cama, de modo que salté sin esperar y me deslicé al cuarto de baño, sin cerrar la puerta. Por el espejo le vi de pie ante la ventana, mirando el jardín. Me duché y me afeité y al salir él seguía allí. Se interesó por mi trabajo, cuándo se empezaría esta película, le dije que en otoño, pero que yo no vendría para el rodaje; que cuándo regresaba a París, y respondí que mañana, o tal vez hoy mismo. Luego, mientras me vestía, me vi de

pronto sosteniendo yo solo (de repente él parecía cansadísimo) una banal conversación a propósito de los viajes en avión, pero poco a poco volví a dejar que él cargara con el fardo: yo necesitaba el tiempo justo de recoger mis cosas, y Vilella se había dado cuenta. Aburridamente, como quien no quiere la cosa, fue dejándose resbalar hacia el pasado, hacia Montse; me preguntó si recordaba este o aquel día, picoteaba en tal o cual recuerdo, rondaba el bocado con prudencia.

-Siempre me he preguntado -dijo finalmente, simulando un repentino y caprichoso interés- qué pensarías al saber, ya en París, que Nuria y yo nos habíamos casado. Nunca hemos hablado de eso.

-No.

-Para muchos fue una sorpresa, y supongo que para ti también...

-Pues no del todo. Se veía venir.

-Pero no conoces los detalles -insistió-. Como después de la desgracia te escapaste al extranjero de aquella forma, tan a la francesa, sin querer ver a nadie...

-Lo tenía muy meditado y decidido -le dije.

-Nunca te oímos hablar de ello.

Le recordé con cierta sequedad (sólo por frenarle, deseando cambiar de tema) nuestra participación en el asunto de Montse, tan decisiva en los últimos días.

-Vaya -dijo riendo-. Cualquiera diría que los únicos que se portaron bien con ella fuisteis Nuria y tú.

-Yo no he dicho eso.

-Pero lo estás pensando. En realidad, y a pesar de la mala conciencia que puedas tener, en estos años no has pensado en otra cosa -añadió con agudeza-. A Nuria, por cierto, le costó mucho decirnos dónde vivían, resistió lo suyo; pero acabó por decirlo. -Me miró-: ;Sabías que fue ella?

-Claro. Aparte de mí, era la única que lo sabía.

-Sí, qué cosas. -Suspiró pensativo-. Precisamente aquella noche, cuando al llegar yo a la pensión Gloria me la encontré bajando las escale...

Se quedó con la palabra colgada en la boca, simulando bastante mal su contrariedad por no haber sabido sujetar la lengua a tiempo. Le observé con el rabillo del ojo: lamentable escena la que estaba preparando. Mis manos se afanaban ordenando la maleta.

-Lo siento -dijo en voz baja—, creí que ya sabías...

-Va, sigue, no te detengas ahora -le apremié, irritado-. Vengan esos detalles.

-Eso no cambia las cosas, no creas -se apresuró a decir-. Tarde o temprano, aquel canalla igual la habría abandonado...

-Los detalles, los detalles.

Y así fue como él se obligó. Sentado en el borde de la cama, cabizbajo, sin mirarme, se obligó, porque evidentemente una maniobra tan sucia le repugnaba en la medida que ponía de manifiesto su insolvencia moral. Pero no podía hacer otra cosa, no era capaz, no sabía: la posibilidad de ser abandonado por su mujer, con su posición social, con los niños, con su catolicismo declarado, plataforma de politiquerías, debía de aterrarle. Habría sido capaz de todo con tal de retenerla, incluso de hundirla y hundirse a sí mismo en el fango sobre el que había edificado su matrimonio. Y así lo hizo, sin dudarle ni un segundo.

Resumido a su manera, dejando que yo adivinara el resto, me contó cómo él, aquel fatídico domingo 26 de septiembre, fue por encargo de tío Luis a ultimar con el ex presidiario ciertos detalles de su partida; cómo Nuria, con anterioridad, y por lo mismo, ya se había entrevistado con el tipo dos o tres veces a espaldas de Montse, de modo que en realidad el trato ya estaba cerrado cuando él fue a verle, y que sólo le llevaba una carta de recomendación para la persona a quien tenía que presentarse en Sabadell, algunas instrucciones sobre el trabajo, dinero para los primeros gastos, etcétera; cómo al subir la escalera de la pensión se encontró con Nuria, que bajaba deprisa y casi ocultando el rostro entre las solapas levantadas de su gabardina, y cómo la evidencia de lo que él ya venía sospechando desde hacía algún tiempo, una vez arriba le indujo a pedirle al canalla aquel que se marchara enseguida en el primer tren, sin esperar el regreso de Montse; cómo el tipo se encaró con él y primero se negó, quería por lo menos despedirse de Montse, aunque luego comprendió y aceptó; cómo al bajar Salva a la calle se encontró a Nuria esperándole al volante de su Seiscientos, regresando juntos a casa, y que por el camino ella, muy nerviosa, intentó justificar su presencia en la habitación de él alegando que también había ido a verle para rogarle que se marchara sin despedirse de Montse, que tal como habían ido las cosas sería lo mejor para ella y para todos; que entonces él, Vilella, le dijo que la creía, o mejor, que la comprendía, y viéndola tan apenada esa noche, tan abatida, tan confusa y tan sinceramente arrepentida, se permitió consolarla y confortarla y pedirle una vez más que no tardaran en formalizar sus relaciones, ya prácticamente establecidas desde que salían juntos de excursión; cómo ella consideró en silencio esta tierna pretensión del amigo, y cómo de pronto paró el coche

y se echó a llorar, desconcertada, en sus brazos; y finalmente, cómo después en la torre, ante la tardanza de Morase, a Nuria le asaltó el repentino temor de haberse olvidado algo en la pensión, al parecer una banda de terciopelo negro que solía atarse al pelo, y cuánto sufrió por ello la infeliz temiendo que su hermana la hubiera encontrado al volver y se imaginara... adivinara.

-Comprendo -corté, intentando cerrar la maleta sin conseguirlo, tan mal colocado estaba todo-. Pero, ¿seguro que no eran unas medias negras de red lo que Nuria se dejó olvidado?

-Sí, ahora recuerdo -dijo Vilella-. Unas medias. Pero da lo mismo.

-Sí, claro.

-Debió de ser terrible para su hermana.

-Terrible, sí. En fin. ¿Me ayudas a cerrar la maleta?

Acudió solícito, observando de reojo el efecto que la revelación había producido en mi cara, y presionó sobre la maleta con sus grandes manazas. De pronto, cuando estábamos los dos muy juntos y en pleno esfuerzo, me inmovilicé y hundí la cabeza en los hombros, solté la maleta: sentí que me vaciaba deprisa y tan agradablemente, toda la fuerza yéndoseme en una carcajada que, curioso, no lograba brotar de mi garganta. No sé cómo interpretó Vilella mi reacción, pero lo cierto es que después de cerrar la maleta se creyó obligado a consolarme, desplazándose a un terreno más abstracto, donde ya podía moverse más a sus anchas:

-De todos modos, Paco, cualquiera que fuese la causa de lo ocurrido, la desvergüenza de Nuria y su poco juicio, que no parecen tener remedio, su negligencia o lo que fuese, aquello tenía que acabar mal, tal como predijo la familia. Insisto. No podía acabar de otra forma.

Me puse la, americana. Le dije que sí, vaya, que tenía razón; que ciertamente aquellos sensatos temores y aquel pronóstico familiar se habían confirmado, demostrando su validez y su exactitud: el delincuente resultó que tenía un precio y era un vulgar aprovechado, los rufianes siempre serán rufianes, vaya par de pendones las hermanitas Claramunt, hay que obedecer a los padres, las señoritas parroquiales no saben nada de la vida, no se puede ser demasiado bueno, el mundo es cabrón, mis tíos ya advirtieron de eso a Montse, etcétera.

-Cómo te gusta hacer frases -murmuró dándomela espalda.

-Y a ti joder la marrana. ¿No hay más detalles acerca de aquel desliz de tu mujer? Te ofrezco mi sincera curiosidad, Salva, pero no esperes gran cosa más. Tengo prisa por regresar al hotel. ¿Podría conseguir un taxi?

-Está bien. Como quieras.

La voz le salió remota, del fondo del estómago. Como un eructo prolongado y rico en bemoles. Dijo que él también lamentaba esta conversación, pero que la creía necesaria. Le dije que yo no. Sin embargo, me acerqué a él, que estaba descolgando el teléfono de la mesilla, y clavando los ojos en su nuca, le pregunté:

-De todos modos, ¿quieres que hablemos claro?

No se volvió, marcó un número y pidió el taxi. Al dar la dirección se quitó las gafas y se frotó los ojos con aire cansado. Sentado nuevamente al borde de la cama, abatido, toda la energía se le había ido en la confidencia. Aquella supuesta afrenta que había de causarme la aventura de Nuria en la pensión Gloria, yo no la había acusado: el oprobio seguiría descansando exclusivamente sobre sus espaldas. Ahora limpiaba meticulosamente los cristales de las gafas con el borde de la sábana. Murmurando varias razones de culpa colectiva, de responsabilidad compartida, ahí estaba, respirando su propia pestilencia, rodeado de su vómito y con una mueca de tristeza indefinible en el rostro, que ahora, sin las gafas, me parecía el de un perfecto desconocido, el de un derrotado anónimo que merece cierta compasión. Pero yo no sentía nada, y nada hice por evitarle el mal rato, excepto anticipar mi marcha:

—¿Tardará, el taxi?

—No creo.

—Lo esperaré fuera.

Cogí la maleta. Hubiese podido añadir que el desliz de Nuria ya lo conocía, que ella misma me lo contó todo en París; que la pobre ya había sufrido bastante por ello, que durante años había buscado alguien con quien compartir su conciencia herida, y que ella y yo, los dos juntos, nos hacíamos pipí en su vistosa moral de pendonista y conferenciante. Pero lo único que le dije fue, en tono ya de despedida y para dejarlo en claro de una vez (aunque ya no hacía falta), que regresaba a París solo y que habíamos acordado que ella se reuniría conmigo dentro de poco, después de hablar con él acerca de la niña. No me contestó, seguía frotando pacientemente los cristales de las gafas con la sábana. Y así le dejé, con un saludo cortés.

Bajando el cristal del taxi, cuando éste arrancaba, le vi por última vez: apareció de improviso en lo alto de las gradas del porche, las ruanos en los bolsillos del batín, mirando al frente, al lejano vacío, con una reflexiva y ansiosa actitud; no me miraba a mí, aunque sí en mi dirección: era como si hubiese salido un momento a la puerta de su casa no exactamente a despedir a alguien, sino más bien a esperarle.

Pero no llegará nunca. Estaría vagando por calles barridas por el viento y teñidas de luna, caprichosamente y con un oscuro determinio al mismo tiempo, empujando el rostro tercamente, como un borracho que abjurara de la noche y sus promesas. Después, el último resto de aquella fuerza oculta guiaría su cuerpo ya sin vida encaminándolo con pasos de autómata allí donde podría escoger el morado lecho de las lilas. Se entregó a la nada, confirmando así el paterno veredicto que se había empeñado inesperadamente, contradiciendo los claros y hermosos principios que hasta entonces habían presidido la vida, en incapacitarla para el bien y para el amor. Bajo la luz parpadeante del farol, sentada en el petril del puente, como una niña absorta en una espera fastidiosa que le ha sido impuesta, de cara a la ciudad y de espaldas al Tibidabo y a su gigantesca imagen de brazos abiertos, seguramente evocaría un instante el secreto de la vida perdido para siempre, la mentira del pasado y del futuro. Y convocando ciegamente la nada que se abría a sus pies y en cuyo fondo, como una acogedora luz de la infancia, brillaba pálidamente la mata de lilas, su memoria tal vez recuperó un lejano día gris y una niña sentada al borde del turbio estanque del jardín, con una capa azul agitada por el viento. Luego su mente herida repitió una y otra vez el último gesto con los ojos cerrados, ensayó hasta la náusea aquella reverencia cada vez más terrible y dulce, un abandono de todo apoyo engañoso, inclinarse apenas y dejarse ir, una y otra vez, hasta lograr confundir pensamiento y acción en una especie de loco extravío de los sentidos, dentro del cual, entre los saltos soñados que ya le habían parado el corazón y helado la sangre, el salto real y definitivo debió de perderse en la inconsciencia. Y ya sin apoyo, una vez más tanteando, manoteando y debatiéndose en medio de fuerzas desconocidas, aislada y sola en la cúspide de aquel espantoso error, durante una fracción de segundo su cabeza alcanzó la dulce ingravidez, giró lentamente y sus ojos recogieron por última vez la engañosa luz de las estrellas, la última promesa loca de la vida.

Mi prima Montse estaba hecha de esa materia tierna y vehemente que envuelve nuestras heroicas quimeras de la mocedad, algo que en mi adolescencia y en la de Nuria no alcanzó su plenitud, un esplendoroso sueño de integridad que antes de morir prematuramente y olvidado junto con las primeras sábanas manchadas, tiene tiempo de mostrarse con todo el encanto de la vanidad juvenil, de las escolares fantasías del valor y de la entrega generosa a un ideal de la personalidad. Nunca, ni en los momentos que más ferozmente me burlaba de sus beaterías, fui insensible a cierto confuso encanto de mi prima, a cierta maravillosa facultad para traducir la más banal esperanza ajena en algún espontáneo gesto de seducción o de entrega cuya significación real ella ignoraba, ese don que poseen algunos cuerpos castigados por la enfermedad o la autorrepresión para vibrar anticipadamente a las promesas más febriles de la vida. Si es cierto que la inocencia se compone de esa materia inmaculada cuya posesión sólo es posible sin el egoísmo, mi prima Montse fue uno de los seres más puros que jamás existieron en este mundo; porque tal vez sea verdad que había en ella una total imposibilidad de conectar con lo inmediato, una desmesurada capacidad de proyección hacia un futuro mejor, como si la realidad que veían sus ojos fuese igual a la de esas fotos cuyo primer término está desenfocado en favor del último. Ignoro si la fe católica consiste en eso (me temo que es asunto más sucio), pero, de cualquier forma, semejante cualidad no presentaba ninguna relación directa con la estupidez y la flojera mental de las Hijas de María, sus compañeras del grupo parroquial. No es que la diferenciase el lustre de eso que llaman buena crianza, el hecho de haber heredado de los Claramunt un sello externo de casta noble que, si no otra cosa -belleza física, por ejemplo-, comporta al menos cierta distinción persuasiva, un luminoso nimbo facial que sugiere inteligencia allí donde sólo hay buenas maneras; era que, sencillamente, su conducta guardaba todavía, pese a la monstruosa educación familiar recibida, un real equilibrio con aquel viejo sueño de integridad, de ofrecimiento total, de solidaridad o como quiera llamarse eso que la había mantenido en pie, con sus grandes ojos negros alucinados y el corazón palpitante, frente a miserables enfermos, presidiarios sin entrañas y huérfanos de profesión.

Índice

<i>Prólogo</i>	2
Capítulo 1. Detrás de la fachada	5
Capítulo 2. Las señoritas visitadoras	8
Capítulo 3. Hagamos el amor, hagamos la guerra	13
Capítulo 4. El cuchillo entre los dientes	19
Capítulo 5. La desordenada concurrencia de criterios o el conferenciante abofeteado	22
Capítulo 6. Paco, hijo natural	26
Capítulo 7. El que debe ser regenerado	30
Capítulo 8. Una grieta en la torre	33
Capítulo 9. Tía Isabel en su nube púrpura	40
Capítulo 10. El dirigente	44
Capítulo 11. Donde la fanfarria moralizante hace agua	47
Capítulo 12. El pez	52
Capítulo 13. La libertad condicional	54
Capítulo 14. El rapto de los sentidos	57
Capítulo 15. El pintalabios o los misterios de colores (en 3 jornadas)	63
Capítulo 16. Intermedio	69
Capítulo 17. 1.ª jornada: El enigma de los ahorcados sonrientes	72
Capítulo 18. 2.º jornada: El pasadizo secreto	78
Capítulo 19. 3.ª jornada: El extraño caso del señorito y el teléfono	83
Capítulo 20. La ceremonia de la confusión	90
Capítulo 21. El contagio	100
Capítulo 22. El baile de los debutantes	103
Capítulo 23. La huida	109
Capítulo 24. El rescate	114
Capítulo 25. El precio del rescate	120
Capítulo 26. Las medias negras de red	124